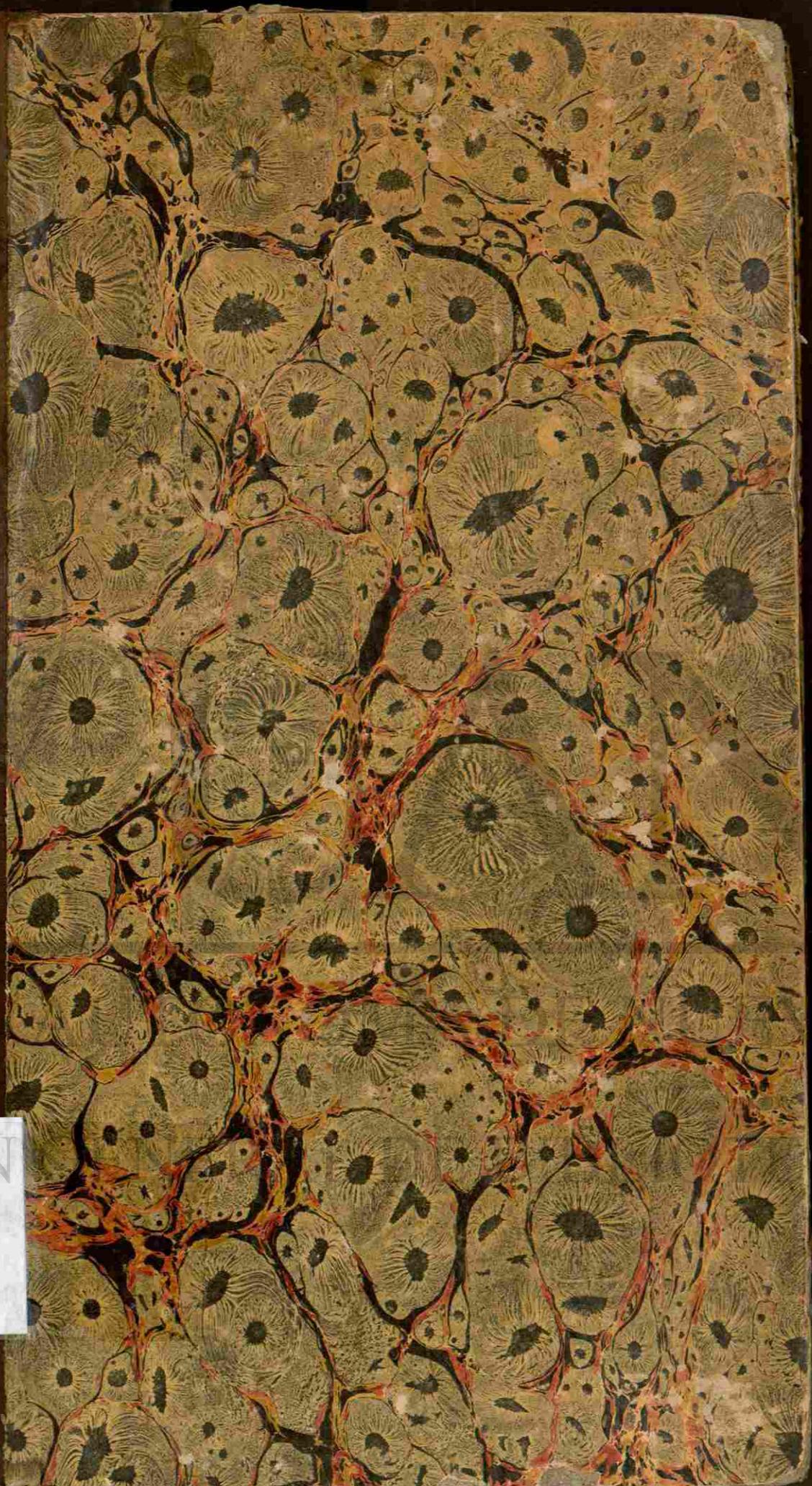


CIÓN



AT
BX1756

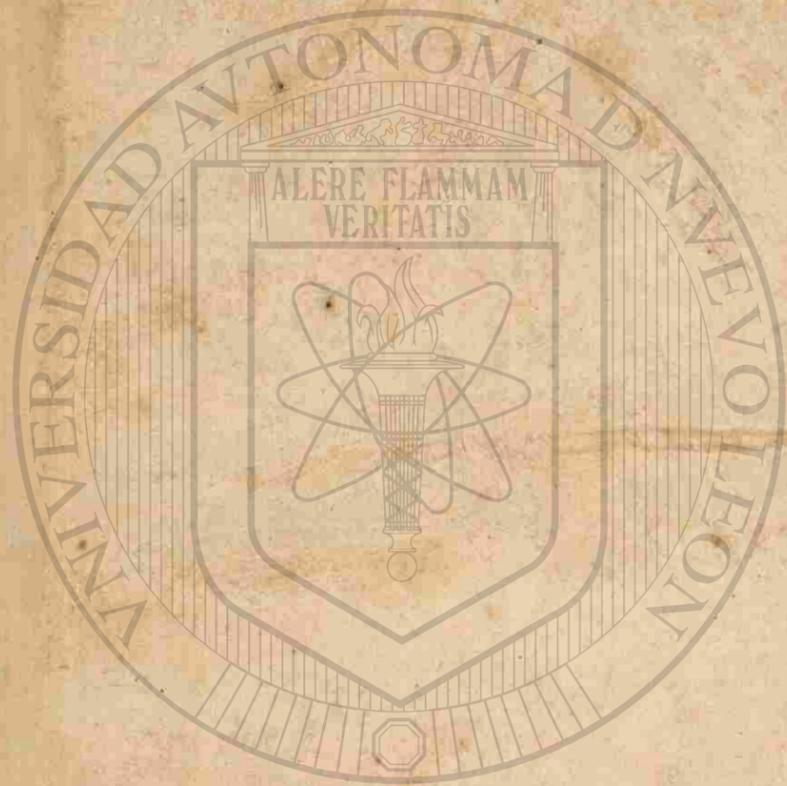
M8

1851

c.1



1080043443

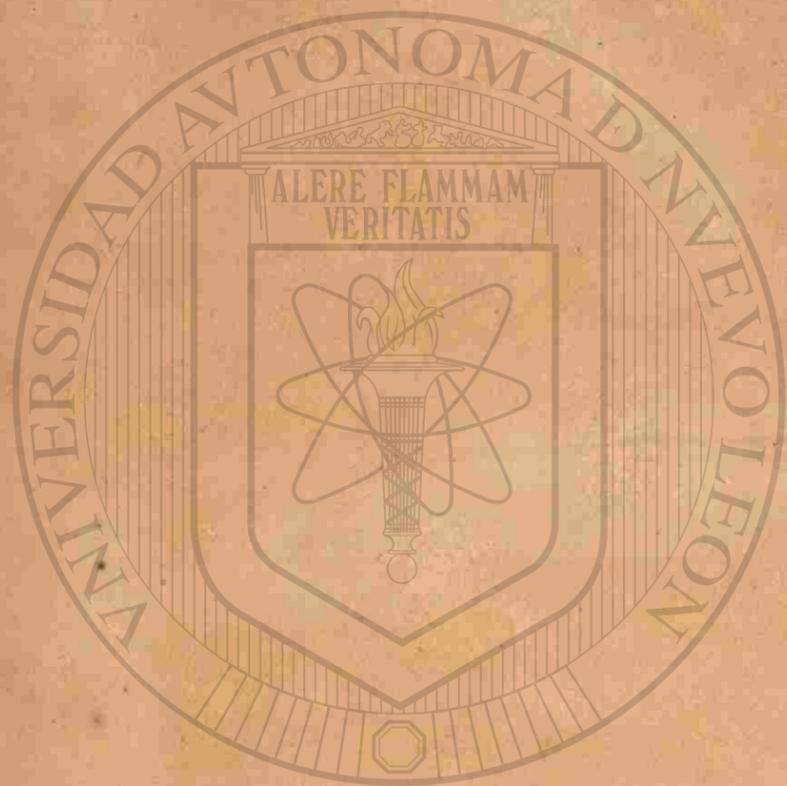


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PLATICAS

DOCTRINALES

Y

SERMONES.

H. Benavides.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

642-6444

252



PLATICAS DOCTRINALES

SERMONES,

PRECEDIDOS

DE UNA DISERTACION

SOBRE

LA ORATORIA SACRADA.

POR

Clemente Munguía,

VICARIO CAPITULAR Y OBISPO ELECTO Y CONFIRMADO DE
MICHOCAN.

110308



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

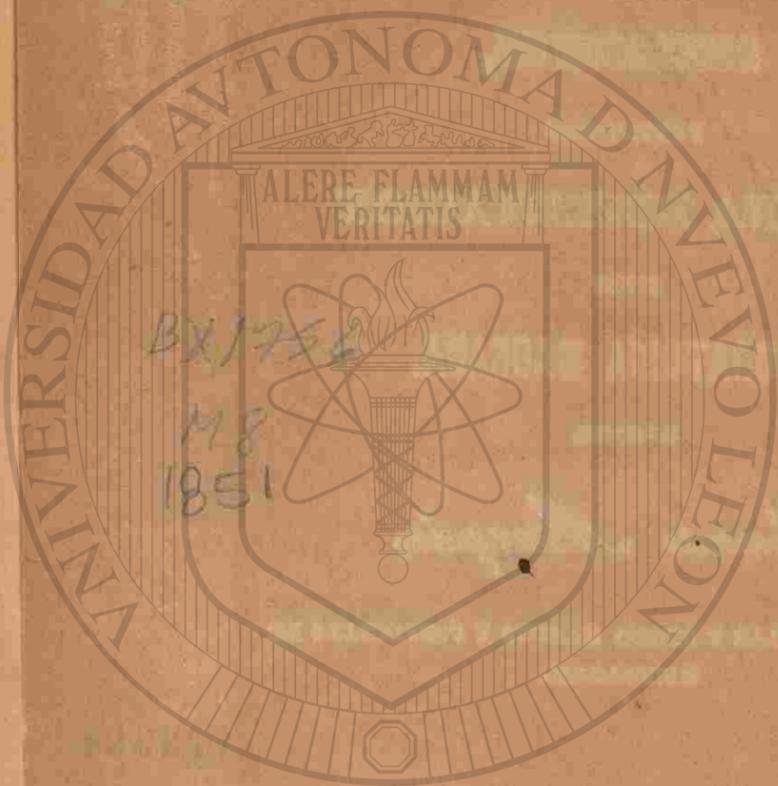
MORELIA.

Tipografía de Octaviano Ortiz, Plazuela de las
Ánimas, núm. 2.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

38132



DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA

AL ELLMO. SR. LIC.

D. JOAQUIN MADRID

DIGNÍSIMO OBISPO DE TENAGRA,

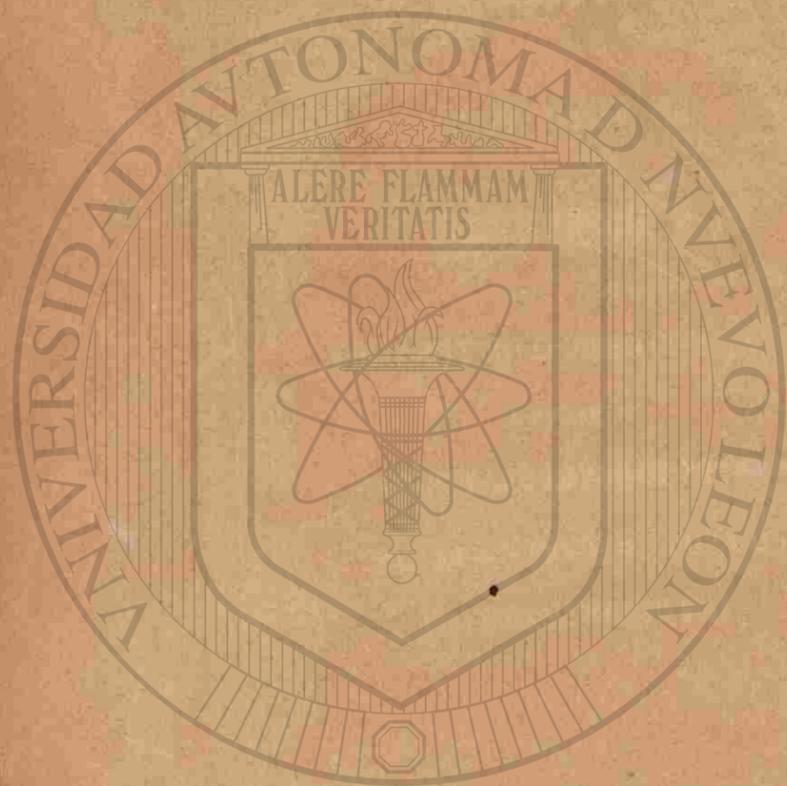
DEDICA

ESTOS ENSAYOS ORATORIOS

COMO UNA SINCERA EXPRESION

DE SU AFECTUOSO RECONOCIMIENTO

Clemente de Jesus,
Obispo de Michoacan.



DISERTACION

SOBRE

LA ELOCUENCIA RELIGIOSA.

ESCRITA

PARA SERVIR DE INTRODUCCION

AL CURSO TEÓRICO-PRÁCTICO DE ORATORIA SAGRADA.

C'est en Chaire, où d'un Dieu l'éloquence est l'organe;
C'est là qu'elle est sublime, et que la vérité
Semble émaner du sein de la Divinité.

MARMOUILLÉ. Discours sur l'éloquence.



DESDE la cuna del cristianismo, en que los discípulos del Salvador ostentaron á la faz de la tierra, en los primeros triunfos de la palabra santa, los augustos y sublimes destinos de la nueva Jerusalem, la elocuencia sagrada traspasó con mucho aquella órbita de poder que toda la antigüedad habia sentido bajo la influencia de sus mas grandes oradores, y que llegó á imprimir la marca del genio sobre los foros y tribunas para siempre célebres de Atenas y de Roma. A pesar de ciertas diferencias que algunas bellezas de pormenor podian presentar entónces para mantener la balanza suspensa por lo ménos bajo la mirada sagaz de la crítica, la revolucion inmensa producida en las ideas, en las doctrinas,

en las costumbres, en los sistemas religiosos y en las instituciones sociales por doce pobres pescadores, á quienes el mundo habia visto salir como de la nada, bien claramente descubria, que la elocuencia entraba en una nueva carrera, cambiando á la vez de origen, de elementos, de rango, de títulos, de destinos y aun de gloria. Era preciso haber visto desplomarse de hecho los templos y los altares del paganismo, y al patíbulo del Calvario atravesar en triunfo por un lago continuo de sangre la dilatada carrera de tres siglos; haber presenciado aquella sancion augusta y sublime que el dogma sacrosanto de la unidad de Dios recibió en la primera junta ecuménica de Nicea, saliendo de los labios de sus venerables pontífices al frente de un símbolo que tomando el vuelo del águila, pasó hasta los mas remotos paises, multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, y haciendo caer pueblos y reyes al pié de la cruz; observar cómo este símbolo, atravesando con magestad por la serie de las generaciones, ha llegado hasta nosotros con el esplendor de todas las glorias, con el respeto de todas las sociedades, con los magníficos tributos de todos los siglos; era necesario ver nacer al calor fecundo de esa elocuencia santa una filosofía nueva, una poesía nueva, artes nuevas, instituciones nuevas, y una humanidad enteramente trasformada: todo esto era necesario, repetimos, para poder mirar frente á frente esta elocuencia divina que ha hecho postrar ante los nombres de Pablo, de Agustín y de Bossuet al genio, al talento y la virtud.

¡Será extraño, en vista de todo esto, que la elocuencia sagrada lleve constantemente una noble y digna primacía entre todos los géneros de literatura que ha hecho nacer y progresar el arte sublime de la palabra? En sus primeros triunfos van á ver confundido con gloria su nacimiento casi todas las instituciones, y á ella debemos remontarnos para encontrar los primeros elementos de la civilización moderna. La elocuencia tribunicia y forense, que no quedaron en pié sobre el sepulcro de las antiguas instituciones políticas, á las cuales habian debido su origen, su carácter y su rango, tampoco podian salir de la esfera de los recuerdos á figurar con dignidad y aun con ventajas en sociedades tan diversas, si no se formulaban, digámoslo así, en el padron ilustre del cristianismo, tomando cierto aire de familia que dejara entre-

ver su comun origen con la elocuencia sagrada. El foro y la tribuna antigua quedaron en la historia, y su elocuencia pasó al *teatro* entre los modernos, haciendo palpar de esta suerte, que habia finalizado su época, no pudiendo figurar ya sin ironía en nuestros parlamentos y tribunales.

Mas esa misma elocuencia sagrada, que habia sido toda inspiracion en los labios de los profetas, cambió de rumbo y de carácter en los discursos del sacerdocio cristiano. En el plan de Jesucristo vemos constantemente dos órdenes combinados, el natural y el sobrenatural, y por esto, al estudiar su espíritu en la conducta del hombre, sorprendemos á cada paso en lo especulativo la razon y la fe, y en lo práctico la naturaleza y la gracia. He aquí porqué el genio, el talento, el saber y todas las demas cualidades del espíritu y las prendas del corazon entran á la parte con la mision divina y el carácter sacerdotal en el inmenso reporte de gloria que tienen á favor suyo sobre la admiracion y el reconocimiento de los pueblos las eminentes producciones del orador sagrado. He aquí porqué nos es lícito hacer figurar ese género entre los que honran y embellecen la gloria del espíritu: he aquí porqué la crítica tiene un diploma para juzgar del mérito literario y artístico en obras de esta naturaleza, fijar sus categorías y asignar á cada orador evangélico, con independencia de las virtudes y del celo, el rango que debe ocupar en la galeria de los hombres célebres por las varias dimensiones de su genio, los diferentes grados de sus talentos, la profundidad comparativa de su saber y la delicadeza y finura de su diccion. He aquí porqué en la república de las letras, como en el teatro de la sociedad, hai dos órbitas, dos poderes, dos autoridades igualmente permitidas por Dios: un legislador para los dogmas y las costumbres, y un legislador para las reglas y el arte; tribunales y censura para mantener en su pureza la moral y la fe, criterio y gusto para distribuir los asientos ó negarlos tambien en el recinto de la celebridad literaria.

Se ha visto por lo mismo en todas épocas con el mas vivo y grande interés el estudio y cultivo de la oratoria sagrada; y esto nos basta para entrar en materia sin detenernos á justificar previamente su importancia. Es nuestro ánimo observar en esta disertacion el verdadero genio de la elocuen-

cia sagrada, mostrar sus destinos y bosquejar su gloria: empeño difícil en verdad, pero trabajo que no será del todo estéril, si atinamos al ménos con algunos puntos dominantes á donde llamar el talento de la juventud que se prepara con el estudio de las ciencias eclesiásticas á ejercer el santo y glorioso ministerio de la palabra divina.

¿Cómo llegar á este resultado? Determinando con exactitud los principios constitutivos, la filiación propia y las relaciones universales de un género que, visto bajo todos sus aspectos, campea noblemente y sin rival en el vastísimo teatro de la literatura; pues encierra por una parte los inapreciables tesoros de la sublimidad, domina por otra en la región de los sentimientos, y se apodera sin esfuerzo de todas las facultades del hombre para subyugarle por la admiración, vencerle por el temor ó la esperanza, ganarle con las imágenes peregrinas de la virtud y la felicidad, haciéndolo entrar todo en el círculo de su pensamiento, y atando con lazos indisolubles á Dios con la humanidad, á la tierra con el cielo.

Tres cosas hai que estudiar en la elocuencia sagrada, para sentir los efectos de su poder, columbrar su rango y descubrir su genio. ¿Cuáles? Su existencia, sus relaciones y sus leyes. La reunión actual de sus atributos esenciales, el lugar entendido que ocupa entre todos los ramos cuyo conjunto forma el objeto común de la razón y la voluntad humana, y por último, las consecuencias legítimas de esta localidad lógica, en cuya expresión total reconocemos el código de la razón y del buen gusto: he aquí lo que debe observarse con escrupulosidad. Lo primero está representado en la misión divina del orador sagrado; lo segundo en la filosofía; lo tercero en la crítica literaria. Es visto, pues, que vamos á examinar la materia bajo este triple aspecto, considerando la elocuencia sagrada como una institución divina, como un agente de civilización, y como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

PRIMERA PARTE.

Mientras los hombres no estuvieron estrechados con otros vínculos que los puramente humanos, el inestimable privilegio de la palabra, reducido á la clase de un talento, ni tu-

vo mas teatro que el de las pasiones para lisongearlas, ni mas medios que la destreza en el persuadir, ni mas autoridad que la reputación literaria, ni otro fin que el interés particular de los ciudadanos, ó cuando mucho el exterior bienestar de las naciones. Jamas ocurrió á los antiguos que aquel resorte maravilloso pudiera merecer un destino mas elevado, ni ménos todavía el hacerle bajar inmediatamente de los cielos. Demóstenes en la república de Atenas y Cicerón en la de Roma, después de haber contrastado el primero desde la tribuna las fuerzas poderosas de Filipo, y abatido el segundo mil veces á los facciosos, ó, confundiendo la calumnia, vindicado la inocencia en el foro, murieron cubiertos de gloria, dividiéndose, al parecer, ya desde entonces los homenajes de admiración y reconocimiento de la posteridad inmensa que habia de sucederles. Incapaces empero de sospechar ni que pudiera extenderse más el círculo del orador, ni que la elocuencia fuera susceptible de nuevas perfecciones, creyeron acaso, al descender al sepulcro, haber cerrado juntamente al genio las avenidas ilustres de una mas eminente celebridad. A la vista de una decadencia tan grande como la que sufrió la oratoria, inmediatamente después que ya no sonó ni en el senado ni en el foro la voz elocuente de Tulio, se hubiera creído sin dificultad ninguna, que habia huido, para nunca volver, la edad de oro de la elocuencia. Hai mas: con los enemigos de Filipo y Antonio habian ya desaparecido aquellas formas populares; y sucediendo á la tribuna del pueblo el palacio de los Césares, tambien las voces de aquellos vehementes republicanos quedaron reemplazadas con la culta lira de Horacio, los compasados trinos de Virgilio sobremanera gratos al oído del vanidoso Augusto, y las quejas melódicas del poeta que desde las riberas del Ponto divinizaba á sus tiranos.

En una situación tan triste para la elocuencia, relegada ya de la capital del imperio, esta voz, pronunciada en un rincón de la Judea, se difunde como el trueno por todos los ángulos del mundo conocido. —“Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado (1).”

(1) Marc. Cap. 16, vv. 15 et 16.

cia sagrada, mostrar sus destinos y bosquejar su gloria: empeño difícil en verdad, pero trabajo que no será del todo estéril, si atinamos al ménos con algunos puntos dominantes á donde llamar el talento de la juventud que se prepara con el estudio de las ciencias eclesiásticas á ejercer el santo y glorioso ministerio de la palabra divina.

¿Cómo llegar á este resultado? Determinando con exactitud los principios constitutivos, la filiación propia y las relaciones universales de un género que, visto bajo todos sus aspectos, campea noblemente y sin rival en el vastísimo teatro de la literatura; pues encierra por una parte los inapreciables tesoros de la sublimidad, domina por otra en la región de los sentimientos, y se apodera sin esfuerzo de todas las facultades del hombre para subyugarle por la admiración, vencerle por el temor ó la esperanza, ganarle con las imágenes peregrinas de la virtud y la felicidad, haciéndolo entrar todo en el círculo de su pensamiento, y atando con lazos indisolubles á Dios con la humanidad, á la tierra con el cielo.

Tres cosas hai que estudiar en la elocuencia sagrada, para sentir los efectos de su poder, columbrar su rango y descubrir su genio. ¿Cuáles? Su existencia, sus relaciones y sus leyes. La reunión actual de sus atributos esenciales, el lugar entendido que ocupa entre todos los ramos cuyo conjunto forma el objeto común de la razón y la voluntad humana, y por último, las consecuencias legítimas de esta localidad lógica, en cuya expresión total reconocemos el código de la razón y del buen gusto: he aquí lo que debe observarse con escrupulosidad. Lo primero está representado en la misión divina del orador sagrado; lo segundo en la filosofía; lo tercero en la crítica literaria. Es visto, pues, que vamos á examinar la materia bajo este triple aspecto, considerando la elocuencia sagrada como una institución divina, como un agente de civilización, y como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

PRIMERA PARTE.

Mientras los hombres no estuvieron estrechados con otros vínculos que los puramente humanos, el inestimable privilegio de la palabra, reducido á la clase de un talento, ni tu-

vo mas teatro que el de las pasiones para lisongearlas, ni mas medios que la destreza en el persuadir, ni mas autoridad que la reputación literaria, ni otro fin que el interés particular de los ciudadanos, ó cuando mucho el exterior bienestar de las naciones. Jamas ocurrió á los antiguos que aquel resorte maravilloso pudiera merecer un destino mas elevado, ni ménos todavía el hacerle bajar inmediatamente de los cielos. Demóstenes en la república de Atenas y Cicerón en la de Roma, después de haber contrastado el primero desde la tribuna las fuerzas poderosas de Filipo, y abatido el segundo mil veces á los facciosos, ó, confundiendo la calumnia, vindicado la inocencia en el foro, murieron cubiertos de gloria, dividiéndose, al parecer, ya desde entonces los homenajes de admiración y reconocimiento de la posteridad inmensa que habia de sucederles. Incapaces empero de sospechar ni que pudiera extenderse más el círculo del orador, ni que la elocuencia fuera susceptible de nuevas perfecciones, creyeron acaso, al descender al sepulcro, haber cerrado juntamente al genio las avenidas ilustres de una mas eminente celebridad. A la vista de una decadencia tan grande como la que sufrió la oratoria, inmediatamente después que ya no sonó ni en el senado ni en el foro la voz elocuente de Tulio, se hubiera creído sin dificultad ninguna, que habia huido, para nunca volver, la edad de oro de la elocuencia. Hai mas: con los enemigos de Filipo y Antonio habian ya desaparecido aquellas formas populares; y sucediendo á la tribuna del pueblo el palacio de los Césares, tambien las voces de aquellos vehementes republicanos quedaron reemplazadas con la culta lira de Horacio, los compasados trinos de Virgilio sobremanera gratos al oído del vanidoso Augusto, y las quejas melódicas del poeta que desde las riberas del Ponto divinizaba á sus tiranos.

En una situación tan triste para la elocuencia, relegada ya de la capital del imperio, esta voz, pronunciada en un rincón de la Judea, se difunde como el trueno por todos los ángulos del mundo conocido. —“Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado (1).”

(1) Marc. Cap. 16, vv. 15 et 16.

Voz sublime y divina que elevando al hombre hasta la altura en que reside aquel que le sacó de la nada, le preparó ya desde entónces un imperio que, aunque tenia su principio en el tiempo, debia perderse en la eternidad. ¡Qué hermosa no se ofrece al espíritu semejante institucion que comete al dominio de un solo hombre lo que mas sorprende y admira sobre la tierra! No son ya las sectas orgullosas de la antigua filosofía quienes exaltando los triunfos de su razon se arrogarán el privilegio de renovar el entendimiento humano: la autoridad de Aristóteles y su maestro no resonarán en la Academia ó el Liceo para someter los espíritus acaso al dominio del error. Un hombre solo que comunica de un modo mui íntimo con su Criador recibirá inmediatamente de sus manos el rico depósito de las eternas verdades. El maestro no habrá menester de contar entre los discípulos de su escuela un genio bélico y emprendedor que lleve sus doctrinas por cuantos son los pueblos sometidos al poder de las armas: bastará que se abran los labios de un apóstol, obediente al influjo insinuante de la caridad, para que sus divinos oráculos salven las mayores distancias, triunfen de todos los tropiezos, penetren hasta lo mas íntimo del corazon; y uniendo por la fuerza del sentimiento mas sublime y consolador á los habitantes de todas las zonas y de todos los climas, mejoren la miserable y abatida condicion de la especie humana.

En esas palabras proféticas á par que sublimes, pronunciadas por el Salvador cuando habia salido ya glorioso y triunfante de su sepulcro; en ese discurso brevisimo que dirige á sus discípulos á la faz del cielo y de la tierra, magistrosamente colocado entre cuarenta siglos que le habian precedido, figurado en su historia, representado en su sacerdocio y anunciado por la voz de sus Profetas, y los nuevos é innumerables que le iban á seguir, llevando por todas partes su nombre y su doctrina; en esas palabras, repetimos, está formulada la noble y santa mision del orador evangélico, la constitucion divina del apostolado y el rango sublime de la elocuencia sagrada. Mas para sentir mejor el ser divino de un *arte* que no lleva este nombre sino por concecion, y mejor caracterizado quedaria con el nombre de *poder*, es necesario penetrar un poco mas en el sagrado texto, y

considerar lo que pasa entre Jesucristo y sus apóstoles en aquel dia solemne, eternamente célebre en los fastos de la Iglesia católica, en que el uso de la palabra recibió, digámoslo así, la imposicion de las manos, y consagrado por el Eterno Sacerdote, sancionado por el Redentor del mundo, tuvo ya el carácter indeleble de una institucion divina, que habia de mantener en activo y santo comercio hasta la consumacion de los siglos las tres grandes demarcaciones de la Iglesia universal, la que milita en el tiempo, la que se purifica mas allá del tiempo y la que reina con gloria en la eternidad.

I.

Llegado el dia señalado en los eternos decretos para constituir el ministerio de la elocuencia sagrada, los once discípulos que habian permanecido fieles, partiendo para Galilea, se dirigieron á la montaña, lugar del misterioso emplazamiento. Reunidos allí estaban, cuando viendo aparecer á Jesucristo, cayeron en tierra para rendirle sus tributos de adoracion. “Acercándose Jesus entónces, dice el Evangelista, les dirigió la palabra en estos términos: *A mi se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues, é instruíd á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos, que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1).”

Comencemos por observar todas las circunstancias que aquí se reunen para dar á las palabras de Jesucristo y á la situacion moral de los apóstoles un carácter extraordinariamente solemne: el tiempo, el lugar, la accion. Pudo sin duda Jesucristo haber hablado sobre esto y comunicado el sublime poder de la palabra desde que llamó al primer pescador, desde que tuvo el primer discípulo, desde que dió las primeras lecciones acerca del eterno designio de salud que le habia traído á la tierra: pudo hacerlo en la montaña, desde donde mostró á las turbas los títulos únicos con que podian aspirar á la bienaventuranza; pudo hacerlo en el

(1) Math. cap. XXVIII, vv. 18, 19 y 20.

Tabor, donde la voz del Padre, hiriendo el horizonte desde las alturas, consagró la palabra de su Unigénito, mandando que se le escuchase como al Hijo del Dios vivo; pudo hacerlo en el Cenáculo, donde bajando su grandeza hasta los piés de sus discípulos, para poder levantar hasta los cielos sobre las anchas y profundas basas de la humildad el edificio augusto de la virtud, caracterizó á los que habian de merecer el nombre de representantes suyos en la tierra; pudo hacerlo en el Calvario, pues que habia llegado la época profetizada por él mismo, de atraerlo todo á su persona, levantado él, como ya lo estaba, sobre la cruz, y revelado plenísimamente su poder en la independencía y soberanía con que iba á recibir la muerte, y en la magestad y ternura con que puso la corona de la inmortalidad sobre las sienes de un ladron arrepentido, momentos ántes de abandonar la tierra. Mas no lo verificó entonces; y como en la conducta del Verbo hai lecciones de insondable profundidad, no ménos en lo que deja de hacer que en lo que practica, encierra sin duda un pensamiento grande la eleccion del tiempo que escoge de intento para armar á sus ministros con el irresistible poder de la palabra divina. Este tiempo está situado entre su gloriosa resurreccion y su vuelta triunfante al reino de los cielos. Colocóse entre dos épocas de plenitud, por decirlo así: una en que se habia ya consumado para las doctrinas, para la lei, para el sacerdocio, para las costumbres, para el culto, para la humanidad, para el cielo y la tierra, la inmensa revolucion que, trayendo su origen desde el primer suspiro del hombre delincuente, habia de tocar á su término en el último suspiro del Salvador del mundo; y otra en que, árbitro ya de la creencia, como lo era de la vida y de la muerte, empezaban á correr los bellos siglos sobre la Esposa de los Cantares, la nueva Jerusalem, la santa Iglesia católica; en que se daba el primer paso por sus representantes y ministros hácia ese sendero de flores y de espinas, de gloria y de sangre, de tribulaciones y consuelos, de vicisitudes y de paz, que habia de mantener perdurablemente indelebiles las huellas del apostolado, para que pudiera decirse de generacion en generacion por cuantos estuviesen inspirados por la fe, la esperanza y la caridad: *¡Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bo-*

na! (1) ¡Cuán maravillosos y bellos los piés de estos que así atraviesan por el mundo, repartiendo, con las palabras que se desprenden de sus labios, los goces inefables de la paz y los inmortales bienes prometidos á la virtud!

Al contemplar ese instante solemne, al ver cómo en una fraccion tan pequeña del tiempo se recogen los siglos sin embarazarse ni confundirse, la imaginacion se inflama, y cree asistir al espectáculo mas sublime que puede presentar la historia en la serie de las grandes instituciones. Jesucristo marcha siempre entre siglos proféticos y siglos rendidos á su poder, entre generaciones que le esperan y generaciones que le adoran; y colocado en esa montaña de Galilea durante la época de que hablamos, se anuncia en medio de una corte inmensa, mostrándose al través de tantas glorias como vienen á aglomerarse sobre su persona augusta; habla con el tono único que debia sentar á su rango divino; manda con el reposado continente de quien domina sin obstáculo sobre la verdad y la virtud, sobre la inteligencia y el corazon, sobre el temor y la esperanza. Los apóstoles que reunidos allí estaban, no sabian lo que Jesucristo les iba á decir; pero mil veces habian visto la magestad en su frente, el poder en sus manos, y la naturaleza á sus piés: ignoraban el porvenir, y tal vez no comprendian lo presente; pero su rendida y tierna adoracion altamente convencia de que poseian la ciencia de lo pasado, y á la vista de Jesucristo, los siglos todos venian en tropel á apoderarse de sus almas, anunciándoseles como el Deseado de las naciones y el Salvador del mundo.

II.

Pasemos á contemplar la simple localidad. Esa montaña presente y ausente á un mismo tiempo al espectáculo del mundo, desde la cual podia mui bien distinguir cada discípulo su cuna de pescador, para poder inaugurarse en el nuevo reino con el título de Apóstol, y sentir la necesidad de andar siempre apoyado en el brazo de Jesus, para no desfallecer bajo el peso de tanta grandeza; ese lugar simbólico que determinaba tal vez las dimensiones y las distancias con que habia

(1) Rom. cap. X, v. 15. Vid. Is. cap. LII, v. 7.

de aparecer entre los cielos y la tierra la tribuna sagrada, para que la palabra que edifica bajase y no corriese, atrajese las miradas y el corazón en vez de caminar con ellos paralela, y todo esto asociado allí mismo el orador con Jesucristo, para que quedasen reconocidos y fuesen respetados esos derechos eternos que, siempre embestidos por adversarios, no han cedido jamás ni bajo la cuchilla de los verdugos, ni ante la magestad de los reyes, ni á la ironía de los filósofos; esa altura desde donde habian de predicarse las cosas que se escuchan al oído, sin otra preparacion que una venda misteriosa en la inteligencia y una confianza ilimitada en el corazón; esa montaña, repetimos, colocada en la soledad para independerse de la tribunas profanas repartidas en el foro, á fin de que la palabra de Dios nunca bajase á contender con la palabra del hombre, ni los miserables intereses de la celebridad y el talento arrastrasen la inspiracion divina y la mision venerable al tribunal de la literatura y de la crítica con mengua de aquel principio sublime que radica en una lei con admirable discrecion los derechos de Dios y los del César: esa colina santa y misteriosa, volvemos á decir, nos presenta el recinto en que se inaugura el reino de la elocuencia sagrada rodeado de magestad, respetable como una tierra bendita, bañado con el esplendor de los cielos, y dominando toda la tierra.

III.

¿Y el movimiento de la accion? ¡Ah! ¡qué sencillo para la historia! pero ¡cuán significativo para la religion! ¡qué sublime para la filosofia!

La obediencia, el respeto, la sumision, docilidad y fe de los discípulos, simbolizaban sin duda los grandes atributos morales del sacerdocio católico, y sobre todo ese desprendimiento magnánimo de la propia luz y de la propia fuerza, esa noble abnegacion del saber y de la inteligencia, que da tanto valor á los discursos del ministro evangélico. La puntualidad en Jesucristo parecia representar su asistencia continua, siempre que se tratase de volver por los intereses de su gloria y de su Iglesia, ya cuando se contendiese con los errores, ya cuando se atacasen los vicios, ya por último cuan-

do se afrontase con fortaleza y esperanza la mas desecha persecucion. Pudo comprenderse allí el sentido práctico de aquellas palabras con que Jesucristo habia querido prevenir la razon y la voluntad de sus ministros, para que no fuesen á vacilar por el sentimiento de su poca elocuencia, en las grandes situaciones que les redujesen al estrecho de imponer silencio á los enemigos de la religion con el irresistible poder de la palabra evangélica. “En la presencia de los magnates y frente á frente de los reyes, dejad correr la inspiracion por vuestros labios, sin deteneros á pensar lo que habéis de decir. Tened fe en la promesa que os hago de no abandonaros un solo instante. El esplendor de mi espíritu inundará vuestras almas, la sabiduría del Verbo llenará vuestros discursos; porque no seréis vosotros, en verdad, quienes hablaréis entónces, sino el Espíritu de luz y de fuerza, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de uncion y de poder será quien dirija vuestra razon y gobierne vuestros labios. Descuidad enteramente de las formas; ellas vendrán siempre á enseñorearse de las situaciones; y miéntras vuestra palabra humilde abate á los enemigos de mi gloria, el cielo bendecirá vuestros trabajos, y el mundo mismo aplaudirá vuestras conquistas (1).

El alma que contempla ese cuadro á la luz de la historia y de la fe, se rinde y avasalla bajo el movimiento, único aunque invisible, que se agita en la accion de ese drama misterioso, en que va á sancionarse para siempre la existencia religiosa, moral y divina de la palabra.

En estas circunstancias Jesucristo rompe el silencio, y dirigiéndose á sus apóstoles, comienza inculcándoles la idea fundamental que habia de servir de base al noble y magestuoso edificio que iba á levantar en la tierra, inspirado por su caridad ardiente y movido por el celo de la gloria de su Padre. Trátase de inaugurar en el mundo, como una institucion divina, la elocuencia sagrada; pero la elocuencia es toda poder, porque el poder es todo inteligencia y accion moral. Si se tratara de mover las enormes masas que parecen desafiar toda la fuerza, esa materia bruta que gravita sobre la tierra; la Mecánica lo haria todo, y no habria que

(1) Math. cap. X, vv. 19 y 20. Version parafrástica. Véase el texto.

pensar sino en la perfeccion de las máquinas, para suplir con ventajas la fuerza del hombre. Mas trátase de mover á este mismo, de impulsar en un sentido dado á los seres inteligentes y libres: empresa gigantesca en verdad, y realizable únicamente por el desarrollo de la fuerza mas poderosa que se haya conocido en la tierra. Si imagináis vencer la voluntad humana con la aplicacion física de un aparato material, vuestra tentativa será inútil y aun tocará en el ridículo: la fuerza material hace víctimas; pero nunca produce convicciones ni movimientos espontáneos. Si pues la fuerza debe ser proporcionada en todo sentido á la resistencia, visto es que no se triunfa de la voluntad humana sino abriéndose paso por la razon, que siempre la mueve, ya suscribiendo á las pasiones, ya enfrenando sus ímpetus. Trátase, lo repetimos, de dar á la persuacion un reino y un destino, de constituir definitivamente esa sociedad terrena y celestial á un tiempo mismo, en que figuran la razon y la fe, la voluntad y la gracia, ya como rivales, ya como seres que unidos y subordinados en su esfera, mantienen y fecundan sus relaciones íntimas, sirviéndose del oido como de un conducto, y empleando la palabra como un ministerio. La elocuencia, considerada en sí, tiende al convencimiento y camina por el sendero de la razon: su genio es tan antiguo como el hombre, sus vicisitudes han andado siempre por la carrera del corazon humano, y su historia no era nueva, todo el mundo lo sabe, cuando Jesus procedió á constituirla en el sentido de que se trata. Mas esta historia no era mas que la historia de la palabra humana, y la elocuencia religiosa no es la palabra humana. Notorio tambien es, y de ello dan un testimonio completo los libros santos, que Dios se habia dignado hablar á los hombres. Este lenguaje tenia pues una historia; mas era la historia de la palabra divina, y la elocuencia sagrada no es solo palabra divina. En los discursos del sacerdote católico no habla solo el hombre; sino Dios por el hombre y el hombre en Dios. La elocuencia sagrada es siempre la palabra; mas la palabra en su robustez, en su edad madura, en su perfeccion definitiva, en su plenitud filosófica, social, histórica y religiosa al mismo tiempo: es la palabra; mas la palabra constituida, la palabra dominando todas las relaciones de la inteligencia y del cora-

zon, la palabra admitida en el cielo y en la tierra; es, como si dijéramos, para suplir de algun modo la insuficiencia de nuestros limitados idiomas, la encarnacion del *verbo* divino en el *verbo* humano; es la inmensa expresion de Dios, del hombre, de sus relaciones, de su historia, de su naturaleza y de sus destinos; es la palabra que no tiene dimensiones conocidas, es como la palanca de Arquímedes, si queréis, pero felizmente realizada é infinitamente excedida, puesto que mueve dos mundos, obrando junta y soberanamente sobre el tiempo y sobre la eternidad: porque tanto quiere decir elocuencia sagrada como palabra católica, y esta quiere decir tanto como universalidad en su mas grande plenitud.

¿Qué se necesitaba pues, para plantar semejante institucion en la tierra? Un predominio incuestionable sobre todo, la influencia directa de Dios; y por tanto, el empleo de un sistema de medios que traspasara con mucho la órbita de la posibilidad humana. He aquí porqué Jesucristo comenzó anunciando su poder sobre los cielos y la tierra, cuando ya quiso trasmitir á sus apóstoles el derecho de hablar en su nombre á todo el mundo. *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra.*

¿Qué resta ya? Manifiesto su poder, solo se trata de que indique su voluntad: porque si le ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra, puede sin duda alguna todo lo que quiere. Para fijar pues el carácter histórico de la mision que nos ocupa, poniendo fuera de toda disputa su existencia y su constitucion esencial, basta sin duda inquirir á este propósito la voluntad soberana de Jesucristo. Esta voluntad se manifiesta mui altamente en las palabras que pronuncia tan luego como acaba de hacer una declaracion tan solemne de su poder omnímodo sobre los cielos y la tierra. Su transicion, rigurosamente lógica, nos convence del enlace íntimo que tendrán por todos los siglos con su poder divino la autoridad del predicador y los efectos de la elocuencia religiosa. Sírvese por lo mismo de una palabra empleada unánimemente como la expresion del vínculo que media entre los principios y sus consecuencias lógicas; sírvese de la palabra *pues* correspondiente al *ergo* latino: *Euntes, ERGO, docete omnes gentes &c.* como si dijese: "Arbitro soi en los cielos y en la tierra, porque otorgado me ha sido todo

poder: Id, *pues*, recorred todo el universo, llevad vuestros pasos por todos los climas habitados, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." He aquí la mision del orador sagrado, la constitucion eclesiástica de la elocuencia, la consagracion de la palabra del hombre por la palabra de Dios, el vasto imperio de la razon y de la voluntad gobernado por la fe y por la gracia mediante el ministerio católico: ministerio de palabra, porque la fe entra por el oido, como dice San Pablo; ministerio de palabra, porque la gracia comunicada por el empleo exterior de la materia se formula en las palabras del ministro; ministerio de palabra, porque sin ella no existe comercio entre el arrepentimiento y el poder para perdonar, y este poder es una condicion esencial en la Iglesia para crear la inocencia por la aplicacion del bautismo, ó restaurarla por el ejercicio del ministerio que representa en la tierra la accion de la misericordia divina.

Tal es la mision de la elocuencia. De esta manera la hemos visto descender de los cielos: réstanos ahora observar la noble magestad con que abre su marcha, y cómo se enseñorea de todos los elementos de accion que ofrecerla puede toda la humanidad, estudiar el grande objeto con que ha sido instituida, calcular sus efectos, descubrir las garantías del noble primado que ejerce en cuanto pertenece al dominio de la palabra, y computar, si es posible, la duracion de su influjo sobre los destinos del género humano. Como el reino de Jesucristo, la elocuencia sagrada no es de este mundo, pero aquí tiene trazada por el eterno Geómetra la esfera de su accion, aquí desenvuelve su poder, aquí realiza sus magníficos planes de felicidad, sometiendo a la fe la razon de los sabios, é inclinando bajo el yugo de la lei divina la osada frente de los potentados de la tierra. Precisemos pues nuestras ideas acerca de la accion de la elocuencia evangélica sobre la pauta de estos grandes objetos, pues que nada ménos se necesita, para formarnos una idea mas universal y grandiosa de la mision sublime de la palabra santa.

IV.

La elocuencia sagrada, lo mismo que la profana, tiene por

blanco el corazon humano; mas obra con fuerzas, en direcciones y sentido mui diversos al desarrollar toda su accion. La elocuencia del hombre domina, es cierto, la voluntad; pero aliándose siempre con las pasiones: su táctica bastante conocida, es triunfar de unos intereses con otros, de unas esperanzas con otras, de unos sentimientos con otros: mas las armas se fabrican de ordinario en el arsenal del corazon, y las fuerzas contendientes son siempre de la tierra. No así la elocuencia sagrada. Atrevida tanto como excelsa, rige las pasiones sin aliarse con ellas, subyuga los sentimientos, sin lisongear las inclinaciones culpables: viva, eficaz, penetrante mas que una espada de dos filos, se abre camino por entre los mas recónditos arcanos del alma, por entre los senos mas inaccesibles del corazon, hácia las profundidades de las miras y de los pensamientos: gana victorias enriqueciendo á los vencidos con todos los despojos de la guerra; y todo esto sin producir el dolor, y ántes bien, empleando siempre aquella inefable dulzura, aquella fuerza de insinuacion irresistible tan enérgicamente descrita por el Apóstol (1).

La palabra *abnegacion*, esa palabra que puede considerarse como la enseña de la moral cristiana, y que tantas veces ha helado la sarcástica risa en los labios del mundo; esa palabra que rinde la voluntad á la lei eterna, que humilla la inteligencia delante de la fe, y que hace andar á la humanidad por la carrera del sacrificio: esa palabra que en su inflexible severidad ni tiene concesiones mas que para la virtud, ni promesas mas que para la inocencia ó el arrepentimiento, ni dicha verdadera sino para las lágrimas y la tribulacion: esa palabra que desconcierta la inteligencia, humillando las teorías ante el cuadro vivo de los héroes cristianos; que parece esparcir el terror sobre la misma naturaleza, sometiendo sus movimientos mas expansivos á la importante severidad de la moral católica: he aquí lo que la elocuencia sagrada exige siempre del corazon del hombre. Nada reconoce grande fuera de Dios; y cuando el entusiasmo de la gloria mundana tiende á relajar sus derechos, ella abre los sepulcros ante los pueblos y los

(1) Vivus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti: et pertigens usque ad divisionem animæ ac spiritus compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum, et intentionum cordis.—*Epist. ad Hebr. cap. IV, v. 12.*

reyes, y nubla la frente de los espectadores al descorrer en su presencia el inevitable término de todas las grandezas humanas. Exáltase, como para menguar sus títulos, al vasallaje de la razón, el poder de la razón misma con el brillo del talento, los progresos de las ciencias y de las letras, la antigua y vasta carrera de los descubrimientos; mas ella entonces retirando los límites del horizonte y haciendo pasar la revista por esas mil vicisitudes con que aparece la inteligencia en el curso de los siglos, amontonando esos escombros, digámoslo así, donde se revuelven confundidos y olvidados los partos momentáneamente célebres, y las teorías pasajeramente famosas, y los descubrimientos fugitivamente admirados, fija en Dios el asiento de la verdad, reconcentra en las virtudes los atributos de la sabiduría, y hace caer ante su símbolo todos los prestigios de la imaginación y todas las creaciones del genio. *Lo que no está conmigo es contra mí*; dice, y la historia del entendimiento humano viene á franqueársela toda para rendirla iguales pruebas con las épocas de decadencia y las épocas de progreso, con los tiempos oscuros y los mas brillantes siglos. Porque ella ha probado constantemente, que el principio católico de donde parte es "luz cuando preside á las nobles tareas de la razón humana, y sentimiento cuando se asocia á las conmociones mas íntimas del corazón;" (1) que la verdad está en ella, porque Dios es el autor de la verdad; que la fe no desconcierta sino dirige la razón, y por último, que el poder de vencerse á sí mismo en pro de la verdadera felicidad no tiende á destruir sino á robustecer, afirmar y engrandecer el vigor del carácter. En suma, la elocuencia profana obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con ella misma; la elocuencia sagrada obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con Dios y con el hombre. ¿Queréis apreciar las dimensiones de su esfera en el orden de la inteligencia? Buscad sus límites en la extensión inmensa que le presentan por una parte los dogmas y las ciencias, por otra parte la revelación y el discurso, y por último la razón y la fe. ¿Queréis computar su movimiento en la vasta carrera de la conducta? Apreciad la fuerza motriz que se halla toda en la

(1) Chateaubriand.

naturaleza y la gracia. Tal es la esfera de acción de la elocuencia evangélica: el hombre con su naturaleza, el mundo con su historia, la humanidad con sus destinos, la Providencia con su plan, la Iglesia con su autoridad, Dios con su poder: nobles y sublimes atributos recogidos en estas preciosas palabras: *Enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Si quisiéramos reducirnos á una sola palabra, diríamos que el objeto de la elocuencia es el *hombre*; pero habiéndolo dicho todo, no habríamos explicado nada: porque el hombre es tambien objeto de las ciencias, de las artes y de la legislación. Innecesarias para Dios, y dirigidas á la inteligencia, jamas hubieran salido estas de la nada sin el hombre, y volverian á la muerte sin el hombre. Ciencia es *verdad comprendida*, y no *verdad esencial*; y por lo mismo nuestro concepto es exactísimo, pues que subsiste con total independencia de la existencia y condiciones inmortales de la verdad. Dirémos pues, que el objeto de la elocuencia sagrada es el hombre; pero el hombre con las vicisitudes de su historia, las contradicciones de su naturaleza, y la inmortalidad de sus destinos; el hombre criado para el cielo y arrastrado constantemente á la tierra, formado para la virtud y humillado por los vicios, colocado bajo la lei y extraviado de esta carrera por las pasiones: el hombre alternando siempre entre las sombras y la luz, entre los errores y la verdad; el hombre resignando su grandeza con su fe, y empañando su estirpe con su orgullo; el hombre por último, colocado entre Dios y su voluntad corrompida, impelido por mil fuerzas contradictorias, y presentando siempre sus dos faces en la grandeza de sus destinos y en la miseria de su condicion presente. El hombre así considerado es el hombre moral, el hombre en acción, y su corazón en último análisis la inmensa masa que debe agitar y mover constantemente la palabra del orador evangélico. Obra pues la elocuencia sagrada sobre la inteligencia, la libertad y la voluntad humana, con la fe, con la gracia y con la lei; la fe representada en la doctrina, la gracia en el bautismo y los sacramentos, la lei general en el precepto impuesto por aquel que estableció en la tierra esa misión divina. El objeto intelectual del orador sagrado está manifiesto en la primera cláusula de su diploma evangélico:

enseñad (docete): el objeto moral en el bautismo: *baptizantes eas in nomine Patris &c.* y el objeto legal por último, en la dirección de la conducta según los preceptos impuestos á los hombres por Jesucristo: *docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis.* ¡Cuán sublime aparece á los ojos de la religión y de la filosofía, y cómo predomina en el campo de la historia por las dimensiones colosales de su objeto esta institución que somete al imperio de la palabra santa la ruda inteligencia de las masas, las esclarecidas luces del talento, los tesoros del saber y los arranques atrevidos del genio! ¡esta institución celestial, que al través de los errores, y por entre las densas borrascas del corazón humano, conserva inalterable el poder de los principios, y contiene en su carrera de perdición á toda la humanidad impelida por la ruta de las pasiones. ¡Con cuánta destreza esgrime todo género de armas! ¡con qué inimitable maestría maneja y rige los resortes del corazón! Ya consideremos este objeto por el lado de las doctrinas, ya vengamos á colocarle bajo un aspecto exclusivamente moral, ya recojamos todas sus partes en un solo punto para considerar el cuadro con que se manifiesta el todo, nuestra razón vencida, nuestra inteligencia subyugada, nuestra imaginación presa, rinden, sin apercibirse de ello, todo el vasallaje que es debido á la palabra de Dios en la palabra del hombre, y que por derecho corresponde á la elocuencia del orador sagrado.

Para formarnos una idea completa de todo el poder que ha desarrollado ella por el primero de sus objetos, y calcular, si nos es posible, su fuerza dogmática, preciso es recordar el imponente aparato de sus doctrinas, el majestuoso conjunto de esos atributos con que se colocan bajo los labios del orador todas las verdades del cristianismo. Sublimidad, unidad, universalidad, santidad, eternidad, por último: he aquí sus títulos. La verdad religiosa enseñoreándose del mundo: he aquí su historia. Cuarenta siglos corrieron para realizar dos ensueños de la antigua filosofía, instituir una escuela dogmática, y generalizar los conocimientos morales por todas las clases de la sociedad. ¡Qué resultado? Dos cosas contrarias: los filósofos en guerra continua, y los pueblos en barbarie constante. ¡Y la palabra docente del cristianismo? Ha hecho dos cosas también: instituir la filosofía y

civilizar los pueblos. Guerras de inteligencia existen aún, porque la mediocridad, la envidia y el orgullo no pueden estar ociosos; pero el verdadero filósofo no tendrá ya que andar al rigor de los elementos sin hallar un asilo, como sucedía en otros tiempos. Hoi, á la vista de la anarquía entre las doctrinas, vierte una lágrima ó lanza una sonrisa, según su genio; pero vuelve la espalda, y con solo esto se encuentra en su patria, en su albergue y en su escuela: prosigue sin afán su infatigable carrera de investigación, ilustra á sus contemporáneos, sorprende al mundo y se cubre de gloria; y esto donde quiera que se halle; porque los ejes de la tierra están clavados hoi, permítasenos la frase, en los muros del catolicismo. Si viniesen á decirnos ahora los filósofos con toda su algarabía, que el mundo está á oscuras, que es necesario regenerar la inteligencia, triunfariamos de ellos ante el buen sentido con tres minutos de contienda: llamariamos á un aldeano ó á un niño; les haríamos tres preguntas, una sobre Dios, otra sobre el hombre y otra sobre la lei; y convirtiéndonos á las turbas beligerantes: *ved, las diríamos, ese niño, ese aldeano saben mas que Platon.*

V.

El mismo objeto de la elocuencia sagrada viene á servir de medida y número á nuestra inteligencia para descubrir su prodigiosa universalidad y calcular su duración. “Reunir á los hombres en un templo para instruirlos en sus deberes; establecer concurrencias públicas de conversaciones profundas entre la religión y la conciencia; contrabalancear la impunidad de lo presente con la justicia de un incierto y oscuro porvenir; combatir los vicios, despertar la fe, mover el corazón, subyugar la voluntad, encadenar todas las pasiones bajo el yugo de la lei por los lazos mas íntimos de los intereses eternos; descubrir á los oyentes el tribunal supremo de la justicia, los asilos de la humanidad afligida, las cabañas, los sepulcros, los abismos de la eternidad; obligar á cada uno á que tome respecto de sí mismo el doble carácter de acusador y juez en el profundo secreto de su espíritu y la soledad de sus remordimientos: tal es, en concepto del Car-

denal Maury, el verdadero cuadro de la elocuencia del púlpito (1).

¿Quién puede considerarse exento de pertenecer á esta institucion divina que interviene al mismo tiempo la razon y la voluntad, que entra en lo mas profundo de la conciencia, é interesa en todo sentido el corazon humano? ¿quién, al hacer su carrera por la vida, no ha sentido alguna vez la necesidad imperiosa de entablar un comercio íntimo entre la eternidad y el tiempo relativamente á los destinos de su ser? ¿Quién, á la vista de esas escenas de la naturaleza, sorprendiendo las decoraciones de otro mundo, no ha experimentado la irresistible tentacion de abismarse en las sombras del misterio, de consultar los arcanos del sepulcro, de interrogar al porvenir acerca de su propio destino? ¡Ah! el hombre siempre es hombre, y muchos siglos ántes que el Evangelio brillase por el orbe, el corazon humano tenia una historia bastante conocida, tendencias religiosas muy señaladas, y por lo mismo, disposiciones felices para venir á colocarse bajo el dominio de la palabra santa. Dijose con mucha verdad, que *el mundo estaba sentado en las tinieblas y á las sombras de la muerte*: porque á pesar del grande movimiento de las sociedades antiguas, del incansable afán de los filósofos y de la voz de los poetas, la razon habia perdido su brújula con la lei de la naturaleza, el hombre su mirar con la oscuridad profunda de su destino, el culto su carácter con las abominaciones indecibles del paganismo, y la voluntad su aplomo con los innumerables vicios que tenian á la vez ulcerado y encallecido el corazon. El mundo estaba sentado á las sombras de la muerte; y la sociedad no podia figurar de nuevo en la escena de la vida sino por una especie de resurreccion universal. Una voz era necesaria para la humanidad entera, pero esta voz no podia salir de los sepulcros. De pronunciarse habia por un heraldo celestial, por un ministro que fuese capaz de abarcar en su discurso las relaciones, las diferencias y las condiciones diversas del tiempo y de la eternidad. Solo una voz de esta naturaleza podia suscitar de nuevo á la vida de la verdad, de la religion y de la virtud, por medio de una luz directamente

(1) Véase su obra: *Essai sur la eloquence de la Chaire*, § I, de donde hemos tomado en extracto estas ideas.

venida de las alturas, á todos aquellos que en la última pos-tracion de sus fuerzas morales, rendidos al cansancio de sus viejos crímenes, adormecidos ya por su misma fascinacion, estaban sentados, como el Profeta dice, á las tinieblas y en las sombras de la muerte. He aquí por qué la mision de los apóstoles no reconoce mas límites que los términos del orbe, (*ite in universum mundum*) y por qué la humanidad entera vino á componer el inmenso auditorio del orador sagrado.

“El hombre que habla es el enviado del cielo, y por la santidad de su carácter parece llevar sobre su frente el nombre de Dios de quien es ministro: la causa que defiende es la de la verdad y la virtud; sus títulos son los derechos del hombre, la lei de la naturaleza grabada en todos los corazones, y la lei revelada, escrita y consignada en el depósito de los libros santos; los intereses que le agitan son los del cielo y de la tierra, los del tiempo y de la eternidad; en fin, los clientes que reune al rededor de sí, y como bajo sus alas, son la naturaleza, cuyos derechos defiende, la humanidad, cuyas injurias venga, la debilidad, cuyo reposo y seguridad protege, la inocencia, á quien presta una voz suplicante para desarmar la calumnia, ó bien acentos terribles para infundirles el horror y sobresalto del crimen: la infancia abandonada, para quien busca en el auditorio corazones paternales, la vejez adolorida, la tímida indigencia, la gran familia de Jesucristo, los desdichados, en cuyo favor comueve las entrañas del rico y del poderoso.”

“Un corto número de verdades terribles para los malos, y consoladoras para los buenos, un Dios justo á quien todo está presente y que castiga ó recompensa; el tránsito de la vida á la eternidad; el momento de este tránsito tan imprevisto como inevitable; la soledad del alma despues de la muerte delante de su Juez; una balanza exactísima donde se pesan fielmente sus buenas ó malas acciones; la revelacion solemne de la conciencia de todos los hombres en el juicio universal; un abismo de penas destinado á los culpables; una fuente inagotable de ventura reservada á los justos; el mundo que engaña y que pasa; el tiempo que rueda presuroso en el seno de la inmóvil eternidad; la vida con todos sus placeres, arrebatados como átomos por este torbellino devorador; las generaciones humanas sumergidas en este oceano inmenso; Dios

solo que resta y las aguarda: he aquí, las grandes palancas de la elocuencia evangélica.”

“Tambien tiene pasiones que mover: el temor, para turbar la seguridad de los malvados; la compasion para mover al hombre sensible en favor de sus hermanos; la indignacion para proscibir y degradar los ejemplos de una prosperidad culpable; la vergüenza, para humillar al hombre vicioso y soberbio, á la vista de su bajeza, de su oprobio y de su nada.” (1)

Algunos espíritus alucinados por el progreso de los intereses materiales de nuestros tiempos, por el brillante y seductor aspecto de las nuevas teorías han creído sorprender en el cuadro de la época signos infalibles de una decadencia próxima para la elocuencia sagrada; y déjase ya entender, que no discurren de esta manera, sino porque suponen ventajosamente contrabalanceado con el orden puramente físico, los intereses materiales y la ruidosa boga de una literatura bastarda el inmenso poder del catolicismo. ¡Insensatos! Mientras haya instintos en la razon para buscar la verdad, mientras el arrepentimiento y la esperanza ocupen algun lugar en el drama de la vida, mientras los recuerdos y el porvenir saquen al hombre de la escena transitoria para fijarle en el teatro de la realidad, mientras la paz interior no haya perdido sus encantos, las miserias tengan un asilo, las lágrimas alguna representacion y el cielo algunos suspiros en la tierra, la Iglesia tendrá hijos, sus predicadores oyentes, y su elocuencia admiradores y apasionados.

Mas, ¿para qué buscar esta clase de argumentos? La palabra del orador sagrado cuenta con una promesa superior á todas las previsiones y temores humanos, porque está garantida nada ménos que por la palabra del Hombre-Dios. *Estad seguros*, dijo Jesucristo, *de que yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (2) La elocuencia sagrada no dejará pues de existir sino cuando la voz de Dios haya vuelto á la nada el último minuto del tiempo.

SEGUNDA PARTE.

Si la filosofía, como ha dicho un autor de estos últimos tiem-

(1) MARMONTEL. *Elemens de litterature Art. CHAIRE (eloquence de la).*

(2) S. Mat. cap. XXVIII, v. 20.

pos, es la tendencia reflexiva del hombre hácia la sabiduría; si la sabiduría es la razon gobernando la práctica por la teórica, la verdad revisando el bien en todos nuestros actos, la ciencia aplicada á la direccion de la vida humana; si la ciencia tiene por oficio propio dirigirnos, llamando sus investigaciones todas á la cuestion capital de nuestro último fin; (1) ¿quién puede disputar su eminente primado en la escala de la civilizacion á esta palabra de verdad y de vida que, atrayéndolo todo á la perfeccion moral de la especie humana, para volverlo todo hácia el pensamiento supremo que domina en el designio de la creacion, nunca se mueve, digámoslo así, sino en esa línea siempre recta tirada de Dios á Dios, por donde el hombre camina siempre que pártese de su principio para encaminarse á su último fin? Grite y declame cuanto quiera esa filosofía bastarda que tiende á sacarlo todo de sus quicios, ántes de Jesucristo el génio tenia sus glorias, la ciencia sus prestigios y las artes culto y admiradores; pero ninguna de estas cosas habia podido reconocer á un comun centro de relaciones, caer bajo el dominio de la unidad, ni ménos todavía depurar el sentimiento moral en el vário sistema de las costumbres: la civilizacion era un *desideratum* para el mundo en todo sentido. Ciencias, artes, literatura, política, legislacion, sociedad, pueblos, gobiernos, &c., &c., todo estaba por civilizar, y no lo probamos aquí, porque una simple disertacion niega el asilo á mil páginas de la historia: porque la historia de todas estas cosas es lo que debia servirnos de prueba, y porque el sentido comun ilustrado por los desengaños testimonia por aclamacion esta verdad histórica: LA FE HA CIVILIZADO AL MUNDO.

La elocuencia sagrada situada exactamente entre los atributos de Dios y las necesidades del hombre, maneja con soberania todas las relaciones que median entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, es decir, la suma total de las relaciones que atañen á la inteligencia y al corazon. ¿Cómo entender esta filosofía? ¿Acaso como la aplicacion del entendimiento al sistema universal de las relaciones? Vedla en la elocuencia sagrada. ¿Como la tendencia de la razon al bien por los senderos de la sabiduría y de la virtud?

(1) GIBON. (M. A.) *Cours de Philosophie, Chap. préliminaire.*

solo que resta y las aguarda: he aquí, las grandes palancas de la elocuencia evangélica.”

“Tambien tiene pasiones que mover: el temor, para turbar la seguridad de los malvados; la compasion para mover al hombre sensible en favor de sus hermanos; la indignacion para proscibir y degradar los ejemplos de una prosperidad culpable; la vergüenza, para humillar al hombre vicioso y soberbio, á la vista de su bajeza, de su oprobio y de su nada.” (1)

Algunos espíritus alucinados por el progreso de los intereses materiales de nuestros tiempos, por el brillante y seductor aspecto de las nuevas teorías han creído sorprender en el cuadro de la época signos infalibles de una decadencia próxima para la elocuencia sagrada; y déjase ya entender, que no discurren de esta manera, sino porque suponen ventajosamente contrabalanceado con el orden puramente físico, los intereses materiales y la ruidosa boga de una literatura bastarda el inmenso poder del catolicismo. ¡Insensatos! Mientras haya instintos en la razon para buscar la verdad, mientras el arrepentimiento y la esperanza ocupen algun lugar en el drama de la vida, mientras los recuerdos y el porvenir saquen al hombre de la escena transitoria para fijarle en el teatro de la realidad, mientras la paz interior no haya perdido sus encantos, las miserias tengan un asilo, las lágrimas alguna representacion y el cielo algunos suspiros en la tierra, la Iglesia tendrá hijos, sus predicadores oyentes, y su elocuencia admiradores y apasionados.

Mas, ¿para qué buscar esta clase de argumentos? La palabra del orador sagrado cuenta con una promesa superior á todas las previsiones y temores humanos, porque está garantida nada ménos que por la palabra del Hombre-Dios. *Estad seguros*, dijo Jesucristo, *de que yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (2) La elocuencia sagrada no dejará pues de existir sino cuando la voz de Dios haya vuelto á la nada el último minuto del tiempo.

SEGUNDA PARTE.

Si la filosofía, como ha dicho un autor de estos últimos tiem-

(1) MARMONTEL. *Elemens de litterature Art. CHAIRE (eloquence de la).*

(2) S. Mat. cap. XXVIII, v. 20.

pos, es la tendencia reflexiva del hombre hácia la sabiduría; si la sabiduría es la razon gobernando la práctica por la teórica, la verdad revisando el bien en todos nuestros actos, la ciencia aplicada á la direccion de la vida humana; si la ciencia tiene por oficio propio dirigirnos, llamando sus investigaciones todas á la cuestion capital de nuestro último fin; (1) ¿quién puede disputar su eminente primado en la escala de la civilizacion á esta palabra de verdad y de vida que, atrayéndolo todo á la perfeccion moral de la especie humana, para volverlo todo hácia el pensamiento supremo que domina en el designio de la creacion, nunca se mueve, digámoslo así, sino en esa línea siempre recta tirada de Dios á Dios, por donde el hombre camina siempre que pártese de su principio para encaminarse á su último fin? Grite y declame cuanto quiera esa filosofía bastarda que tiende á sacarlo todo de sus quicios, ántes de Jesucristo el génio tenia sus glorias, la ciencia sus prestigios y las artes culto y admiradores; pero ninguna de estas cosas habia podido reconocer á un comun centro de relaciones, caer bajo el dominio de la unidad, ni ménos todavía depurar el sentimiento moral en el vário sistema de las costumbres: la civilizacion era un *desideratum* para el mundo en todo sentido. Ciencias, artes, literatura, política, legislacion, sociedad, pueblos, gobiernos, &c., &c., todo estaba por civilizar, y no lo probamos aquí, porque una simple disertacion niega el asilo á mil páginas de la historia: porque la historia de todas estas cosas es lo que debia servirnos de prueba, y porque el sentido comun ilustrado por los desengaños testimonia por aclamacion esta verdad histórica: LA FE HA CIVILIZADO AL MUNDO.

La elocuencia sagrada situada exactamente entre los atributos de Dios y las necesidades del hombre, maneja con soberania todas las relaciones que median entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, es decir, la suma total de las relaciones que atañen á la inteligencia y al corazon. ¿Cómo entender esta filosofía? ¿Acaso como la aplicacion del entendimiento al sistema universal de las relaciones? Vedla en la elocuencia sagrada. ¿Como la tendencia de la razon al bien por los senderos de la sabiduría y de la virtud?

(1) GIBON. (M. A.) *Cours de Philosophie, Chap. préliminaire.*

Vedla en la elocuencia sagrada. Sabiduría verdadera, virtud legítima, gloria y felicidad indisputables: he aquí sus grandes objetos. ¿Como la ciencia de las cosas por sus causas? pues esta es la ciencia fundamental de la elocuencia sagrada. La filosofía puramente humana columbraba tal vez la verdad en alguna de sus faces, solia tocar estos ó aquellos puntos de la sabiduría; pero su accion esforzada é inexplicablemente laboriosa no pudo salir jamas de los círculos intermediarios en que gira el orden subalterno de las causas. Principios incompletos, consecuencias trucas, aplicaciones viciosas: he aquí la filosofía del paganismo, y no hagamos por ello una recriminacion á los pueblos de la antigüedad, porque si bien lo consideramos, esa frase podria sin inconveniente sustituirse con esta otra: *he aquí toda la filosofía humana.* Si Dios amenaza con la burla la sabiduría del sabio y la prudencia del prudente, muy léjos por cierto se halla de vituperar las tendencias honestas de la razon, y echar á mala parte su constante marcha por la carrera de los descubrimientos. Dios ha querido enseñarnos otra cosa: Dios ha querido humillar el orgullo de la razon humana, cuando quiere hombrearse con la razon divina, figurando como rival para dominar como reina.—Bien está, parece decir Dios: bien está que investiguéis, que descubráis; pero guardaos bien de atribuirnos el dominio de la verdad: guardaos de presentaros como criadores de la sabiduría, guardaos de anunciaros como legisladores supremos de la virtud. Os vendrá la luz á medida que conozcáis vuestras tinieblas, la riqueza de vuestra inteligencia en proporcion exacta con el sentimiento que tengáis de vuestra miseria: seréis sabios cuando seais creyentes, virtuosos cuando seais humildes, soberanos también, pero habiendo aceptado ántes la condicion de ministros. (1)

¿Qué se infiere de todo? Las cosas no podian conocerse por sus causas sin una filiacion histórica, y complicándose en esta filiacion el orden natural y el sobrenatural, aquel conocimiento debia venir de una revelacion divina. Para suponer que las cosas han de haber tenido algun principio ó procedencia, basta el sentido comun; mas para atinar con este

(1) *Qui major est vestrum erit minister vestri.* Math. cap. XXIII v. 11.

principio, descubrir esa procedencia y sorprender la verdadera filosofía en la filiacion histórica, era preciso poseer ese libro en cuya primera palabra se franquean todas las avenidas de luz á la inteligencia del hombre: (*In principio creavit Deus cælum et terram:*) ese libro que presenta en su mas alta exactitud los tres grandes elementos del saber, de la accion y de la felicidad, esto es, los hechos, las relaciones y las leyes: ese libro donde cada uno de los seres está registrado, y donde la naturaleza y el hombre descubren sus primeras leyes y sus últimos destinos: ese libro que contiene la historia de la revolucion completa y definitiva que se ha obrado en el cielo y en la tierra: ese libro donde el historiador mira su luz, el político su modelo, el filósofo su pauta, el teólogo su reservatorio, el poeta su inspiracion, y la humanidad su poema. La humanidad debió haber sido el asunto de un cuadro de felicidad, y la Biblia entónces fuera un canto lírico saliendo de la tierra para perderse en el cielo. Mas el pecado sacó al hombre del rango de la poesia, y sustituyéndose á él el Redentor del mundo, Jesucristo fué ya el grande héroe, y la Biblia una epopeya divina que quedando ahí para la admiracion, no tendria nunca rivales.

Pues bien: este es el libro donde el orador sagrado recoge todos esos rayos de luz que esparce por el orbe, esta es la filosofía, que ha explotado el genio de la elocuencia religiosa, no para filiarse por cierto en una de las escuelas célebres del mundo, sino para formular la conducta y regir los pasos de la humanidad entera; este es el código donde el orador sagrado halla recompensas para la virtud, anatemas para el vicio, fuerza contra las pasiones, y títulos para la felicidad.

Principios, consecuencias y aplicaciones, he aquí toda la filosofía; buen sentido y moral, he aquí la civilizacion. La filosofía y la civilizacion son pues correlativas, como la causa y el efecto. Pero fallando los principios, las consecuencias son hipotéticas, las aplicaciones caprichosas y la civilizacion precaria. He aquí porqué la antigüedad tuvo cultura, pero careció de civilizacion, y viviendo entre los filósofos, no conoció el buen sentido. Tenia costumbres, mas la faltaba moral. ¿Y por qué los antiguos no tenian filosofía? Porque nunca contaron mas que con la naturaleza y con la razon. Filosofía que no puede aplicarse á las costumbres y á la feli-

cidad es una quimera; filosofía que no tiene principios incontestables, no pasará nunca de supuestos, y será cuando mucho el arte de reducir á sistema las conjeturas.

Volvamos á la Biblia: sin ella la historia no tiene clave, y sin esta clave todo el edificio se desploma: podrá ostentar si se quiere, todas las bellezas de las formas en sus frontispicios; mas no pasará mucho tiempo sin que venga por tierra, para oprimir con su mole á los infelices fascinados que allí hubiesen acudido. Suprimid el antiguo testamento, ¿qué queda? la mitología, miserable recurso, que ya no sirve ni para los poetas: mal pasaron con ella los griegos de la última época, y filósofos habia que citaban á los dioses, como para condescender con el preocupado vulgo de sus tiempos. En suma, sin verdad histórica no hai verdad científica; sin verdad religiosa no hai moral; sin verdad científico-moral no hai filosofía. ¿Qué consecuencia inferir de todo esto? Que la única filosofía capaz de civilizar los pueblos está en el cristianismo, y por tanto, que si este posee la verdad histórica, la verdad moral, y por lo mismo, la verdad filosófica, tiene á su arbitrio sin duda todos los elementos de la civilización universal. ¿Y de qué manera combina, fecunda y aplica estos elementos á la civilización del mundo? Por el oído de todas las generaciones. Mas la fe entra por el oído con la palabra de Dios y la palabra de Dios difundida por el ministerio católico es, como ya se ha visto, lo que realmente constituye la elocuencia sagrada, y nos da por lo mismo cuanto se necesita para concluir de todo con la mayor evidencia que aquella es eminentemente filosófica, y que interpuesta entre los pueblos y Dios, reúne y en sumo grado todos los atributos constitutivos de un agente de civilización.

No ha mucho hemos tenido ya ocasion de hacer notar un hecho incontestable, y es que en los tiempos modernos, y tratándose de Dios con su naturaleza y atributos, del hombre con su moral, sus leyes y sus destinos, de la sociedad con sus principios cardinales y sus medios de conservación, los pueblos cristianos aun en sus mas ínfimas clases, edades y condiciones andan en una atmósfera mas alta que los filósofos de la antigüedad; y ahora solo añadiremos dos reflexiones sobre dos fenómenos mui prominentes, para que pudieran pasarse desapercibidos. Primero: en tres siglos de

contiendas, en que la razon, sacudiendo el freno, há hecho todas las excursiones contra la fe y contra la moral, los catecismos tienen mas lectores que los folletos, los púlpitos auditorios mas numerosos que las tribunas profanas, y por mui enconada que haya permanecido la filosofía contra el cielo, el mundo es todavía esclavo de la esperanza, súbdito de la fe, objeto de la caridad, y por consiguiente, la civilización triunfa y la barbarie se retira todavía delante de estos que, obedientes á la voz que resonó en la montaña de Galilea, se han repartido el mundo, para llenar en todo él la noble y santa mision de predicar el Evangelio á toda criatura.

Mira la segunda observacion á los filósofos impíos. Ellos mismos se han civilizado á su turno: esgrimen con destreza las armas de la ironía, del epígrama; han agotado el ingenio en buscar nuevos métodos para combatir; han creado al parecer una nueva estrategia, y todo esto ¿por qué? Porque la barbarie de los antiguos herejes chocaria frente á frente con la civilización moderna. Los filósofos de los últimos tiempos comienzan por la hipocresía, y acaban por la indiferencia, dando á conocer mui sensiblemente, que necesitan combatir tambien bajo la bandera católica, si esto es concebible, y que en último resultado han menestar de apelar al indiferentismo, como á un disfraz indispensable, para encubrir al mismo tiempo su impotencia y su derrota. Si ellos pues, tienen algo de ménos bárbaro y de mas civilizado que los antiguos, es porque han medrado aun para el mal en la filosofía del cristianismo.

Pero dejemos esto, para venir directamente á observar el admirable plan que desarrolla el cristianismo por medio de la predicacion evangélica. Su objeto directo, como ya se ha visto, es salvar al hombre de la esclavitud de sus pasiones por los socorros de la gracia, santificarle en la tierra, para establecerle en el cielo. Su reino no es de este mundo; pero basta que se encuentre aquí para inundarle de luz y colmarle de bien. Directamente reina en el orden espiritual, pero indirectamente afirma y conserva el orden temporal, y para servirnos del pensamiento de Montesquieu, encaminándolo todo á la bienaventuranza eterna, produce tambien la felicidad de esta vida. Sin apartarse de su objeto "el cristianismo ha debido obrar indirectamente y por via de consecuen-

cia sobre el estado temporal, colectivo y sensible de la humanidad con una accion lenta, progresiva é indefinidamente civilizadora. Entre los varios medios de que se ha servido para producir los mejores resultados en el orden social, hai uno mui precioso que puede ser visto como la gran palanca de la civilizacion moderna: quiero hablar de ese principio de accion sobre la sociedad, que las sociedades antiguas no llegaron á conocer. . . . Entre los pueblos paganos la sociedad era todo; los individuos nada. . . . Lo que el ciudadano era á la pátria, los hijos y la muger eran al padre y al marido, el esclavo al Señor, lo débil á lo fuerte. . . . Y lo que hai aquí de notable es que semejante compresion se ejercia en sentido inverso del número, pudiéndose considerar el todo como una pirámide compuesta de esclavitudes, cuya cúspide ocupaba el espíritu público." ¿Qué resultó de aquí al cabo de algunos siglos? Por unas mui reducidas épocas gloriosamente señaladas con los esfuerzos del valor y el heroísmo de los sentimientos patrióticos, en que Atenas tuvo un Milciádes, Esparta un Leonidas, y Roma un Régulo, una carrera de vicisitudes funestas arrastraron siempre á las sociedades antiguas. El valor individual, la libertad propia del hombre quedaban como hundidas en la cualidad del ciudadano, mientras esta, por otra parte, teniendo que desaparecer por una consecuencia lógica de su misma extension, no dejaba en su lugar sino pueblos de esclavos. Todos los derechos, todos los sentimientos de la naturaleza estaban sobajados, mutilados, violados en aquellas constituciones impías que hicieron decir al gran Corneille:

Doi gracias á los Dioses por no ser ya romano,

Por conservar aún ciertos restos de humano:

un estado tan falso y tan violento no era posible que tuviese larga duracion, y por mui paulatinamente que fuera debilitándose, era seguro que bien pronto desaparecería. Por otra parte, ningun contrapeso le preservaba de sus excesos mismos, ni elemento alguno vital y reparador contaba en sus recursos para sufrir una transformacion útil, ó volver de nuevo á la vida. Es mui digno de notarse que lo que hace vivir á nuestras sociedades modernas, llevándolas á un alto punto de grandeza, es decir, la justicia natural, los servicios mutuos, la reparticion de los bienes y las cargas, la liber-

tad individual, los progresos en la verdad, &c. &c., eran principios de muerte para las sociedades antiguas, no siendo extraño en consecuencia, que las condujesen por último á una disolucion completa, puesto que, bien comprendidas, no eran otra cosa que la violacion organizada de todos aquellos principios.

"El cristianismo llega; mas no por esto habla ninguna palabra directamente reformadora á la sociedad temporal de la humanidad; sino ántes bien, tomando al mundo social en el estado que tenia, le declaró en dos palabras que no intentaba mezclarse absolutamente en él. *Mi reino no es de este mundo*, le dijo. Hizo mas; sancionó los poderes por el principio de orden que en ellos estaba contenido, mandando que se diese *al César lo que es del César*, sin pedir para Dios ni mas ni ménos que *lo que es de Dios*, conviene á saber, la santificacion de las almas por la observancia de su lei de verdad.

"¿Qué resultó de esto? Por el establecimiento de su poder espiritual, el cristianismo ha redimido al hombre de su ilimitada sujecion al poder temporal; por la distincion del primero de estos poderes, le ha comunicado un valor individual de libertad á la faz del segundo, y de consiguiente, un principio de accion sobre la sociedad provechoso para ella misma, visto que la contrabalancea en sus excesos, la levanta de sus caidas, la regenera en su corrupcion, la estimula y hace progresar en el dilatado curso de su vida. . . .

"Despues acá se ha visto lo que no se habia visto nunca: apóstoles, mártires, anacoretas, confesores, santos de todos órdenes, instituciones de todo género, adheridos á la silla de un poder espiritual distinto de los otros poderes: manifestando la perfeccion evangélica en sus diversas aplicaciones á las necesidades de los tiempos; inspirados por un principio superior á sus vicisitudes; manteniendo la luz de la verdad en las tinieblas de la ignorancia ó del error, la regla inflexible del deber en la licencia, oponiendo todas las virtudes á todos los vicios, protestando eternamente por la santidad contra la corrupcion, arrancando al mundo acusaciones aun en medio de la persecucion contra sí mismo, y obligándole á volver al sendero de la verdad.

"El mundo ha declamado desde un principio contra este po-

der incorruptible y santificante, y le ha llamado con escarnio el *enemigo del género humano*. En todos tiempos ha habido, y habrá siempre una lucha encarnizada entre lo espiritual y lo temporal, entre la fe y la razon, entre el sacerdocio y el poder; pero vistas las cosas mas en grande, el mundo debe á esta lucha su salud y su civilizacion, pues por ella la verdad ha sido acrisolada y manifiesta, ella ha conservado su distincion y su independencía necesaria á su accion sobre la sociedad, cuya corrupcion la hubiera hecho degenerar, si la verdad se hubiera visto en ella confundida." (1)

El sabio cuyas palabras acabamos de trascribir ha hecho un servicio de primer órden á la inteligencia, y mas señalado á la política, revelándonos este gran medio civilizador del cristianismo. Y no seria poco en verdad atinar con la causa de que la religion católica tenga la propiedad exclusiva, y no se asocie con otro principio extraño, en el gran reporte de gloria que debe reconocerla mui á su pesar toda la época moderna, el mundo todo civilizado por él. Nosotros harémos una observacion á este propósito. La sociedad, ser colectivo, podia tener una perfeccion extrínseca con la independencía de la vida individual; mas esta perfeccion, limitada á las formas, nunca podia salvarla de las vicisitudes y trastornos consiguientes á la heterogeneidad inevitable de sus elementos intrínsecos. Compuesta de hombres, exteriormente podia esclavizarlos en la forma; pero nunca subyugarlos, aprisionando en sus códigos los elementos mas íntimos de la conducta. Para precisar las ideas y las costumbres á la perfeccion social, tenia dos elementos; pero nada mas: razon y palabra, elocuencia y filosofía; mas la filosofía no podia obrar sino por la conviccion, y sus caminos lógicos jamas han sido andados por la gran mayoría de los pueblos. ¿Y qué hubiera importado que las masas discurren? Nada: ¿los filósofos acaso se hallaban de acuerdo? El discurso de las masas hubiera servido solo para elevar á mui colosales dimensiones la interminable anarquía de las escuelas. Despues de la filosofía solo quedaba la elocuencia; mas la elocuencia era un poder parcial, que obraba

(1) A. NICOLAS. *Etudes philosophiques sur le christianisme*. Tom. IV. Trois. part. chap. VIII, § III.

sobre las pasiones, para triunfar con ellas y sobre ellas, pero siempre en favor de las pasiones. Miétras los atenien- ses se entretenian en conjeturar sobre la suerte de la república siempre que acababan de oir al primero de sus oradores, miétras Milon moria en el destierro, ó Catilina continuaba maquinando contra la pátria, ó César seguia friamente el curso de sus combinaciones contra las libertades públicas, el resto del mundo dormia inaccesible á la voz de la elocuencia, á las sombras de la ignorancia y del error, sin salir de su sueño, sino por los impulsos brutales de indómitas pasiones. Prueba todo esto que la civilizacion demandaba un principio que obrase á la vez sobre la inteligencia y el corazon; pero que este principio no podia ser ni sola la filosofía, ni sola la elocuencia profana. El entendimiento de las masas debia gobernarse por las creencias, y las pasiones mal contenidas nunca podian ceder sino á la palabra de Dios. Si pues la palabra y el discurso habian de civilizar al mundo, empresa tan gigantesca era una gloria sin duda, que reservaba Dios en sus decretos á la elocuencia sagrada.

La elocuencia sagrada es inmensa, digámoslo así, en su forma y en su accion: domina desde su altura todas las emergencias que pueden servir de obstáculos á su marcha: subyuga todos los métodos, triunfa de todas las oposiciones, comprende al hombre todo: natural era por tanto, que le sometiera sin reserva á la razon divina del cristianismo. Obra del ser colectivo al ser individual y vice-versa, y ya la veis produciendo trasformaciones maravillosas hablando al oido de un solo hombre, ya la veis moralizando pueblos enteros con la palabra de vida que distribuye por el mundo. Déjase ya entender, que no limitamos la elocuencia sagrada dentro de los muros de un solo templo, ni tenemos por único teatro suyo el púlpito de nuestras Iglesias. Su esencia es la predicacion, y esta predicacion es tan extensa y vária, como las condiciones diversas de la humanidad en sus relaciones vastísimas con la inteligencia y la moral. Si me preguntáis dónde se halla la elocuencia sagrada, os responderé que en la voz edificante de la Iglesia, y no tendréis para qué sorprenderos de que os la muestre igualmente en los confesonarios y en los púlpitos, en la pluma del apologista y en los labios del Apóstol.

Tiende á la práctica, bien lo sabéis, y su camino conocido es el que pártete del entendimiento al corazón, para llegar, no por el raciocinio á la honradez, que esto fuera ceñirse al estrecho y variable círculo de la moral filosófica; sino por la fe á la santidad, que esto es manifestar prácticamente en una revolucion inmensa, sublime á par que gloriosa, la misión divina de producir indirectamente la civilización del mundo, por la plena regeneración del hombre intelectual y moral, mediante la concordia de la razón y la fe, de la naturaleza y la gracia en la marcha del entendimiento y en el sistema de la conducta.

La acción de la elocuencia sagrada léjos de llamarnos á presenciar la esclavitud de la inteligencia y la muerte civil de la libertad, nos ha revelado que una y otra llegan á adquirir cierta especie de inmensidad cuando cambiando de instrumentos y de fuerzas, por decirlo así, y añadiendo luz á luz y poder á poder, se colocan en su lugar propio, y entran con magestad en una carrera de pensamiento, de acción y de goce, que, abriéndose por las huellas del tiempo, salvarán los límites del sepulcro, dejando atrás los siglos, para perderse en la eternidad. La civilización, volvemos á decirlo, es toda inteligencia y moral; y estas dos cosas se producen en su mayor plenitud y perfección por lo que llamamos enseñanza, convencimiento y reforma de costumbres.

La elocuencia sagrada tiene tres pueblos que dominar, y entre ellos divide la acción permanente de su poder sobre la razón, la conducta, y por consiguiente, la civilización: el pueblo de los que no creen, el de los que creen y no entienden, el de los que creen y entienden, y no son consecuentes con sus creencias y convicciones en el sistema de su conducta. Caracterizad bien estas tres clases, y buscadme otra nueva, si podéis, en todo el género humano: analizad la civilización, suponed por otra parte lo que hace la elocuencia sagrada con esos tres pueblos que acabamos de enumerar, y buscad si podéis, una necesidad nueva y un elemento más de civilización. Enseñar, convencer y convertir; he aquí el triple efecto de la elocuencia sagrada: doctrina, buen sentido y costumbres; he aquí la suma de la civilización en su plenitud. ¿Se dirá que la elocuencia no convence? Os pediremos entonces la razón del catolicismo. ¿Se dirá que la elo-

cuencia no enseña? Os conduciremos á las aldeas y á las c6rtes, para mostraros á Dios, al hombre y á la felicidad en los discursos rústicos del labrador y en los primeros tartamudeos de la infancia. ¿Se dirá que la elocuencia no convierte? Os harémos pasar desde Constantino hasta Carlos V, os harémos andar de un cabo al otro toda la edad moderna, os preguntarémos por los bárbaros que invadieron el norte de la Europa é hicieron caer el imperio romano, por los tormentos que se registran en la historia de los mártires, y las guillotinas que penetraron de horror al mundo desde la patria y el patíbulo de Luis XVI, y os mostrarémos de siglo en siglo pueblos, reyes y filósofos, cayendo ante el escándalo y la locura de la cruz.

¿Pero de qué manera convence, enseña y convierte la elocuencia sagrada? Ya lo hemos dicho, en los libros y discursos de los apologistas, en las instrucciones catequísticas de los pastores, en la palabra edificante y viva de los ministros que juzgan y gobiernan la conciencia. ¡Cosa admirable! Todo esto se halla organizado maravillosamente en la Iglesia, garantido incontrastablemente en su autoridad, afirmado en la unidad cat6lica, y fecundado incesantemente en el espíritu de caridad y santificación. Desde el Vaticano hasta la última choza de los creyentes hallaréis el todo y la parte en la doctrina y en la felicidad: el todo y la parte, es decir, la eternidad y el tiempo, las generaciones que pasaron y las generaciones que no viven aún, Dios y el hombre, la sociedad y la familia, el individuo y el género humano, el derecho y el deber, la libertad y el orden. El catolicismo tiene un gefe, este gefe tiene una gerarquía subordinada, esta gerarquía tiene distribuido un mundo, y este mundo, como ha dicho Jesucristo, vive *n6 solo de pan*, mas tambien *de la palabra* de vida que le nutre y conserva para la felicidad eterna.

He aquí una imagen de la elocuencia de la religion en la inmensa economía dogmática y moral, especulativa y práctica del universo cat6lico. La palabra que salió de los labios de Jesucristo para instruir á las turbas, redargüir á los doctores de la lei, imponer á los magnates y mostrar su reino á los magistrados gentiles, esa palabra dominante en la sinagoga, sublime en la cruz y triunfante en la Iglesia, la encontraréis

en todas partes, porque ha dado la vuelta al mundo; la descubriréis en los anales religiosos de todos los pueblos, porque ha hecho la travesía de todos los siglos; la veréis salir de esas asambleas ecuménicas de la cristiandad, llevando consigo á toda la sociedad religiosa los dogmas, la moral y la disciplina. Si abris las inmensas bibliotecas creadas ó enriquecidas por el saber y la erudición católica, la encontraréis allí; si recorréis toda la escala gubernativa y judicial del imperio que Jesucristo tiene establecido en la tierra, esta palabra resonará en vuestros oídos; si penetráis en nuestros templos, sus bóvedas augustas volverán los ecos de esta palabra santa; si visitáis los hogares domésticos, allí se os hablará el mismo lenguaje: en suma, desde las corts hasta las aldeas, desde los palacios hasta las chozas, veréis cómo circula, y con qué pasmosa fecundidad se desenvuelve sobre la inteligencia y el corazón esta palabra de vida que ha reincorporado la verdad en la razón humana, producido la civilización con la moral, dado costumbres á los pueblos y ganado el mundo para la virtud.

¿Cómo explicar este fenómeno tan antiguo, tan universal y tan constante, tan múltiplo, que se reproduce bajo todas las formas sociales, sin alterar su propia forma, tan céntrico, que reconcentra en un solo punto de unidad todas las inteligencias, todos los caracteres y todas las costumbres; este fenómeno tan manifiesto en el genio y en el talento de los más insignes escritores, como en la inteligencia del vulgo y en la rusticidad sencilla de los que ocupan los últimos grados en la escala social? ¿Cómo es, que una palabra sola pronunciada quince siglos ha en el concilio de Nicea, hizo inclinar el universo todo ante el dogma sublime de la unidad de Dios? ¿Por qué incomprendible magia pudo reconcentrarse en un símbolo, cuanto había de cierto cuarenta siglos atrás, y cuanto la verdad podía descubrir por todos los siglos subsiguientes en el orden dogmático, filosófico y moral? ¿A quién es debida la gloria de haber dado una solución tan sublime y tan incontestable al mismo tiempo á un proyecto que la experiencia antigua presentaba como imposible, el de someter el universo todo á la unánime profesión de una sola doctrina? Grande fué, ya lo sabemos, la ambición de los antiguos filósofos; mas no llegó á tanto su frenesí, que

expidiesen á sus discípulos un diploma dogmatizador para el mundo. Mas Jesucristo sin aparato, sin controversia, sin pretensiones, encadena con una sola palabra la razón de la humanidad, y fijando los atributos del orador sagrado, dió por teatro á la elocución religiosa cuanto el mundo contiene de polo á polo, y por oyentes á sus ministros todas las generaciones, y por duración al imperio de la palabra divina todos los siglos. *Ite in universum mundum, predicate evangelium omni creatura. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.*

No pasaremos adelante, nuestro discurso debe tener un término, y en lo concerniente á las relaciones de la elocución con la civilización y la filosofía nos reducimos á lo dicho, para considerarla también como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

TERCERA PARTE.

Considerando ya bajo estos últimos aspectos la elocución sagrada, entrando en ese cúmulo de relaciones que caen bajo el dominio del gusto y de la crítica, lejos de suscribir á la costumbre de aquellos que tienden siempre á reducir el teatro para engrandecer las dimensiones de su objeto, comenzaremos por confesar que la literatura tiene una comprensión casi incalculable, pues que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo todas las relaciones que el arte de hablar y de escribir tiene con los acontecimientos, las costumbres, las instituciones, la marcha progresiva de la civilización, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos. Nada puede contener un pueblo en su historia que no venga á colocarse bajo el dominio de la lengua, ni en los altos reservatorios del genio y del talento hai puntos inaccesibles á la palabra, ú objetos colocados fuera de su dominio. Índice siempre fijo para el desarrollo de las facultades mentales, elemento interior para la fecundidad propia del pensamiento, vínculo externo que somete los espíritus á la ley de la sociedad, intérprete fiel del raciocinio, del sentimiento y de la imaginación, órgano indispensable del historiador, del filósofo, del controversista, del orador, del humanista y del poeta, la palabra ejerce en la sociedad

en todas partes, porque ha dado la vuelta al mundo; la descubriréis en los anales religiosos de todos los pueblos, porque ha hecho la travesía de todos los siglos; la veréis salir de esas asambleas ecuménicas de la cristiandad, llevando consigo á toda la sociedad religiosa los dogmas, la moral y la disciplina. Si abris las inmensas bibliotecas creadas ó enriquecidas por el saber y la erudición católica, la encontraréis allí; si recorréis toda la escala gubernativa y judicial del imperio que Jesucristo tiene establecido en la tierra, esta palabra resonará en vuestros oídos; si penetráis en nuestros templos, sus bóvedas augustas volverán los ecos de esta palabra santa; si visitáis los hogares domésticos, allí se os hablará el mismo lenguaje: en suma, desde las corts hasta las aldeas, desde los palacios hasta las chozas, veréis cómo circula, y con qué pasmosa fecundidad se desenvuelve sobre la inteligencia y el corazón esta palabra de vida que ha reincorporado la verdad en la razón humana, producido la civilización con la moral, dado costumbres á los pueblos y ganado el mundo para la virtud.

¿Cómo explicar este fenómeno tan antiguo, tan universal y tan constante, tan múltiplo, que se reproduce bajo todas las formas sociales, sin alterar su propia forma, tan céntrico, que reconcentra en un solo punto de unidad todas las inteligencias, todos los caracteres y todas las costumbres; este fenómeno tan manifiesto en el genio y en el talento de los mas insignes escritores, como en la inteligencia del vulgo y en la rusticidad sencilla de los que ocupan los últimos grados en la escala social? ¿Cómo es, que una palabra sola pronunciada quince siglos ha en el concilio de Nicea, hizo inclinar el universo todo ante el dogma sublime de la unidad de Dios? ¿Por qué incomprendible magia pudo reconcentrarse en un símbolo, cuanto habia de cierto cuarenta siglos atrás, y cuanto la verdad podía descubrir por todos los siglos subsecuentes en el orden dogmático, filosófico y moral? ¿A quién es debida la gloria de haber dado una solución tan sublime y tan incontestable al mismo tiempo á un proyecto que la experiencia antigua presentaba como imposible, el de someter el universo todo á la unánime profesión de una sola doctrina? Grande fué, ya lo sabemos, la ambición de los antiguos filósofos; mas no llegó á tanto su frenesí, que

expidiesen á sus discípulos un diploma dogmatizador para el mundo. Mas Jesucristo sin aparato, sin controversia, sin pretensiones, encadena con una sola palabra la razón de la humanidad, y fijando los atributos del orador sagrado, dió por teatro á la elocución religiosa cuanto el mundo contiene de polo á polo, y por oyentes á sus ministros todas las generaciones, y por duración al imperio de la palabra divina todos los siglos. *Ite in universum mundum, predicate evangelium omni creatura. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.*

No pasaremos adelante, nuestro discurso debe tener un término, y en lo concerniente á las relaciones de la elocución con la civilización y la filosofía nos reducimos á lo dicho, para considerarla tambien como un reservatorio inmenso de cultura y de gloria para la inteligencia y el genio.

TERCERA PARTE.

Considerando ya bajo estos últimos aspectos la elocución sagrada, entrando en ese cúmulo de relaciones que caen bajo el dominio del gusto y de la crítica, léjos de suscribir á la costumbre de aquellos que tienden siempre á reducir el teatro para engrandecer las dimensiones de su objeto, comenzaremos por confesar que la literatura tiene una comprensión casi incalculable, pues que ella es la sociedad misma en el estado que presenta bajo todas las relaciones que el arte de hablar y de escribir tiene con los acontecimientos, las costumbres, las instituciones, la marcha progresiva de la civilización, los descubrimientos útiles y los adelantos científicos. Nada puede contener un pueblo en su historia que no venga á colocarse bajo el dominio de la lengua, ni en los altos reservatorios del genio y del talento hai puntos inaccesibles á la palabra, ú objetos colocados fuera de su dominio. Índice siempre fijo para el desarrollo de las facultades mentales, elemento interior para la fecundidad propia del pensamiento, vínculo externo que somete los espíritus á la lei de la sociedad, intérprete fiel del raciocinio, del sentimiento y de la imaginación, órgano indispensable del historiador, del filósofo, del controversista, del orador, del humanista y del poeta, la palabra ejerce en la sociedad

la representacion plena é ilimitada del pensamiento, como el pensamiento reasume todo el poder político, intelectual y moral de la especie humana. Pues bien, la palabra considerada en el conjunto de estos atributos, la palabra reasumiendo la sociedad entera en el pensamiento, en la circulacion y progreso de las ideas: he aquí la literatura. El rango que ocupa en la literatura la elocuencia sagrada: he aquí nuestra cuestion.

Dicho queda ya, que para nosotros la elocuencia sagrada se extiende tanto como la propagacion, defensa y aplicacion del pensamiento religioso, y corre por todas las instituciones del cristianismo. Enseñar, convencer y convertir; he aquí un triple objeto que ha colocado tambien una triple aureola sobre el genio de la elocuencia sagrada. Esta triple aureola se ha visto ya figurar en la candidatura del ministerio al considerar la elocuencia religiosa como una mision divina, y se ha hecho sensible en la moral, en la filosofía, en las costumbres y en las instituciones, estudiada solo como un elemento de civilizacion. Réstanos mostrarla en el teatro de buen gusto, y sostener su primacia incontestable ante el tribunal de la critica. Visto es que nos desprendemos ya de su carácter sagrado y de sus relaciones filosóficas, y que vamos á observarla convertida en la idea que nos da la expresion générica de *Literatura sagrada*.

Masal pensar de esta manera, léjos de imaginar que tenemos de nuestra parte la uniformidad de las opiniones, escribimos en el concepto de no ser un punto convenido entre todos la primacia de esta literatura sobre los muchos y diversos ramos con que en el mismo género se encuentra relacionada. Hai quienes la juzguen desprovista de recursos propios para ostentarse con toda la pompa de la expresion y con todas las galas del estilo: hai, al contrario, quienes la exageren tanto, que proscriban las relaciones históricas y filosóficas en que se encuentra con los otros géneros del buen decir que hallamos en la planta de la literatura profana: hai por último, quienes exaltando mas de lo que es debido la elocuencia tribunicia, forense y demostrativa de los antiguos, bien así como á sus historiadores y poetas, se muestran siempre difíciles para suscribir á la experiencia de los sentimientos y de la critica en el paralelo grandioso de ambas literaturas.

Es nuestro ánimo considerar la cuestion bajo estos tres aspectos, manifestando en primer lugar, la suficiencia omnimoda de su fondo propio: en segundo lugar, su reciprocidad extrínseca de bellezas con la literatura profana; en tercer lugar, su primacia histórica, su influencia sobre el lenguaje, la elocuencia y la poesía parlamentaria en los tiempos modernos; en cuarto y último, su incontestable primacia sobre la literatura profana de los antiguos.

I.

El fondo de la literatura sagrada se halla todo en sus libros, en sus tradiciones, en sus monumentos, en sus caracteres, bien así como su forma en su natural colorido, en sus imágenes propias, en su belleza original. La literatura profana es tambien monumental, histórica, artística y poética: es decir, que metafísicamente hablando, supone como todo, materia y forma propia que vengan á refundirse, como en tres primitivos elementos, en los hechos, las relaciones y las leyes. Pero, ¿hasta dónde se extiende el fondo de la literatura sagrada? ¿hasta qué punto se franquea en los diversos casos que se ofrece á las creaciones del genio, á las producciones del talento, en todos los usos de la palabra? He aquí lo que nos importa observar para concebir clara y exactamente la fecundidad inagotable de su fondo.

Comenzando por los libros, probemos lo que seria la literatura sin la Biblia bajo cualquier aspecto que la cuestion se toque. "Sin ella, dice un célebre escritor de nuestros tiempos, la historia del hombre y la del mundo estarian envueltas en velos impenetrables, las leyes de la moral carecerian de fundamento y certidumbre, y la sociedad por cierto que no conoceria ni su origen, ni su fin, ni su destino." (1) ¿Y con ella qué ha sido? Para expresarlo, seria preciso tal vez retroceder hasta la cuna del género humano, y venir desde allá, digámoslo así, mirando á diestra y á siniestra cuanto la tradicion conserva, la historia narra y el universo admira. Este libro enseña, define y explica la creacion, disipa la noche de lo pasado, para que podamos presenciar el nacimiento

(1) GENOUDE. Leçons et modèles de Littérature sacrée. Preface.

de la naturaleza, y plantando una antorcha profética en el primer eslabon de los tiempos, baña de esplendor la carrera futura de los siglos, y alumbrá de antemano la eternidad que ha de seguir á la última catástrofe del universo. Historia, filosofía, ciencias, artes, costumbres, instituciones, vicisitudes, descubrimientos, marcha en suma de la inteligencia y del corazón; todo quedó complicado en las páginas de este libro, y á él han convertido, convierten y convertirán sus miradas cuantos favorecidos por la inspiracion, guiados por el juicio ó informados por la sabiduría, han explotado, en pro de la verdad y la virtud, del desarrollo de la razon, del progreso de los conocimientos humanos, de la mejora de las costumbres, extirpacion de la barbarie, incremento de la civilizacion y bien positivo de la sociedad, ese pensamiento grande y eterno que la comprende en sus elementos, en su accion, en su objeto y en sus doctrinas.

De hecho, ese libro figura en todos los libros: combatido ó acatado, imitado sin citarse, ó aprovechado francamente por el genio y el talento, le vemos en todas partes, dominante como Dios, triunfante como la verdad, admirable como la virtud, necesario como la felicidad misma.

¿Qué puede tratar la elocuencia que salga de los términos del hombre, de la naturaleza y de su Divino Autor? Pues bien, Chateaubriand ha dicho: "El hombre es el pensamiento manifestado de Dios, y el universo es su imaginacion hecha sensible." (1) ¿Y á nosotros qué nos queda que decir? Que la Biblia es el repertorio monumental, histórico, filosófico, religioso y poético de Dios, del hombre y de la naturaleza. Vemos nosotros en este libro un símbolo esparcido en las tradiciones de todos los pueblos, si bien como una semilla marchita cuando se desprende de su principio de animacion, quedando al grado de los elementos, tirada por decirlo así, en desiertos infecundos: ¡Tal le sorprendemos en toda la antigüedad gentil! ¡tantas analogías degeneradas se nos muestran hasta en el fondo mismo de la literatura pagana!

Nada tenemos que decir sobre la sociedad en los tiempos modernos; pues á pesar de los filósofos, perdurablemente ocupados en buscar el hilo fuera del sendero, ella es toda bíblica como su literatura.

(1) Genio del cristianismo, tom. 1.º, part. 1.º, lib. V, cap. II.

El autor que acabamos de citar ha escrito una obra de primer orden solo para probar esto, *el Genio del cristianismo*: he aquí una de las mejores pruebas que pudiéramos dar. El insigne Bálmes publicó no ha mucho la mas gigantesca de sus producciones, *el Protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion moderna*: he aquí la segunda prueba que exhibimos de nuestra asercion. El célebre Genoude colocó al frente de su bellísima *coleccion de lecciones y modelos de literatura sagrada* un prefacio tan culto como filosófico y sabio, para inculcar la misma verdad: he aquí nuestra tercera prueba. También pudiéramos trascribir aquí, no sin particular gusto, algunas bellas páginas de Raymond, (1) Nicolas (2) y Lacordaire, (3) que á diferentes propósitos desarrollan las propias ideas con todos los encantos del estilo. Pero nos haríamos interminables empeñándonos ya en la cita de las obras esclarecidas, y por lo mismo concluirémos este punto con algunas breves reflexiones.

Primera: la suficiencia de que tratamos es vista únicamente bajo el aspecto que puede dar el fondo, y prescindiendo absolutamente de las formas y las galas y el estilo. El fondo abraza tres grandes objetos; Dios, el hombre y el universo: estos grandes objetos han dado el nacimiento á la historia, á la filosofía y á la legislacion. Estas tres grandes claves de los conocimientos humanos, complicando los intereses, las pasiones y hasta los placeres mismos en favor de la moral, han hecho nacer las formas, los estudios de sentimiento y fantasía, creado la elocuencia, inspirado la poesía y hecho aparecer las bellas artes. Todo está relacionado pues con aquellos tres puntos cardinales, como los efectos ocasionados con sus causas, y por lo mismo, demostrada la suficiencia del fondo en lo que podemos llamar fundamental, visto es, que toda demostracion ulterior se reducirá cuando mucho á la extension filosófica de una simple consecuencia. Permítasenos ahora fijar la atencion en la Biblia, los padres de la Iglesia, los controversistas, los oradores y los poetas católicos, y estamos seguros de hallar de acuerdo á todo el

(1) Del catolicismo en las sociedades modernas considerado en sus relaciones con las necesidades del siglo XIX.

(2) Etudes philosophiques sur le christianisme.

(3) Sermones predicados en Nuestra Señora de Paris.

mundo sobre la incontestable suficiencia que, sin salir de su fondo privativo, tiene la literatura sagrada para cubrir todas las necesidades de la imaginacion, del sentimiento y de la razon en las obras maestras de la elocuencia y de la poesía.

Mira nuestra segunda observacion á la palabra. Si ella es, para servirnos de esta frase, la aritmética convenida para reducir á número fijo todas las riquezas literarias de los individuos y de las naciones, observaremos desde luego, que la literatura sagrada no divide con nadie su dominio exclusivo en la parte histórica de esta cuestion. Los diversos sistemas filosóficos que han ido apareciendo de siglo en siglo, sobre el origen y progreso del lenguaje y de la escritura, serian hoy estériles en lo absoluto, si no se probasen dos cosas: primero, la omnimoda suficiencia de la filosofía para decidir por sí estas cuestiones fundamentales y resolver definitivamente el problema de las lenguas, y en segundo lugar el incontrastable poder de la historia santa y de las tradiciones católicas, para fijar con exactitud el origen de las lenguas y gobernar la marcha de la investigacion acerca de sus progresos.

Considerado este punto en sus relaciones con la filosofía y como una necesidad indispensable para expresar el pensamiento, bástanos advertir, que no hai un solo género de literatura en que la elocuencia sagrada no esté abastecida. El cristianismo ha hecho dos cosas con la palabra; salvar del olvido y de la impostura las lenguas muertas y sábias de la antigüedad, y reasumir en su lenguaje toda la sociedad moderna. Despues de esto, no vemos lo que pudiera desearse.

Pero qué, já tanto llega la suficiencia de esta literatura, que haya de levantarse un valladar, digámoslo así, entre la Iglesia y el siglo, para no volver nunca nuestros ojos á los monumentos de la antigüedad profana. No: todo está relacionado en el mundo literario, como en el mundo moral y político, y llamando esta cuestion al vasto sistema de las influencias puramente extrínsecas, jamas el talento y el genio del orador sagrado podrá pronunciar el *hasta aquí* del estudio comparativo de ambas literaturas.

II.

Elevado es cuanto mas no puede serlo, el rango de la literatura sagrada, si ateniéndonos á su fondo, consideramos únicamente el origen de los pensamientos que fecundan el talento del orador y del poeta. Sábese que hai una línea que divide ambas literaturas, y esta línea, tirada por decirlo así, de la tierra al cielo, las ha colocado á entrambas á distancias inmensas, tratándose de su principio y de su fin. Mas el principio celestial y divino que anima y sostiene en el género sagrado las obras maestras de la elocuencia y de la poesía, no cambió los atributos, ni destruyó las condiciones propias, ni alteró tampoco las relaciones genuinas de la naturaleza, y he aquí por qué ambas literaturas vienen á refundirse, como en un centro comun, en el vasto sistema de los medios de enseñanza, convencimiento y persuacion, formulados, como todo el mundo sabe, en las cualidades naturales del hombre, en la razon, el sentimiento y las pasiones, que siempre han de afectarse segun las mismas leyes, aunque no en un mismo sentido. El cultivo pues de todas aquellas artes y ciencias que tienen por objeto formar al orador en el orden de la naturaleza, para que dilate los conocimientos, haga triunfar las verdades y mejore las costumbres, son una especie de confederacion acordada, en que ambas literaturas viven bajo un mismo sistema de leyes.

Estas leyes miran al raciocinio, á la imaginacion, al sentimiento y al estilo. Sean cuales fueren las modificaciones y vicisitudes de la especie humana, la naturaleza no varía en sus elementos, ni en los medios que determinan é impulsan su accion: ántes de moverla, puede establecerse una proporcion geométrica entre la accion oratoria ó poética, y el resultado moral. Por eso la elocuencia y la poesía tienen leyes, como el mundo físico y el mundo moral.

Cada uno de estos órdenes tiene sus bellezas propias: la razon gusta de encadenarse en esas tiradas diestras de principios y consecuencias lógicas, que un talento preciso y claro sabe lanzar al entendimiento: por esto Demóstenes y Bourdaloue tienen sus puntos de contacto y su rango propio de-

bido principalmente al irresistible poder de su dialéctica. Gustamos ver la naturaleza reflejada en la imaginación por el feliz empleo del colorido y la forma; y dejando en su lugar los significados históricos y los objetos, las leyes de la belleza colocan en cierto paralelismo las obras mitológicas y las cristianas, para valerlos aquí de los últimos extremos. Admiramos el movimiento dramático de una imagen bien formada en la pintura que San Ambrosio nos hace del crimen ejecutado por Herodes en la cabeza del Bautista, como vemos estremecerse las paredes del senado, ó á Marco Antonio fastidiar con su afeminación, ó animarse contra el crimen hasta los mismos túmulos albanos bajo el pincel inimitable de M. Tulio. Nos roba los éxtasis una pluma que cae de los dedos de César á la voz del defensor de Ligario, como un pueblo numeroso que se agolpa al púlpito de una Iglesia para librarse de los horrores del juicio final, enérgicamente pintado por el incomparable Massillon. Si nos mostramos dóciles á la inspiración de Bossuet, para admirar *genios llorando al rededor de un sepulcro, y columnas soberbias que parecen querer llevar hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada*; también pagamos el debido tributo al honor, la dignidad, el rango, la belleza de un pueblo que parece salir de sus quicios para conducir sobre sus hombros, en la persona de Ciceron, al ilustre proscrito, al padre de la patria. La crítica del gusto establecerá sus diferencias; pero la admiración presenciara con el mismo entusiasmo el sueño de Eneas y el sueño de Atalía. Salvas las diferencias de las creencias y del género, colocamos entre los placeres de la imaginación y del sentimiento la ilustre, vasta y deplorable fecundidad del viejo Priamo, un antiguo laurel cubriendo con su sombra la familia y los penates, un Simois trasplantado á la ribera de Sicilia por la imaginación del proscrito, el amor maternal produciendo una especie de resurrección con sus recuerdos á la vista de Ascanio, y la imagen de Euridice, ó Creusa llenando los desiertos con los sentidos ecos de Orfeo y del príncipe troyano; y hacemos esto, con un transporte semejante al que nos produce el ángel del Señor arrojando del Paraíso á toda la humanidad en la persona de sus primeros moradores; el sepulcro levantándose, á la vista del moribundo que va á caer en los brazos del Dios vivo, como el

sublime pórtico de otro mundo mas bello; las memorias de Jerusalem trasplantando las maravillas de la redención á los fecundos genios de Klopstock y Lamartine, ó el Juicio y la Transfiguración rindiendo á los piés de Miguel Angel y Rafael el arrobamiento de mil viajeros ilustres, para que Fidias y Praxiteles no consiguiesen monopolizar los derechos de las bellas artes.

Nos haríamos interminables, si quisiésemos hacer aproximaciones para justificar la exactitud y verdad con que hemos establecido esa reciprocidad extrínseca de bellezas que nos presentan en su cuadro comparativo ambas literaturas. Léjos pues de levantar ningun valladar entre una y otra, quisiéramos ver siempre los frutos sociales, por explicarnos así, de esa comunidad en que viven relativamente al raciocinio, á la imaginación, al sentimiento y al estilo, cuando pasamos nuestra vista por las producciones de los oradores y de los poetas. Si sorprendemos á Demóstenes en los Crisóstomos, á Tulio en los Agustinos, á Tácito en los Bossuet, á Homero en Fenelon, á Lucrecio en Polignac, su ilustre vencedor. á Píndaro en D. Fernando de Herrera, á Tibulo y Propercio en Villegas, á Horacio en D. Francisco de Rioja, y hasta en nuestros himnos sagrados; no sabemos con qué pudieran excusarse de manejar estos modelos perdurables de perfección de estilo, aquellos que consagran su talento á cualquiera de los ramos de la literatura sagrada; ni qué pudiera justificar tampoco ese orgulloso y rústico desden con que algunos escritores á la moda ven ó afectan mirar los dechados perfectísimos que con tanto provecho han estudiado en las obras del talento y del genio inspirados por la religion aun los mismos que se limitan al género profano. *Alegróse sobre manera Herodes de ver á Jesus. . . . por las muchas cosas que habia oido decir de él, y esperaba presenciar uno de sus milagros,* (1) como Voltaire tenia sobre su bufete la *pequeña cuaresma* de Massillon, para recrearse en sus ocios con las bellezas oratorias de tan insigne maestro. La suerte del magistrado gentil y del filósofo incrédulo pusieron á clara luz su curiosidad sacrilega; mas los hechos han quedado en pié para justificar en cualquiera género, que la virtud, el talento y el genio tienen derechos incon-

(1) Luc. Cap. XXIII, v. 11.

testables aun entre sus mismos enemigos. ¿Qué dirémos, cuando escribiendo en los tiempos modernos, estamos en el caso de llamar la crítica al exámen de una importante cuestion, la de la prioridad histórica, filosófica y filológica de la literatura sagrada sobre la literatura profana?

III.

Si quisieramos llevar nuestras investigaciones históricas hasta la infancia del espíritu humano, no seria difícil tal vez traer desde el pensamiento divino los primeros arranques del genio, é inocular en la revelacion verbal ó escrita, digámoslo así, los comunes orígenes de ambas literaturas. Muchas luces nos darian los restos mutilados de la lei natural, esas oscuras tradiciones de Babel, esa filología histórica, esa mitología pagana, esa divinacion filosófica que han pretendido descubrir los inteligentes en el talento de Pitágoras, Sócrates y Platon: aquellas iniciaciones egipcias, aquellas sombras que encubrian misteriosamente los talleres de la impostura en los clubs del sacerdocio gentilico, para descubrir en todo y por todo, haciendo el particular estudio de la literatura pagana, un sello desfigurado de la Biblia y de las tradiciones judías, como el anticuario al explotar para la historia los medallones gastados, las desfiguradas estatuas, los ya casi borrados vestigios de los antiguos usos bajo los subterráneos inmensos de Herculano y de Pompeya. Mas no pudiendo resistir al espíritu de nuestra época, tan inflexible contra estas especulaciones remotas, y tan severa en ese código que ha impuesto á todos los escritores la lei de lo *positivo*, nos reduciremos aquí á los tiempos modernos, para demostrar que la literatura sagrada tiene sobre la profana una primacia total, atendido por supuesto el pensamiento que domina en todos los ramos de la palabra, tratándose de nuestra era. Consideremos pues la cuestion en sus relaciones históricas, oratorias y poéticas, y examinémos en seguida, para concluir, esta refusion social de la moral religiosa y de la filosofía política en la elocuencia moderna.

Si las lenguas constituyen el resumen de las ideas, de los conocimientos, y por tanto, de la literatura de un pueblo, el influjo del cristianismo en la sociedad moderna nos da

bastante apoyo para reconocer igualmente su primado en la literatura. Manifiéstase este primado en cualquiera sentido que se busque, ya recorramos la historia de los idiomas modernos, ya indagemos el origen del carácter nuevo que presenta la elocuencia parlamentaria, ya vengamos por último á considerar esa trasformacion sublime que ha recibido la poesia bajo la accion del genio inspirado por la fe.

El influjo de la literatura sagrada sobre el lenguaje se hace mas que visible principalmente en dos cosas, en el orden moral y religioso considerados en sus relaciones con el arte de la palabra. El catolicismo ha dado á los tiempos modernos un dialecto moral y religioso que no heredaron de los tiempos antiguos, y extendiendo el dominio de la palabra en la misma proporcion con que ha dilatado el horizonte de la imaginacion y del sentimiento, ha reformado, es poco, ha creado la filosofia de las lenguas, que ántes parecia desfallecer en las heladas fórmulas de las escuelas antiguas.

Llámesese á la revision la ideología de las palabras en el orden religioso, moral y aun político; tráiganse al paralelo en los mismos géneros todos los idiomas antiguos: ¡qué trasformacion tan maravillosa! Sábese mui bien, que no escaseaban en los vocabularios griegos y romanos las muchas voces archivadas hoi en las bibliotecas católicas; pero sus atributos morales y religiosos han cambiado. En los tiempos antiguos las lenguas tenian aprisionadas las ideas, por decirlo así; mas el cristianismo ha producido en los tiempos modernos un fenómeno único en la historia, el de las ideas católicas haciendo la conquista de la palabra gentilica, trayéndola primero á una brillante esclavitud, para sacarla despues de entre los escombros de las sociedades antiguas á dominar como reina sobre las mas cultos idiomas de nuestra era. Llámense lenguas muertas las que habian servido de intérpretes á las inspiraciones sublimes y tiernas de Homero y de Virgilio. Pero, muertas para el siglo, han recibido en la Iglesia, con la vida de la religion, el rango de los dogmas y la inmortalidad de la fe. No podian quedar en el sepulcro las lenguas que hablaban los padres de la Iglesia: nunca pueden perder su esplendor esos idiomas que abren y cierran la marcha de las escuelas católicas. El cambiamiento ideológico de las lenguas antiguas, probará, si se quiere, que los antiguos no sabian lo

que hablaban; mas en honor de tan esclarecidos ingenios, resolvámonos mejor á decir, que ellas cambiaron de atributo bajo la accion restauradora del cristianismo; y no se considere humillada la literatura profana con ocupar el segundo rango en la primacia histórica de la palabra moderna.

¿Qué diremos de la elocuencia parlamentaria? Girando en una atmósfera mas tranquila, por decirlo así, pasea su vuelo por una region mas clara, y si ya no puede luchar pecho á pecho contra las pasiones indómitas, es porque ha sorprendido el secreto de encadenarlas entre la verdad y la lei. Entre los antiguos la lei parecia salir del orador á las turbas, y al contrario; entre los modernos es una deidad que reina sin contradiccion sobre los oradores y los pueblos. Despojando á las pasiones de su terrible derecho de defenderse por sí mismas, ha garantido la virtud, que en los antiguos debates del foro y la tribuna quedaba estropeada cuando ménos en el conflicto de los sentimientos, ó encubierta bajo el impostor colorido de una imaginacion extraviada. Nuestros oradores modernos han ganado en la lógica cuanto han perdido en la fantasía, y siendo ménos vehementes, son mas estrechos, mas irresistibles; sus triunfos son mas duraderos y mas universales. Las pasiones dominantes en la tribuna ó en el foro probarán siempre, por mucho que se diga, el atraso de la civilizacion, la esterilidad de la filosofía, la escasez de la moral, y sobre todo, la imperfeccion de las leyes: son los agentes de los sentidos, miéntras la demostracion representa los atributos del espíritu, y figura como el ministro de la verdad. Mas para formular la elocuencia parlamentaria en la verdad y en la lei, era preciso rendir las masas á la fe y á la civilizacion; era preciso formular los códigos de las naciones en una voluntad superior á todos ellos, contar con un idioma universal que pudiese de acuerdo sobre los fundamentos de la legislacion á todos los pueblos de la tierra. He aquí el catolicismo creando y ennobleciendo la elocuencia parlamentaria de la sociedad moderna. Podriamos hablar de los concilios estableciendo en cada sociedad una discusion metódica que no conocieron los antiguos; mas pasamos por alto estas consideraciones, para no discurrir en especie sobre los sistemas varios en que se ha venido formulando esta midad oratoria de las tribunas profanas. La idea re-

ligiosa y la política se han refundido en la moral de los gobiernos, en las costumbres de las naciones, en el derecho internacional de los Estados, en la marcha gradual y progresiva de la civilizacion, y en la inmensa economía de todos los pueblos donde ha podido penetrar la luz del cristianismo.

¿Qué diremos de la poesía? Debe á la literatura sagrada cuatro eminentes atributos que la encumbran á una region mui alta respecto de los antiguos. Pero sin querer, nos encontramos ya en la última de nuestras cuestiones, que reducirémos á este solo punto, para no repetirnos, como seria indispensable, si nos propusiésemos extender la comparacion hasta la elocuencia, ó divagar la idea por el teatro de la didáctica, de la filosofía, de la historia y de todos los otros ramos que en un sentido lato se comprenden bajo el nombre genérico de *literatura*.

IV.

Influye pues la literatura sagrada sobre la poesía profana, como acabamos de insinuar, dándola primero mas verdad; segundo, mayor inspiracion; tercero, mas dignidad y nobleza; cuarto y último, mayor universalidad.

Sábase mui bien que los antiguos no conocieron el género descriptivo, sino como unos pequeños destellos que brillaban aquí ó allá entre los pormenores de los otros géneros. ¿Con qué contaban pues para estos? En defecto de la verdad, tenían que apelar á la verosimilitud; pero esta quedó hundida entre los escombros de la mitología. El hecho es, que si las producciones poéticas de los antiguos, tuvieron sus brillantes parodias mitológicas despues del renacimiento de las letras; el criterio de hoi, aun viniendo al género erótico, las ha colocado como partidas en contra del eminente mérito de los poetas de nuestros siglos de oro. Como esos bellos cuadros que adornan los museos de la Europa, la mayor parte de las producciones de la antigüedad poética viven por el colorido y la forma; mas nunca saldrán del sepulcro en que las hubo puesto la muerte de su verosimilitud. Lo maravilloso, este resorte que manejaban con tanto primor los poetas épicos, líricos y dramáticos, acabó ya para

la inteligencia de nuestros siglos modernos, quedando sustituido con nuestros misterios religiosos, que dan á la inspiracion los velos sublimes de la fe, al interes los arranques atrevidos de la esperanza, y á los sentimientos los inflamados ecos del amor divino.

Dios, el hombre y la naturaleza; he aquí el asunto universal de toda literatura, y por consiguiente, el fondo de la poesía. Dios, como le representaba la mitología pagana, era la personificación del error y la impostura en la metafísica y en la teología. El hombre no se conocia á sí mismo; tampoco era pues conocido del hombre. Cegada estaba la fuente de los conocimientos, perdida en todo la filiacion de las virtudes: los caracteres eran tan confusos, como los elementos morales de la sociedad. En cuanto á la naturaleza, parecia padecer un eclipse continuo, aunque no total. Trayendo á sus bosques, á sus mares, á sus rios, distribuyendo entre los astros mil deidades caprichosas, retiraron de la creacion ese pensamiento visible que se revela en su conjunto sublime, ese agente misterioso que se anuncia con tanta elevacion y belleza en su inagotable fecundidad. Pero sobre todo ¡qué multitud de errores acerca de los fenómenos, acerca de los objetos, acerca del pasado y del porvenir del mundo físico! El caos habia vuelto á cubrir para la inteligencia lo que el hecho estaba presentando de continuo á los sentidos. He aquí el fondo de la poesía pagana. Como no se habia perdido enteramente la luz, sorprendemos aun varios aspectos de la verdad en las pinturas, en los movimientos y en las inspiraciones morales; y nótese que la poesía lírica no pudo salir de la esfera de lo puramente exterior, ó de las pasiones desfogadas, sino hasta que el amigo de Mecenas, la presentó en el teatro, digámoslo así, inspirada por la filosofía, como el cantor de Troya destruida reasumió en cuatro versos de su Eneida, la revolucion artística que habian hecho las ciencias en los destinos de la poesía. (1)

En vista de todo esto, fácil es concebir cómo la poesía an-

(1) Véanse las primeras notas colocadas por Delille al fin del libro 1.º de la Eneida. En ellas se verá cómo, á pesar del grande interes con que contemplaba el poeta latino los sublimes poemas de Homero, su genio habia pagado ya todo el tributo al espíritu filosófico de su siglo.

tigua se resentia siempre de la falta de verdad consiguiénte á la de una revelacion incuestionable. Ella, como todas las artes, se afectaba de los progresos de las ciencias, seguía la marcha de la filosofía, y se incorporaba toda, por que esto era preciso, en el gran movimiento de la sociedad. El cristianismo, que sacó del caos á una nueva luz á toda la razon humana, que renovó por el aspecto de la inteligencia y de la moral toda la faz de la tierra, envolvió desde luego, como se percibe á primera vista, en tan inmensa revolucion á toda la literatura, y por consiguiente á la poesía. Y como esta revolucion vino á consumarse y á reunirse, digámoslo así, en el triunfo de la verdad sobre el error, de la moral sobre los hábitos, y de la virtud sobre las ideas extraviadas de los pueblos gentiles, visto es que la poesía sagrada lleva sobre la profana de los antiguos las ventajas inmensas de la verdad y del hecho sobre los errores y las imposturas.

Si la inspiracion es el estro sublime que saca al hombre fuera de sí mismo, ese atrevido arranque del alma que salvando los términos de mundo, se pierde en la inmensidad del espacio y del tiempo, esa tendencia del genio hácia lo misterioso, que le impele de continuo hasta los abismos insondables de lo infinito, ¿quién podrá desconocer su verdadera fuente en este pensamiento divino y eterno que anima las producciones inmortales de la literatura sagrada? Nace la inspiracion en el silencio ó en el conflicto de las pasiones, en la soledad del genio, entre los dardos de la conciencia, ó á la vista del porvenir. La imaginacion, la sensibilidad, la inteligencia misma son y han sido fuentes de inspiracion. Inspira la naturaleza con sus variados cuadros, el arte con sus magnificas obras, la felicidad con sus goces, y la desgracia misma con sus penas; lo pasado con sus recuerdos, lo presente con sus obstáculos, el porvenir con sus tinieblas. Todo alumbra las vigiliass del genio, todo hiere las cuerdas del corazon, todo ilumina el horizonte vasto que recorre la fantasia; todo puede sacar de los elementos activos y permanentes del mundo físico, intelectual y moral esos bellos asuntos que no tienen dechado, y parecen resistir á la imitacion. La poesía es la gran metamórfosis del mundo y del hombre. Sale de entre los objetos mas familiares, visibles y comunes, para quedar sola y única en su esfera, como una

entidad que viene por la primera vez á colocarse en el catálogo de los seres.

Infiérense de aquí dos consecuencias de primer orden: primera, la inspiracion tiene siempre una causa; segunda, la inspiracion sigue siempre la razon directa de todas sus causas productoras. No imaginéis que este primer timbre del genio sea hijo de la nada, ó produccion de la simple casualidad. Figuraos un pueblo de bárbaros colocado bajo el mas bello cielo, entre las riquezas de una naturaleza virgen, favorecido con todos los elementos físicos que den á sus habitantes una organizacion feliz perfectamente desarrollada; mas un pueblo que tenga lenguaje, sin poseer un idioma; que tenga pensamientos, sin poseer un sistema de ideas; que haya dejado atras lo pasado, sin traerse consigo su historia; un pueblo con hábitos, pero sin costumbres; con actividad, pero sin direccion; con movimiento, pero sin aplomo; en fin, un pueblo de bárbaros; y yo os aseguro que no veréis salir de allí ni una Iliada, ni una Eneida, ni una Jerusalem. Esto quiere decir, que la inspiracion pártese siempre, como de una causa, de la inteligencia, de la sociedad y de la civilizacion. El estado pues de progreso y desarrollo que tenga la razon pública, el carácter científico de la sociedad y los grados que haya recorrido por último en la escala de la civilizacion, serán siempre los datos aproximativos para valuar con exactitud la inspiracion de los oradores y de los poetas. No nos cansemos, tras de cada individuo está el invisible y misterioso genio que agita su alma. El talento del artista, para servirnos de la frase de Buffon, trasforma el tosco lienzo en una perspectiva encantada, anima el mármol y hace respirar el bronce." Las generaciones y los siglos vienen á recibir su postrimera localidad, su rango definitivo, bajo la pluma de la historia. Habla el orador, y las pasiones vencidas caen á sus piés; pulsa el poeta su lira ó deja correr su canto, y desarma la barbarie, domesticando por ventura el corazon del salvaje que mora entre los bosques. Mas el pintor, el escultor, el artista, el historiador, el orador y el poeta, no harian nada, seguro es, sin teatro, sin lenguaje, sin historia, sin religion, sin filosofía, sin elementos, sin sociedad, en suma. La inspiracion pasa por el hombre, mas nace siempre en la sociedad.

Calcúlese por aquí todo el vuelo que habrá recibido la inspiracion desde que han llegado á influir en el talento y en el genio, con los tesoros inagotables de la Biblia, estas fuentes perennes de verdad, de sentimiento, de belleza, de elevacion y de sublimidad, esos modelos eternos que han servido á la Sabiduría divina de conducto para inspirar á los hombres. Esto hizo decir á La Fontaine, que la Sabiduría divina ha emitido sus oráculos, con mayor elevacion, magestad y fuerza, que lo hicieron los Homeros y Virgilio.

¿Qué diremos de la dignidad y nobleza que ha recibido la poesía moderna con solo ponerse en contacto con las inspiraciones de nuestros poetas sagrados? Hable por nosotros uno de sus mas sabios y sensibles admiradores.

"La idea de un Dios único habia sido abolida en la Grecia; y esta idea que no se habia conservado pura, sino solo en las tribus de Israel, imprimió sobre nuestra poesía sagrada, no solo un carácter mas filosófico y mas moral, sino tambien una grandeza infinita."

"Cuando leemos en el Salmista, en Isaías, en Job, y en todos los autores inspirados las pinturas que hacen de Dios, de su gloria, de su bondad, de su poder, de su justicia; cuando nos abren el cielo, por decirlo así, para exponer á la mirada contemplativa de nuestro espíritu aquella luz increada, aquella perfeccion infinita, aquella sabiduría eterna, sentimos entonces, mas bien que la admiracion, un cierto religioso terror; adoramos, mas bien que aplaudimos. Abrase la Iliada en un momento semejante, y desde luego se verá cómo aquel Júpiter de la Grecia que con solo un sobrecejo suyo hacia temblar el Olimpo, parece mui apénas una débil sombra de Jehováh."

"Mas no solamente Dios, sino el hombre y la naturaleza toda aparecen en la Biblia revestidos de una gracia nunca vista, de una hermosura nueva. . . . Comparad al hombre de la Biblia, aun despues de su caida, libre y señor absoluto entre las cadenas de la materia; comparad esta criatura degradada en verdad, pero animada con un soplo divino y respirando siempre en el seno de Dios, comparadle con los dioses de Homero, y veréis cuánta ventaja les lleva en dignidad. La escritura santa concede al hombre una parte de la naturaleza divina, miéntras la Iliada comunica á los dioses las debilidades de la naturaleza humana. . . ."

“El estilo de la Biblia tiene toda la hermosura de Virgilio y la magestad de Homero. El Verbo divino ha sabido revestirse de todas sus formas. Unas veces simple y atractivo como en Ruth, este modelo de la égloga que tanto nos enagena; otras grave y profundo como en Job; ya pomposo, esplendente y sublime, como en los cánticos; ya por último amenazador y terrible, como en el profeta Isaías, el Espíritu Santo conoce todos los caminos para llegar al corazón humano, para moverle, enternecerle y sacarle fuera de las esferas en que se agita, hacia esas regiones que no son conocidas sino de Dios.”¹

“Jamás Homero, dice Fenelon, ha podido elevarse á la sublimidad de Moisés en sus cánticos. . . . Jamás Homero ni otro poeta alguno han podido igualarse á Isaías cuando pinta la magestad de Dios, á cuyos ojos no son los imperios sino un grano de polvo, ni el universo es mas que una tienda que se coloca hoy para levantarse mañana. . . . ¿Qué hai en toda la antigüedad comparable á ese tierno Jeremías deplorando los males de su pueblo, ó á Nahum viendo en espíritu y desde lejos sucumbir á la soberbia Ninive bajo los esfuerzos de un ejército innumerable? Creemos ver este ejército, oír el ruido de los carros: todo está pintado aquí de una manera tan viva, que subyuga la imaginación. El Profeta deja á Homero muy atrás de sí. Leed á Daniel denunciando á Baltazar la venganza de Dios, que va á caer toda sobre su cabeza, y buscad en los originales mas sublimes de la antigüedad alguna cosa que pueda compararse con esto. En suma, en la Escritura todo se sostiene; todo guarda en ella el carácter que debe tener: la historia, el pormenor de las leyes, las descripciones, los pasajes vehementes, los misterios, los discursos de moral: en fin, hai tanta diferencia entre los poetas profanos y los profetas, como entre el verdadero y falso entusiasmo. Los unos, verdaderamente inspirados, expresan sensiblemente alguna cosa divina; los otros, esforzándose por elevarse sobre sí mismos, dejan siempre entrever en ellos á la debilidad humana.”²

Las observaciones que acaban de leerse, poniendo en paralelo ambas literaturas, revestida cada una de todas las gra-

¹ GENOUDE. Leçons et modèles de Littérature sacrée. Preface.

² Dialogues sur l'éloquence.

cias y bellezas naturales que le son propias, sirven de apoyo á nuestro criterio para sostener con toda la firmeza de nuestra convicción, que la poesía profana en los tiempos modernos ha debido su mayor dignidad, nobleza y elevación á esa especie de comunidad, ó íntimo comercio en que vive con la literatura sagrada. Los mas bellos cánticos de D. Fernando de Herrera, las mas primorosas pinturas morales del célebre Rioja, los toques mas delicados de los poetas descriptivos, esa filosofía profunda que recibimos por el oído con los concertados acentos de Moratin, Lista y Martinez de la Rosa, esos caracteres que han derramado tanto interés sobre los poemas del Dante, del Tasso y del Cisne de Cambrai: he aquí la obra de la poesía cristiana; he aquí el triunfo de la religión sobre la mitología, y, no hai para que escandalizarse, la superioridad incontestable que tiene sobre todos los pueblos antiguos, en sus relaciones con la poesía, la prodigiosa cultura de las sociedades modernas.

¿Será extraño, en vista de esto, que la literatura sagrada comunique también á la poesía ese carácter expansivo que no llegó á presentar nunca en toda la antigüedad poética? Se diría que la poesía no figuraba entonces como hija de los dioses, sino porque se desdeñaba de vivir entre los hombres. Mas hoy que la idea, el sentimiento y toda la naturaleza humana, volviendo á su antiguo rango por la mediación de Jesucristo, se halla en un comercio divino con los cielos; hoy que el hombre ha retocado en el Gólgota su antigua semejanza con Dios: hoy que la sabiduría es la herencia de los humildes, y que los dogmas y misterios entran en la razón común de todos los pueblos católicos; hoy que la riqueza poética de los salmos, las inspiraciones sublimes de los profetas, los cánticos augustos de la nueva Jerusalem andan por los oídos y por los labios de todo un mundo, ¿qué excusa pudiera tener la poesía profana, para recelar de vivir entre todas las clases de la sociedad? No ha recelado por cierto, y vulgarizándose digámoslo así, ha dilatado prodigiosamente sus dominios, multiplicado sus admiradores y acrisolado su gloria. No se apellida ya hija de los dioses; mas nadie la disputa hoy el rango que tiene como pompa de la verdad, órgano del entusiasmo, vínculo de la civilización, y compañera del siglo por donde pasa.

Siendo pues la Divinidad el centro de la poesía, como

acaba de verse, jamas corresponderá mejor á sus destinos, que cuando se difunda entre el mundo físico y el mundo moral por todas las generaciones, como el eco de Dios, llenando la indefinida carrera de los siglos. Cumple á la poesía personificar en sus bellas imágenes y sublimes caracteres el idealismo de la perfeccion en todos géneros, y he aquí por qué, inspirada por la fe, por la esperanza y por el amor, ha venido á colocarse, digámoslo así, al lado de los pueblos, que repiten sus cánticos, abandonando aquellos retretes antiguos, donde aprisionada por la adulacion de una pequeña corte, dejaba de complicarse, digámoslo así, con el gran movimiento de la sociedad.

No temáis que la poesía se sienta humillada de marchar paralela con las ciencias, con la inteligencia y con la sociedad. Ella seguirá el movimiento de la religion, será como esta, "del siglo que ve pasar sin pasar ella nunca."¹ Desprendiéndose de la mitología y sacudiendo los grillos que la habia puesto de más el clasicismo, tendrá un carácter mas positivo, un rango mas elevado, un influjo mas universal y un destino mas perdurable que en los siglos de oro de la Grecia y de Roma. "La poesía, dice La Martine, será la razon cantada, será filosófica, religiosa, política, social; . . . será íntima, sobre todo, personal, meditativa y grave; será, no ya un juego de espíritu, un capricho melodioso del pensamiento ligero y superficial, sino el eco profundo real y sincero de las mas elevadas concepciones de la inteligencia, de las mas profundas y misteriosas impresiones del alma."²

He aquí por qué, bajo el influjo de ese pensamiento sagrado y eterno que ha dado á las sociedades modernas unos caracteres tan diversos de las antiguas, la poesía se apodera de todos los siglos, de todas las ideas, de todos los sentimientos, de todos los intereses, de las ciencias lo mismo que de las artes, de la política lo mismo que de la moral, y ha adquirido por tanto una extension ilimitada y una universalidad sorprendente.

1 CHATEAUBRIAND. Discurso pronunciado el año de 1829 en presencia del Cónclave.

2 ŒUVRES. *Des destins de la Poesie.*

CONCLUSION.

Está dicho todo; mas hagamos, para concluir, una importante observacion. Nuestro principal objeto al escribir este discurso ha sido la elocuencia sagrada; y podrá parecer extraño por lo mismo, que nos hayamos detenido tanto en la poesía. Pero de intento lo hemos querido hacer así, pues por un privilegio, único al parecer en las prerogativas del genio, el orador sagrado explota directamente para su mision el minero inagotable de sublimidad y bellezas que hemos admirado no ha mucho en la incomparable poesía de las santas escrituras. Hoi mismo en que todos los géneros de la palabra se invaden á cada paso bajo la libertad de nuestro siglo, no acabaria de hablar, sin atraer sobre sí los silbidos humillantes de las mas numerosas y cultas galerías, el orador de la tribuna política, que se propusiese aprovechar la inspiracion de los poetas en favor de su asunto; mas en tanto el ministro del Evangelio rinde ante Dios por la fuerza de su elocuencia la inmensa multitud que le escucha, comentando los cantos de David, hablando con la suprema energia de los profetas, y dejando correr con la moral por los átrios de una basílica todos los ecos de la inspiracion y toda la pompa de la mas rica poesía. Por lo demas, tratábamos aquí tan solo de presentar la elocuencia sagrada en sus relaciones

acaba de verse, jamas corresponderá mejor á sus destinos, que cuando se difunda entre el mundo físico y el mundo moral por todas las generaciones, como el eco de Dios, llenando la indefinida carrera de los siglos. Cumple á la poesía personificar en sus bellas imágenes y sublimes caracteres el idealismo de la perfeccion en todos géneros, y he aquí por qué, inspirada por la fe, por la esperanza y por el amor, ha venido á colocarse, digámoslo así, al lado de los pueblos, que repiten sus cánticos, abandonando aquellos retretes antiguos, donde aprisionada por la adulacion de una pequeña corte, dejaba de complicarse, digámoslo así, con el gran movimiento de la sociedad.

No temáis que la poesía se sienta humillada de marchar paralela con las ciencias, con la inteligencia y con la sociedad. Ella seguirá el movimiento de la religion, será como esta, "del siglo que ve pasar sin pasar ella nunca."¹ Desprendiéndose de la mitología y sacudiendo los grillos que la habia puesto de más el clasicismo, tendrá un carácter mas positivo, un rango mas elevado, un influjo mas universal y un destino mas perdurable que en los siglos de oro de la Grecia y de Roma. "La poesía, dice La Martine, será la razon cantada, será filosófica, religiosa, política, social; . . . será íntima, sobre todo, personal, meditativa y grave; será, no ya un juego de espíritu, un capricho melodioso del pensamiento ligero y superficial, sino el eco profundo real y sincero de las mas elevadas concepciones de la inteligencia, de las mas profundas y misteriosas impresiones del alma."²

He aquí por qué, bajo el influjo de ese pensamiento sagrado y eterno que ha dado á las sociedades modernas unos caracteres tan diversos de las antiguas, la poesía se apodera de todos los siglos, de todas las ideas, de todos los sentimientos, de todos los intereses, de las ciencias lo mismo que de las artes, de la política lo mismo que de la moral, y ha adquirido por tanto una extension ilimitada y una universalidad sorprendente.

1 CHATEAUBRIAND. Discurso pronunciado el año de 1829 en presencia del Cónclave.

2 ŒUVRES. *Des destins de la Poesie.*

CONCLUSION.

Está dicho todo; mas hagamos, para concluir, una importante observacion. Nuestro principal objeto al escribir este discurso ha sido la elocuencia sagrada; y podrá parecer extraño por lo mismo, que nos hayamos detenido tanto en la poesía. Pero de intento lo hemos querido hacer así, pues por un privilegio, único al parecer en las prerogativas del genio, el orador sagrado explota directamente para su mision el minero inagotable de sublimidad y bellezas que hemos admirado no ha mucho en la incomparable poesía de las santas escrituras. Hoi mismo en que todos los géneros de la palabra se invaden á cada paso bajo la libertad de nuestro siglo, no acabaria de hablar, sin atraer sobre sí los silbidos humillantes de las mas numerosas y cultas galerías, el orador de la tribuna política, que se propusiese aprovechar la inspiracion de los poetas en favor de su asunto; mas en tanto el ministro del Evangelio rinde ante Dios por la fuerza de su elocuencia la inmensa multitud que le escucha, comentando los cantos de David, hablando con la suprema energia de los profetas, y dejando correr con la moral por los átrios de una basílica todos los ecos de la inspiracion y toda la pompa de la mas rica poesía. Por lo demas, tratábamos aquí tan solo de presentar la elocuencia sagrada en sus relaciones

con la belleza, con el estilo y con la gloria, y en ello hemos llevado la mira de retraer á los jóvenes oradores de esa mendicidad con que suelen ocurrir á las bibliotecas profanas en busca del colorido y la forma, hácia este repertorio inmenso de verdad, de sentimientos, de bellezas, de elevación, de sublimidad y de estilo, con que les brinda en todos sus géneros la literatura sagrada.

¡Felices nosotros, si llegamos á conseguirlo! Nuestros trabajos habrán recibido la mas bella recompensa. Pero si así no fuere, quedanos á lo ménos la conciencia de nuestra intención, y el haber hecho alguna cosa en favor de la juventud que compone hoy la escuela de los futuros oradores eclesiásticos de nuestro país.



PLÁTICA PRIMERA

SOBRE

LA IMPORTANCIA DE LA PREDICACION GATEQUISTICA,

DISPOSICIONES CON QUE DEBE ASISTIRSE Á ELLA,

Y MEDIOS

PARA OIRLA CON APROVECHAMIENTO.

Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra: euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eas in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.

A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues á instruir á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

Palabras tomadas del Evangelio de San Mateo en el capítulo XXVIII vv. 18, 19 y 20.

HERMANOS MIOS:



Vengo á llenar aquí una misión augusta, gloriosa para Dios, necesarísima para vosotros. Me es inefablemente grata para mi corazón. Vengo á enseñaros la doctrina cristiana, es decir, la primera y mas sublime de todas las ciencias, la verdad suma, lo único necesario en cuanto puede caer bajo el dominio de vuestro entendimiento, lo que á todos importa sin excepcion alguna, porque nadie puede salvarse sino por la doctrina cristiana, y segun la doctrina cristiana.

con la belleza, con el estilo y con la gloria, y en ello hemos llevado la mira de retraer á los jóvenes oradores de esa mendicidad con que suelen ocurrir á las bibliotecas profanas en busca del colorido y la forma, hácia este repertorio inmenso de verdad, de sentimientos, de bellezas, de elevación, de sublimidad y de estilo, con que les brinda en todos sus géneros la literatura sagrada.

¡Felices nosotros, si llegamos á conseguirlo! Nuestros trabajos habrán recibido la mas bella recompensa. Pero si así no fuere, quedanos á lo ménos la conciencia de nuestra intención, y el haber hecho alguna cosa en favor de la juventud que compone hoy la escuela de los futuros oradores eclesiásticos de nuestro país.



PLÁTICA PRIMERA

SOBRE

LA IMPORTANCIA DE LA PREDICACION GATEQUISTICA,

DISPOSICIONES CON QUE DEBE ASISTIRSE Á ELLA,

Y MEDIOS

PARA OIRLA CON APROVECHAMIENTO.

Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra: euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eas in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.

A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id pues é instruid á todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

Palabras tomadas del Evangelio de San Mateo en el capítulo XXVIII vv. 18, 19 y 20.

HERMANOS MIOS:



Vengo á llenar aquí una misión augusta, gloriosa para Dios, necesarísima para vosotros é inefablemente grata para mi corazón. Vengo á enseñaros la doctrina cristiana, es decir, la primera y mas sublime de todas las ciencias, la verdad suma, lo único necesario en cuanto puede caer bajo el dominio de vuestro entendimiento, lo que á todos importa sin excepcion alguna, porque nadie puede salvarse sino por la doctrina cristiana, y segun la doctrina cristiana.

Mas la doctrina cristiana, hermanos míos, en su predicacion exige, para ser entendida y aplicada con facilidad y provecho, una larga serie de instrucciones en que, siguiéndose con toda fidelidad el orden natural de las ideas, el enlace y encadenamiento de los dogmas, de los preceptos y de las máximas, quede perfectamente indicada la carrera que han de seguir á igual paso el entendimiento y la voluntad para llegar á nuestro último fin, el cual consiste, como bien sabéis, en la posesion de la bienaventuranza, cifrada nada ménos que en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.

Comienzo pues hoi esta santa y dulce tarea, y la comienzo con la esperanza firme de que Dios, que da el incremento, como dice San Pablo, á la semilla de la palabra evangélica predicada por sus ministros, os llenará de luz y de fuerza, para que la oigáis con inteligencia y la guardéis con fidelidad. Estas son de hecho las dos condiciones que Jesucristo puso al fruto de la palabra santa, pues que la felicidad eterna es de aquellos que oyen la palabra de Dios y la guardan tambien. (1) ¿Qué asunto escogeré pues para esta primera plática, que produzca en favor vuestro, por la santa oportunidad de su colocacion, la mas incontestable utilidad? El que prepare mejor, hermanos míos, vuestro entendimiento y vuestra voluntad, poniéndoos en el verdadero camino de la enseñanza, é inclinándoos irresistiblemente hácia el cultivo de esta ciencia celestial.

Bien sabéis, que yo no vengo aquí por una casualidad ó por una simple inclinacion, sino de propósito y porque he sido enviado á llenar un deber de la mas alta importancia; que he sido enviado por Jesucristo, á quien ha sido concedido todo poder en los cielos y en la tierra; que he sido enviado á vosotros, pues que os halláis contenidos en el número de todas las naciones; que he sido enviado para predicaros el Evangelio, enseñaros la doctrina y formaros en la escuela de Jesucristo. He sido enviado, oidlo: „Id por todo el mundo,” dijo Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á todos sus ministros: *Euntes:*

(1) San Lucas. Cap. XI, v. 28.

quien me ha enviado tiene el poder supremo sobre los cielos y la tierra, pues así lo dice el mismo por su Evangelista: „*Data est mihi omnis potestas in celo et in terra:*” he sido enviado á enseñar á todas las gentes, y por tanto á vosotros: oidlo tambien: „*Docete omnes gentes.*” Estos son, ¡oh católicos! los respetables títulos que os presento de parte de Jesucristo en los instantes mismos en que os dirijo la palabra. ¿De qué manera me habéis de recibir vosotros? ¿con qué espíritu escucharéis mis instrucciones? He aquí la cuestion mas capital, mas importante que puedo proponerme y proponeros. Esta cuestion es práctica, y en clase de tal pide ser ilustrada por las doctrinas y resuelta por la voluntad. Visto es por tanto, que en ella debemos tener parte vosotros y yo. Ministro de la palabra de Dios, á mí me toca ilustrar esa cuestion importante; fieles cristianos, miembros de la Iglesia católica, pero hombres al mismo tiempo, habitantes de la tierra y en lucha con vuestras pasiones, á vosotros os toca resolver.

Determinado mi deber, procedo á cumplirle con el favor de Dios, dándoos las luces competentes para que comprendáis la necesidad estrechísima que tenéis todos de oír, entender y obsequiar la predicacion evangélica. Este es pues el asunto de la instruccion presente, que voi á daros, hermanos míos, lleno de solicitud y esperanza: de solicitud, porque me intereso como el que más en vuestra felicidad eterna, y de esperanza, porque acabáis de oír, que tengo á mi favor la infalible promesa que hizo Jesucristo de permanecer hasta la consumacion de los siglos estrechamente unido con nosotros, ministros de su evangelio y distribuidores legítimos de la palabra que baja de los cielos para santificar la tierra.

Mas á fin de llenar tan útil y santo ministerio, me propongo hablaros por ahora sobre tres puntos capitales, que forman, digámoslo así, mi preparacion y la vuestra, para seguir con buen éxito este curso de instrucciones doctrinales que intento daros en una serie de pláticas religiosas. Deseo mucho inclinar vuestra voluntad, y para conseguirlo necesito poner á vuestra vista la importancia suma de esta predicacion: allanada vuestra voluntad, corre á mi cargo ilustrar vuestro entendimiento, y para conseguir-

lo, quiero hablaros de las disposiciones con que debéis venir á escuchar la palabra de Dios: santamente prevenidos por unas disposiciones tan felices, no me resta ya sino manifestaros los medios mas á propósito para que lleguéis á poseer los conocimientos mas perfectos en materia de doctrina segun la medida de vuestra capacidad. En suma, importancia de la predicacion de la doctrina cristiana, disposiciones con que debéis escucharla, y medios para enseñarla y aprenderla: tales son, católicos, los tres puntos á que pienso ceñirme, y que al presente deben ocupar toda vuestra atencion. Tengo á mi vista un auditorio numeroso, compuesto de diferentes clases, edades y condiciones, y he menester, por decirlo así, de poseer en cierto modo ese don de lenguas que pone la palabra de Dios al nivel de todos los entendimientos, sin salir de un solo idioma y á pesar de las diferencias que la naturaleza y la educacion han introducido entre los hombres. Yo le tendré, no lo dudéis, porque todo don perfecto viene de Dios, y Dios comunica á sus ministros cuanto ellos necesitan para instruir y edificar á los pueblos, extender su doctrina y publicar su gloria.

PRIMERA PARTE.

Os he ofrecido, católicos, hablaros en primer lugar de la importancia de la doctrina cristiana, y en verdad que mi promesa me conduce á un asunto el mas grande y sublime ciertamente que puede ocupar al orador en la Cátedra del Espíritu Santo. Entro pues en materia, y en el curso de mis ideas me propongo llegar á vuestra voluntad por el camino de la razon y de la fe. Penetrad cada uno de vosotros en vos mismo, recorred y examinad una por una las cualidades esenciales de vuestro ser, ó lo que es lo mismo, las cosas que os constituyen tales como sois; inquirid vuestro origen, buscad vuestras diversas relaciones, y que todo este estudio os conduzca al conocimiento de vuestras verdaderas, íntimas é imperiosas necesidades.

No os pido mas, hermanos míos, para conseguir mi objeto, el de producir en vuestras almas ese moral convencimiento que ilustra la razon y decide la voluntad.

Permitidme pues, que desempeñándoos aquí, y ántes de elevar mis pensamientos al rango de la fe, (1) os examine á vosotros en mí mismo, sin otro estímulo que los instintos, sin otra guia que la naturaleza. „Yo pienso, hablo, me muevo, obro, existo en suma. Tengo una parte visible y palpable que me pone en contacto con todas las demas cosas que me rodean, un cuerpo organizado que vive, que se mueve con libertad, que dura cierto tiempo y que ha de morir. Lo que veo en mi cuerpo es muy semejante á lo que veo en los otros cuerpos, figura, color, peso, &c &c; mas no todos los cuerpos son como el mio, pues muchos hai entre ellos que teniendo las mismas cualidades, no pueden por sí ni moverse ni permanecer quietos contra la decision de una causa inteligente: luego las simples cualidades de mi cuerpo no son el principio de mi accion. Hai pues en mí una cosa que no es cuerpo, una sustancia simple, espiritual, inteligente, libre, activa, la cual dirige todos los movimientos de mi cuerpo, determina mi direccion y gobierna mis pasos; en suma, una *alma racional*. He aquí lo que me constituye *hombre*; he aquí la *naturaleza humana* que debo reconocer en todos mis semejantes.

Pero, ¿de mí ha dependido acaso mi nacimiento? ¿dependerá de mí por ventura mi muerte? No: yo tengo pues un superior, una causa de donde procedo y á la cual estoi enteramente sometido, y todos los seres se encuentran en este mismo caso, los seres racionales, los seres animados y los seres inanimados: por que todos ellos son contingentes, puesto que existen y pudieron no haber existido jamas, existen y pueden dejar de existir: existen, por que tuvieron una causa productora; pueden dejar de

(1) Tal vez aquí me aparto un poco del sendero comun trazado por el arte á esta clase de discursos, en que se prescinde por lo comun de las primeras nociones puramente naturales que nos da la filosofía. Pero me ha decidido á esto el carácter mismo de nuestro siglo y la consideracion de que los principios católicos no desdeñan estas primeras observaciones, y son tan concluyentes en cuanto mira al dogma revelado, como decisivos para triunfar en las cuestiones filosóficas.

lo, quiero hablaros de las disposiciones con que debéis venir á escuchar la palabra de Dios: santamente prevenidos por unas disposiciones tan felices, no me resta ya sino manifestaros los medios mas á propósito para que lleguéis á poseer los conocimientos mas perfectos en materia de doctrina segun la medida de vuestra capacidad. En suma, importancia de la predicacion de la doctrina cristiana, disposiciones con que debéis escucharla, y medios para enseñarla y aprenderla: tales son, católicos, los tres puntos á que pienso ceñirme, y que al presente deben ocupar toda vuestra atencion. Tengo á mi vista un auditorio numeroso, compuesto de diferentes clases, edades y condiciones, y he menester, por decirlo así, de poseer en cierto modo ese don de lenguas que pone la palabra de Dios al nivel de todos los entendimientos, sin salir de un solo idioma y á pesar de las diferencias que la naturaleza y la educacion han introducido entre los hombres. Yo le tendré, no lo dudéis, porque todo don perfecto viene de Dios, y Dios comunica á sus ministros cuanto ellos necesitan para instruir y edificar á los pueblos, extender su doctrina y publicar su gloria.

PRIMERA PARTE.

Os he ofrecido, católicos, hablaros en primer lugar de la importancia de la doctrina cristiana, y en verdad que mi promesa me conduce á un asunto el mas grande y sublime ciertamente que puede ocupar al orador en la Cátedra del Espíritu Santo. Entro pues en materia, y en el curso de mis ideas me propongo llegar á vuestra voluntad por el camino de la razon y de la fe. Penetrad cada uno de vosotros en vos mismo, recorred y examinad una por una las cualidades esenciales de vuestro ser, ó lo que es lo mismo, las cosas que os constituyen tales como sois; inquirid vuestro origen, buscad vuestras diversas relaciones, y que todo este estudio os conduzca al conocimiento de vuestras verdaderas, íntimas é imperiosas necesidades.

No os pido mas, hermanos míos, para conseguir mi objeto, el de producir en vuestras almas ese moral convencimiento que ilustra la razon y decide la voluntad.

Permitidme pues, que desempeñándoos aquí, y ántes de elevar mis pensamientos al rango de la fe, (1) os examine á vosotros en mí mismo, sin otro estímulo que los instintos, sin otra guia que la naturaleza. „Yo pienso, hablo, me muevo, obro, existo en suma. Tengo una parte visible y palpable que me pone en contacto con todas las demas cosas que me rodean, un cuerpo organizado que vive, que se mueve con libertad, que dura cierto tiempo y que ha de morir. Lo que veo en mi cuerpo es muy semejante á lo que veo en los otros cuerpos, figura, color, peso, &c &c; mas no todos los cuerpos son como el mio, pues muchos hai entre ellos que teniendo las mismas cualidades, no pueden por sí ni moverse ni permanecer quietos contra la decision de una causa inteligente: luego las simples cualidades de mi cuerpo no son el principio de mi accion. Hai pues en mí una cosa que no es cuerpo, una sustancia simple, espiritual, inteligente, libre, activa, la cual dirige todos los movimientos de mi cuerpo, determina mi direccion y gobierna mis pasos; en suma, una *alma racional*. He aquí lo que me constituye *hombre*; he aquí la *naturaleza humana* que debo reconocer en todos mis semejantes.

Pero, ¿de mí ha dependido acaso mi nacimiento? ¿dependerá de mí por ventura mi muerte? No: yo tengo pues un superior, una causa de donde procedo y á la cual estoi enteramente sometido, y todos los seres se encuentran en este mismo caso, los seres racionales, los seres animados y los seres inanimados: por que todos ellos son contingentes, puesto que existen y pudieron no haber existido jamas, existen y pueden dejar de existir: existen, por que tuvieron una causa productora; pueden dejar de

(1) Tal vez aquí me aparto un poco del sendero comun trazado por el arte á esta clase de discursos, en que se prescinde por lo comun de las primeras nociones puramente naturales que nos da la filosofía. Pero me ha decidido á esto el carácter mismo de nuestro siglo y la consideracion de que los principios católicos no desdeñan estas primeras observaciones, y son tan concluyentes en cuanto mira al dogma revelado, como decisivos para triunfar en las cuestiones filosóficas.

existir, por que están sometidos á la accion libre de su causa. Si la razon decisiva que yo tengo para suponer la existencia de una causa primera, es la naturaleza contingente de todos los seres que conozco y de cuantos estén y puedan estar en su mismo caso, es claro que la causa primera de todos ellos no ha de ser como ellos, porque de otra manera necesaria causa: si no ha de ser como ellos, tampoco estará sujeta á las leyes del nacimiento y de la muerte; luego será *necesaria* y *eterna*: no estará sometida á otro ser; luego será *independiente* y *soberana*: tendrá, por último, y segun la medida de su propia naturaleza, todas las cualidades que reconozco y admiro en mí y en los demas seres. Estas cualidades están colocadas en la escala de la perfeccion relativa y contingente; mas aquella causa primera no tiene dimensiones; no puede tenerlas, porque entonces tendria causa, tendria principio, tendria superior: lo que no tiene dimensiones es infinito: luego esa causa, que posee segun la medida de su naturaleza todas las perfecciones que yo admiro en los seres, posee por la necesidad de su naturaleza misma una *perfeccion infinita*. Esta primera causa es DIOS. Hai pues un Dios, ser necesario, eterno, infinito, inmenso, perfectísimo en suma, principio, causa y soberano de todos los seres, un *Dios omnipotente, creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles*. (1)

He comprendido lo que soi: no me sorprende ya mi nacimiento ni tampoco mi muerte. Vengo de Dios, estoi entre mis semejantes y me hallo colocado tambien entre muchos seres de naturaleza diferente, que no se parecen á mí, pero que conmigo y mis semejantes constituyen la *creacion*, y por lo mismo han venido y penden exclusivamente de Dios.

Pero yo, colocado en el centro de esta multitud de relaciones, ¿existo al acaso, vivo sin motivo, he de morir sin resultados? Consultaré á mi propia razon, á mi propia experiencia. Una y otra me enseñan que cuando pro-

(1) He aquí precisamente el primer artículo del Símbolo de los apóstoles figurando como la deducción mui sencilla y recta de un raciocinio bien hecho, de una razon bien gobernada. Por esto la razon no es enemiga sino alumna, educanda de la fe.

duzco algo de mí, (porque tambien soi causa, aunque limitada y contingente,) me determino por algun motivo, sigo algun objeto, me propongo algun fin, y esto es lo que me da la idea de mi superioridad en la escala de los seres: por esto domino al bruto, y dispongo soberanamente de la materia inerte que me está sometida. La creacion es pues la obra de Dios, supone el pensamiento de Dios, el designio de Dios, la voluntad de Dios; y por lo mismo yo, como todos mis semejantes y todos los seres que constituyen la creacion, he venido á la vida para ser algo, existo con ciertas condiciones, y tengo consiguientemente un fin.

¿Cuáles son pues las condiciones y el fin último de mi existencia? Yo pienso para obrar, obro para estar contento, para estar bien, para ser feliz: la actividad es pues mi elemento, el trabajo mi destino, la felicidad mi vocacion.

Y bien, ¿he sido, soi feliz? yo me lo pregunto, me lo he preguntado mil veces á mí mismo, y no he recogido sino desengaños y experiencias que irresistiblemente me persuaden de lo contrario. He buscado la felicidad en los goces físicos, y de ordinario no encuentro sino por un lado la saciedad y el fastidio, por otro lado el arrepentimiento y el dolor: he oido discurrir al opulento, al magnate, al hombre de las selvas y al hombre de las cortes, y veo que á todos les pasa lo mismo que á mí, que todos buscan irresistiblemente y ninguno encuentra la felicidad. Si esto es así, no solo yo, sino todos los otros, no solo el individuo, sino toda la sociedad, no solo un Estado, sino todas las naciones, no solo este ó aquel hombre determinado, sino la humanidad entera, están representados en mi pensamiento; y por lo mismo, todos tienen por principio á Dios, por elemento la actividad, por destino el trabajo y por vocacion la felicidad: todos la aman irresistiblemente, la procuran con solicitud, la buscan con afán, y sin embargo, no la encuentran.

¿Será pues, que la felicidad no exista, que no se haya hecho para nosotros, ó que por nuestra naturaleza seamos incapaces de alcanzarla? ¡Católicos que me oís! ved aquí el gran problema, es decir, el nudo de todos los tiempos, el

nudo que por espacio de cuatro mil años ocupó inútilmente á los antiguos filósofos, el que despues acá no ha dejado de ocupar á todos esos *espíritus fuertes* que, persistiendo en su perdurable manía de no contar para nada con Dios y debérselo todo á sí mismos, han querido y no han podido nunca desatar este nudo: porque no le desatará, católicos, sino el que es verdadero hijo de Dios, el que conociéndose y conociéndole, se abaja y atenúa en su soberana presencia, el que no acordándose que tiene talento, que tiene poder ó virtud, sino solo de que es pequeño y miserable, se hace digno de que venga sobre él aquella bendición de Jesucristo, llegando á saber aquellas cosas que han de ignorar profundamente los *grandes* y los *sabios* y constituir acá en el mundo la ciencia exclusiva y única de los *sencillos* y *pequeños*. (1)

La condicion mas humillante de la razon humana, cristianos, es que, no pudiendo negar la creacion, la actividad del espíritu, la necesidad del trabajo y la vocacion de la felicidad sin atraer sobre sí la burla y el desprecio, y habiendo envejecido en buscar ese fantasma de felicidad tras de que anda, confiesa sin embargo, que no ha podido hallarla, y cree irresistiblemente que exista, pues continúa constantemente buscándola. Y en verdad, hermanos míos, que tiene razon en seguir; porque si no ha de conseguirse el bien, si no ha de ser uno feliz, si ha de andar uno viviendo entre deseos brillantes y desengaños tristes, ¿de qué sirven, decidme el cuerpo y el alma? la razon y la voluntad, las ciencias y las artes, el poder y las riquezas, la admiracion, el prestigio, la fama, la celebridad y la gloria del mundo? ¿De qué? de hacer mas intenso el sentimiento de la miseria, de cubrir las llagas profundas del corazón con las magníficas ilusiones de una vida pasajera, de engañar con un esplendor aparente los unos á los otros acerca de de su propio estado, haciendo morir así hasta la compasion agena, último rasgo del infortunio.

Saco de aquí hermanos míos una consecuencia de primer orden; y es, que no hai nada tan importante en el mundo para cada uno de vosotros y todos cuantos existen, como

(1) *Abcondisti hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.*—Escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las descubriste á los pequeños.—San Lucas cap. X. v. 21.

tener ideas exactas acerca de sí mismo, de su destino, de su fin y de su vocacion, poseer un conocimiento práctico de que hemos nacido para la verdadera felicidad, y que esta felicidad existe, saber por último que hai medios infalibles para conseguirla, y descubrir y poseer estos medios. Este es el objeto por excelencia, lo único que valoriza y da estimacion á cuanto vemos y cuanto somos, el asunto mas importante que puede ocupar vuestras meditaciones diarias; y, ¡admiraos y bendecid al Señor! esto es lo que nos enseña á todos la doctrina cristiana, lo que por ella somos y podemos ser, lo que nos revela y proporciona al mismo tiempo la verdadera felicidad. Calculad por aquí la importancia de su predicacion.

Mas á fin de que comprendáis todas estas cosas de una manera sensible, entrad á considerar lo que es la doctrina cristiana por sus grandes objetos, y veréis cómo ella comprende á Dios y al hombre en el vasto conjunto de sus relaciones.

Comprende á Dios, os he dicho, porque ella nos enseña quién es, y para qué nos ha criado, descubriéndonos alta y profundamente su esencia, sus atributos y sus relaciones con la humanidad.

Comprende tambien al hombre, y á todo el hombre, enriqueciendo su entendimiento con una ciencia infinita, y enseñándole á obtener aquella fortaleza sublime de una voluntad que está siempre sostenida por un poder infinito.

La primera necesidad del hombre es la verdad, porque sin la verdad el entendimiento es infeliz: la segunda necesidad del hombre es la lei, porque sin la lei la voluntad seria siempre desgraciada: la tercera necesidad del hombre consiste en los medios para contar siempre con los recursos necesarios en la vida: la cuarta necesidad del hombre se refiere á los auxilios y socorros que no puede proporcionarse por sí, y que hacen indispensable á la naturaleza la cooperacion de la gracia. Satisfechas estas necesidades, el hombre lo tiene todo, lo sabe todo, y lo puede todo; porque entra en una triple plenitud con su entendimiento, con su voluntad y con su conducta. Ahora bien, católicos, la plenitud de la verdad está en

la fe, la plenitud de la lei está en los preceptos de Dios y de la Iglesia, la plenitud de los recursos está en la oración, la plenitud de la gracia comunicada está en los sacramentos.

¿Y qué consecuencia, señores, habéis inferido ya? Diréla yo en lugar de vosotros: que la plenitud del entendimiento, de la voluntad y de la libertad, la plenitud del hombre, del individuo, de la sociedad, la plenitud intelectual y moral de todo el género humano, está en la doctrina cristiana, pues que ella lo encierra todo en sus cuatro partes, que son, como bien lo sabéis, *Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos*.

Después de todo esto, ¿necesitaré yo, hermanos míos, discurrir más largamente sobre este punto para producir en vosotros la más alta persuasión sobre la importancia de la doctrina que os predico? ¿Qué seréis con ella? ¿qué sería de vosotros sin ella? He aquí dos cuestiones que nunca deben apartarse de vuestro entendimiento, y que bastarán, sin duda, para que el deseo de poseer esta ciencia de Dios llegue á ser en vosotros una de las tendencias más irresistibles una de las inclinaciones más constantes y uno de los sentimientos más gratos de vuestro corazón.

Con ella, hermanos míos, venís á ser, por explicarme así, muy semejantes á Dios, pues adquirís por comunicación y en vuestra esfera lo que en Dios hai por su esencia divina y por la necesidad misma de su naturaleza. Es la fe, como bien sabéis, una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. ¿Y qué es lo que Dios dice, y nos propone la Iglesia? Lo que el hombre no puede decir nunca por sí, ni jamás son capaces de proponernos la razón, la filosofía y la naturaleza humana. Esta fe, poniendo una venda exterior, por decirlo así, sobre nuestra razón natural, inunda las profundidades todas de nuestra alma con una luz divina y eterna que nos coloca en la posesión de la verdadera y única sabiduría. Las verdades que la fe nos enseña son infalibles, porque vienen de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos; y siendo infalibles, son seguras, permanentes, y se conservan á salvo de todos los sofismas y de todas las contradicciones humanas.

¿Y no más? Ah! solo el hombre conoce verdades estériles; mas en Dios la verdad es el ser, por explicarme así, la verdad es el bien enseñado, y el bien es la verdad practicada y poseída. ¿Qué sería de nosotros, hermanos míos, si descubriendo, al esplendor clarísimo de la fe, los atributos sublimes, las perfecciones infinitas del Ser supremo, si convenciéndonos de que en él y solo en él está la felicidad quedásemos en la clase de simples espectadores, sin encontrar en lo absoluto relaciones algunas entre lo que vemos y lo que somos? Pero no: el que tiene fe está ya en el camino de la felicidad, pues una de las revelaciones altas de la fe consiste en que todos hemos nacido para un último fin, para una felicidad pura, es decir, exenta de toda mezcla, para una felicidad suma, esto es, que encierra la posesión de todo bien, para una felicidad inmortal, esto es, inmune de todo temor, y fuera del dominio del tiempo y de la muerte; y que esta felicidad pura, suma é inmortal consiste en la posesión de Dios. La fe pues, hermanos míos, hace nacer la esperanza, y la infalibilidad propia de las verdades que nos enseña, es la medida también infalible de las promesas que nos descubre.

Solo puede comunicar la esperanza el que es dueño absoluto del poder. Pues bien, él, no solo la comunica, sino también la manda, y por tanto, la más alta garantía de la esperanza es el precepto que la sanciona.

La fe y la esperanza, católicos, obran una verdadera transformación en el alma. ¿Cómo? interesando igualmente el entendimiento y la voluntad en la palabra de Dios: porque el entendimiento busca la verdad, la voluntad busca el bien, y la palabra de Dios contiene revelaciones y promesas.

La esperanza es ya en el hombre un juicio práctico de que ha de conseguir lo que desea; y el verdadero cristiano funda este juicio en las mismas revelaciones de la fe. El hombre quiere ir á la vida eterna, porque es la suprema felicidad; y Jesucristo dice á su fe: *si quieres entrar á la vida eterna guarda los mandamientos*. (1) Aho-

(1) S. Mat. cap. XIX v. 17.

ra bien: la esperanza, que es toda práctica, empeña necesariamente la conducta del hombre, convirtiendo para él en una necesidad muy imperiosa el conocimiento y la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia. Por el conocimiento de estos preceptos merecemos ver á Dios en sí mismo; por su observancia le amamos y le habremos de gozar eternamente. Ved pues, hermanos míos, cómo la esperanza nos hace entrar en la *caridad*: porque entónces andamos por el camino verdadero, vemos sin sombras, esperamos sin dudas, llenamos los fines de nuestra existencia, obrando con rectitud y sabiduría: amamos como debemos amar; pues amar á Dios quiere decir tanto, como creer lo que dice, querer lo que quiere y hacer lo que manda. Acordaos, si no, de las mismas palabras de Jesucristo vida nuestra: *Amad á Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas*: (1) este es el grande y sumo precepto, el que comprende á todos los demas, del cual penden y al cual se encaminan toda la lei y los Profetas. La caridad consiste, bien lo sabéis, en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos; y la medida de esta virtud en nosotros, es tambien la escala que nos debe servir para graduar nuestra perfeccion, nuestra grandeza y nuestra santidad, siendo claro, que á los ojos de Dios es *mayor y mas santo el que tiene mayor caridad sea quien fuere*.

Mas esta santa y divina virtud correria mucho riesgo, no lo dudéis, si hubiera quedado en la tierra únicamente á cargo del corazón. Muchas veces la creeriamos ver donde no estaba, y otras la despreciariamos sin conocerla, queriéndola sujetar al criterio de los sentimientos puramente naturales. Estaba pues en la gloria de Dios y en los intereses del hombre el que la caridad tuviese un código, y Jesucristo se le ha dado, diciendo muchas veces á sus discípulos, y en ellos á nosotros, que la caridad consiste en el exacto cumplimiento de la lei: *Si me amáis, guardad mis mandamientos*. Esta es por lo mismo la voz de la Iglesia católica, y lo que habéis aprendido vosotros en

(1) Mat. cap. XXII v. 37.

el primer libro de vuestra infancia. Desde esa época primera de vuestra vida se os han hecho y satisfecho dos preguntas que comprenden toda la ciencia del hombre. *¿Quién es ante Dios el mayor y mas santo?* Como si dijéramos, *¿quién ha merecido la aprobacion de la Divinidad en el vário sistema de su conducta? ¿quién ha tocado el último punto de perfeccion y de grandeza? ¿quién ha comprendido mejor su vocacion y sus destinos? ¿quién ha sido mas consecuente con las verdades que profesa y las promesas que guarda? ¿quién se halla mas inmediato á Dios y portanto á la posesion de la bienaventuranza? El que tenga mayor caridad sea quien fuere*. He aquí, señores, la regla y el criterio: regla segura, criterio infalible. Salir de aquí es hundirse en las tinieblas, resbalar á cada paso, caminar de abismo en abismo. Ante estos documentos preciosos cae todo el esplendor de las ciencias, todo el prestigio de las artes, toda la gloria del genio y del talento; porque nada de esto sirve, si aquello se ignora.

¿Y quién tiene mayor caridad? ¿Acaso el que ha logrado concentrar en sí mismo todos sus sentimientos y apurar todos los goces y placeres de la vida? ¿acaso el que ha sido mas fecundo en esas relaciones que producen las simpatías puramente humanas? ¿acaso el que ya no encuentra guarismo para decir el número de sus prosélitos y aduladores? ¿acaso el que ha conseguido una brillante celebridad entre las vicisitudes de la guerra y la carrera de las conquistas? ¿acaso el que abriendo sus labios y dejando correr su pluma, logra encadenar la admiracion ante los trofeos de su talento y de su genio? Nada de esto, católicos: yo bien sé que todos estos son títulos de amor y de felicidad entre los hombres, y que frecuentemente el corazón humano goza gimiendo bajo el infame yugo de tan vanos prestigios; pero nada de esto es la caridad. *¿Quién tiene pues mayor caridad? El que mejor guarda los mandamientos*.

Ved pues cómo la doctrina cristiana os ha traído á un punto seguro y claro, llamándoos al camino verdadero y único, y poniendo digamoslo así, la felicidad eterna en vuestras propias manos. Ahora bien: sin fe no hai esperanza, sin esperanza no hai caridad; porque el que no cree lo

que Dios dice, el que no espera lo que Dios promete, no cumple la lei de Dios, y el que no cumple la lei de Dios, no tiene caridad.

Esta santa virtud lo encierra pues todo, y ved aquí la razon de aquella noble y excelsa primacia que le atribuye el apóstol de las gentes: *Fe, esperanza y caridad: he aquí las tres virtudes; pero la mayor de todas ellas es la caridad.* (1)

Si pues la caridad es la mayor de las virtudes, la prerogativa mas alta de un cristiano, y el título mas incontestable que puede poseer á la felicidad, y si la caridad consiste en el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia, ¿qué objeto mas importante, hermanos míos, se os puede ofrecer aquí, que estos preceptos mismos relativamente á vuestra conducta? Pues bien, ellos constituyen, como ya os he dicho, el segundo objeto de la doctrina cristiana.

Pero qué, ¿el cumplimiento de los preceptos de Dios y de la Iglesia carece de obstáculos terribles que hagan estremecer á la naturaleza humana? Díganlo todos aquellos que han sentido la rebeldía del corazón en el triste combate de sus pasiones. No: la naturaleza humana no es capaz de tanto, y el hombre se perdería infaliblemente, si no contara con Dios. Mas Dios ha prometido á la naturaleza humana su asistencia continua, y ha dejado en su Iglesia abiertas para toda la humanidad las fuentes del Salvador. Pero uno y otro, católicos, suponen siempre, bien lo sabéis, el cumplimiento de ciertos requisitos por nuestra parte. Nada pues nos interesa tanto como el saber y cumplir estas condiciones.

Promete Dios, no hai duda, su asistencia, su auxilio y su gracia para que cada uno de nosotros conozca por experiencia propia, que su *yugo es suave* y su *carga ligera*; (2) mas es con la condicion de que se le pida con solicitud y con instancia. *Pedid y se os dará*: he aquí la peticion erigida en precepto; *buscad y hallaréis*: he aquí la solicitud; *tocad y se os abrirá*: he aquí la instancia. (3) Pues bien, el pedir con solicitud y con instancia lo que en esta vida y en la otra convenga mas á nuestro último fin; he

(1) Epist. I á los corint. cap. XIII v. 13.—(2) S. Mat. cap. XI v. 13.—
(3) San Mateo cap. VII, vv. 7 y 8.

aquí la *oracion* y con ella, señores, el tercer objeto de la doctrina cristiana.

¿Y cómo comunica el Señor sus gracias á los hombres? Por señales mui sensibles, para que cada uno sepa con lo que cuenta, y persevere sin tantos obstáculos por el camino de la virtud. Ya comprenderéis, que os hablo de los *sacramentos*, instituidos por Jesucristo y administrados por la Iglesia, como una medicina infalible y permanente de salud, puesto que son *unos remedios espirituales que nos sanan y justifican*: nos sanan, *dándonos gracia interior por señales exteriores*; nos justifican *por los méritos de Jesucristo, nuestro Señor, aplicados en ellos*.

Pensadlo bien: en los sacramentos vienen á instituirse ó restaurarse las tres virtudes teologales: en las tres virtudes teologales, *fe, esperanza y caridad*, está todo, y fuera de este todo, no está sino la nada y la muerte. Suprimid el *bautismo*, y ya no tenemos el *ser de gracia*, ni la *vida de cristianos*; prescindid de la confirmacion, y nos falta la fuerza y robustez para confesar á Jesucristo; abolid la *penitencia*, y el que ha perdido la gracia primitiva no tendrá ya sino que aguardar su turno en la mansion de los réprobos; quitad la *comunión*, y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía no tiene ya con nosotros ese vínculo permanente de union que nos asegura y que nos salva; no penséis en el *orden*, y vuestro carácter social como católicos acabó, el sacerdocio no existe, y un caos vuelve á interponerse entre los cielos y la tierra; convertid el *matrimonio* en un simple enlace carnal, y vendréis á ser los compañeros del bruto, seres absolutamente degradados, que no viven sino únicamente para la propagacion de su especie. Estos siete sacramentos, son, señores, las siete columnas sobre que reposan los cielos en la tierra. Su importancia es tan grande como la de vuestra propia dicha. Mas para que ellos produzcan en el alma todos sus efectos felices, es necesario recibirlos con dignidad. ¿Qué cosa mas importante, que saber cumplir los requisitos indispensables para recibir dignamente los sacramentos de la Iglesia? Pues he aquí el cuarto objeto de la doctrina cristiana.

¿Lo habéis entendido bien, hermanos míos? ¿Compre-

deís la importancia suma de esta predicacion que ilustra vuestra inteligencia, gobierna vuestro corazon, rectifica vuestra conducta, afirma vuestras esperanzas y estrecha con vínculos inmortales vuestra presente y futura existencia? No es este el lugar de explanaros tan santas ideas, harto fecundas para que pudieran figurar en los pormenores de un simple discurso; pero si os diré con San Pablo, que todos estos bienes se nos comunican con la fe, de la cual se deriva nuestro ser de cristianos, en la cual se funda nuestra esperanza divina, y por la cual somos conducidos hasta el amor mas acendrado por las altas revelaciones que nos hace y los sentimientos celestiales que nos inspira; que la fe entra por el oido con la palabra de Cristo y por tanto, mediante la santa predicacion de la doctrina cristiana. *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.* (1)

¡O Dios mio! ¡qué ciego es el hombre que idólatra de su entendimiento, no tiene otra luz ni reconoce y admite mas oráculo que el de su propia razon! Él todo lo sabe, ménos lo que le importa; todo lo conoce, ménos á vos y á sí mismo, todo lo descubre, ménos el interior de su existencia, el carácter de su vocacion y la altura incommensurable de sus destinos!

Cristianos, á quienes ha sido concedido conservar ileso el don sublime de la fe, bendecid al Autor de este bien infinito, y ofrecedle, como un primer tributo de amor y reconocimiento, vuestra consagracion tierna y constante á la doctrina celestial que puso á disposicion de su Iglesia para difundir la luz por todos los pueblos, y regenerar con su Evangelio y con su gracia el entendimiento y el corazon de toda la humanidad. Pero no basta comprender la importancia suma de la doctrina cristiana: es necesario hacerse y mostrarse digno de poseerla, y fecundarla en el alma para llegar á la perfeccion y asegurar la felicidad.

(1) Epist. á los Roman. cap. X v. 17.

SEGUNDA PARTE.

Si de tal magnitud es, hermanos míos, no solo para vosotros, sino para la humanidad entera, esta doctrina bajada de los cielos, nada ménos que para regenerar la inteligencia y el corazon, para reformar al hombre y volver á la vida el mundo intelectual y moral *sentado*, como dice el Profeta, *en las tinieblas y á la sombra de la muerte*, (1) ¡cuál debe ser nuestro afán é incansable solicitud en adquirirla y observarla? Dios la comunica ó la niega segun el espíritu con que se la oye y recibe: á unos los llena de luz; á otros les deja en las tinieblas. ¡Verdad terrible, que debe penetrarnos de espanto; pero verdad acrisolada en todas las pruebas, justificada y robustecida por siglos de experiencia! Yo pues, atento al grande objeto de este ministerio, ya que os he dicho algo, para inclinar vuestra voluntad, sobre la importancia suma de la doctrina cristiana, debo tambien hablaros, para asegurar el fruto de mi predicacion, sobre las disposiciones que debéis traer á este lugar santo, cuando á la voz de la Iglesia, os reunís en él para escuchar la palabra de Dios.

Estas disposiciones deben ser análogas en todo al fin que debéis proponeros en el conocimiento y observancia de la doctrina cristiana, es decir, deben enderezarse todas á la posesion de Dios, en la cual está cifrada nuestra verdadera y única felicidad, y como para llegar á este fin habemos menester de la luz que nos comunica la fe, de la fortaleza que nos da la esperanza, y de la rectitud en que nos coloca la caridad, claro es, que necesitamos un entendimiento dispuesto al sacrificio completo de la razon en cuanto no es de su resorte, una abnegacion de nuestro propio poder segun la medida de la esperanza, y por último, una consagracion exclusiva del corazon para conservar los vínculos eternos de ese amor á que nos llama nuestro propio fin,

(1) Cant. Zachar. en San Luc. cap. I. v. 79.

deís la importancia suma de esta predicacion que ilustra vuestra inteligencia, gobierna vuestro corazon, rectifica vuestra conducta, afirma vuestras esperanzas y estrecha con vínculos inmortales vuestra presente y futura existencia? No es este el lugar de explanaros tan santas ideas, harto fecundas para que pudieran figurar en los pormenores de un simple discurso; pero si os diré con San Pablo, que todos estos bienes se nos comunican con la fe, de la cual se deriva nuestro ser de cristianos, en la cual se funda nuestra esperanza divina, y por la cual somos conducidos hasta el amor mas acendrado por las altas revelaciones que nos hace y los sentimientos celestiales que nos inspira; que la fe entra por el oido con la palabra de Cristo y por tanto, mediante la santa predicacion de la doctrina cristiana. *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.* (1)

¡O Dios mio! ¡qué ciego es el hombre que idólatra de su entendimiento, no tiene otra luz ni reconoce y admite mas oráculo que el de su propia razon! Él todo lo sabe, ménos lo que le importa; todo lo conoce, ménos á vos y á sí mismo, todo lo descubre, ménos el interior de su existencia, el carácter de su vocacion y la altura incommensurable de sus destinos!

Cristianos, á quienes ha sido concedido conservar ileso el don sublime de la fe, bendecid al Autor de este bien infinito, y ofrecedle, como un primer tributo de amor y reconocimiento, vuestra consagracion tierna y constante á la doctrina celestial que puso á disposicion de su Iglesia para difundir la luz por todos los pueblos, y regenerar con su Evangelio y con su gracia el entendimiento y el corazon de toda la humanidad. Pero no basta comprender la importancia suma de la doctrina cristiana: es necesario hacerse y mostrarse digno de poseerla, y fecundarla en el alma para llegar á la perfeccion y asegurar la felicidad.

(1) Epist. á los Roman. cap. X v. 17.

SEGUNDA PARTE.

Si de tal magnitud es, hermanos míos, no solo para vosotros, sino para la humanidad entera, esta doctrina bajada de los cielos, nada ménos que para regenerar la inteligencia y el corazon, para reformar al hombre y volver á la vida el mundo intelectual y moral *sentado*, como dice el Profeta, *en las tinieblas y á la sombra de la muerte*, (1) ¡cuál debe ser nuestro afán é incansable solicitud en adquirirla y observarla? Dios la comunica ó la niega segun el espíritu con que se la oye y recibe: á unos los llena de luz; á otros les deja en las tinieblas. ¡Verdad terrible, que debe penetrarnos de espanto; pero verdad acrisolada en todas las pruebas, justificada y robustecida por siglos de experiencia! Yo pues, atento al grande objeto de este ministerio, ya que os he dicho algo, para inclinar vuestra voluntad, sobre la importancia suma de la doctrina cristiana, debo tambien hablaros, para asegurar el fruto de mi predicacion, sobre las disposiciones que debéis traer á este lugar santo, cuando á la voz de la Iglesia, os reunís en él para escuchar la palabra de Dios.

Estas disposiciones deben ser análogas en todo al fin que debéis proponeros en el conocimiento y observancia de la doctrina cristiana, es decir, deben enderezarse todas á la posesion de Dios, en la cual está cifrada nuestra verdadera y única felicidad, y como para llegar á este fin habemos menester de la luz que nos comunica la fe, de la fortaleza que nos da la esperanza, y de la rectitud en que nos coloca la caridad, claro es, que necesitamos un entendimiento dispuesto al sacrificio completo de la razon en cuanto no es de su resorte, una abnegacion de nuestro propio poder segun la medida de la esperanza, y por último, una consagracion exclusiva del corazon para conservar los vínculos eternos de ese amor á que nos llama nuestro propio fin,

(1) Cant. Zachar. en San Luc. cap. I. v. 79.

y á que nos conduce la palabra evangélica. Es decir, que debéis presentaros al ministro de la predicacion, como un ciego que necesita de luz, como un débil que ha menester de fuerza, y como un pecador que busca en la caridad su conversion y su perseverancia. En suma, debéis asistir con fe, con confianza y con solicitud: he aquí las tres principales disposiciones que deben preparar vuestras almas, como una tierra limpia y sin abrojos, en gran manera á propósito para recibir, con la semilla de la palabra divina y el benigno rocío de la gracia, cuanto basta para dar opimos y numerosos frutos de bendicion. Acordaos de aquella parábola tan significativa con que Jesucristo Señor nuestro quiso poner de vulto á los ojos de sus discípulos y de la humanidad entera las disposiciones que por su naturaleza exige la santa predicacion del evangelio, en los diferentes resultados que produce la semilla que se deja caer en un campo erizado de piedras y cubierto de abrojos, de la que se deposita en una tierra virgen, digámoslo así, ó dispuesta por el beneficio á recibir el yugo con docilidad y la semilla con provecho. (1)

Yo no sé, hermanos, míos si vuestro corazon estará como aquella tierra virgen, ó si presa de sus mismas borrascas, habrá visto espirar la inocencia en los embates de las pasiones. Pero sí sé, que el que pierde la inocencia no ve morir la esperanza, puesto que, mediante una conversion verdadera, puede ofrecer á la gracia de Dios las mas felices disposiciones del alma, y que, inocentes ó penitentes, podéis, hermanos míos, conquistar con la doctrina de Cristo entendida y practicada, la posesion de aquel inmenso y escondido tesoro, que segun la parábola de Jesucristo, compró el ávido mercader, con el cuantioso producto que habia reunido en su vida: (2) el tesoro que, para valerme de la expresion del Sabio, no se adquiere con el oro, las margaritas y las preciosas piedras, que preexiste á cuanto hai, y que estaba en Dios mucho tiempo ántes de que empezasen á desfilar los siglos, (3) esta palabra de Dios que no puede venir de lleno á nuestras almas, digámoslo

(1) San Mateo. Cap. XIII, vv. 3 y siguientes.—(2) S. Mat. cap. XIII v. 44.—(3) Eclesiástico. cap. XXIV v. 14.

así, sino encendiendo en ellas el fuego é inundándolas en un oceano de luz; porque la palabra de Dios es un rayo de su luz increada, una chispa de su fuego divino, y por esta razon el Verbo eterno, como dice el Evangelista, ilumina á todo hombre que viene á este mundo, (1) y por esto vino tambien, como decía Jesucristo, á pegar fuego á la tierra (2) para producir en ella ese grande incendio de amor en que inmoladas todas las miserias, todas las bajezas, todos los crímenes, la concupiscencia en todas sus faces, quedara solo en pié ese digno y sublime conjunto de atributos morales que constituyen y caracterizan á los verdaderos hijos de Dios, preparan en las virtudes de la tierra las glorias del cielo, y colectan por toda esta inmensa Babilonia del mundo á los consocios de los ángeles y futuros moradores de la eterna Jerusalem.

No os diré mas, hermanos míos, para preparar con vuestro corazon vuestra inteligencia, á fin de que atendáis con el interes mas vivo á la instruccion que voi á daros sobre estas tres disposiciones que son tan indispensables para oír con aprovechamiento la palabra divina.

Entrando pues en la primera de ellas, no imaginéis que os ponga en guerra con vuestra propia razon condenando sus instintos y eclipsando para siempre sus luces. Yo diré aquí sobre la razon, lo que nuestro Señor Jesucristo decía sobre todo el hombre, lo que ha dado tanto que cavilar á la razon misma, y tanto que aprovechar á la piedad y á la fe: „el que quiera salvar su vida la perderá, y el que la perdiere la salvará; (3) y lo diré, no para tachar de paradójico é ininteligible el sagrado texto, sino para exclamar, con uno de los mas bellos luminaires de la Iglesia católica: „Felices los que aborrecieron conservando, con el fin de no irlo á perder todo empeñándose en la intensidad de un amor mal entendido.”

A este modo, católicos, pudiera yo decir aquí: el que idólatra de su inteligencia intenta llenarla de esplendor, buscando en sí mismo el principio de la luz, quedará inevitablemente hundido en las tinieblas, se alimentará siempre con los errores y vivirá en la mas profunda ig-

(1) S. Juan cap. I v. 3.—(2) S. Luc. XII v. 49.—(3) San Mat. cap. XVI, v. 25.

norancia; mientras aquel que, bien advertido acerca del verdadero origen de la verdad y de la luz, entra espontáneamente en la santa oscuridad de los misterios, y abate y humilla su propio entendimiento ante las tinieblas saludables y santas de la fe, desconfiando siempre de sí mismo y anhelando constantemente por la luz que baja de los cielos, ese dichoso mortal salvará su inteligencia misma, se verá inundado en un oceano de esplendor, haciendo la brillante conquista de la verdad universal, y poseyendo aquella luz de luz, (1) por explicarme así, que tanto resplandece en la sublime razon del cristianismo.

Esta primera disposicion que os pido, hermanos míos, es fundamental en todos sentidos, porque es una disposicion de fe, y una disposicion para la fe, que entra por el oído, volveré á decíroslo, con la palabra de Jesucristo, y constituye, segun el santo Concilio de Trento, el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion (2).

Esta santa disposicion se funda, hermanos míos, en el conocimiento de Dios y de nosotros mismos. Este nos manifiesta por todas partes nuestra limitacion y nuestra incapacidad, pues aun en el orden puramente humano apenas hai cosa que no burle con sus incertidumbres el orgullo de nuestra propia razon. Los objetos mas insignificantes al parecer vienen á ella entre la oscuridad y la luz, franqueándonos su presencia y encubriéndonos su naturaleza intrínseca, muchas de sus causas secundarias y hasta su misma causa primera, si no apelamos á Dios. El filósofo impío se rebela en su orgullo contra nuestros misterios religiosos, porque no los entiende; pero, ¿cómo no se incomoda con la naturaleza física, poco ménos inaccesible á su capacidad! Yo entro en lo mas profundo de mí mismo, y desde esta soledad impenetrable empiezo á hojear todo el libro de mi vida; registro con esmerada escrupulosidad la historia de mis pensamientos, sigo fielmente la carrera de mis ideas desde la infancia de mi razon, trato de relacionar con todo esto el estado actual de mi saber; analizo este saber mismo, y en él encuentro por una parte doctrinas perfectas, ideas exactas, luces

(1) *Lumen de lumine.* Simb. de Nic.—(2) Secc. VI de justifi. cap. VIII.

y verdades; por otra parte doctrinas vergonzantes, por explicarme de esta suerte, que se presentan en traje de incógnitas, bien así como esos forasteros desconocidos que llegan á las puertas de nuestras casas, y que por anticipadas noticias que tengan de nuestra caridad y misericordia, no hallan en estas cualidades nuestras unas garantías competentes contra la inseguridad de su persona, las dudas acerca de su carácter, y los justos recelos en orden á su comportamiento: no se les despide, es verdad, porque la caridad nos manda que demos posada al peregrino; pero tampoco nos entregamos á ellos, porque el buen consejo nos enseña, que andemos cautelosos contra una sorpresa, inevitable en la ligereza de nuestra conducta. Tal concibo, señores, la sabiduría humana, y hablándoos con toda franqueza, jamas he dejado de verla colocada entre los prestigios de la novedad y los desengaños de la experiencia. No nos cansemos, solo cuando nuestro saber esta apoyado en la palabra de Dios, poseemos una ciencia positiva y segura, una ciencia firme é incontrastable, una ciencia probada en los resultados, victoriosa en todos los combates, acrisolada en todas las experiencias, una ciencia, por último, fecunda, práctica, la cual nos conduce de conocimiento en conocimiento hasta Dios, de donde desciende y en el cual termina.

Entónces formamos nosotros un raciocinio mui sencillo: si Dios es la fuente del ser, la causa de todas las causas, ¿podrá ser nunca mi pobre razon fuente de la verdad y principio de la sabiduría? entónces, católicos, nuestras almas vuelan en pos de la doctrina, en seguimiento de la sabiduría, en acecho de la luz hasta el trono excelso de la sabiduría increada: colocamos nuestro entendimiento en el seno de nuestro corazon profundamente humillado, sin tener otra conviccion á semejante propósito, que la de nuestras propias tinieblas, este caos de la naturaleza humana siempre antiguo y siempre nuevo, donde no puede sentirse la presencia de la verdad, mientras la voz del Criador no haya resonado allí con aquellas palabras sublimes del mas antiguo de todos los libros *Hágase la luz.* (1)

(1) Génes. cap. I v. 3.

Tal es, hermanos míos, la primera disposición con que debéis venir á escuchar la palabra divina, un conocimiento profundo de vosotros mismos, que haya radicado en vuestras almas el sentimiento saludable de vuestras tinieblas, de vuestra incapacidad y vuestra ignorancia, y un conocimiento igual acerca de Dios, que os le manifieste de continuo como el Padre de la luz, la única fuente de la sabiduría, el principio eterno de la verdad.

Pero no es esto solo: bien está que contéis con esta disposición feliz, grande por cierto, pues que basta por sí sola para expeditar vuestro corazón de todos los obstáculos que engendra la soberbia; pero no os detengáis aquí, porque entónces la desesperación vendría á frustrar los planes magníficos de la fe. ¿De qué serviría, decidme, el convencimiento de vuestras tinieblas y de vuestra ignorancia, si la sed instintiva y ardiente que tenéis, por otra parte, de luz y de verdad no estuviese prevenida con las promesas de Dios y vuestro propio juicio de que ha de ser apagada y satisfecha? La segunda disposición pues, que debéis traer á este lugar santo, cuando venís á escuchar la palabra de Dios, es una disposición de esperanza, que consiste, bien lo sabéis, en la seguridad íntima de que Dios ha de concederos lo que deseáis en orden á vuestra vocación eterna, comunicándoos con magnífica abundancia la verdad y la luz por la palabra evangélica que predicán sus ministros.

En las escuelas de los hombres cada discípulo necesita contar primero con sus talentos, discurrir acerca de sus aptitudes, y también tener á la vista los talentos y las aptitudes del maestro, para venir, y no sin mucho trabajo, á conjeturar muy remotamente los conocimientos que habrá de adquirir y los adelantos que haya de hacer. Mas no sucede lo mismo en la escuela de Jesucristo: las cosas acá se gobiernan de otra manera: los talentos del orador y los talentos del auditorio, si bien se estiman como dones gratuitos, nunca figuran, como unas condiciones indispensables, ó como basas primeras del edificio de la sabiduría. Es decir, católicos, que respecto de mí no debéis preguntar, si tengo saber, sino investigar si tengo misión, si en efecto soi sacerdote, si he sido enviado de parte de Jesucristo á predicaros el evangelio. ¡Desdichados de vosotros y de mí,

hermanos míos, si los frutos de la palabra santa estuviesen vinculados en los talentos del predicador! ¡Qué incertidumbre entónces! ¡qué confusión! ¡qué tinieblas! No debéis preguntar, si me he hecho notable en las juntas de los sabios por la penetración del ingenio, por los hechizos de la imaginación, por el prodigio de la memoria y por la fuerza de la elocuencia; sino ántes bien, si prescindiendo enteramente de mí mismo, me ocupo solo en los intereses de vuestra eterna salud, si amo á Dios, y en él os amo á vosotros: „Ama, decia San Agustín, y haz lo que quieras.” Bien os entendería á vosotros, ó á otro predicador, que me dijese: no podemos discurrir, no podemos admirar, no podemos aprender tales ó cuales libros; pero yo les respondería con San Bernardo: ¿y no podéis amar? ¡Ah, hermanos míos! podéis y mucho, amar á Dios y amar á vuestro prójimo; y esto bastará, no lo dudéis, sin necesidad de los talentos y de las otras cualidades semejantes, para que la palabra de luz y de vida, descendiendo á vosotros, caiga como la semilla robusta en una tierra dócil y fecunda, y germinando allí, brote, y crezca, y multiplique sin fin en pro de vuestra eterna felicidad sus frutos de salud y bendición. Esto bastará también, tenedlo por seguro, para que me veais inesperadamente transformado en medio de vosotros de tinieblas en luz, de ignorancia en sabiduría, de debilidad en poder, y por último, para que me encontréis y sintáis muy elocuente contra todas las previsiones y todos los cálculos puramente humanos: porque tened presente, que la palabra es de Dios, el ministerio es de Dios, el designio es de Dios, y Dios es la sabiduría y el poder por esencia. ¡Qué importan pues mis talentos y mi poco saber, cuando lo que yo os conduzco por mis labios ha venido del cielo, y cuando Dios ha mandado expresamente que yo venga á salvaros con la predicación de su doctrina?

¡Cuántos motivos de confianza en el Señor, hermanos míos, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando los adoradores en espíritu y en verdad, que hace crecer este número prodigiosamente con la difusión liberalísima de su palabra, de esta palabra viva, fecunda, eficaz, como dice el Apóstol San Pablo, (1) y que la ex-

(1) Epíst. á los Heb. cap. IV, v. 12.

tiende y difunde sin otra condicion que la docilidad y el conocimiento íntimo de nuestras tinieblas; y que demasiado zeloso de que la razon humana vaya á atribuirse su poder, quiso y anunció desde un principio, que las altas revelaciones de su doctrina, léjos de caer bajo el dominio presuntuoso de los grandes, fuesen el exclusivo patrimonio de los sencillos y pequeños! ¿Quién no hallará razon para tenerse por tal en la presencia de Dios? ¿quién de vosotros, hermanos míos, de todos los que existen y de cuantos han de venir despues á la vida, no tendrá á disposicion suya este requisito único que pide Jesucristo para comunicar su sabiduría con la palabra de sus ministros?

TERCERA PARTE.

Lleno pues de confianza en las promesas del Señor; santamente animado con la idea feliz de que Dios nos ha congregado aquí con algun designio, y de que este designio, como suyo que es, envuelve un gran bien para vosotros y para mí; persuadido íntimamente de que habéis formado acerca de la doctrina evangélica un concepto digno del verdadero cristiano, considerándola relativamente á vosotros como un elemento fecundo de sabiduría de virtud y de santidad, entro á proponeros desde luego los medios que considero mas á propósito para que saquéis un provecho incalculable de estas santas instrucciones.

Estos medios miran todos al método, y el método, como bien sabéis, es el sabio concierto, el orden en todo lo que pensamos y en todo lo que hacemos. El orden, señores, es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera veréis brillar el orden, constantemente iréis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la lei de la unidad, á esta lei que pone un sello divino sobre todas las

cosas que han salido de sus manos. Yo quiero pues, que vosotros pongáis en práctica, cuanto es dado á vuestra respectiva capacidad, esta discrecion de pensamientos, este orden, este concierto precioso, que debe hacer mas abundantes y perfectos los frutos de vuestra constante aplicacion.

Pues que vengo á enseñaros, supongo que no conocéis, á lo ménos con la extension, claridad y perfeccion debidas, los oráculos sublimes de la fe, las promesas divinas de la esperanza y las condiciones celestiales de la caridad. Maestro de vosotros en Jesucristo, voi á conducirlos pues á lo desconocido; pero ministro suyo, debo acomodarme en todo al pensamiento, al plan de regeneracion intelectual y moral que vino á producir en la tierra, trayendo acá su gracia, no para que la naturaleza humana durmiera el sueño de la pereza, ni para que la vida del hombre corriese en la inaccion de todas sus facultades, sino para ayudar á la primera y dirigir la segunda, á fin de que el hombre ganara la perfeccion y la felicidad eterna con el sudor de su rostro. Yo bien sé, que á nuestro Criador y Salvador, al Dueño de la naturaleza y Arbitro de la gracia bastaria un simple querer para transformar al hombre y producir en él instantáneamente su felicidad; yo bien sé, que dirigiéndose acá en la tierra nuestros pensamientos y nuestras obras á pagar por medio de la expiacion la inmensa deuda del pecado, rescatando nuestra inocencia por medio de una penitencia sincera, bastaria que Dios lo mandase, para que quedáramos libres de trabajar por nosotros mismos: bien sé, que el sacrificio del Salvador del mundo lo hizo todo, y que para redimirnos de la pena eterna nos bastan los méritos de Jesucristo; pero sé tambien, que Jesucristo, ganando con su muerte nuestra libertad, estableció un reino que habia de gobernar por las leyes de su voluntad soberana, que nos puso condiciones para medrar con su gracia y utilizar sus tesoros, que sometió la naturaleza á la lei de un continuo trabajo; la razon á la fe, pero sin descargarla del deber de cultivarse; el pensamiento humano al pensamiento divino, pero sin proscribir la accion de las causas segundas: que pudo relevar-

tiende y difunde sin otra condicion que la docilidad y el conocimiento íntimo de nuestras tinieblas; y que demasiado zeloso de que la razon humana vaya á atribuirse su poder, quiso y anunció desde un principio, que las altas revelaciones de su doctrina, léjos de caer bajo el dominio presuntuoso de los grandes, fuesen el exclusivo patrimonio de los sencillos y pequeños! ¿Quién no hallará razon para tenerse por tal en la presencia de Dios? ¿quién de vosotros, hermanos míos, de todos los que existen y de cuantos han de venir despues á la vida, no tendrá á disposicion suya este requisito único que pide Jesucristo para comunicar su sabiduría con la palabra de sus ministros?

TERCERA PARTE.

Lleno pues de confianza en las promesas del Señor; santamente animado con la idea feliz de que Dios nos ha congregado aquí con algun designio, y de que este designio, como suyo que es, envuelve un gran bien para vosotros y para mí; persuadido íntimamente de que habéis formado acerca de la doctrina evangélica un concepto digno del verdadero cristiano, considerándola relativamente á vosotros como un elemento fecundo de sabiduría de virtud y de santidad, entro á proponeros desde luego los medios que considero mas á propósito para que saquéis un provecho incalculable de estas santas instrucciones.

Estos medios miran todos al método, y el método, como bien sabéis, es el sabio concierto, el orden en todo lo que pensamos y en todo lo que hacemos. El orden, señores, es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera veréis brillar el orden, constantemente iréis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la lei de la unidad, á esta lei que pone un sello divino sobre todas las

cosas que han salido de sus manos. Yo quiero pues, que vosotros pongáis en práctica, cuanto es dado á vuestra respectiva capacidad, esta discrecion de pensamientos, este orden, este concierto precioso, que debe hacer mas abundantes y perfectos los frutos de vuestra constante aplicacion.

Pues que vengo á enseñaros, supongo que no conocéis, á lo ménos con la extension, claridad y perfeccion debidas, los oráculos sublimes de la fe, las promesas divinas de la esperanza y las condiciones celestiales de la caridad. Maestro de vosotros en Jesucristo, voi á conducirlos pues á lo desconocido; pero ministro suyo, debo acomodarme en todo al pensamiento, al plan de regeneracion intelectual y moral que vino á producir en la tierra, trayendo acá su gracia, no para que la naturaleza humana durmiera el sueño de la pereza, ni para que la vida del hombre corriese en la inaccion de todas sus facultades, sino para ayudar á la primera y dirigir la segunda, á fin de que el hombre ganara la perfeccion y la felicidad eterna con el sudor de su rostro. Yo bien sé, que á nuestro Criador y Salvador, al Dueño de la naturaleza y Arbitro de la gracia bastaria un simple querer para transformar al hombre y producir en él instantáneamente su felicidad; yo bien sé, que dirigiéndose acá en la tierra nuestros pensamientos y nuestras obras á pagar por medio de la expiacion la inmensa deuda del pecado, rescatando nuestra inocencia por medio de una penitencia sincera, bastaria que Dios lo mandase, para que quedáramos libres de trabajar por nosotros mismos: bien sé, que el sacrificio del Salvador del mundo lo hizo todo, y que para redimirnos de la pena eterna nos bastan los méritos de Jesucristo; pero sé tambien, que Jesucristo, ganando con su muerte nuestra libertad, estableció un reino que habia de gobernar por las leyes de su voluntad soberana, que nos puso condiciones para medrar con su gracia y utilizar sus tesoros, que sometió la naturaleza á la lei de un continuo trabajo; la razon á la fe, pero sin descargarla del deber de cultivarse; el pensamiento humano al pensamiento divino, pero sin proscribir la accion de las causas segundas: que pudo relevar-

nos de merecer por el ejercicio de nuestras virtudes y por las continuas victorias sobre nuestras pasiones; pero que lo dispuso de otra manera, y para servirme de las palabras de nuestro manual catecismo, os diré, que los méritos de Jesucristo nuestro Señor bien nos bastarian, pero no exclusivamente, porque el mismo Salvador del mundo quiere que satisfagamos con él nosotros. Si pues he de llevaros á lo desconocido por medio de la predicacion de la doctrina cristiana; si á fin de conseguirlo debo concertarme con Dios en su plan de sabiduría; si en este plan entra el desarrollo franco y ordenado de los elementos de la naturaleza; si este desarrollo supone un punto de donde partir y por tanto un punto conocido, claro es, hermanos míos, que mis pláticas han de seguir fielmente á la misma naturaleza, y yo caminar de lo que mejor conocéis á lo que mas vehementemente deseáis por un sendero que acaso tiene algunas tinieblas para vosotros. Lo que mejor conocéis es ese precioso libro que manejáis desde los primeros dias de vuestra infancia católica, lo que mas íntimamente deseáis es esa felicidad eterna para la que habéis sido criados: entre estos dos puntos está el sendero de la vida cristiana, el grande objeto de vuestra continua solicitud, la fecunda materia que Dios ha colocado bajo la influencia sublime del sacerdocio. En este dilatado camino podéis hacer la última pérdida, si desgraciadamente os extraviáis ú os detenéis: se extravía el que se divaga á otros senderos; se detiene quien corta sus pasos para quedarse en la tierra. La falta de luz ocasiona el extravío; la falta de vigor espiritual causa ese detenimiento penoso que podríamos llamar la triste parálisis de la virtud. Contra este doble escollo hai un doble y eficacísimo poder, que sirve á su turno para prevenir ó reparar el extravío y la paralización: el poder de la luz que nos dirige, y el poder de la gracia que nos sostiene: he aquí, vuelvo á decir, cómo el cultivo de la doctrina cristiana, de donde fluyen ambas cosas, debe conducir á su perfeccion la grande obra, guiando vuestro entendimiento y vuestra voluntad de lo mas conocido á lo desconocido, del conocimiento general de vuestro catecismo y el gran deseo de vuestro fin, al co-

nocimiento práctico de la doctrina cristiana, que cuando llega á ser una instruccion práctica, es lo que llamamos palabra de Dios entendida y observada, es todo por lo mismo, pues con esto solo se han llenado las condiciones eternas de nuestro destino, siendo claro, infalible y de fe, que la felicidad eterna está reservada para los que entienden y guardan la palabra de Dios, como desde el principio tuve cuidado de advertir.

No os propongo pues, ya lo véis, esas gravísimas y penosas dificultades con que los sabios de este mundo intimidan el talento y alarman la razon en sus escuelas: os propongo una cosa bien sencilla, estudiar con meditacion y esmero vuestro manual catecismo, como un libro donde están contenidos íntegramente los preciosos elementos de todo el saber cristiano, y atender con la mayor solicitud á la santa predicacion que voi á haceros, en el concepto de que pienso sujetarme al mismo catecismo. Todas las grandes nociones que deben aguardarse de la predicacion acerca de los dogmas, de los preceptos y de la moral serán para vosotros lo mas fácil y sencillo, si yo las desenvuelvo sobre el texto de ese libro tan pequeño en su volúmen, como inmenso en su comprension.

Yo, como vosotros, le tengo y estudio desde mi infancia; medito diariamente en él, y á deciros la verdad, le poseo como un tesoro. Dios me oye, y en su nombre hablo, y creo que Dios pone la verdad en mi conciencia, si os aseguro sobre su testimonio, que este libro ha sido para mí el gran maestro, y que nunca he ocurrido á su texto sin descubrir nuevos espacios, sin hallar nuevas instrucciones, sin descender con mi entendimiento á mayor profundidad. Esta es mi constante lectura; este es mi amado libro. ¿Cuál será pues mi deseo respecto de vosotros, sino que le estudiéis como yo le estudio, le respetéis como yo le respeto, y le améis como yo le amo?

Grande es ¡oh católicos! inmensa la ciencia del verdadero sacerdote; fecunda y sublime, cuanto mas no cabe, la doctrina que corre bajo su pluma, ó sale de sus labios; infinita la luz que se desprende de cada página de la Santa Escritura; vivísimo el reflejo que de ella dan sobre el mundo con sus escritos y lecciones los apologis-

tas y los doctores del cristianismo. Pero en esta ciencia hai sus grados, como en el precepto de saberla sus limitaciones relativas al estado y destino de cada hombre. A vosotros os toca saber y entender vuestro catecismo; á mí me basta podérsle explicar. Siento en mí la escasez de conocimientos de cierta gerarquía; pero no los desearé, católicos, sino cuando Dios me los haga necesarios para otro ministerio. Dejo pues allá en las regiones mas elevadas proseguir su magestuoso y sublime vuelo á las primeras antorchas de nuestra Santa Iglesia, y me contento mucho con poseer la doctrina de este catecismo en el grado que se requiere para su edificante explicacion.

Quede pues entendido entre vosotros, que el primero de los medios para asistir con aprovechamiento á estas santas instrucciones, es el estudio constante y esmerado de nuestro manual catecismo, y la atencion cuidadosa, sostenida y siempre fija en la explicacion que de él se os haga.

El segundo medio es metodizar en el seno de vuestras familias tan importante estudio, desempeñándome vosotros en vuestras casas con el ejercicio de ese magisterio doméstico que honra tanto á la religion. ¡Oh padres de familia! este carácter os da en el mundo una representacion divina. Llamados como sois á vuestro turno á la mision augusta de extender la fe, afirmar la esperanza, y celar incesantemente la caridad en ese pequeño mundo que la Providencia ha puesto bajo vuestro inmediato gobierno, sois los subalternos del sacerdocio en la grande obra de la santidad, los ministros de la religion en el gobierno de vuestras familias, los magistrados católicos en el recinto de vuestras casas. Y vosotros, á quienes la naturaleza y la religion han colocado bajo el poder tutelar y dulce de la paternidad, vosotros ¡oh jóvenes! que sois llamados para obedecer, y ser felices, y vivir muchos años sobre la tierra, (1) nunca olvidéis que tendréis una gran parte en la obra santa de vuestra felicidad propia y la de todos los otros á quienes debéis amar como á vosotros mismos, si sois dóciles

(1) Exod. cap. XX, v. 12.

y atentos á la voz de vuestros padres, maestros y superiores. Estudiad con esmerada solicitud este libro; asistid con el empeño mayor á las piadosas distribuciones que se fijen en medio de vuestras familias para su enseñanza. Esta enseñanza os brinda con el mayor bien. Vuestro cuerpo esta subordinado á vuestra alma, y por vuestra alma sois todos entendimiento y voluntad: doctrinas y máximas, verdades y virtudes; he aquí todo el hombre segun Dios: un hombre segun Dios; he aquí al ser mas dichoso y grande que puede presentar la tierra. ¡Queréis ser grandes, deseáis ser felices? Sabed primero ser cristianos. ¡Anheláis por esta ciencia? Aprended vuestro manual catecismo. ¡Queréis hacer bien este importante aprendizaje? No os limitéis nunca al solo mecanismo de la memoria, porque este mismo catecismo os enseña que cada uno de vosotros está rigurosamente obligado á *saber y entender todo esto*, siendo claro que *no podemos cumplir sin entenderlo*.

La inteligencia pues de esta doctrina se ayuda con la gracia, pero se consume por la naturaleza, y la naturaleza está encerrada en el ejercicio de vuestra razon y la razon de vuestros padres; porque ni ellos podrán conseguir nada, si no cuentan con vosotros, ni vosotros por cierto adelantaráis cosa considerable, si no contáis con ellos. Por mui felices que sean las disposiciones que os haya concedido el Señor, por mui despierta que esté vuestra razon, y claro que sea vuestro talento, necesitáis de maestro. ¡Tendréis mas razon, mas experiencia y mas talento que el mundo? Pues habéis de saber, oh jóvenes, que el mundo estaba en las tinieblas, y no pudo por sí saber la doctrina: hubo menester de uno que se la enseñase: Jesucristo bajó del cielo á ejercer este nuevo cargo á fin de preparar los hombres á la redencion, y por esto, sus oficios mas principales, como dice nuestro libro, fueron los de *Salvador* y *Maestro*. Regeneró al mundo con las doctrinas. ¡Y qué doctrina enseñó? La misma que vosotros estáis aprendiendo, la doctrina cristiana. Subiendo al cielo dejó en la tierra quien enseñara en su nombre, una maestra para todo el mundo, esta maestra es la Iglesia: maestros para toda la Igle-

sia, para reinos, naciones, provincias, diócesis, parroquias, aldeas y simples familias: es decir, los sumos pontífices, los patriarcas, primados, arzobispos, obispos, curas, simples sacerdotes, maestros particulares y padres de familia. Ved pues en ellos á vuestros maestros, y estad seguros que correspondiendo á sus instrucciones, prestandos á su voz, seréis sabios y tambien felices.

Réstame tan solo, católicos, deciros la parte que yo me propongo tomar en estos medios, hablaros del órden que pienso seguir en estas santas instrucciones.

No sé cuanto ganaria ó quanto perderia el método considerado independientemente de vosotros, si yo prescindiese del camino que nos traza nuestro manual catecismo; pero sí sé, que todo seria perder, si cayera en la tentacion peligrosísima de adoptar un plan enteramente nuevo. Vuestro catecismo, hermanos míos, referido á vuestra razon, es infinitamente mas de lo que á primera vista aparece considerado en sí mismo. Dado que hubiese otro mejor por su método, pues no puede haberle mejor por su doctrina, nunca deberia sustituirse, y os voi á decir luego porqué. Este manual catecismo que todos tenemos no es el libro de una sola familia, de uno solo pueblo, de una sola generacion: es el libro de muchas naciones, de cuantas hablan nuestro propio idioma; ha sido el de muchas generaciones, de cuantas contamos en la cadena dilatadísima que corre hasta nosotros desde su primera publicacion: él representa, señores, la ciencia comun de muchos pueblos en materia de doctrina: su contenido forma ya una parte de nuestros hábitos intelectuales: su idioma está puesto al nivel de lo que nos es mas familiar: sus ideas corren á la par en la misma distancia que las que tenemos acerca de las necesidades mas ordinarias de la vida. ¡Qué empresa tan difícil pues, la de cambiaros el texto! ¡qué ventajas podrian compensar la penosa violencia de tantos hábitos! ¡con qué reemplazaríamos esa incontrastable firmeza con que se radican en el alma las ideas que reposan sobre los hábitos intelectuales de algunos siglos! No: mis instrucciones irán fundadas sobre vuestro libro, y esta es la primera condicion de mi plan.

En todo seguiré pues, el texto de nuestro manual catecismo del Padre Ripalda en el órden de sus declaraciones, comenzando por explicaros la que sirve de preliminar y se dirige nada ménos que á dar una idea grande y maravillosa de este nombre con que nos distinguimos, de esta señal divina que llevamos á la faz del cielo y de la tierra cuantos hemos renacido en el Espíritu Santo por medio del Bautismo, y estamos alistados en la celestial milicia de Jesucristo vida nuestra, bajo la enseña sublime de la Cruz; y por último de las graves obligaciones que nos incumben acerca de nuestro último fin. De aquí, como de un principio comun, parten esas grandes ramificaciones en que está distribuida la doctrina cristiana, que no es, digámoslo así, sino la sublime, la incomparable, la divina ciencia de nuestro último fin. Estas verdades fundamentales serán pues la materia de las siguientes instrucciones, que consideraremos como preliminares.

Hecha esta preparacion, que es al mismo tiempo histórica, moral y fundamental, procederé á explicar todos los puntos concernientes á la doctrina cristiana, distribuyendo mis pláticas en cuatro series, segun las cuatro partes en que aquel está distribuido.

En la primera de estas series hablaré de todos los dogmas fundamentales del cristianismo, explicando uno por uno todos los puntos del símbolo, ó artículos de la fe. Sin apartarme de los términos precisos y del órden con que se exponen allí estas verdades santas de la fe católica, haré lo posible para haceros percibir y entender las relaciones íntimas que tienen unos dogmas con otros, á fin de que rindáis humildes y fervorosos tributos de fe, de amor y de adoracion á la sabiduría y bondad infinitas que tanto brillan en el imponente conjunto de nuestros dogmas. Procuraré ligar, siempre que me lo permitan las leyes de nuestro catecismo, la exposicion de estas santas verdades con el sistema del mundo, la historia del hombre y los destinos futuros de la humanidad.

Antes de proceder á la exposicion de los preceptos, procuraré haceros entender cómo ellos son y deben ser necesariamente la consecuencia práctica de nuestra fe;

cómo esta prepara los caminos por donde ha de andar la lei de Dios en el corazon de la humanidad, y cómo en el cumplimiento de aquellos está cifrada nada ménos que la plenitud, la consumacion y la vida celestial de nuestra fe. El hombre todo, tratándose de su excelencia y de su fin, viene á reconcentrarse en su alma; correrá por lo mismo la suerte de su alma; será perfecto si su alma es perfecta; será feliz, si su alma es feliz. Ahora bien, el alma es toda entendimiento y voluntad; esta necesita de aquel, porque no abraza ó desecha sino lo que conoce. El entendimiento representa la luz, la voluntad representa el camino que conduce á la vida; la luz es la verdad, el camino es la conducta, la vida es la bienaventuranza. El entendimiento, cuando cuenta con la fe, vive con la luz y la verdad; la voluntad, cuando anda con la lei de Dios, adquiere la virtud y sigue siempre el verdadero camino; el hombre que anda segun la fe y segun la lei de Dios gana la vida eterna, que es una consecuencia práctica de los principios y de la conducta; y como Jesucristo es *la verdad, el camino y la vida*, el símbolo y los preceptos son los estrechísimos y eternos lazos que nos han de unir con Jesucristo. He aquí, hermanos míos, las ideas con que debo introducirme á la segunda serie de mis pláticas, á fin de que tengáis una idea mas perfecta de la lei de Dios y de su Iglesia.

Estas condiciones metódicas podrán allanarme los obstáculos que pudieran hacerse á mi explicacion por la inteligencia de mi auditorio; mas resta con todo limpiar el campo de otra clase de estorbos, quitando de en medio los inconvenientes del corazon. Ya os dije que sin Dios nada podemos hacer, que con Dios lo podemos todo, pero que Dios nada concede sino en razon de la solicitud con que le pedimos. Esta solicitud, como bien lo sabéis, está reglamentada en el código que prescribe la oracion, y me llama por lo mismo á exponeros en la tercera serie de mis pláticas las leyes y las reglas á que la moral sujeta el arte sublime de conquistar los mayores bienes de la gracia por medio de una oracion legítima, bien dirigida y sólidamente apoyada.

Mas como los bienes que el Señor se digna comunicarnos para que lleguemos á nuestro fin fluyen de tantos manantiales cuantos son los sacramentos de nuestra Santa Madre la Iglesia, instituidos por su Divino Esposo nuestro Señor Jesucristo, ellos deben formar el fondo y la materia de la cuarta y última serie en que van á ser distribuidas estas instrucciones doctrinales.

Os he dicho ya, hermanos míos, cuanto me proponia deciros acerca de la importancia de la doctrina cristiana, de las disposiciones con que debéis asistir á su santa predicacion, y de los medios que deben ponerse en práctica de parte mia para exponerla con mas fruto, y de parte vuestra para oirla con mayor aprovechamiento. Habéis visto que ella es el depósito único de la verdad en cuanto cumple á nuestro último fin, que de ella emana ese poder incalculable de que nos reviste la esperanza, y que en ella se forman esos lazos indisolubles que nos unen perdurablemente con Dios por medio de la continua caridad. Tambien habéis entendido cómo de vuestras disposiciones dependerán vuestros frutos, cómo debéis asistir con fe, con confianza y con solicitud, y cómo estas condiciones bastan para que acopiéis en vuestras almas toda la luz, toda la doctrina y toda la sabiduría de que ha menester cada uno de vosotros para que, segun las diferencias de su estado, clase y condicion, realice en sí los designios altos de su Criador, fecunde la misericordia de su Salvador, y adquiera la corona inmarcesible que reserva un Dios Glorificador para ceñir las sienes del justo. Finalmente, habéis tenido á vuestra vista dos escalas metódicas, una que debéis recorrer vosotros con vuestro estudio, y otra que debo seguir yo con mis instrucciones. No resta ya pues, hermanos míos, sino que reuniendo en un punto de vuestra alma tan preciosos documentos como acabo de daros, y haciéndola correr por los verdaderos caminos al impulso noble y santo de una instruccion tan edificante, hagáis lo que se os pide, para que la obra de Dios sea felizmente consumada en la recta propagacion de su luz y su gracia por este pueblo escogido para ser su heredad y su gloria. ¡Oh si vosotros, atentos al celestial origen que habéis recibido en la fuente que nos regenera en el Es-

píritu Santo, y al sublime y glorioso fin para que fuisteis criados, y plenamente convencidos de que á este fin solo se llega *con obras de fe, esperanza y caridad*, consagrareis á la posesion de esta ciencia, que nos enseña á creer, á esperar, á pedir y á obrar siempre en el sentido de tan alta vocacion, los dias que aun os faltan para concluir vuestra jornada sobre la tierra! ¡Oh sí desde ahora, mas atentos que nunca á estudiar la lei santa del Señor, hicieseis de ella vuestra meditacion constante, como el Profeta-rei! Tened por seguro, cristianos, que os elevariais al mas alto grado en la escala del entendimiento y del corazon, adquiririais el mas temible poder contra vuestros enemigos, os elevariais sobre vuestros maestros, superariais con esta ciencia divina la consumada prudencia de los ancianos; pues tales son los preciosos frutos de la palabra de Dios constantemente meditada. ¹ El derrame sobre vosotros sus bendiciones todas y cumpla mis deseos, haciéndoos instruidos y virtuosos, para que seáis perfectos y bienaventurados.

(1) Quomodo dilexi legem tuam, Domine! Tota die meditatio mea est.—Super inimicos meos prudentem me fecisti, Super omnes docentes me intellexi:.... Super senes intellexi, quia mandata tua quæsi vi. PS.—Cap. XVIII, vv. 97, 98, 99, 100.

PLÁTICA SEGUNDA

SOBRE

LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA

DEL

CARÁCTER DE CRISTIANO,

PROBADA CON LA PERSONA DE JESUCRISTO,

SU MISION

y

SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD.

Deus... donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur.

Dios... le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus se doble toda rodilla.

Epist. de S. Pablo á los Philipenses, cap. II, vv. 9 y 10.



DESDE que yo vengo á enseñaros, hermanos míos, y vosotros venís á aprender la doctrina Santa de la Iglesia, debo sin duda comenzar ilustrando las ideas relativas al carácter con que vosotros y yo nos presentamos en la casa de Dios á la explicacion catequística. Este carácter es el de *cristianos*. Con este nombre nos distinguimos ante todos los pueblos y en todos los siglos: este solo nombre compendia en sí toda la historia de la religion y de la humanidad, representa, no lo dudéis, cuanto puede referirse á la religion y su objeto, á nuestra naturaleza ennoblecida y nuestro último fin. Si se nos pregunta ¿cómo nos llamamos? haremos revivir con nuestra respuesta los hechos mas ilustres del cristianismo, simbolizaremos un grande suceso de la religion, un misterio profundo de la fe, un beneficio particular de la gracia por la intercesion de Ma-

píritu Santo, y al sublime y glorioso fin para que fuisteis criados, y plenamente convencidos de que á este fin solo se llega *con obras de fe, esperanza y caridad*, consagrareis á la posesion de esta ciencia, que nos enseña á creer, á esperar, á pedir y á obrar siempre en el sentido de tan alta vocacion, los dias que aun os faltan para concluir vuestra jornada sobre la tierra! ¡Oh sí desde ahora, mas atentos que nunca á estudiar la lei santa del Señor, hicieseis de ella vuestra meditacion constante, como el Profeta-rei! Tened por seguro, cristianos, que os elevariais al mas alto grado en la escala del entendimiento y del corazon, adquiririais el mas temible poder contra vuestros enemigos, os elevariais sobre vuestros maestros, superariais con esta ciencia divina la consumada prudencia de los ancianos; pues tales son los preciosos frutos de la palabra de Dios constantemente meditada. ¹ El derrame sobre vosotros sus bendiciones todas y cumpla mis deseos, haciéndoos instruidos y virtuosos, para que seáis perfectos y bienaventurados.

(1) Quomodo dilexi legem tuam, Domine! Tota die meditatio mea est.—Super inimicos meos prudentem me fecisti, Super omnes docentes me intellexi:.... Super senes intellexi, quia mandata tua quæsi vi. PS.—Cap. XVIII, vv. 97, 98, 99, 100.

PLÁTICA SEGUNDA

SOBRE

LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA

DEL

CARÁCTER DE CRISTIANO,

PROBADA CON LA PERSONA DE JESUCRISTO,

SU MISION

y

SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD.

Deus... donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur.

Dios... le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus se doble toda rodilla.

Epist. de S. Pablo á los Philipenses, cap. II, vv. 9 y 10.



DESDE que yo vengo á enseñaros, hermanos míos, y vosotros venís á aprender la doctrina Santa de la Iglesia, debo sin duda comenzar ilustrando las ideas relativas al carácter con que vosotros y yo nos presentamos en la casa de Dios á la explicacion catequística. Este carácter es el de *cristianos*. Con este nombre nos distinguimos ante todos los pueblos y en todos los siglos: este solo nombre compendia en sí toda la historia de la religion y de la humanidad, representa, no lo dudéis, cuanto puede referirse á la religion y su objeto, á nuestra naturaleza ennoblecida y nuestro último fin. Si se nos pregunta ¿cómo nos llamamos? haremos revivir con nuestra respuesta los hechos mas ilustres del cristianismo, simbolizaremos un grande suceso de la religion, un misterio profundo de la fe, un beneficio particular de la gracia por la intercesion de Ma-

ría, una vida pasada en el heroísmo del corazón sacrificado á la lei. Nuestros labios pronunciarán las palabras *Pedro, Juan, ó Francisco*; mas nuestro espíritu recordará que estamos encomendados desde el primer día de nuestra regeneración al Príncipe de los Apóstoles, al sublime Precursor del Mesías, ó bien al Discípulo amado que se reclinaba sobre su pecho, al padre de la inmensa familia que vuelve sus ojos á la ciudad de Asis para encontrar el origen de esa gloria que encubre la humildad, ó bien á Francisco Javier, que revistiéndose con las alas de la caridad, atravesaba los mares y los montes, y desafiaba todos los elementos, y echaba sobre sí todos los trabajos de una larga peregrinación, para ir á llevar á los mas remotos climas el nombre, la fe y la gloria de Jesucristo. Ved aquí, hermanos míos, el primero de nuestros tómbres, sin salir de nuestro nombre particular, y lo que quiere decir nuestro manual catecismo en la primera de sus preguntas y respuestas. *Decidme: ¿cómo os llamáis? Responderá su nombre, Pedro, Juan ó Francisco &c.*

Pero no nos detengamos aquí: esta filiación particular que cada uno de nosotros tiene con el Santo de su nombre viene á refundirse y engrandecerse en esa otra filiación general, en esa designación católica que representa con un solo signo al inmenso pueblo redimido con la sangre de Jesucristo, ora milite en la tierra con los enemigos de su alma, ora se halle de paso por el lugar misterioso de la purificación, ora finalmente viva y reine con Dios en la Jerusalem de los cielos. ¿Qué signo es este, católicos? El nombre augusto de *cristiano*. De este precisamente voi á hablaros ahora. La serie de mis instrucciones han de ser colocadas entre dos puntos extremos, uno que establece la excelencia de vuestra condición, otro que sanciona la imperecedera gloria de vuestro fin. Se os pregunta, si sois *cristianos*; y respondéis con toda la sencillez de la verdad: *sí por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*. Se os pide que expliquéis la significación de esta palabra *cristiano*; y respondéis, que *cristiano* quiere decir *hombre de Cristo*, esto es, *hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en su santo Bautismo*. He aquí en cuatro palabras encerrada toda la ciencia que

nunca pudieron conquistar en tantos siglos los primeros sabios de la antigüedad; la ciencia de la humanidad, regenerada en su naturaleza, ennoblecida en su carácter, santificada en su carrera y glorificada en sus destinos. Mas todavía esto parece como la superficie del gran todo, y no sirve, digámoslo así, sino para comprometernos mas y mas en la investigación preciosa de nuestra propia excelencia mediante el estudio profundo de este nombre divino.

¿Cómo formarnos pues una idea tan grande cual quisiéramos acerca de nuestro nombre de *cristianos*? Procurando tenerla de Jesucristo, no solo en su naturaleza, sino tambien en su misión y en sus relaciones con toda la humanidad. Veis pues indicado ya el plan de este discurso. *¿Quién es Cristo?* He aquí la primera parte. *¿Es este Cristo el Mesías verdadero?* He aquí la segunda. *¿Cuáles fueron sus oficios mas principales?* He aquí la tercera.

PRIMERA PARTE.

Echad vuestros ojos por todo lo que os rodea; visitad con vuestra mente esos brillantes mundos que giran sobre nosotros; bajad con vuestra meditación á contemplar esa inmensidad de seres que viven en el seno de los mares ó en las entrañas de la tierra; en suma, estudiad toda la creación visible entre la cual os halláis colocados: bien pronto descubriréis con cierta especie de trasporte, que todos estos seres están distribuidos por una escala puesta por Dios en el mundo, como el escabel de vuestros piés, y que todo se halla situado, (como entre el principio y el objeto,) entre Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios; que este Ser perfectísimo todo ha querido sujetarlo al hombre, reservándose para sí al hombre mismo. Dios y la humanidad, en una alianza feliz sostenida bajo el influjo de la primitiva gracia; he aquí el Paraiso en su bello día: el hombre apartado de Dios

por el pecado de nuestro primer padre, la humanidad entera condenada al dolor y á la muerte, las hostilidades rotas entre la tierra y el cielo; he aquí el mundo moral en su miserable caída de la gracia: la humanidad rehabilitada por el Verbo con la renovacion de la alianza: mediante la Encarnacion verificada en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo; he aquí á *Jesucristo*. Yo os preguntaré pues, *quién es Cristo?* y arrebataré vuestros primeros homenajes á su adorable persona, respondiendo sencillamente; *Dios y hombre verdadero*. De esta manera veo entrar con las dos naturalezas en la santa persona de Jesucristo á Dios con su esencia y á la humanidad con sus destinos. Verdadero Mediador, liga y estrecha sin cesar en su persona con sus dos naturalezas aquellos dos órdenes. La Divinidad bajó á la tierra en la persona del Verbo, para que la humanidad toda subiese al cielo en la Ascension gloriosa del Hijo de María.

Pues que os he dicho que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, añadiré aquí, para demostrároslo, que es Dios, *por que es natural Hijo de Dios vivo*, y que es hombre verdadero, *porque es tambien Hijo de la Virgen María*; y de ambos hechos podéis partir, para entender cómo él es el *Unigénito*, y cómo se llama Cristo *por la unción y plenitud de gracia que tiene sobre todos*. Mas detengámonos un poco á fin de ampliar estas ideas con la demostracion católica de la divinidad y humanidad de Jesucristo.

Jesucristo es Dios: oid aquí las principales pruebas de este dogma. El Evangelista San Juan, á fin de manifestarlo, describe la generacion eterna del Verbo; y al efecto, nos dice que *Jesucristo es el Verbo, que existe desde la eternidad, que estaba en Dios, que era Dios; que por él se hicieron todas las cosas &c. &c.* ¹ San Pablo afirma que, *al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió á su Unigénito, el cual, teniendo la naturaleza de Dios, se juzgó igual á Dios, y no por usurpacion.* ² El mismo Jesucristo lo anunció terminantemente en diversas ocasiones; pues unas veces dice; *Yo y el Padre somos una misma cosa*; ³ otras establece, como una consecuencia,

(1) Cap. I, vv. 1 y sig.—(2) Philip. cap. II, v. 6.—(3) Joan cap. X, v. 30.

que debian creer en él los que creian en el Padre. ¹ Que Jesucristo es el Verbo, lo acabamos de ver. Tambien hemos visto que el Verbo no es el Padre: el mismo Jesucristo lo enseña: *En la casa de mi Padre*, decia á sus discipulos, *hai muchas mansiones*, despues de haberles dicho, *pues creéis en Dios, creed tambien en mí*. Todo el capítulo XIV de San Juan está manifestando dos cosas, la identidad de naturaleza entre el Verbo y el Padre, y la distincion de personas. Tampoco es el Espíritu Santo: esto se prueba, ya con el hecho de que Jesucristo habló de él, como de una persona distinta, principalmente en aquella ocasion en que, tratándoles de su Ascension á los cielos, les prometió enviarles su Espíritu Santo; ² ya porque á cada paso muestra el Nuevo Testamento á Jesucristo, como el Hijo de Dios, el Verbo eterno, distinto del Padre y del Espíritu Santo; ya en fin, porque así lo ha enseñado la Iglesia en todos los siglos. ³ Fácil me fuera, hermanos míos, el hacer pasar vuestra inteligencia y vuestra fe por cada uno de estos sagrados textos, y prolongar mi discurso con una serie de citas encaminadas á manifestar esa cadena tradicional de enseñanza de toda la Iglesia católica, para que vieseis á cada paso y á toda luz cómo la divinidad de Jesucristo es un dogma católico, un punto de fe, porque Dios le ha revelado en las Santas Escrituras, y la Iglesia le enseña en su doctrina. Pero yo debo ser mui sobrio, limitándome á lo mui preciso, principalmente cuando vuestra fe en mi santo ministerio me reviste á vuestros propios ojos de un gran carácter de autoridad. Vengamos pues al segundo punto.

Jesucristo es hombre verdadero. ¿Porqué? *Porque es tambien Hijo de la Virgen María*. Todas las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento anuncian, manifiestan y confirman este dogma. Leedlas, católicos: allí veréis cómo Jesucristo se designa con el nombre de *vástago de la muger*, ⁴ y cómo se dice, que debe descender de los Patriarcas. ⁵ Los Profetas dan á conocer que sacará su origen de Judá y de David, y describen su nacimiento,

(1) Joann. cap. XIV, v. 1.—(2) Joann. cap. XIV, v. 16, 17 y 26.—(3) Símbolo de los Apóstoles, de San Atanacio y Nicea.—(4) Genes. cap. III, v. 15.—(5) Ibid. cap. XII, v. 3.

su muerte y todas las circunstancias de su vida mortal, las cuales no podían convenir evidentemente, sino á un verdadero hombre. ¹ En el nuevo Testamento, los Evangelistas y los Apóstoles hablan á cada paso de la humanidad de Jesucristo: San Mateo y San Lucas hacen su genealogía: San Juan dice literalmente: que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.* ² El mismo Jesucristo lo advierte á sus discípulos en estas palabras: *Tocad y ved: los espiritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo tengo.* ³ El Apóstol San Pablo en su epístola á los romanos dice, que *el Hijo de Dios es descendiente de David segun la carne,* ⁴ y San Juan manifiesta, que *todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, viene de Dios.* ⁵ La Iglesia misma en todos tiempos y sin interrupción ha profesado esta creencia, fundada tan claramente en la Escritura, cómo lo ve todo el mundo, al repetir el Símbolo de los Apóstoles, y al oír entonar en los templos el Símbolo transmitido por los padres del Concilio Niceno.

Hai mas: esta Encarnación fué verificada en las entrañas de la Virgen María: ved aquí otra verdad igualmente demostrada. San Juan designa á María con el nombre de *Madre de Jesus,* ⁶ como lo habia hecho ya Santa Isabel, ponderando su ventura por ser visitada de María. ⁷ En los mismos términos se explica San Lucas. ⁸ No la designó con otro nombre al Angel del Señor, cuando prescribió á José la huida para Egipto. ⁹ Y por último, concluiré con recordaros, que terminantemente se lo dijo Gabriel á Maria, cuando vino á anunciarle su divina maternidad. ¹⁰

Ya veis, hermanos míos, cómo Jesucristo Nuestro Señor es Dios y hombre verdadero, cómo es el Verbo eterno, la sabiduría increada, el Unigénito del Padre, ó como dice, nuestro manual catecismo, *como es natural Hijo de Dios vivo;* y habéis visto también, como es hombre, sin dejar de ser Dios, *porque es también Hijo de la Virgen María.* Llámase *Cristo* y por esto nosotros nos llamamos *cristianos.* ¿Mas qué debemos entender por esta palabra *Cristo?* „Esta palabra, dice Lactancio, no es un nombre propio; sino un tí-

—1—Joann. cap. I, v. 14.—2—Joann. Ib.—3—Luc. cap. XXIV, v. 39.—4—Cap. I, v. 3.—5—I cap. IV, v. 3.—6—Joann. cap. II, v. 2.—7—Luc. cap. I, v. 43.—8—Ib. cap. II, v. 34.—9—Math. cap. II, v. 13.—10—Luc. cap. I, v. 35.

tulo que designa el poder y la dignidad real; y por esto los judíos llamaban *Cristos* á sus reyes. Este nombre, derivado de una palabra griega que significa *ungir* ó hacer una unción, sirvió despues para nombrar una persona consagrada por la unción santa. Estaba prevenido á los judíos por su lei, hacer y consagrar un perfume para ungir á aquellos que eran elevados á la dignidad real. Por esto nosotros llamamos *Cristo* al que ellos llamaban *Mesías*, como si dijéramos *ungido ó rei consagrado:* porque este augusto personaje, concluye el escritor citado, posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno. ¹ Elevando pues esta palabra hasta el grado mas sublime de que fuera capaz, la consagra la Iglesia para designar con ella al Hijo del Dios vivo, al Verbo encarnado que reunió en su persona la dignidad de rei, de sacerdote y de Profeta. He aquí, hermanos míos, al Mesías verdadero, porque es el mismo *prometido en la lei y en los Profetas.* Mas al pronunciar el nombre de Mesías, entramos naturalmente á considerar á Jesucristo en la misión sublime de gracia, de salud y felicidad que vino á cumplir en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

La misión de Jesucristo en la tierra es una misión de salud, pues que vino ex-profeso á redimir al hombre de la esclavitud y muerte del pecado; es una misión de luz y de verdad, porque vino á disipar con su doctrina y Evangelio los errores y las tinieblas que envolvían á toda la humanidad; es por último, una misión de sólida firmeza, porque vino á establecer en el mundo un reino inmortal. Como yo no escribo un libro, me es imposible reducir al pequeñísimo espacio de una subdivision metódica el imponente conjunto de hechos, de figuras representativas, de profecías verificadas, de cotejos ó comparaciones históricas, que han servido de fundamento en todos los siglos aun á los que ántes habian sido incrédulos, para reconocer en Jesucristo al ver-

(1) Divin. Inst. I. 4, cap. 7. Vease el *Diccionario teológico de Bergier.* art. CRISTO.

su muerte y todas las circunstancias de su vida mortal, las cuales no podían convenir evidentemente, sino á un verdadero hombre. ¹ En el nuevo Testamento, los Evangelistas y los Apóstoles hablan á cada paso de la humanidad de Jesucristo: San Mateo y San Lucas hacen su genealogía: San Juan dice literalmente: que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. ² El mismo Jesucristo lo advierte á sus discípulos en estas palabras: *Tocad y ved: los espiritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo tengo*. ³ El Apóstol San Pablo en su epístola á los romanos dice, que *el Hijo de Dios es descendiente de David segun la carne*, ⁴ y San Juan manifiesta, que *todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, viene de Dios*. ⁵ La Iglesia misma en todos tiempos y sin interrupción ha profesado esta creencia, fundada tan claramente en la Escritura, cómo lo ve todo el mundo, al repetir el Símbolo de los Apóstoles, y al oír entonar en los templos el Símbolo transmitido por los padres del Concilio Niceno.

Hai mas: esta Encarnación fué verificada en las entrañas de la Virgen María: ved aquí otra verdad igualmente demostrada. San Juan designa á María con el nombre de *Madre de Jesus*, ⁶ como lo habia hecho ya Santa Isabel, ponderando su ventura por ser visitada de María. ⁷ En los mismos términos se explica San Lucas. ⁸ No la designó con otro nombre al Angel del Señor, cuando prescribió á José la huida para Egipto. ⁹ Y por último, concluiré con recordaros, que terminantemente se lo dijo Gabriel á Maria, cuando vino á anunciarle su divina maternidad. ¹⁰

Ya veis, hermanos míos, cómo Jesucristo Nuestro Señor es Dios y hombre verdadero, cómo es el Verbo eterno, la sabiduría increada, el Unigénito del Padre, ó como dice, nuestro manual catecismo, *como es natural Hijo de Dios vivo*; y habéis visto también, como es hombre, sin dejar de ser Dios, *porque es también Hijo de la Virgen María*. Llámase *Cristo* y por esto nosotros nos llamamos *cristianos*. ¿Mas qué debemos entender por esta palabra *Cristo*? „Esta palabra, dice Lactancio, no es un nombre propio; sino un tí-

—1—Joann. cap. I, v. 14.—2—Joann. Ib.—3—Luc. cap. XXIV, v. 39.—4—Cap. I, v. 3.—5—I cap. IV, v. 3.—6—Joann. cap. II, v. 2.—7—Luc. cap. I, v. 43.—8—Ib. cap. II, v. 34.—9—Math. cap. II, v. 13.—10—Luc. cap. I, v. 35.

tulo que designa el poder y la dignidad real; y por esto los judíos llamaban *Cristos* á sus reyes. Este nombre, derivado de una palabra griega que significa *ungir* ó hacer una unción, sirvió despues para nombrar una persona consagrada por la unción santa. Estaba prevenido á los judíos por su lei, hacer y consagrar un perfume para ungir á aquellos que eran elevados á la dignidad real. Por esto nosotros llamamos *Cristo* al que ellos llamaban *Mesías*, como si dijéramos *ungido ó rei consagrado*: porque este augusto personaje, concluye el escritor citado, posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno. ¹ Elevando pues esta palabra hasta el grado mas sublime de que fuera capaz, la consagra la Iglesia para designar con ella al Hijo del Dios vivo, al Verbo encarnado que reunió en su persona la dignidad de rei, de sacerdote y de Profeta. He aquí, hermanos míos, al Mesías verdadero, porque es el mismo *prometido en la lei y en los Profetas*. Mas al pronunciar el nombre de Mesías, entramos naturalmente á considerar á Jesucristo en la misión sublime de gracia, de salud y felicidad que vino á cumplir en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

La misión de Jesucristo en la tierra es una misión de salud, pues que vino ex-profeso á redimir al hombre de la esclavitud y muerte del pecado; es una misión de luz y de verdad, porque vino á disipar con su doctrina y Evangelio los errores y las tinieblas que envolvían á toda la humanidad; es por último, una misión de sólida firmeza, porque vino á establecer en el mundo un reino inmortal. Como yo no escribo un libro, me es imposible reducir al pequeñísimo espacio de una subdivisión metódica el imponente conjunto de hechos, de figuras representativas, de profecías verificadas, de cotejos ó comparaciones históricas, que han servido de fundamento en todos los siglos aun á los que ántes habian sido incrédulos, para reconocer en Jesucristo al ver-

(1) Divin. Inst. l. 4, cap. 7. Vease el *Diccionario teológico de Bergier*. art. CRISTO.

dadero Mesías de la nueva alianza, al Deseado de todas las naciones, al que destinaba ya Dios desde su eternidad para reparar con su sacrificio infinito el estrago también infinito que hizo en nuestros primeros padres la culpa original. Procediendo pues de la noción que acabo de daros, por la cual habéis visto que Jesucristo es Dios, pondré á vuestra vista las consecuencias que de aquí se deducen, á fin de que reconozcáis la verdad en su Evangelio, la institución del sacerdocio en su apostolado, y la autoridad divina en su Iglesia: pues esto es lo que basta para que veamos en él al Mesías prometido.

Apoyándome, señores, en el testimonio uniforme de la historia sagrada y de la historia profana, os diré, que en los primeros años de nuestra era apareció en la Palestina un personaje extraordinario que se llamó *Jesus*, Hijo de María, descendiente de la casa y familia de David; que vivió en Judea bajo el reinado de Augusto y de Tiberio; que se anunció él mismo como el *Mesías* prometido en la lei y en los profetas, como el *Hijo de Dios*. También lo es, que predicó una doctrina nueva para todas las naciones; que eligió doce Apóstoles, para que propagasen esta doctrina, y llevasen la fe, la esperanza y la caridad á todo el universo; que estableció una Iglesia, para que fuese la depositaria de sus dogmas, intérprete de su lei, maestra de las costumbres, representante suya en la tierra, órgano de su voluntad, y suprema dispensadora de sus tesoros divinos.

A esta misión reconocida universalmente dan un testimonio uniforme el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la Historia de la Iglesia. El primero puede considerarse como una historia profética, simbólica y figurativa del Mesías; el segundo, como un milagro continuo y un cuadro acabado y perfecto de doctrina, de acontecimientos é instituciones sobrenaturales; la tercera, por último, como un contingente indefectible que han ido pagando los siglos al poder soberano de Jesucristo. De este modo vamos viendo, al través de los acontecimientos mas diversos que nos presenta la historia del género humano, al hombre delincuente y al hombre regenerado, y por tanto, la clave de todo este misterioso

edificio viene á ser la existencia y divinidad de un personaje que trajo á la tierra la misión de regenerar la naturaleza corrompida por el pecado, de salvar la humanidad entera de la eterna perdición, á que estaba sujeta por el pecado. He aquí por qué, desde las primeras páginas del Génesis, desde los primeros dias del hombre hasta los tiempos de hoy, vemos resplandecer al Mesías, como el viajero que dando la vuelta al mundo, y encontrando al sol en todas partes, no halla lugar fijo para el oriente ni para el ocaso. Situados en aquel punto donde parece replegarse el horizonte de la existencia contra los abismos de la nada, vemos levantarse magestuosamente al Mesías, y pasar con los siglos y sobre los siglos, sin que su luz llegue á ocultarse un momento solo á la vista de las generaciones. El Antiguo Testamento nos le anuncia en sus profecías, nos le pinta en sus figuras, nos le muestra en sus leyes é instituciones: el Nuevo Testamento nos le hace reconocer Dios en los prodigios que preceden, en los que acompañan y en los que siguen á su nacimiento, en el misterio de sus humillaciones y de su grandeza, en la santidad de su vida, en el carácter de su predicación, en el poder de sus milagros, en su resurrección gloriosa. La Historia de la Iglesia, que propiamente hablando, comienza por los Hechos apostólicos, sorprende nuestra admiración con los trabajos de los Apóstoles, la santidad de su vida, el desempeño de su misión, el establecimiento y propagación de la Iglesia, la constancia de los mártires, la transformación del mundo y la incontrastable firmeza del nuevo reino.

Ved, católicos, con qué noble magestad atraviesa los siglos esta misión eterna de Jesucristo, y cómo se manifiesta igualmente en la historia del antiguo pueblo, en la voz de los Profetas, en la esperanza de los Patriarcas, en el testimonio del Evangelio, en los milagros que obra y en los mismos oficios que ejerce sobre la tierra. ¿Cuáles fueron pues sus oficios mas principales? *Los de Salvador y Maestro*, como lo vais á ver en la tercera parte.

TERCERA PARTE.

La condicion del mundo cuando vino Jesucristo, está representada en dos palabras, hermanos míos, *tinieblas y muerte*. El hombre estaba muerto para la gracia, y en tanto estaba muerto, en cuanto no tenia en lo absoluto ningun elemento reparador que pudiera volverle á la vida. Cortadas sus relaciones con Dios por el pecado, claro es, que no podia venir sin un Mediador y una víctima de infinito precio, supuesto que Dios, al manifestar su plan de reparacion, indicó mui claramente que no quedaria dispuesto á renovar su alianza con los hombres, si la injuria que le infirieron estos con el pecado no hubiese llegado á destruirse con una satisfaccion digna. ¿Y quién podia dar esta satisfaccion, supuesto que habia de consistir en el sacrificio de una víctima de infinito precio? No la Divinidad, porque la Divinidad es por su naturaleza incapaz de padecer: tampoco la humanidad, cuya profunda contaminacion la hacia incapaz de merecimiento, y cuyo carácter de finita la habria dejado en la misma impotencia, aun cuando hubiera sido capaz de merecer algo. He aquí, señores, el *porqué* de la Encarnacion. El Hijo de Dios se hizo hombre, y con esto solo el mundo tuvo un Hombre. Dios, que padeciendo en cuanto hombre, mereceria como Dios. He aquí lo primero que vino á cumplir Jesucristo sobre la tierra: porque decidme; ¿para qué se hizo Dios hombre? *Para poder morir por los hombres*; porque en cuanto Dios era imposible que muriese. Ahora bien: el padecer y el morir por nosotros los hombres, le da el carácter de *Salvador*, y por lo mismo este es uno de sus oficios mas principales. Mas qué, ¿solo para esto se hizo Dios hombre? Bien sabéis que no, hermanos míos: se hizo hombre tambien *para enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo*. Y pues que vino aquí, no solo para salvar al mundo, sino tambien, para enseñar al mundo, es no solamente nuestro *Salvador*, sino tambien nuestro *Maestro*.

¿Qué doctrina enseñó? La misma, señores, que enseña toda la Iglesia católica, la que ha enseñado constan-

temente, la que enseñará por todos los siglos, la que transformó al mundo de tinieblas en luz, conquistando la razon con la fe, la que ha hecho caer ante nuestro símbolo todo el poder antiguo, la misma que os estoi predicando yo, la que os hace á vosotros, hermanos míos, mas entendidos y sabios acerca de Dios, del hombre y de la felicidad, que á todos los filósofos antiguos, la doctrina bajada de los cielos, *la doctrina cristiana*.

En la plática precedente os he dado una idea de esta doctrina, os he dicho que tiene cuatro partes, las cuales satisfacen á todas las necesidades del hombre: *Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos*; he procurado elevar vuestras almas hasta la importancia de esta doctrina, y os he inculcado las disposiciones con que debéis escucharme. Dejo pues aquí este punto, para volver á Jesucristo en sus relaciones con toda la humanidad; pues nada ménos es necesario para que comprendáis la excelencia de vuestra condicion sobre todos los pueblos de la tierra, con solo llevar el nombre de *cristianos*.

No abandonemos pues la idea: bajo los caracteres de Salvador y de Maestro, Jesucristo nos ha unido tan íntimamente á sí, que si correspondiéramos bien á una dignacion tan sublime, pudieramos decir con San Pablo. „Muerto estoi, y „mi vida está escondida en Dios con Jesucristo. No vivo yo, sino Jesucristo es quien vive en mí. ¿Quién pues „podrá apartarme del amor de Jesucristo? ¿acaso la tribulacion, el hambre, la desnudez, la persecucion, el peligro, la cuchilla desnuda del verdugo, &c. &c? Ah! no: „yo estoi seguro de que ni la vida, ni la muerte, ni lo sucedido „ya, ni lo que está por venir, ni lo que urge y estrecha en el „momento en que hablo, nada en suma, será parte á separarme del amor de Dios, que está radicado en Jesucristo.”¹

¡Ah, hermanos míos! si tuviésemos aquella fe vivísima que hacia de los primeros fieles un pueblo de santos, ¿cómo repasaríamos dia y noche este título excelso y sublime, este nombre que hemos heredado del espíritu y no de la carne, esta designacion santa que nos presenta como verdaderos hijos de Dios, herederos del

(1) Epist. á los Roman. cap. VIII, v. 35 y sig.

cielo, socios de los ángeles y ciudadanos predilectos de la celestial Jerusalen! Sí, hermanos míos, en calidad de cristianos hemos vuelto á adquirir el bello título de hijos de Dios, y por consiguiente el derecho á la bienaventuranza. Por que „si somos hijos, dice San Pablo, somos también herederos, herederos verdaderamente de Dios, coherederos de Cristo. Si somos coherederos de Cristo, tenemos por gracia lo que él tiene por naturaleza, y somos sus hermanos: pues con nosotros hablaba también, tenedlo por cierto, cuando anunció á sus discípulos su regreso de la tierra para el cielo, con estas palabras perdurablemente dulces para la esperanza y para el amor: *Asciendo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.* ²

Cristiano, quiere decir tanto como hombre que tiene la fe de Cristo; y la fe de Cristo es luz para el entendimiento, es fuego para el corazón: disipa las tinieblas, descubre la verdad, enfrena las pasiones, eria la virtud, enjuga todas las lágrimas, produce todos los bienes, santifica la tierra y diviniza la humanidad. La fe de Cristo, hermanos míos, es la pureza que se abriga en el candor de la virginidad, el valor que se infunde en el corazón de los mártires, es el vigor secreto que forma el carácter de los confesores, es la causa motriz, el agente invisible que dirige los pasos del Apóstol, es la expresión dulce y tierna de religión y de piedad que tanto nos encanta en los labios del niño, y es por último, esa resignación sublime con que al sonarnos, la última hora del tiempo, nos recogeremos en Dios para entrar con sosiego en las vías de la eternidad.

Tal es, oh católicos, la excelencia de este nombre santo y divino. Medítadle todos los días, y amadle sin cesar; llevadle con decoro, sostenedle con firmeza, conservadle con constancia, posedle con provecho, y conducidle con gloria hasta el seno mismo de Aquel que, habiendoo criado para sí, reserva la bienaventuranza eterna para el que haya sabido vivir y morir como cristiano.

(1) Epist. á los Rom. cap. VIII, v. 17.—(2) S. Juan cap. XX, v. 17.



PLÁTICA TERCERA

SOBRE

LA SANTA CRUZ,

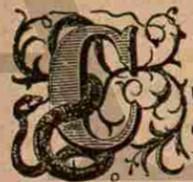
CONSIDERADA

COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.

Léjos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

San Pablo á los Gálatas, cap. VI, v. 14.



CUANDO la fama, hermanos míos, había ya conducido á mui prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios había suscitado mui especialmente para la conversión de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponía la celosa embidia en el ánimo de los judíos, y las mas terribles alarmas en el corazón de los infieles, porque aquella presencia traía consigo la representación tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad, se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria. „Léjos de mí, decia, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios „me ha enviado, escribia también á los fieles de Corinto, „á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz

cielo, socios de los ángeles y ciudadanos predilectos de la celestial Jerusalen! Sí, hermanos míos, en calidad de cristianos hemos vuelto á adquirir el bello título de hijos de Dios, y por consiguiente el derecho á la bienaventuranza. Por que „si somos hijos, dice San Pablo, somos también herederos, herederos verdaderamente de Dios, coherederos de Cristo. Si somos coherederos de Cristo, tenemos por gracia lo que él tiene por naturaleza, y somos sus hermanos: pues con nosotros hablaba también, tenedlo por cierto, cuando anunció á sus discípulos su regreso de la tierra para el cielo, con estas palabras perdurablemente dulces para la esperanza y para el amor: *Asciendo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.* ²

Cristiano, quiere decir tanto como *hombre que tiene la fe de Cristo*; y la fe de Cristo es luz para el entendimiento, es fuego para el corazón: disipa las tinieblas, descubre la verdad, enfrena las pasiones, eria la virtud, enjuga todas las lágrimas, produce todos los bienes, santifica la tierra y diviniza la humanidad. La fe de Cristo, hermanos míos, es la pureza que se abriga en el candor de la virginidad, el valor que se infunde en el corazón de los mártires, es el vigor secreto que forma el carácter de los confesores, es la causa motriz, el agente invisible que dirige los pasos del Apóstol, es la expresión dulce y tierna de religión y de piedad que tanto nos encanta en los labios del niño, y es por último, esa resignación sublime con que al sonarnos, la última hora del tiempo, nos recogeremos en Dios para entrar con sosiego en las vías de la eternidad.

Tal es, oh católicos, la excelencia de este nombre santo y divino. Medítadle todos los días, y amadle sin cesar; llevadle con decoro, sostenedle con firmeza, conservadle con constancia, posedle con provecho, y conducidle con gloria hasta el seno mismo de Aquel que, habiendoo criado para sí, reserva la bienaventuranza eterna para el que haya sabido vivir y morir como cristiano.

(1) Epist. á los Rom. cap. VIII, v. 17.—(2) S. Juan cap. XX, v. 17.



PLÁTICA TERCERA

SOBRE

LA SANTA CRUZ,

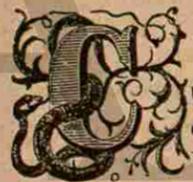
CONSIDERADA

COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.

Léjos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

San Pablo á los Gálatas, cap. VI, v. 14.



CUANDO la fama, hermanos míos, había ya conducido á mui prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios había suscitado mui especialmente para la conversión de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponía la celosa embidia en el ánimo de los judíos, y las mas terribles alarmas en el corazón de los infieles, porque aquella presencia traía consigo la representación tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad, se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria. „Léjos de mí, decia, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios „me ha enviado, escribia también á los fieles de Corinto, „á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz

„de Jesucristo.”¹ El Santo Apóstol, hermanos míos, no quería dar un solo paso sino llevando la Cruz delante de sí, ni pronunciar una palabra sola, sino á fin de que en ella y por ella fuese bendecida, y honrada, y glorificada esta señal sublime de nuestra redencion: porque „la palabra de la Cruz que aparece como una necedad á los ojos de „quienes se pierden, viene á ser para los que se salvan, „continuaba diciendo, es decir para nosotros, el poder y „la sabiduría de Dios.”² He aquí la razon porqué el Apóstol no quería gloriarse en otra cosa, y porqué cada uno de nosotros, á ejemplo suyo, debemos decir continuamente con la palabra y con las obras: „léjos de mí el gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*

Pero ¿cuál será, decidme, la causa ó el secreto principio de esta consagracion tan absoluta del Apóstol al sagrado madero de la Cruz? La misma, hermanos míos, que tiene el soldado invencible inspirado por el honor y por la gloria, para rendir los homenajes mas grandes y mas dignos á las banderas que le conducen al combate y á la victoria. Soldados de Jesucristo, la Cruz es nuestra señal y nuestra bandera, y en ella honramos y damos gloria á ese Rei Supremo, que muriendo sobre la Cruz, triunfó de la muerte, salvó la humanidad y encadenó al pié de este signo sagrado á todos los enemigos de su reino.

¿Qué asunto pues mas importante, hermanos míos, pudiera yo elegir para vuestra propia edificacion, que el llamar vuestro entendimiento y vuestra voluntad hácia la contemplacion y culto de este signo misterioso? Como que el es vuestra enseña, vuestra guia y vuestro apoyo, tiene relaciones íntimas y esenciales con vuestro pensamiento, vuestra voluntad y vuestra conducta. Descubrir y fijar estas relaciones; he aquí la obligacion que hoy me impone mi santo ministerio: pensar, sentir y obrar segun ellas; he aquí los preciosos frutos que debéis rendir vosotros á la palabra divina. Para lo primero, necesitáis instrucciones; para lo segundo vuestra voluntad exige sentimientos; para lo tercero, vuestra conducta ha me-

(1) Epist. I á los Corint. cap. I, v. 17.—(2) Cap. I, v. 18.

nester de reglas. Es mi ánimo por lo mismo proveeros hoy competentemente de todo, considerando la Santa Cruz: primero en las instrucciones que contiene; segundo, en los sentimientos que inspira; tercero y último, en la conducta que prescribe.

PRIMERA PARTE.

Considerada la Cruz en sí misma, fué antes de Jesucristo un instrumento de que se servian las autoridades para dar muerte á los malhechores, fué una especie de patíbulo ó suplicio. Con este mismo carácter la emplearon los judios cuando ya resolvieron el dar muerte á Nuestro Redentor, y por esto los dos ladrones que juntamente con su Divina Magestad fueron ajusticiados, murieron tambien cada uno de ellos en su respectiva cruz. Pero desde el instante mismo en que el sagrado cuerpo de Nuestro Señor fué clavado en ella, cambió, señores, enteramente su significado y su destino, pasando á ser trono en vez de cadalso, fuerza en vez de debilidad, luz en lugar de tinieblas, honor en lugar de infamia, bandera de triunfo en lugar de signo de muerte, objeto anhelado por todos en lugar de signo afrentoso de que todos huían, monumento de una regeneracion sublime, egida poderosa de la virtud, terror de sus enemigos y precursora de la inmortalidad. ¿Y todo esto porqué, hermanos míos? *Porque es figura de Jesucristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Ah! mi alma se siente profundamente conmovida, cuando retrocediendo con su meditacion hasta el triste y glorioso dia en que comenzó á tener una historia de resurreccion y de vida este instrumento de muerte, se detiene allí á contemplar la Cruz, y desde allí parte considerándola en su vasta carrera, y acompañándola hasta el presente dia. *Cuando yo hubiere sido exaltado de la tierra, decia Jesucristo, lo he de atraer todo hácia mí.*¹ Dijo, murió en

(1) S. Juan cap. XII, v. 32.

la Cruz: y ¿qué visteis desde entónces, oh católicos, sino la sorprendente y magnífica puntualidad de esta cita profética? Las generaciones y los siglos parecieron apresurarse con inadita espontaneidad á obedecer este precepto soberano. Un soldado que estaba allí presente exclamó, á la vista de Jesucristo muerto. „No hai duda este era hijo de Dios.”¹ Esperad un tanto, y ya veréis cómo el eco del Centurion, semejante al trueno que se difunde por las alturas, y parece multiplicarse al chocar con las esferas que giran por el espacio, para volver á herirnos con el eco de los mundos, mui pronto se reprodujo en el corazon de los pueblos, para dar á la Cruz del Salvador el testimonio mas brillante de su poder. Apenas los apóstoles empiezan á pasear, digámoslo así, la sagrada insignia del Calvario, y ya los pueblos caen á sus piés. Alármense los príncipes, como estaba escrito, y en odio del Crucificado se reúnen todos para estirpar hasta sus últimas memorias. Fuego y sangre decretan contra la nueva familia; por tres siglos tuvieron levantado su brazo sacrilego; á millares perecen las víctimas; pero esta sangre preciosa, vertida en defensa de la Cruz, burlaba mas y mas, como tambien estaba escrito, el furor de los magnates, porque „la sangre de los mártires, dice un padre de la Iglesia, se convertia en una semilla de cristianos.” La saña de los perseguidores no deponia su furor; pero la Cruz parecia multiplicar, como las estrellas del cielo, los adoradores en espíritu y en verdad; y despues de haber rendido á los pueblos, rindió á los reyes, viniendo á encontrar su trono en la corona de Constantino. ¡Y todo esto porqué, hermanos míos? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

Desde entónces todo fué para la Cruz una carrera de victorias: no pasaba un año sin que le dejase un ilustre troféo; no pasaba un siglo sin que la colocara en las páginas de la historia, como el origen de nuevas conquistas. Arruínanse los templos del paganismo, levántanse aquí y allá soberbias basílicas en honor de Jesucristo á expensas de los potentados del mundo, y estos nobles san-

(1) S. Mat. cap. XXVII, v. 54.—(2) Salm. II, v. 2.—(3) Salm. II, v. 1.

tuarios elevan prodigiosamente sus cúpulas para encumbrar hasta las primeras alturas el signo sublime de nuestra redencion. Desenvuélvese rápidamente la civilizacion de los pueblos, llevando siempre delante de sí la sagrada señal, poniéndola igualmente en los palacios y en las chosas, en las escuelas del genio, en los talleres de las artes y sobre esos aparatos magníficos, que surcando los mares, estrechan las naciones, esparciéndola por las aldeas, colocándola en los caminos y asentándola sobre las altas montañas. La Cruz vino á ser el signo de la civilizacion, y para encontrar los asilos de la barbarie, bastaba descubrir algunas regiones donde no estuviese puesta una Cruz. La Cruz iba delante de los ejércitos innumerables, volvia exaltada entre los conciertos de la victoria, venia formando la divisa de honor, y cuenta ya muchos siglos de ser la mas insigne y gloriosa recompensa, y el mas estimable obsequio en los Estados mas cultos de la Europa: ha sido exaltada por el genio de las artes, y ha llevado las primicias en la voz de los poetas. Y todo esto ¿porqué, hermanos míos? *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.*

¡Qué mucho, sacro y augusto madero, que la Iglesia te encumbre en sus cánticos hasta la altura de la gloria, cuando tienes el rango de la nobleza entre todos los árboles, cuando has merecido que de tí penda el precio del mundo, con la Gran Víctima, cuando ungida por último, con la divina sangre del Cordero, has venido á ser la arca y el puerto para el mundo todo que iba á naufragar! Estas son, católicos, las primeras instrucciones que nos da con sola su presencia y sus recuerdos la Cruz del Salvador. ¡Cuán grande es nuestra dicha, de que sea ella nuestra señal, nuestro apoyo y nuestra esperanza! Cuan alta parece á mis ojos nuestra nobleza, cuando veo que á tanto se ha extendido la munificencia del Señor, que nos ha permitido y aun mandado por su Iglesia, formar-la con dos de nuestros dedos, para que esté siempre pendiente de nuestra voluntad, y nos acuda con el socorro en las mas grandes necesidades y los peligros mas

(1) Vease el himno *Vexilla regis*.

terribles de la vida! Pero al mismo tiempo, católicos, ¡cuán esmerada y exquisita, cuán reverente y atenta debe ser vuestra solicitud al formar con vuestros dedos, llevar á vuestra frente, traer á vuestros labios, y conducir hasta vuestros pechos este sagrado signo! Cuando extendiendo vuestras manos, y haciéndolas pasar primero desde la frente hasta la cintura, y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para encerrar en una grande cruz las tres pequeñas de que acabo de hablaros, ¡quién de vosotros, decidme, podrá ya en adelante mantenerse frío é indiferente, si al formar esas tres pequeñas cruces, que es lo que quiere decir *persignarse*, ó la Cruz mas grande, lo que damos á entender con la palabra *santiguarse*, considera detenida y atentamente la magnífica representación del signo, y las innumerables gracias y bienes infinitos unidos á su empleo? Pero si esto no basta, atended aun; pues voi á haceros nuevas revelaciones: voi á manifestaros la intencion que debéis tener en el uso de la Cruz, haciéndoos ver los bienes que pedís y los misterios que profesáis.

Todas las necesidades que pueden referirse á nuestra vida moral están cubiertas con el uso que hacemos de la Santa Cruz, como vais á verlo. Al formar la primera cruz sobre nuestra frente, decimos estas palabras. *Por la señal de la Santa Cruz*: al formarnos la segunda sobre nuestros labios, decimos estas otras, *de nuestros enemigos*: al formar la tercera sobre nuestros pechos, pronunciamos estas otras: *líbranos Señor, Dios nuestro*: y al formar la cruz mayor, con que nos santiguamos, invocamos á toda la Trinidad Augusta, pues poniendo nuestra mano derecha sobre la frente, decimos: *En el nombre del Padre*, poniéndola sobre la cintura, decimos, *y del Hijo*, y trayéndola del hombro izquierdo al derecho, decimos *y del Espíritu Santo*.

Ahora bien, hermanos míos, despues de haberos asegurado mediante el uso de la cruz con el poder de la divinidad y con el de la humanidad santa de Nuestro Señor Jesucristo, ¡qué podríamos temer? Cerradas quedan para todos nuestros enemigos las avenidas todas de nuestra alma. Bien sabéis que á esta no pueden entrar

aquellos sino por una de tres puertas, digámoslo así; ó por la puerta del pensamiento, ó por la puerta de la palabra, ó por la puerta de la acción. La alma es una, simple, indivisible; pero su comercio con el mundo exterior se abre por los sentidos, como el de un Estado por sus respectivos puertos. Mientras vive en este mundo, se afecta y obra por los sentidos; mientras vive en este mundo pelea con sus adversarios: mientras vive pues en este mundo debe estar siempre vigilante sobre sus sentidos, para no ser invadida por esa multitud inmensa de contrarios que de continuo la asaltan, turban y persiguen. ¡Y cuál será la arma poderosa á que haya de recurrir, para luchar con ellos continuamente sin ser nunca derrotada? La Santa Cruz. Pues qué, *¿la Cruz tiene virtud para librarnos de ellos?* No lo dudéis católicos, tiene virtud y mui grande, pues desde que Jesucristo murió en la Cruz, todos vivimos en ella, nadie vive sino por ella; y al contrario muere infaliblemente el que no cuenta con ella: porque, lo digo y lo repetiré mil veces, con ella y solo con ella podremos infaliblemente triunfar de nuestros enemigos. *¿Por qué? Porque la Cruz tiene virtud para librarnos de nuestros enemigos.* *¿Por qué? Por haberlos vencido Jesucristo nuestro Señor con su muerte en ella.*

Conocéis pues, hermanos míos, las necesidades de vuestra alma, reducidas á una fuerza competente para triunfar de nuestros enemigos; conocéis la virtud omnimoda y suprema de la Cruz; sabéis que el pensamiento, la palabra y la acción reasumen todos los objetos del combate; sabéis que en estas tres líneas el alma está afectada y obra por los sentidos: sabed ahora que en los sentidos están íntegramente representados en tres objetos: que en la frente se representa el pensamiento, en los labios la palabra, y en el pecho las acciones. Sellad pues esas tres puertas representativas, y tendréis bien segura, no lo dudéis, la bella Jerusalem de vuestra alma. Nos signamos pues en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos, nos signamos en los labios, para que nos libre Dios de las malas palabras, y nos signamos en los pechos, para que nos libre Dios de

las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra, el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo pues todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo, concluirémos la grande obra, encerrando en una grande cruz las tres pequeñas cruces, esto es cubriéndonos con la Encarnacion del Divino Verbo, en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion que voi á hacer desde luego; pues que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

„Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *El de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo en el nombre (lo cual manifiesta la unidad de Dios) *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas. Por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos* abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos*; por que siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas. *El de la Encarnacion*, en el hecho mismo que confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvacion eterna. *El de la Pasion* en la accion de hacer la Cruz, por que en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo Crucificado. *El de la Redencion* en la misma Cruz que formamos, pues este Hijo que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado. Y *el de la Resurreccion* en llevar la mano desde el hombro izquierdo al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia, figurado en el derecho: concediéndo-

nos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos.”⁽¹⁾

La última instruccion que me propongo daros, mira hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad os diré que son cinco los mas principales: alistarnos bajo las banderas de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del Demonio, y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, católicos, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta pues hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz: por que él es práctico, fecundo, santificante, ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña.

SEGUNDA PARTE.

Imaginad, hermanos míos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el orden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, reasume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo

(1) Catecismo de Astete y Ripalda.

las malas obras. Esta triple libertad nos da la suma del mayor bien que podemos disfrutar en la tierra, el concierto de todo nuestro ser en una buena conducta, la union y amistad con Dios por medio de la caridad. Refiriéndolo pues todo á este único pensamiento, y como queriendo que nuestra naturaleza por el ejercicio de la caridad imite cuanto es dable el concierto de las dos naturalezas en la persona de Jesucristo, concluirémos la grande obra, encerrando en una grande cruz las tres pequeñas cruces, esto es cubriéndonos con la Encarnacion del Divino Verbo, en el momento mismo en que invocamos á la Trinidad Santa; pero esto necesita todavía de cierta explicacion que voi á hacer desde luego; pues que ya es tiempo de hablar de los profundos misterios que en sí contiene y encierra esta aplicacion continua de la Cruz.

„Cuando nos adornamos con esta santa insignia, *signándonos y santiguándonos*, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe, que son: *El de la Santísima Trinidad* en las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho para *signarnos*, y en la cruz que hacemos para *santiguarnos*, diciendo al mismo tiempo en el nombre (lo cual manifiesta la unidad de Dios) *del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, que es la Trinidad de Personas. Por eso la cruz que hacemos cuando nos *santiguamos* abraza todas las tres con que nos *signamos ó persignamos*; por que siendo una sola la Divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas. *El de la Encarnacion*, en el hecho mismo que confesamos al Hombre Dios muerto en una Cruz por nuestra salvacion eterna. *El de la Pasion* en la accion de hacer la Cruz, por que en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo Crucificado. *El de la Redencion* en la misma Cruz que formamos, pues este Hijo que bajó de lo alto del cielo á hacerse hombre en el purísimo vientre de María Santísima, muriendo en la Cruz, nos redimió del pecado. Y *el de la Resurreccion* en llevar la mano desde el hombro izquierdo al derecho, pues denota que fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el hombro izquierdo, al feliz estado de la gracia, figurado en el derecho: concediéndo-

nos el Señor facultad para que pasemos desde el lado de los malos al de los buenos.”⁽¹⁾

La última instruccion que me propongo daros, mira hermanos míos, á los efectos que produce en nosotros el uso frecuente de la Cruz. Ellos pueden inferirse de todo lo que llevamos dicho; pero para mayor claridad os [diré que son cinco los mas principales: alistarnos bajo las banderas de Jesucristo, defendernos de las tentaciones del Demonio, y tambien del mundo y de la carne, ahuyentar los espíritus malignos, distinguirnos de las naciones infieles y hacer una confesion eterna y constante de nuestra fe.

Pero estas instrucciones santas nunca dejarán de ser estériles, católicos, si á lo que el entendimiento concibe no está continuamente unido lo que siente el corazon. No basta pues hablaros de las instrucciones que encierra este gran misterio de la Cruz: por que él es práctico, fecundo, santificante, ilustra al mismo tiempo que inflama, mueve al mismo tiempo que enseña.

SEGUNDA PARTE.

Imaginad, hermanos míos, todo el poder que tendrá sobre el corazon un signo que al mismo tiempo habla á la memoria con recuerdos inmensos, al entendimiento con verdades sublimes y á la voluntad con afectos inexplicables. Colocada entre los cielos y la tierra, la Cruz expresa esa alianza magnífica producida por una caridad infinita mediante la redencion. Dividiendo, por explicarme así, en el orden de los tiempos las dos mas grandes épocas del mundo, abarca con sus brazos extendidos todos los acontecimientos humanos, reasume los dos Testamentos del Señor, une á los Profetas con los Evangelistas, á los Patriarcas con los Apóstoles, á la Jerusalem antigua con la Iglesia nueva. Los muros del viejo

(1) Catecismo de Astete y Ripalda.

Templo se despedazan, álzanse las soberbias basílicas que denuncian al orbe el reinado del Redentor, y el Redentor del mundo se presenta, entre los éxtasis de los ángeles y las adoraciones de los hombres, no ya como un delincuente que espira en un patíbulo, sino como el Rei eterno que domina desde el sacro madero: *regnavit a ligno Deus*.

Podéis considerar esta señal sacratísima: 1.º relativamente á Jesucristo que la divinizó; 2.º relativamente á vosotros á quienes os purifica y al mismo tiempo sostiene; 3.º relativamente al mundo que no vive para la felicidad, sino precisamente por la Cruz; y esta triple consideracion, hermanos míos, abre tres espaciosos senderos al indefinido curso de vuestros sentimientos cristianos, dando al corazón por morada la ciudad santa del amor divino, aun durante su mansion en la tierra.

Considerada bajo el primero de estos aspectos la Santa Cruz, nos engolfa todos en un piélagó de amor; *porque es figura de Cristo crucificado por quien fuimos redimidos en ella*. En efecto, hermanos míos, la Santa Cruz, es el soberano resúmen de la pasion del Señor. Nos es imposible verla sin trasladarnos al Calvario, sin andar con los recuerdos y un corazón reconocido las calles de Jerusalem por donde la llevó sobre sus hombros el mismo Jesucristo. Ah! creemos asistir al espectáculo sangriento, creemos escuchar aquellas palabras de salud y de amor que salieron de los labios de la víctima, presenciar el insolente clamoreo de las turbas que se revelaban contra su Salvador divino, contrastando con la paciencia sublime del Hombre Dios presto á morir: escuchamos aquella voz que hiende los cielos para desarmar la cólera del Padre en favor de un pueblo ciego de furor; sentimos el tránsito á la inmortalidad otorgado espontáneamente á la suplicante voz de un hombre arrepentido: nuestro espíritu se rinde á la admiracion al escuchar la consumacion de la grande obra, y nuestros ojos se razan de lágrimas al ver entregado al Padre el espíritu de Aquel que es desde la eternidad, que se hizo hombre para poder morir por nosotros, y que muriendo, como canta la Iglesia, destruyó nuestra muerte para reparar luego nues-

tra vida con su resurreccion gloriosa: *qui mortem nostram moriendo destruxit, et vitam resurgendo reparavit*. He aquí, hermanos míos, el primer orden de sentimientos que nos inspira el misterio de la Cruz, este misterio que incorpora nuestras lágrimas en el reino de los cielos, santificando la tribulacion, elevando el dolor al rango de la felicidad, y haciéndonos despreciar la muerte ante la imágen siempre viva de un reino que no acabará jamás, para el cual hemos sido criados, y en el cual viviremos por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor que le ha comunicado un valor infinito con su muerte en ella.

Considerada la Cruz relativamente á nosotros, que somos cristianos, se nos presenta naturalmente como la compañera inseparable de toda nuestra vida: durmió con nosotros el sueño de la infancia; entrará con nosotros en la carrera del sepulcro. Este signo sagrado fué el dulce objeto de las primeras conversaciones que tuvimos con los autores de nuestros dias: nuestra madre nos persignaba en la cuna, y parecia imprimirnos ese carácter de la educacion religiosa que suele salvar al hombre en la borrasca de las pasiones. La Cruz se nos representaba siempre en el hogar doméstico; nos tenia pendientes de las alturas de nuestros templos; se nos hacia presente en todas partes, en las ciudades lo mismo que en las aldeas; y no la hemos perdido de vista en todo el curso de nuestra vida, sino solo en aquellos momentos desgraciados en que nos hallamos fuera de nosotros. La Cruz viene á consolarnos en medio de los trabajos, subrogándose en lugar de ellos, y haciéndonos socios de Jesucristo en su pasion. ¿Qué mas os diré? Nada, sino solo producir en vosotros un recuerdo, el de aquellos sentimientos inexplicables que experimentáis á la vista de un Crucifijo, en el silencio de las pasiones, en la soledad de la conciencia, cuando os encontráis solos con vuestra iniquidad, vuestra esperanza y vuestra religion, sorprendidos por el desengaño y vencidos ante Dios por el arrepentimiento. La Cruz entónces os consuela, os exhorta, os fortalece, os habla un idioma que no se parece á ninguna lengua, un idioma que excede á todos los libros,

un idioma que encadena las pasiones y vence el corazón para el cielo. Nace de aquí un segundo orden de sentimientos: la resignación, la confianza y sobre todo, el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos; y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la convicción sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera.*¹

Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la historia, para recibir todos los tributos de admiración, de reconocimiento y de sumisión. A ella nos convertimos cuando á la vista de esta inmensa transformación que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¿Queréis, hermanos míos, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntado á la Cruz. ¿Queréis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rey, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvación. ¿Porqué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegación cristiana? Por la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Porqué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos míos, donde veáis enjugada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veáis curadas las heridas del cuerpo y las todavía más terribles heridas del alma, encontraréis la Cruz; donde veáis crecer, desarrollarse y llegar á su perfección las insignes virtudes, encontraréis la Cruz; donde admiréis el heroísmo

(1) Matt. cap. XI, v. 30.

cristiano, encontraréis la Cruz: así comprenderéis cómo la santa Cruz no solo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende también el manantial inagotable de las más altas virtudes, de los afectos más puros, de los sentimientos más elevados para el corazón. ¿Cuál debe ser pues vuestra conducta, hermanos míos, para con esta insignia divina? ¿Cuán grande vuestra solicitud sobre los deberes sublimes que os impone? He aquí lo que tenía reservado para cerrar esta santa instrucción acerca de la insignia y señal del cristiano.

TERCERA PARTE.

Los deberes que nacen, hermanos míos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razón del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos en fin; y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el orden de nuestra razón, en el orden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

San Pablo decía frecuentemente: *yo no quiero saber más que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.*¹ ¡Sublime lección, que nos da el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razón á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo

(1) Epist. I. ad Cor. cap. II, v. 2.

un idioma que encadena las pasiones y vence el corazón para el cielo. Nace de aquí un segundo orden de sentimientos: la resignación, la confianza y sobre todo, el amor á la Cruz. Nada tienen ya de áspero é insoportable los deberes y los trabajos; y basta al hombre sentir como debe, para experimentar los efectos magníficos de la convicción sobre la verdad con que Jesucristo dejó dicho: *Mi yugo es suave, y mi carga ligera.*¹

Considerada la Cruz relativamente al gran cuerpo de los pueblos y á los destinos de todo el género humano, ella está sobre la portada de la historia, para recibir todos los tributos de admiración, de reconocimiento y de sumisión. A ella nos convertimos cuando á la vista de esta inmensa transformación que ha sufrido todo el universo moral, andamos en busca de la causa ó gran principio del nuevo reino de Jesucristo. ¿Queréis, hermanos míos, saber el *porqué* de esas verdades celestiales difundidas por todos los pueblos, constantemente profesadas por todas las generaciones? Preguntado á la Cruz. ¿Queréis que os conduzca por el sendero de todas las tradiciones hasta el nacimiento de todas esas virtudes que forman el tesoro de la Iglesia santa y la suprema gloria del mundo católico? Yo os conduciré á la montaña donde la Cruz se inauguró como trono del nuevo Rey, pasando de la infamia de un patíbulo á la gloria de un instrumento de vida, de un puerto de salvación. ¿Porqué esos establecimientos innumerables consagrados al ejercicio de la abnegación cristiana? Por la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Porqué esos asilos que tiene abiertos la caridad á la infancia abandonada, á la vejez impotente, á la humanidad herida por el dolor, á todos los que padecen, á todos los que lloran? Por la Cruz de Jesucristo. En fin, hermanos míos, donde veáis enjugada una lágrima, encontraréis una Cruz; donde veáis curadas las heridas del cuerpo y las todavía más terribles heridas del alma, encontraréis la Cruz; donde veáis crecer, desarrollarse y llegar á su perfección las insignes virtudes, encontraréis la Cruz; donde admiréis el heroísmo

(1) Matt. cap. XI, v. 30.

cristiano, encontraréis la Cruz: así comprenderéis cómo la santa Cruz no solo encierra instrucciones profundas y verdades divinas para el entendimiento, sino que comprende también el manantial inagotable de las más altas virtudes, de los afectos más puros, de los sentimientos más elevados para el corazón. ¿Cuál debe ser pues vuestra conducta, hermanos míos, para con esta insignia divina? ¿Cuán grande vuestra solicitud sobre los deberes sublimes que os impone? He aquí lo que tenía reservado para cerrar esta santa instrucción acerca de la insignia y señal del cristiano.

TERCERA PARTE.

Los deberes que nacen, hermanos míos, de las relaciones que tenemos con la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, siguen la misma razón del uso que hacemos de este signo sagrado. Nos signamos en la frente, nos signamos en los labios, nos signamos en el pecho, nos santiguamos en fin; y todo esto precisamente porque tenemos obligaciones que llenar para con esta Cruz adorable en el orden de nuestra razón, en el orden de nuestra voluntad, en todo el sistema de nuestra vida exterior.

San Pablo decía frecuentemente: *yo no quiero saber más que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado.*¹ ¡Sublime lección, que nos da el Apóstol de las gentes, para santificar con la Cruz nuestra inteligencia y nuestro saber. Los gentiles condenaban la Cruz como una locura; los cristianos debemos reconocerla como la sabiduría de Dios. Esto quiere decir, que debemos sellar con la Cruz nuestro entendimiento, ó lo que es lo mismo, sujetar nuestra razón á la fe, nuestro saber al consejo del Espíritu de Dios, nuestros pensamientos á la humildad. Esto nos manifiesta que debemos alistarnos bajo

(1) Epist. I. ad Cor. cap. II, v. 2.

la bandera de los sencillos y pequeños, para que se nos comuniquen los profundos y sublimes dogmas, las radiantes y divinas luces, que no quiere conceder el Señor á los grandes, á los prudentes y sabios segun el mundo. Esto quiere decir, que la contemplacion de los misterios y de los preceptos representados en la Cruz deben tener el primer lugar en el curso de nuestras ocupaciones mentales. Esto quiere decir, que todos los fieles tienen obligacion de sellar con la Cruz todos los atributos y todas las producciones del talento y de la razon.

¿Qué no podria deciros, hermanos míos, si descendiendo á la region de los sentimientos mas íntimos, al asilo impenetrable donde se recogen las emociones mas vivas del corazon, intentara descubrir el tabernáculo que debéis levantar á este signo sagrado? Ah! Poco tendré que añadir á lo que no ha mucho acabo de exponeros, y cuando sabéis mui bien, que un verdadero cristiano tiene siempre la Cruz en su corazon. „*Estáis ya muertos, decia San Pablo, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.*”¹ ¡Sublime pensamiento, católicos, alta y profunda revelacion, que solo comprenden las almas verdaderamente consagradas á la Cruz! Pero, ¿de qué manera hemos de llenar este deber? Primero, amando los padecimientos interiores; segundo, rehusándonos á los placeres delincuentes; tercero, produciendo en nosotros sentimientos verdaderos de una conveniente abnegacion. En el curso de estas instrucciones catequísticas se me presentarán varias oportunidades para explayar mas estas ideas. Pasémos al orden exterior, que es el principal objeto de esta plática.

¿Porqué nos signamos tantas veces? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: *porque en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos.* Si en todo lugar nos combaten y persiguen nuestros enemigos, visto es, católicos, que andamos la carrera de la vida en medio de una deshecha tempestad; y no hai para qué maravillarnos de que diga el Apóstol San Pablo, que la existencia humana es una contienda no interrumpida, es un

(1) Ad Colos. cap. III, v. 3.

combate que no ha de acabar sino hasta el sepulcro, es una arena que nos recibe desde el nacer, para que ejercitemos en ella, como atletas de Jesucristo, las fuerzas de la naturaleza y de la gracia en la empeñada y peligrosa lucha con el demonio, con el mundo y con la carne. Lucha empeñada, sí, porque no ha de ser coronado, dice el mismo Apóstol, sino el que haya sostenido bien los combates del Señor, no sentirá su rostro inundado con el esplendor de la gloria, sino solo aquel que haya salido victorioso en la noble contienda. *Non coronatur, nisi legitime certaverit.*¹

¿Qué hacer pues, para conquistar ese bien supremo al través de tantos obstáculos? ¿cómo lisonjearse de la victoria en medio de tantos y tan enconados enemigos, y cuando el mas temible de todos ellos es nuestro propio corazon? ¿Cómo? Con el uso constante de la Cruz. Apoderaos de la Santa Cruz, y todo es hecho: tomad esta egida, y seréis inexpugnables: persignaos continuamente en vuestros pensamientos, en vuestras palabras y en vuestras obras, y la gloria será vuestra. Quien está bajo la proteccion de la Cruz, tiene á Dios de su parte. En este caso, hermanos míos, os preguntaré con San Pablo: „*Si Dios está por nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? ¿Si Dios no justifica, ¿quién habrá de condenarnos?*”² Tened presente de continuo, que la Cruz y solo la Cruz contiene y encierra toda la luz, todas las armas, toda la fuerza, todo el poder necesario para que triunfemos de nuestros enemigos. ¿Porqué? *por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con su muerte en ella.*

Mas no porque os he hablado con tal estrechez de esta necesidad continua de la Cruz, debéis figuraros que os propongo un ejercicio no interrumpido. No: ¡ojalá pudiéramos estar siempre tributando nuestros homenajes á este sagrado madero! ¡ojalá no pasara un instante solo, sin que estuviésemos actualmente abrazados de la Cruz! Pero en la vida humana todo se halla perfectamente combinado así en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia, y si yo debo aplaudir la devocion en

(1) II ad Tim. cap. II, v. 5.—(2) Rom. cap. VIII, v. 31 et 34.

la escala de la vida mística, debo tambien ser mui discreto y sobrio cuando hablo del deber. Fijo en esta idea, me limito á indicaros la ocasion, el caso y las circunstancias en que debéis apelar á este recurso.

¿Cuándo es bien usar de la señal de la cruz? pregunta nuestro manual catecismo; y responde: siempre que comencáremos alguna buena obra, ó nos viéremos en algun peligro, particularmente en sintiendo alguna tentacion ó mal pensamiento.

Esta respuesta de nuestro manual catecismo, hermanos mios, encierra grandes y profundas instrucciones. Si bien la meditáis, descubriréis en ella todo el secreto de la vida cristiana. Ya sabéis que en la Cruz está representado Jesucristo con todo su poder; que cubriéndonos con la Cruz, nos cubrimos con el mismo Jesucristo; que portando la Cruz, portamos al mismo Jesucristo; que caminando con la Cruz, caminamos con el mismo Jesucristo; que viviendo con la Cruz, vivimos con el mismo Jesucristo; y que muriendo en la Cruz, morimos en Jesucristo. El uso pues de esta sagrada señal, cuando se verifica en espíritu y en verdad, es el ejercicio práctico de nuestra fe en Jesucristo; y el ejercicio práctico de esta fe nunca dejará de ser en cada uno de los que viven en Jesucristo una señal infalible de esa especie de omnipotencia cristiana que conquista todos los bienes y aleja de sí todos los males.

¿Qué se infiere de aquí? que haciendo cada uno de los que vivimos su carrera para el último fin, por entre el bien que nos brinda con la felicidad, y el mal que tiende á precipitarnos en la eterna desgracia, nada es tan conveniente y necesario como poner la Cruz de Jesucristo al frente de este bien y al frente de este mal: porque habéis de saber, hermanos mios, que á la vista de este madero sagrado, descienden sobre nosotros para inundarnos todas las gracias que nos hacen santos y felices, y huyen medrosos hasta el abismo todos los enemigos de nuestras almas, enemigos terribles pero impotentes contra la Cruz; enemigos tenaces, pero que desaparecen ante la Cruz: enemigos de que la Cruz nos libra completamente, por haberlos vencido Jesucristo Nuestro Señor con

su muerte en ella. He aquí por qué tenemos necesidad suma de la Cruz con tanta frecuencia, y mui principalmente debemos usar de ella: primero, *siempre que comencáremos alguna buena obra*, segundo, *cuando nos viéremos en algun peligro*, principalmente cuando somos acometidos por las tentaciones, ó solicitados al mal por el pensamiento.

Pero que, ¿basta para conseguir unos bienes tan preciosos, para salir triunfantes de los mas terribles encuentros, hacer sobre nosotros la señal de la cruz? ¡Ah hermanos mios! si así fuera, no seria tan rara la virtud ni tan comun el mal sobre la tierra! Apenas hai cristiano que no acostumbre signarse y santiguarse; y sin embargo, son pocos poquísimos los que pueden con su experiencia misma dar un testimonio al poder sublime de la Cruz. ¿De dónde proviene esta desgracia, hermanos mios! De que usando de este sagrado signo, estamos de ordinario mui léjos del espíritu con que debemos hacerlo, ni tenemos la exactitud y eficacia debidas, ni ponemos la atencion correspondiente, ni ménos procuramos unirnos con la Santa Iglesia y Jesucristo vida nuestra en la intencion con que se debe emplear este divino escudo por todos los cristianos: en suma, por que ó no procurámos adquirir las instrucciones que encierra; ó teniéndolas, apartamos el corazon de los sentimientos que inspira; ó aun poseidos algunas veces de tan elevados y dignos sentimientos, nos limitamos á ellos, esterilizándolos en nuestra conducta, por no llenar cumplidamente los deberes que nos impone el Evangelio respecto de la Cruz.

¿Qué resta pues, hermanos mios! No resta ya, sino que atentos á todo con aquella empeñosa vigilancia que nos mandó tener Jesucristo Señor nuestro, y nos predicaron los apóstoles, principalmente San Pedro y San Pablo, os apliquéis á comprender la Cruz, á amar la Cruz, á usar frecuente y dignamente de la Cruz, conservando las instrucciones que encierra, entrando en los sentimientos que inspira, y observando con inviolable fidelidad la conducta, que propone. Dichosos mil veces vosotros si correspondiendo á la gracia que os invita, os previene, os ilustra y os conforta, encerráis en vues-

tra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz. Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande apóstol, que no quería saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazon esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos; y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles combates en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es decir, católicos, que seréis sabios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

Sea así: llegue ese dia perdurable, ese dia siempre claro, ese dia sin noche en que recojáis el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.—AMEN. †



SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA

DE UNOS

EJERCICIOS ESPIRITUALES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz. Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande apóstol, que no quería saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazon esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos; y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles combates en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es decir, católicos, que seréis sabios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

Sea así: llegue ese dia perdurable, ese dia siempre claro, ese dia sin noche en que recojáis el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.—AMEN. †



SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA

DE UNOS

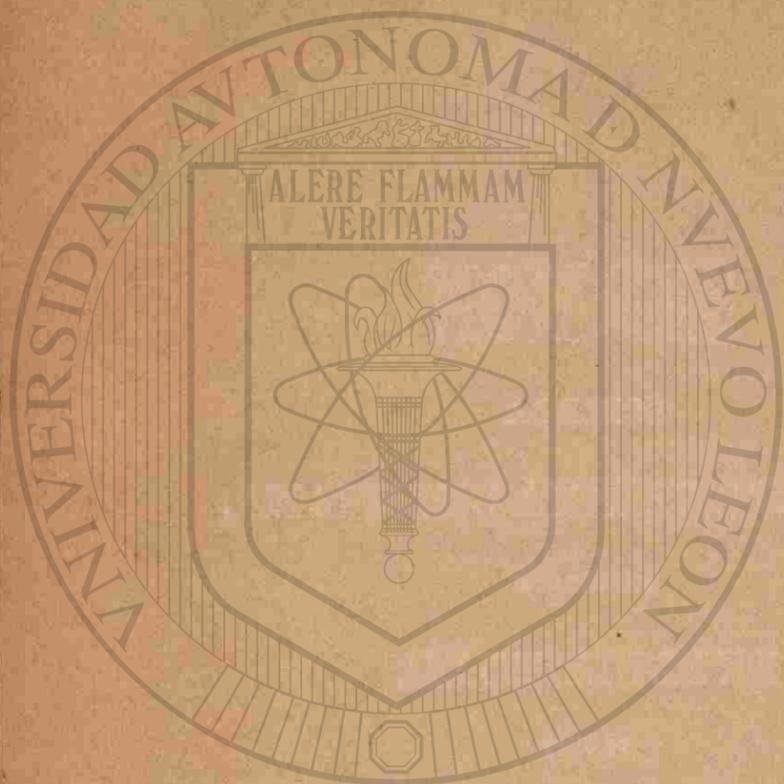
EJERCICIOS ESPIRITUALES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSEDA



SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ÚLTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis.

Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado. Quedad en mí, y yo en vosotros.

San Juan, cap. XV, vv. 3 y 4.

HERMANOS MIOS:



En el periodo breve de tiempo que hemos dedicado todos á este santo retiro, hemos recorrido un espacio sin límites, hemos subido al cielo, visitado el orbe, descendido al abismo, y lo que es mas, registrado con la triple antorcha de la fe, del temor y la esperanza las misteriosas é inaccesibles regiones de nuestro corazon. Las graves y profundas reflexiones de la soledad han hecho aparecer á la vista de nuestras almas otro mundo, otros hombres, otros destinos. Envueltos en las olas de un siglo degradado y corrompido, nos divertiamos sin inquietud cortando las flores que brotan en las márgenes de la vida; nos habian ocupado con interés el esplendor de las riquezas, el fausto soberbio de los honores, y qué sé yo, si tambien los criminales y vergonzosos placeres de la carne y de la sangre: agitados por el viento de la prosperidad, jamas habiamos querido contemplar el espectáculo del dolor y la miseria: perse-

gaidos por la tribuacion, nunca nos resol'vimos á consagrarla en las aras augustas del arrepentimiento: siempre ciegos y adormecidos en la culpa, ni habiamos calculado sus funestos y deplorables efectos, ni consultado, para conocerlos, al oráculo infalible de la verdadera sabiduría: parecía que los siglos estaban pendientes de nuestros labios, y que ya se habian abolido para siempre las leyes eternas y divinas que fijan el término del individuo, y distribuyen irrevocablemente en dos grandes, pero muy desiguales porciones, la última é infalible condicion de toda la especie humana. Tal, señores, era el sistema que determinaba nuestra conducta y que arreglaba y dirigia el curso de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, cuando una fuerza desconocida, misteriosa, pero soberana é irresistible, nos detiene en la fatal carrera, corta nuestras relaciones, suspende nuestros negocios, y nos conduce aquí sin otra comitiva que las memorias de una vida criminal, la luz de la reflexion y el tribunal severo de la conciencia. Solos, abandonados á nosotros mismos, hundidos en la noche de nuestros pensamientos, una voz que nos recuerda nuestro fin, nos hace estremecer. No hai medio: ó con Dios, ó contra Dios: ó una eternidad feliz, ó una eternidad desgraciada.—¿Cuál será pues mi suerte? se decía cada uno de vosotros á sí mismo; y á esta pregunta sola respondieron la experiencia de lo pasado y la suerte de todos los pueblos. Descorrióse el velo de los siglos y las naciones, y el objeto dominante en todas las escenas del tiempo era el pecado vertiendo á torrentes el mal por cuantos países visita el sol en su dilatada carrera. El ángel del Señor arrojando del Paraiso al desgraciado padre del mundo; la familia proscrita; la muerte tomando posesion de la tierra por la mano de Cain; el cielo bajandó á torrentes á devorar las generaciones, consumiendo despues y reduciendo á cenizas las ciudades delincuentes; los pueblos todos agitados por la guerra, devorados por el hambre, perseguidos por los elementos, anunciando siempre decrepitud y ruina; el hombre rabiosamente despedazado por sus propios crímenes, presa del dolor y la miseria, patrimonio de la muerte: he aquí el pecado y sus efectos; „el pecado os deciais, que me ha posei-

do, el pecado que hace mis delicias, que habita en mí, como Señor absoluto de todo mi ser. ¿Cuál será pues mi suerte? Oh eternidad! ¡piélago insondable! ¡region misteriosa! ¡abismo profundo, que el ojo no mide ni la razon humana comprende! ¡oh nombre, grato y horrible al mismo tiempo!... ¿Cuál será pues mi suerte?—Dios, hermanos míos, permite que cargue sobre nosotros el dolor y el remordimiento; pero á fin de que la desesperacion no nos arrebatase en este sitio donde habia de obrarse nuestra regeneracion santa, tiende presto hácia nosotros los tiernos y paternales brazos de su misericordia, se digna obsequiarnos otra vez con el dulce título de *hijos*, y convierte nuestros ojos á la montaña santa, donde la Gran Víctima pagó con su sangre para la inmensa deuda de todas las generaciones. ¿Qué sucedió entónces, hermanos míos? Díganlo estos muros santos que nos rodean, testigos fieles de los gemidos, de los deseos ardientes de nuestro corazón. La gracia bajó á nuestras almas, como el puro rocío de los cielos; y desde el pavimento augusto de este santuario se elevaron juntas hasta el trono de las misericordias nuestras lágrimas copiosas y nuestras plegarias humildes. Una piadosa confianza nos condujo á la piscina celestial; y hoy mismo, que nos reunimos aquí para instar de nuevo á nuestro Padre por el perdón de nuestras culpas, una voz dulcísima y penetrante que sale de ese tabernáculo nos dice á nosotros, como en otro tiempo á los Apóstoles en la primera celebracion de la nueva pascua: „Limpios estáis, porque he hablado eficazmente á vuestro corazón:” *Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis.*

Y qué, Dios mío, ¿puedo yo dar crédito á mis ojos en la ocasion presente? ¿me hallo en efecto restituído á la posesion carísima de vuestro amor infinito? ¿estoy otra vez cubierto con la égida omnipotente de vuestra gracia? ¿No es un último delirio de mi vanidad y de mi orgullo el crearme de nuevo incorporado en la sociedad predilecta que atrae aun hácia la tierra vuestras miradas tiernas y amorosas? ¡Oh prodigio inefable de bondad y misericordia!

Católicos, acabamos de hacer en este sitio respetable una

posa en la carrera de la vida; mañana seguiremos nuestro camino para la eternidad. Mas pronto llegaremos al término con ella; pero, ¿será para entrar en la tierra prometida? He aquí, señores, la cuestión mas importante sin duda; pero cuya solución pende en gran parte de vosotros. ¿Habéis de conservar siempre el rico tesoro que Dios ha puesto en vuestras manos? Pues alegraros en buena hora, y esperad tranquilos la tremenda cita de vuestro juez. ¿Le arrojaréis de nuevo, como una carga insostenible? pues temblad entonces, porque vuestra pérdida es infalible.

¿Y de qué servirán tantos desvelos y fatigas, tantos votos reiterados, tantas súplicas humildes, tan ciertos desengaños, si no hemos de salir de aquí á santificar el resto de nuestra vida? ¿Tendremos tan poca fe, que hayamos de ver muy pronto marchitarse la flor de la esperanza? ¿Sacaremos de este lugar santo un nuevo y mas terrible cargo que agrave nuestra causa, y haga mas intensa nuestra pena en la eternidad? ¿Tomarán posesion otra vez de nuestras almas, recientemente purificadas con la sangre preciosa de Jesucristo, los antiguos afectos y los hábitos malignos que tanto rubor nos causaron en la presencia soberana de nuestro buen Padre? ¿Siempre favorecidos, siempre ingratos, y al fin reprobos? He aquí, señores, las cuestiones que naturalmente fluyen de nuestro presente estado. ¿Qué asunto, pues, mas conforme á nuestros intereses eternos, mas digno de vuestras almas, puedo elegir hoy que la perseverancia cristiana? Ella es la piedra de toque en la vida espiritual, y la luz que debe servirnos para disipar la oscuridad de la tumba, y columbrar desde acá nuestra futura é irrevocable suerte. Por esto Jesucristo, no satisfecho con anunciaros vuestra purificación, os prescribe la perseverancia. *Manete in me, et ego in vobis.* Permitidme pues, que siguiendo en todo su espíritu, en esta santa predicación, os hable en su santo nombre sobre la necesidad estrecha de la perseverancia, y los medios de conseguirla.

Venid, Espíritu Santo, y obrad en todos los que al presente rodeamos vuestro seráfico trono, las grandes maravillas con que habéis preparado siempre las precio-

sas conquistas del amor divino: purificad mis labios, y abrid á las inspiraciones de la palabra evangélica los corazones de las personas que me escuchan. ¡Oh María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Para probar, hermanos míos, cuan absoluta es la necesidad que tenemos de no abandonar ni un solo instante la Cruz de Jesucristo durante el curso de la vida mortal, no necesitamos por cierto de buscar estudiados hipérboles, ni de pedir á la elocuencia su colorido y sus formas: basta saber, que la inconstancia en los caminos de la salvacion es el hecho importante que derrama toda la luz de la evidencia para explicar esas verdades terribles, con que nos amenaza nuestra Madre la Iglesia, cuando abre á nuestra vista las Santas Escrituras. El sepulcro, hermanos míos, es una urna misteriosa en que se revuelven los destinos inciertos de toda la especie humana. De aquí esa mezcla prodigiosa de temores y esperanzas que produce tan diversos y aun contrarios efectos en el carácter, en las ideas y en los sentimientos del hombre; de aquí las fuertes y terribles alarmas que el pensamiento de la muerte suscita hasta en el corazón de los justos; de aquí el empeño que tuvieron los paganos en embellecer la tumba, el conato loco de los impíos en atacar el cristianismo, y el afán de los pecadores en aturdirse, para no reflexionar seriamente sobre el inevitable término de todas las grandezas humanas. Una cosa pues hai que esperar, y otra que temer en nuestro advenimiento á la última morada: *la perseverancia final*; he aquí el bien mas precioso que se puede desear: *la impenitencia final*; he aquí el mas terrible y funesto accidente que se puede temer. Se trata pues del soberano bien, y del último mal: ¿cuál debe ser nuestra conducta? Aproximarnos con avidez al primero, y alejarnos constantemente del segundo. ¿Cómo conseguir uno y otro? No hai mas que

posa en la carrera de la vida; mañana seguiremos nuestro camino para la eternidad. Mas pronto llegaremos al término con ella; pero, ¿será para entrar en la tierra prometida? He aquí, señores, la cuestión mas importante sin duda; pero cuya solución pende en gran parte de vosotros. ¿Habéis de conservar siempre el rico tesoro que Dios ha puesto en vuestras manos? Pues alegraros en buena hora, y esperad tranquilos la tremenda cita de vuestro juez. ¿Le arrojaréis de nuevo, como una carga insostenible? pues temblad entónces, porque vuestra pérdida es infalible.

¿Y de qué servirán tantos desvelos y fatigas, tantos votos reiterados, tantas súplicas humildes, tan ciertos desengaños, si no hemos de salir de aquí á santificar el resto de nuestra vida? ¿Tendremos tan poca fe, que hayamos de ver muy pronto marchitarse la flor de la esperanza? ¿Sacaremos de este lugar santo un nuevo y mas terrible cargo que agrave nuestra causa, y haga mas intensa nuestra pena en la eternidad? ¿Tomarán posesion otra vez de nuestras almas, recientemente purificadas con la sangre preciosa de Jesucristo, los antiguos afectos y los hábitos malignos que tanto rubor nos causaron en la presencia soberana de nuestro buen Padre? ¿Siempre favorecidos, siempre ingratos, y al fin reprobos? He aquí, señores, las cuestiones que naturalmente fluyen de nuestro presente estado. ¿Qué asunto, pues, mas conforme á nuestros intereses eternos, mas digno de vuestras almas, puedo elegir hoy que la perseverancia cristiana? Ella es la piedra de toque en la vida espiritual, y la luz que debe servirnos para disipar la oscuridad de la tumba, y columbrar desde acá nuestra futura é irrevocable suerte. Por esto Jesucristo, no satisfecho con anunciaros vuestra purificación, os prescribe la perseverancia. *Manete in me, et ego in vobis.* Permitidme pues, que siguiendo en todo su espíritu, en esta santa predicación, os hable en su santo nombre sobre la necesidad estrecha de la perseverancia, y los medios de conseguirla.

Venid, Espíritu Santo, y obrad en todos los que al presente rodeamos vuestro seráfico trono, las grandes maravillas con que habéis preparado siempre las precio-

sas conquistas del amor divino: purificad mis labios, y abrid á las inspiraciones de la palabra evangélica los corazones de las personas que me escuchan. ¡Oh María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Para probar, hermanos míos, cuan absoluta es la necesidad que tenemos de no abandonar ni un solo instante la Cruz de Jesucristo durante el curso de la vida mortal, no necesitamos por cierto de buscar estudiados hipérboles, ni de pedir á la elocuencia su colorido y sus formas: basta saber, que la inconstancia en los caminos de la salvacion es el hecho importante que derrama toda la luz de la evidencia para explicar esas verdades terribles, con que nos amenaza nuestra Madre la Iglesia, cuando abre á nuestra vista las Santas Escrituras. El sepulcro, hermanos míos, es una urna misteriosa en que se revuelven los destinos inciertos de toda la especie humana. De aquí esa mezcla prodigiosa de temores y esperanzas que produce tan diversos y aun contrarios efectos en el carácter, en las ideas y en los sentimientos del hombre; de aquí las fuertes y terribles alarmas que el pensamiento de la muerte suscita hasta en el corazón de los justos; de aquí el empeño que tuvieron los paganos en embellecer la tumba, el conato loco de los impíos en atacar el cristianismo, y el afán de los pecadores en aturdirse, para no reflexionar seriamente sobre el inevitable término de todas las grandezas humanas. Una cosa pues hai que esperar, y otra que temer en nuestro advenimiento á la última morada: *la perseverancia final*; he aquí el bien mas precioso que se puede desear: *la impenitencia final*; he aquí el mas terrible y funesto accidente que se puede temer. Se trata pues del soberano bien, y del último mal: ¿cuál debe ser nuestra conducta? Aproximarnos con avidez al primero, y alejarnos constantemente del segundo. ¿Cómo conseguir uno y otro? No hai mas que

un solo medio, y es la *perseverancia cristiana*: he aquí mi pensamiento.

Hai en la mente divina un registro misterioso donde están indeleblemente escritos desde la eternidad los nombres de aquellos que han sido reservados en la predileccion del Altísimo para recibir sus promesas y disfrutar su gloria. ¿Podremos lisonjearnos, todos ó algunos de los que nos hallamos aquí, de pertenecer á tan dichoso número? Este es precisamente el secreto que Dios no ha querido revelar á ninguno de los que hacen su peregrinacion por este valle de lágrimas. ¡Sabio y maravilloso arcano, que mantiene la vigilancia, y engendra con la humillacion las grandes virtudes que ilustran los fastos del cristianismo! Nadie pues afirmaria sin una criminal y osada presuncion, que pertenece á la grei escogida. Pero el Señor ha querido al mismo tiempo dejarnos conjeturar nuestra suerte, y aproximarnos al convencimiento por las reglas infalibles de la fe; y esta certidumbre moral no puede levantarse, por cierto, sino sobre la sólida basa de la perseverancia continua. „Sed fieles hasta la muerte, nos ha dicho por su Evangelista San Juan, y yo os daré la corona de la vida.” *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.*¹

He aquí una formal y solemne promesa hecha por el dueño absoluto de la gloria, y directamente encaminada á sostener y fundar las esperanzas de aquellas almas felices que perseveran en los caminos estrechos y difíciles de la virtud. Cada momento, cada hora, cada mes, cada año que contemos de fiel observancia de la lei del Señor, son otros tantos grados de probabilidad que tenemos para esperar aquella última y preciosa perseverancia que realizará nuestra felicidad eterna.

Por otra parte, los dias que cuenta el hombre de perseverancia son incontestablemente una suma gloriosa de triunfos graduales obtenidos sobre sí mismo, sobre el demonio y sobre el mundo. En la carrera de la perseverancia no se camina sino sobre trofeos y por una brillante línea de victorias. El que lleva mucho tiempo de

(1) Apoc. cap. 2. v. II.

fidelidad al Señor, está ya mui experto en el arte de esta guerra, mas difícil que la que sirve de teatro glorioso á los heroes del siglo, goza ya de una reputacion inmensa entre los enemigos que le combaten, les humilla y derrota con increíble facilidad, y tiene tantas armas poderosas cuantos hábitos felices ha conseguido adquirir en el campo de los combates. No podria sin temeridad llamarse invencible; pero tampoco lo pretende; y nadie por lo mismo está mas léjos que él de esa confianza inexperta que precipita de ordinario á los incautos que no han luchado todavía con los embates furiosos de una deshecha tempestad. ¿Pero quién está mas fundado para recibir la última corona? Él incontestablemente, hermanos míos. En los combates del espíritu el valor, la destreza y la seguridad crecen con los triunfos, mui de otra manera que en los encuentros de los hombres. El guerrero ya envejecido podrá retirarse á gozar de sus memorias; mas nunca precipitarse sin riesgo en el peligroso conflicto de las armas. ¿Cuántos motivos de consuelo no tiene pues el verdadero cristiano, que cuenta ya muchos años de ofrecer al Señor el humilde holocausto de sus virtudes y de su penitencia! Temblará siempre, no hai duda, cuando fije sus ojos en la perspectiva de la eternidad, y contemple la severidad de los juicios del Señor; porque sabe que nada nos aleja del buen camino tanto como la presuncion; que está mandado que obremos nuestra salud con temor y con temblor: pero, ¿con qué aliento, con qué tranquilidad y confianza invocará constantemente las misericordias de su buen Padre, y le pedirá su parte en la rica herencia que aseguró desde las cumbres del Calvario á las almas fieles y á la virtud sublime de la penitencia!

Apelad á la experiencia, consultad á la historia: una y otra se adunan para confirmarnos á todos en la verdad y exactitud de este concepto. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres no ha experimentado alguna vez en los demas, y aun en sí mismo, la influencia irresistible de esta grande verdad? Preguntad á esa vírgen modesta la causa de tantas prendas felices que la grangean los miramientos debidos al pu-

dor y á la virtud: preguntad á ese jóven recogido, que vive y crece entre las consideraciones de la sociedad y las bendiciones de Dios, el secreto de esa paz inalterable, de esa vehemente inclinacion al bien, la cual se revela hasta en el menor de sus procedimientos: preguntad á ese grave y prudente varon, que sigue sin esfuerzo el curso de sus relaciones domésticas y sociales, guardando en todo la justicia, y al través de cuantos obstáculos le oponen sus enemigos, el porqué de ese maravilloso incremento de fuerza y de luz que se nota diariamente en el animado cuadro de su conducta; preguntad á ese anciano respetable, que ve sin zozobra recogerse de continuo el círculo de la existencia, y camina lentamente á la tumba precedido de la fe y seguido de la esperanza, el misterio de esa paz inefable que constituye sus delicias, dejando traslucir la imágen bella de la inmortalidad por entre los vestigios del tiempo y las señales venerables que anuncian la última época de la vida. ¡Ah! no encontraréis ni uno solo que señale y fije la casualidad como la causa ú origen de tantos bienes. Todos os dirán que, habiendo sorprendido la imágen de la virtud entre los primeros albores de la vida, ó asídole de ella mediante la penitencia, no quisieron perderla nunca de su vista y de sus brazos; que siempre la han contemplado y poseído; que todo lo han reputado por nada en comparacion de ella, y que ningun sacrificio les ha parecido costoso á trueque de conseguirla y conservarla. Ellos os hablarán de tentaciones y resistencias, de ataques y evasivas, de guerras y de triunfos: ellos os dirán cómo las dificultades han ido cediendo con la constancia, y como son mas esforzados y expeditos á medida que se muestran mas adictos á la virtud, mas enemigos del vicio, mas vigilantes y precavido, mas recelosos de sí mismos y mas confiados en aquel que los conforta, como dice San Pablo.

¡Feliz mil veces, hermanos míos, el hombre que acertó á comprender el precio de la constancia desde los primeros dias de su penitencia! ¡Mas feliz aquel que, apoderándose para el bien de tan útil y santo conocimiento, no ha vacado ni solo un día de la empeñosa tarea de su

purificacion y santidad! Estas almas privilegiadas, subsisten á la vista del mundo, para dar un testimonio vivo y constante de la verdad que os predico. Bástales referir la historia de una vida pasada toda en luchas y vencimientos, para demostrar palmariamente, que la constancia en el bien es un argumento de la perseverancia final, y por tanto, un signo moral y dulce de predestinacion.

Abrid, si no, hermanos míos, la Historia de los santos: hallaréis en ellos, es verdad, una muchedumbre de diferencias, segun las virtudes que resplandezcan en cada uno, bien así como segun el grado mayor ó menor de elevacion á que hayan ascendido en esta mística escala de perfeccion y beatitud; pero siempre notaréis en todos una cosa que les es comun, conviene á saber, la constancia mas heroica en los caminos de la eterna salud. Advertid con cuidado el empeño, la solicitud, el celo, la vigilancia, la oracion, la penitencia, los sacrificios, las austeridades, las humillaciones, y todo lo que piensan, hablan y practican en la carrera de su vida; notad esa delicadeza de conciencia, ese no interrumpido cuidado consigo mismos. No perdonan medio, no desprecian peligro, no se permiten tregua: miran cada uno de los dias que vienen como el principio de su carrera: creen que no han hecho nada, mientras algo falte por hacer, y saben que mucho queda por hacer mientras el hombre respira. Observad, por último, cómo cada uno crece en virtudes cuanto adelanta en años, cómo no pasa una fraccion del tiempo sin marcar un adelanto, hasta que llega ese dia en que, ligeros como la mariposa entre la cubierta de la carne, se lanzan al cielo sin volver atras la vista, sin inquietud y sin zozobra.

Nada mas natural. Sabéis que nadie se mueve en ningun sentido sin una fuerza impulsiva; que al vicio nos impelen las pasiones desenfrenadas, y á la virtud el concierto de la naturaleza con la gracia. ¿Qué se infiere de aquí? Que si en los santos hai un continuo progreso, un ascenso no interrumpido por la escala que conduce á los cielos, es porque las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas de la gracia están siempre, no hai

duda, en razon directa **de** nuestra constancia en los caminos de la salvacion.

Pero en fin, entrad en **vosotros** mismos, consultad bien á la historia de vuestro **propio** corazon: ¿no seréis vosotros, católicos, los testigos mas **irrecusables** de esta importante verdad? ¿Cuándo os **habéis** encontrado mejor? ¿Cuándo ha sido mas intenso en vosotros el sentimiento de vuestra fuerza para luchar **con** vuestros enemigos? Bien recordaréis, que en aquellos periodos felices de solicitud y frecuencia, de recogimiento y vigilancia teniais de vuestra parte recursos que **faeron** desapareciendo á medida que se apoderaba de **vosotros** la inercia del espíritu. No habréis echado en **olvido** aquel disgusto habitual contra todo lo que pudiera **frustrar** los progresos de la virtud, aquel pundonor del **carácter**, aquella reserva del corazon, aquel gusto exquisito **por** todas las cosas santas, aquella impaciencia por adelantaros á la perfeccion, aquella rareza de vuestras caidas, aquella presteza para levantaros, aquella desazon que se apoderaba de vosotros al disminuirse la caridad, y aquellas dulces y copiosas lágrimas de arrepentimiento y amor con que os dirigiais á la piscina sagrada, y **volviais** al retiro doméstico siempre que se trataba de **purificaros**. Si: vosotros sois los mejores testigos, y el **sentimiento** es mas fuerte que la razon, para persuadir estas verdades.

Y qué, ¿no vendrá **la** fe á confirmaros en esta dulce esperanza? ¿Contáis por ventura con el único apoyo de vuestra pobre y limitada razon? Ah! Dios, que todo lo recompensa, hasta la **última** lágrima que se desprende de nuestros ojos, abre **sin** medida los tesoros de su gracia, y la otorga siempre **con** exacta proporcion á los merecimientos de cada uno. Esta es una verdad en que nos asegura la fe. Con **igual** certidumbre debemos entender que la **perseverancia** final es la perseverancia del albedrío en la **sujecion** á la lei, y la perseverancia de la gracia sosteniendo **y** dirigiendo hasta el fin el albedrío. ¿Qué de bellas y profundas instrucciones no nos ministran sobre esta **importantísima** verdad las Santas Escrituras! Al través **de** los mismos acontecimientos que solo afectan al **parecer** el orden de las cosas humanas,

descubrimos el pensamiento de Dios; porque en los sucesos del antiguo pueblo todo es figurativo, como bien lo sabéis. Recordad pues algunos de los muchos ejemplos que dejaron á nuestra imitacion sus personajes ilustres, y veréis lo que importa para vuestras esperanzas la permanencia constante del corazon en los senderos de la virtud. José *persevera* en resistir las sugestiones deshonestas, y lleva juntas las coronas de la castidad y de la gloria. ¹ Moises *persevera* en su rendida oracion al Dios de los ejércitos, y los israelitas reportan la mas brillante victoria; ² David combate y rinde á Goliath con su constancia imperturbable; ³ Joab insiste en el sitio de Rabbat y toma á discrecion la ciudad enemiga; ⁴ Nehemias se sobrepone activo y perseverante á todos los obstáculos, y reconstruye los muros de Jerusalem. ⁵ ¿Qué es, hermanos míos, la vida de Job, sino la mas sublime personificacion de la perseverancia? ¡Ah! todo nos predica esta virtud, todo nos muestra su excelsa primacia entre cuanto se dirige á realizar la felicidad.

Pero, ¿qué necesidad tengo de apelar á las personificaciones, símbolos y figuras, cuando Jesucristo Señor Nuestro quiso ser tan explícito en este punto? Todo cuanto dijo á sus discípulos en la célebre pascua es una exhortacion amorosa que les hace para que sean constantes en la práctica del bien. Todas sus promesas se refieren á la constancia: sus tesoros son para el que persevera. *El que permanece en mí*, decia, *ese da mucho fruto*. ⁶ ¿Qué pensamiento, católicos, tan sublime y al mismo tiempo tan sencillo! *El que permanece en mí*, es decir, el que sinceramente lo abandona todo por seguirme, el que no reconoce un bien comparable al que produce mi compañía, el que no codicia otros tesoros que los míos, el que no busca otros goces que los de mi amor, el que no adopta otras máximas que mi Evangelio, ni sale jamas de mis preceptos, *ese dará muchos frutos*, esto es, frutos de sabiduría, de fortaleza, de bendición y de imperecedera ventura, frutos en el tiempo, frutos para la eternidad. „Si permaneciereis en mí, si mis palabras se conser-

(1) Gen. cap. XXXIX, v. 10.—(2) Exodo XVII, 11, 12.—(3) Reg. XVII, 28, 33 y 51.—(4) II Reg. XII, 26.—(5) II Esdr. cap. IV.—(6) Joann. XV., 5.

varen en vosotros, añade, pediréis cuanto quisieréis, y os será concedido. ¡Qué promesa! ¡pedir lo que queramos, con el derecho que nos da para esperar lo la palabra omnipotente de todo un Dios! ¡Y por qué Jesucristo es tan amplio y magnífico en esta sublime promesa? porque en la constancia de los justos brilla la gloria del Dios sobre la tierra; porque en la perseverancia de los justos se perpetúan los frutos del Calvario y se sostienen las esperanzas de la nueva Jerusalén. *En esto es glorificado mi Padre, dice Jesús, en que deis muchos frutos, y en que seáis hechos mis discípulos.*

De este modo, católicos, la constancia nuestra en los caminos de la salvación es un argumento práctico de que vamos acercándonos á este bien supremo que consiste en la perseverancia final. ¡Qué mas se necesita, para reunir nuestras fuerzas, dar curso libre á nuestro dolor, y resolvernos definitivamente desde hoy á seguir con fidelidad la carrera de los santos? Pero si esto no basta, convertid á otra parte vuestra vista, y ved en la inconstancia el último grado de certidumbre que en el orden previsivo puede adquirirse, para concluir de ella el último y mas horrible de todos los males, *la impenitencia final.*

¡Verdad terrible y amarga; pero evidentemente comprobada, infalible, y por desgracia mui olvidada en el mundo! ¡despreciada sin cesar, y hollada miserablemente con la conducta de la mayor parte de los hombres! Sin embargo, ¡qué cosa mas naturalmente inferida? ¡Cuál tiene mayor número de apoyos? ¡Dónde se puede hallar un concurso mas unánime de la razón, la experiencia y la fe? Para negar, señores, que la impenitencia final es una consecuencia precisa de la inconstancia, nada ménos se necesita que renunciar á la razón, á la historia y á la Escritura Santa.

Basta, señores, tener una idea de la naturaleza humana, para ver á toda luz, que la impenitencia final es casi siempre un resultado infalible de la inconstancia en los caminos de la salvación. Bien es cierto, que sin la gra-

(1) Joann. XV, 8.

cia nada podemos hacer; pero tambien lo es, que la gracia será estéril en nosotros, si no halla de nuestra parte esa cooperacion activa y eficaz que Dios ha prescrito como una condicion indispensable para nuestra perfeccion y felicidad. Bien sabéis, y aun es un proloquio vulgar, que el hábito es una segunda naturaleza; y por lo mismo, quien está dominado por el poder del hábito tiene contra sí todos los elementos de su misma naturaleza transformada. ¡Veis esos horribles caracteres que nos alarman á la vista de los mayores crímenes? ¡Veis al bandido que se lanza intrépido sobre la propiedad y la vida, perturbando la marcha del caminante, é interrumpiendo el sueño del hombre pacífico? ¡Veis á esos infelices, opróbios de la especie humana, que dándose á la exageracion de la bebida, resignando en el toscó deleite la inteligencia y el carácter, parecen figurar como una degeneracion de la especie racional? ¡Observáis esos desgraciados que no advierten el valor inestimable de la continencia y castidad, sino cuando ya sus entrañas están corrompidas, y ellos encadenados en esa invencible atraccion que arrastra al hombre hácia el sepulcro? ¡Notáis esa impasible frialdad con que pasa por entre las miserias y las necesidades de la vida el avaro, idólatra de sus riquezas? ¡Reparáis en esa susceptibilidad indómita que ya no perdona la injuria, ni excusa la fragilidad, ni resiste la menor contradiccion? Pues no imaginéis, ó católicos, que tales caracteres se improvisan. Todos nacemos con la herencia del pecado original; pero nadie llega malvado á la vida: todos traemos sobre nuestras frentes los vestigios de la culpa; pero nadie viene con la hiel y el veneno propio á la existencia. No, vuelvo á decir, estos caracteres que ya no cederian á otro poder, sin un rarísimo é inaudito milagro, no se organizan instantáneamente: las inclinaciones los preparan, los actos los determinan, educan y sostienen, los hábitos los forman, llevándolos á su funesta plenitud. Por esto ha dicho el Sabio, *que el niño seguirá su sendero,*¹ y si el curso de esa temprana vida llegare por fin á extraviarse,

(1) Prov. cap. XXII, v. 6.

vendrá á sorprenderle el último periodo de la vejez en las antiguas encrucijadas del vicio.

Nada mas natural. Sábese mui bien, que nuestro carácter es una presa que se disputan desde mui temprano el espíritu y la carne; y que en este combate no triunfa sino el que permanece constante, el que persiste intransigible en los caminos del bien. ¡Por dónde ha comenzado ese hombre á quien la sociedad maldice como á un ser corrompido? Ha comenzado por pequeñas faltas; ha seguido con mayor frecuencia de transgresiones; ha terminado por arraigarse en sus hábitos. ¡Os asusta, os alarma verle cómo discurre, cómo habla, cómo se conduce en el curso de todas sus relaciones? ¡Os irrita su impiedad, os incomoda su descaro, os escandaliza su prostitucion? Pues es aquel mismo que os prendaba con su moderacion, os ganaba con su obediencia, os edificaba con su recogimiento, os enternecía con su piedad: es aquel mismo sobre quien formabais los mas bellos pronósticos á la vista de su cristiana educacion, del primitivo fervor de su juventud, del porte caballeroso y digno de su primera marcha. ¡Qué sucedió pues? Cedió á las primeras tentaciones; pero todavía la santa tristeza del arrepentimiento le levantaba: cayó en nuevas redes; pero todavía los antiguos instintos de su primitiva virtud le tenían inquieto. Entre tanto sus sentidos le agitan, sus inclinaciones le arrastran, sus placeres le tientan, sus amigos le seducen, sus antiguas fuerzas se debilitan, sus bellos recuerdos se oscurecen, los recursos de la educacion se menoscaban, los intereses de la piedad se pierden, la ciencia del espíritu se ofusca, la tierra se abalanza contra el cielo, el tiempo sobre la eternidad al anonadarse en el infeliz las ideas de muerte y del juicio....No desesperéis: todavía brillan algunas chispas en su alma; todavía la campana fúnebre de la noche perturba sus criminales vigiliás; todavía la imagen de la virtud le arranca un suspiro; está corrompido, pero no desesperado: es criminal, pero no impenitente: anda en las juntas de los impíos; pero no se ha borrado de su alma la imagen del Señor....Tal vez un desengaño, tal vez ese abandono del mismo mundo cuando ya está en la

miseria, tal vez la consternacion de todo un pueblo en una calamidad pública, tal vez una enfermedad cruel que ya le orilla al sepulcro....¡De hecho, católicos! Los hijos de Dios se alegran viéndole de nuevo volver al redil; la edificacion de sus hermanos le rodea con sus estímulos, la caridad olvida sus extravíos, para contemplar su penitencia. Vedle ¡qué recogido en el templo! ¡qué moderado en la sociedad! ¡qué solícito por reparar sus escándalos! ¡qué!....Pero....¡á donde voi!....¡Un nuevo cuadro! ¡un fondo nuevo para los sentimientos! ¡otro espectáculo para la desesperacion!....¡Desgraciado! Hele otra vez en Babilonia, hele otra vez entre los enemigos de Dios, hele otra vez en la miserable aldea del tirano apacentando animales inmundos y envidiando sus bellotas....Un paso mas, y el infeliz desaparecerá de la escena de la vida, dejando á todos abismados entre las sombras del tiempo y las sombras de la eternidad. ¡Tal es el poder de los hábitos! ¡tan cierto así, que la impenitencia final es un resultado casi infalible de la inconstancia!

Considerad, hermanos míos, toda la revolucion que los hábitos producen en el hombre, y os convenceréis fácilmente, sin apelar mas que á vuestra propia razon, de toda la verdad y exactitud de estos conceptos. A la formacion de un hábito concurre el alma con sus facultades y potencias, concurre el cuerpo con sus elementos y fuerzas, concurre todo nuestro ser. Acordaos, si no, de la escala que ha recorrido vuestra conducta para la adquisicion de los hábitos. ¡Se trata de un hábito bueno? Ya veréis cómo ha sido preciso ir debilitando paulatinamente la influencia de los recuerdos, el artificio de los pensamientos, el prestigio de las imágenes, las vehementes inclinaciones de la voluntad, la prepotencia de las fuerzas físicas, la excesiva libertad de los sentidos, y tantas necesidades facticias que el pecado habia introducido en vuestro corazon. ¡Se trata de los hábitos malos? Notad como, aunque á ellos se pasa por un declive, y al impulso de las inclinaciones corrompidas suele llegarse al término con suma facilidad, nunca se obran instantáneamente esas funestísimas trasformaciones. Hai mayor celeridad; pero siempre se pasa por diversos grados. Bien es cierto, que

nuestra naturaleza contaminada todo lo encuentra fácil para perderse; pero no lo es ménos que, cuando la gracia la sostiene, ha menester de mucho para llegar á los últimos estragos de la derrota. Comparad, hermanos míos, la duracion, el carácter y la intensidad de las impresiones entre vuestras primeras y vuestras últimas faltas, y estremeceos á la vista del inminente riesgo que corréis para la eternidad, si alarmados hoy santamente, no os asís de la perseverancia continua, como de una áncora de salud.

En los primeros días de vuestra carrera, cuando la inocencia tenia muy vivos aun sus vestigios, cuando las impresiones de la infancia daban á vuestro horror al mal todo el vigor de un instinto, cuando la educacion cristiana y el influjo de mil edificantes ejemplos os mantenian mejor dispuestos á la fidelidad que á la inconstancia: ¿qué no era preciso para caer? ¿qué luchas! ¿qué resistencias! ¿qué mortal desazon! ¿qué de alarmas! ¿cuántas dudas y temores! ¿Cuánto tiempo discurrió sin que vuestra conciencia pudiera recoger todos los datos necesarios para convencerse de una culpa grave consumada con todos sus caracteres de mortalidad! Pero al fin, la desazon misma, la pereza, ciertos compromisos de sociedad, ciertas ligeras condescendencias acometieron á la empresa fatal. Comenzasteis por interrumpir vuestros ejercicios, continuasteis por cortar la frecuencia, seguisteis por distraer á otra parte vuestras ideas, y acabasteis por... ¡me horrorizo al decirlo! por descender, como el ángel, desde un trono de luz á las hondas cavernas del pecado! Sin embargo, el sentimiento de vuestra caída se anunció con estrépito: al golpe de la virtud viniendo á tierra, se alarmó vuestra conciencia: vuestro entendimiento, vuestra voluntad, vuestro cuerpo, todo vuestro ser se estremecieron, como al caer una inmensa mole, el estruendo se difunde aterrorizando, y sacude y hace bambolear todos los edificios, pareciendo querer arrastrarlos á todos á su ruina! Si, hermanos míos: nada fué sin duda comparable con el efecto sensible que causaban en vosotros vuestras primeras infidelidades! Aquel susto, aquella agitacion, aquel disgusto, aquella melancólica situacion, aquella pena indefi-

nible: todo estaba revelando que vuestro enemigo no habia triunfado enteramente, que no duraria largo tiempo vuestra lastimosa esclavitud. De hecho, pronto corrian vuestras lágrimas, se conmovia vuestro corazon, se alijeraba vuestro cuerpo, y os levantabais, como el pródigo en busca del agraviado é inconsolable Padre, para volver á su gracia por el humilde sendero de la penitencia.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿era este el estado de vuestros sentimientos en las últimas caídas? ¡Ah! Después dejaban apenas lo muy preciso para disgustar á la conciencia; pero la conciencia misma vivia ya en vosotros como un resorte laxado, como un sentimiento sin objeto, como una deidad sin luz, sin poder y sin prestigios. De este modo, señores, todo va perdiendo con la repetición de las caídas: las impresiones son fugitivas, los temores pasajeros, las esperanzas ineficaces, las lecturas infructuosas, los ejemplos estériles: entre tanto, la vida se adelanta con los años, los actos se repiten, la insensibilidad crece, las pasiones se afirman, los pecados se multiplican, los hábitos se forman, la gracia se extingue, el sepulcro se abre y la reprobacion se consuma.

¡Gran Dios! ¿qué piensa el hombre, cuando con tal frenesí se precipita, y con tanta frialdad mira su ruina! ¡Ah, católicos! No seria necesario consultar sino solo á nuestra propia razon, para confundirnos y estremecernos á la vista del porvenir que se espera á las almas inconstantes y tibias en los caminos de la eterna salud. Pero si aun queréis oráculos mas seguros, mas infalibles, atended: oid al mismo Dios que os habla; registrad las páginas de ese libro eterno donde cada uno puede hallar los datos para resolver el fatal problema de su futura suerte.

¿Quién puede pasar la vista por aquella parábola de la vid, sin estremecerse de terror y de espanto? „El que no persevera en mí, dice Jesucristo por San Juan, será arrojado fuera, como el Sarmiento inútil, y se secará, y así seco le tomaran para echarle al fuego, y arderá.”¹ ¡Cuál es, católicos, este Sarmiento inútil, que ha de consumirse

(1) Joann. cap. XV, v. 6.

en su funesta separación, sino esa alma inconstante que pasa la vida entre Babilonia y Sion, entre el Decálogo y los vicios, entre las tabernas de los pecadores y los tabernáculos divinos? ¿quién es, sino esa alma inconstante que vive y muere alternativamente en sus penitencias y caídas?

„No os convirtáis á todo viento, dice el Eclesiástico, no andéis por cualquiera camino.”¹ ¿Y porqué, hermanos míos? Porque no hai mas que un viento favorable, no hai mas que un camino de salud. Por esto el mismo ha creído hallar en el sol una imágen del sabio, mientras compara al necio con la luna, que está mudándose frecuentemente.² Por esto merece para Jesucristo la burla del mismo mundo quien, habiendo conmenzado á levantar su edificio, no pudo llevarle á su término,³ y por esto el Apóstol de las gentes ha caracterizado la predestinacion, al decir: „Yo he sostenido la mejor contienda, y al terminar mi carrera, traigo íntegro el depósito de la fe, y he conducido la obra á su feliz consumacion: he aquí porqué aguardo esa corona de justicia que el immaculado y eterno juez tiene reservada, no solo para mí, sino para cuantos aman su venida,”⁴ esto es, para cuantos han sabido prepararla con la inocencia ó la penitencia.

„El que habiendo empuñado la mansera, dice Jesucristo, vuelve atras la vista, no es á propósito para el reino de los cielos.”⁵ Estudiad, ¡oh católicos este pasaje; acercaos mas y mas con la meditacion á la profundidad de su sentido. ¿De qué se trata? De entrar al reino de los cielos; trátase del supremo bien; trátase nada ménos que de salvarse. Y para esto, ¿qué se requiere? aptitud. ¿Quién negará esta importante consecuencia? ¿puede concebirse la consecucion de un objeto sin la indispensable aptitud? No. Luego el que no es apto para él no lo conseguirá por cierto. Ahora bien, yo os pregunto: ¿quién es el apto? y Jesucristo mismo os responde, que el que ha llevado la obra á su feliz consumacion; y San Pablo os afirma, que el que sostiene su carrera de modo de reportar el premio;⁶ que esta feliz y eficaz disposicion ha

(1) Cap. V, v. 11.—(2) Cap. XXVII, v. 12.—(3) Luc. cap. XIV, v. 30.—(4) II Tim. IV, 7.—(5) Luc. cap. IX, v. 62.—(6) I Cor. cap. IX, v. 24.

de buscarse y reconocerse en esas almas cautelosas y consecuentes, que permanecen firmes é inexpugnables, que trabajan incesantemente en la obra de Dios, íntimamente persuadidas de que su trabajo no quedará sin recompensa; en suma, que han perseverado fieles en la disciplina, como dice el Apóstol.¹ ¿Y quién es el inepto, quién es el que no ha de entrar por tal motivo en el reino de Dios? Oid á Jesucristo. „El que habiendo hechado mano al arado, vuelve atras la vista, no es apto para el reino de los cielos.”²

¿Con cuánta razon entraba el Apóstol San Juan en una especie de alarma con solo figurarse que sus discípulos, aquellos á quienes estaba edificando é instruyendo, aquellos cuya suerte futura le agitaba sin cesar, cayesen en la tibieza, y comenzando por leves transgresiones, acabasen por perder en un solo momento su gracia, su fuerza, sus méritos y su galardón! „Cuidado, hermanos míos, decia, no vayais á perder el precioso fruto de vuestras obras; sino ántes bien manteneos constantes en la vigilia, para que, llegado el dia, recibáis por último con el reino de Dios la suprema y única recompensa de las virtudes:” *Videte vosmetipsos, ne perdatis quæ operati estis; sed ut mercedem plenam accipiatis.*³

¿Qué mas os diré católicos? Escuchad otra vez al Apóstol San Pablo. „Los que una vez fueron iluminados, y gustaron el don del cielo, y fueron hechos participantes del Espíritu Santo,....si despues de esto han caido, es imposible, dice, que sean renovados otra vez á penitencia; pues crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, y lo exponen al escarnio. *Imposibile est eos qui semel sunt illuminati, et gustaverunt donum caeleste, et participes Spiritus sancti fuerunt, et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam: rursus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei et ostentui habentes.*”⁴

He aquí, señores, una sentencia mui terrible, una sentencia que bien meditada bastaria para hacernos santos, una sentencia que despierta con viveza todos los temo-

(1) Ad. Hebr. cap. XII, v. 7.—(2) Luc. IX, 62.—(3) II Joann. IV, 8.—(4) Ad Hebr. cap. VI, vv. 4 et 6.

res y produce aquellas alarmas que mas de una vez han poblado los yermos de ilustres penitentes. ¿Qué dice aquí el Apóstol San Pablo? ¿qué género de imposibilidad es esta que animó su zelo al exhortar á los Hebreos para que perseverasen? ¿quiénes son estos que una vez iluminados, favorecidos con el don celestial y partícipes del Espíritu Santo, no pueden ya, desde que han tenido la desgracia de caer, renovarse por la penitencia? Líbreme Dios, católicos, de incurrir aquí en esas exageraciones del zelo, que parecen arrancar la esperanza del corazón, y undir en la nada los nobles atributos de la misericordia divina. No os diré que se trata de un imposible absoluto para los reincidentes en orden al Sacramento de la Penitencia; no os diré que esta imposibilidad, si se ha de considerar en aquel sentido, hable de otra cosa que del Bautismo; no os diré que la gracia está sujeta á las leyes de la naturaleza para desarrollar su poder sobre el corazón. No, nada de exageración, nada de figuras, nada de aparato. Intento moveros, para convertirnos; y no aterrorizaros para perderos. No temo explicaros este sagrado texto, y aplicarósle únicamente en la parte mas obvia, natural é incontestablemente admitida. De dos modos ha sido considerado por los Padres é intérpretes sagrados esta especie de imposible; pero segun el que se prefiera, así es la aplicación que recibe. Entiéndenlo unos en un sentido absoluto, y en este caso el Apóstol habla de la imposibilidad de volver á la gracia, mediante un segundo Bautismo; y esto es claro, pues este santo Sacramento no se recibe sino una sola vez en la vida. Entiéndenlo otros en un sentido relativo; creen que se trata de un imposible moral, de una dificultad suma, de uno de aquellos inconvenientes que solamente una gracia extraordinarísima es capaz de destruir; y en este caso lo extienden á la penitencia sacramental, bien que con aquellas diferencias que en sí presentan por una parte las especies de los pecados, y por otra el grado de corrupción de la naturaleza humana.

Permitidme pues, católicos, que llamando el sagrado texto á este último sentido, me sirva de él, como de un criterio seguro, para valorizar exactamente la esperanza de

aquellas almas inconstantes y versátiles para quienes la penitencia sacramental y la misericordia divina son un grato beleño que las calma entre tantas vicisitudes y alternativas como presentan en el curso de su vida espiritual.

Verdad, señores, es que los caminos de la gracia, siempre análogos al carácter divino que ella tiene, no se dejan asir de nuestros sentidos, y á veces aun parecen sustraerse á las miradas de nuestra razón; pero no lo es ménos, que sus efectos modificando nuestra naturaleza, pueden servirnos como un dato cuando se trata de calificar nuestro porvenir en sus relaciones misteriosas con la eternidad.

¿Cuáles son los efectos sensibles de la gracia que nos regenera en Jesucristo por la penitencia? Muchos en verdad; pero yo quiero señalaros aquí tres de ellos, análogos en todo á los que sirven de pauta, digámoslo así, al zelo del Apóstol, para pintar la condición de aquellos que por su inconstancia deben ver ya su justificación como una especie de imposible: primero, la luz de los desengaños; segundo, las felices emociones de la penitencia; tercero, los goces de la virtud. He aquí un triple poder con que la gracia remueve, agita, depierta y trasforma del todo á los que, bien hallados en los caminos de vicio, yacen en las tinieblas de las pasiones y duermen sin zozobra en los bordes del abismo. Óbrase en ellos el gran sacudimiento: su inteligencia se abre en una region desconocida: una luz misteriosa y nueva les manifiesta su propio rango, disipa sus ilusiones y previene su voluntad: un paso más, y ésta ya conmovida, se agita en un sentido absolutamente contrario del que le era habitual: se turba, vacila, tiembla, cambia de objetos en sus aspiraciones y repugnancias, retrocede á los antiguos olvidados dias, y vuelve, por fin, á incorporarse mediante la penitencia en el número de los que temen, de los que esperan, de los que desean y de los que aman al Señor. Desde este feliz momento dias mas puros y serenos empiezan á señalar el curso de su existencia. Su entendimiento ha recibido un aumento de luz, que ántes no conocia: preséntansele bajo un aspecto maravilloso los dogmas sublimes del cristianismo,

las máximas augustas de la moral: posee ya la ciencia de los santos; se sorprende él mismo con el tino y acierto que distingue sus consejos; halla en el fondo de su corazón una insaciable sed que le agita en busca de los merecimientos, de los goces del espíritu; cada día siente más y más la dulce precisión de amar y al mismo tiempo de temer. ¿Qué sucede entonces? Reconoce y admira en este conjunto de gracias los dones y los frutos que anuncian la participación del Espíritu Santo; y siempre feliz en su grata mudanza, parece decirle á Dios como el Príncipe de los Apóstoles á Jesucristo en las cumbres del Tabor: „Bueno es permanecer aquí.” *Bonum est nos hic esse.*¹

Ved aquí, católicos, todas las maravillas que se obran en un pecador verdaderamente arrepentido; ved aquí esa prodigiosa economía de procedimientos con que la gracia produce la transformación de la alma; ved aquí un bosquejo de la conversión. Esta grande obra nos muestra en la gracia su artífice divino; pero también pone de vulto en la naturaleza sus prodigiosos efectos. Examinad atentamente todos estos cambios inauditos que se obran aun en el mismo orden de la naturaleza: esas luces nuevas, esos sentimientos nuevos, esos goces nuevos, inauditos, y ya sorprenderéis el secreto de esas metamorfosis divinas que han hecho de un perseguidor un Apóstol en la persona de Pablo, de una criatura divagada una alma contemplativa en María Magdalena, de un heresiarca un Doctor de la Iglesia en el Santo Obispo de Hipona; que han trasladado de las calles y plazas públicas de Babilonia, por las soledades de la penitencia y los áridos desiertos, hasta los altares del Santuario á las Egipcíacas y Margaritas de Cortona: veréis, repito, el cómo y el porqué de la verdadera conversión.

En efecto, católicos, la antorcha del desengaño nunca interrumpe vanamente las tinieblas del pecador: el alma nunca recibe sin fruto las primeras y más deliciosas emociones de la caridad; ni los dones del Espíritu Santo dejan estéril el prado por donde corren. Fácil os es en

(1) Math. cap. XVII, v. 4.

vista de esto profetizar la suerte de esas almas felices que han sido alumbradas con aquella luz, movidas por aquellos sentimientos y enriquecidas por aquellos dones.

Peró, si el enemigo comun, redoblando sus ataques y sorprendiendo el sueño de la tibieza, sacude y prostra el árbol corpulento, y le arrastra para incorporarle de nuevo en sus dominios, si el pecado mortal, rompiendo las mal cerradas puertas del espíritu, vuelve por fin á su antiguo albergue; ¿qué sucederá? No os lo diré yo, sino el mismo Jesucristo. Acordaos de sus palabras, cuando salvó al endemoniado, sobre el peligro que corría, si no se conservaba bien. Cuando el espíritu maligno, ha salido espulso de una alma que poseía, lejos de perder la esperanza, va como en busca de resfuerzo para nuevos combates, en solicitud de otros siete espíritus; y les convoca, y les reúne, y vuelve con ellos, y ataca, y sitia, y acecha, y espía, y lidia, y seduce, y promete, y atrae, y ofusca, y fascina, y ciega, é invade, y rompe, y entra con sus nuevas legiones á ocupar con ellas la morada que ántes habitaba solo, y ¿entonces? *el último estado de aquel infeliz*, dice Jesucristo, *es peor mil veces que el primero.*¹ ¿Qué sentencia, hermanos míos! qué amenaza tan terrible y tan olvidada! Mas ya que por un efecto de la bondad de Dios estáis dispuestos á escuchar y meditar su palabra, sondead, si es posible, toda la profundidad de esta sentencia. Pero si la justa consideración de nuestras propias tinieblas nos hace apelar á otra luz para comprender este lenguaje de Jesucristo, volved al Doctor sublime, al insigne comentador del Evangelio Santo, al mismo San Pablo, y el os dirá que el estado de aquel infeliz es peor que el primero, porque „es moralmente imposible que se renueven otra vez por la penitencia los que han tenido la desgracia de volver á caer, despues de haber sido iluminados, despues de haber saboreado el don de los cielos, despues de haber sido participantes del Espíritu Santo.”

De hecho, católicos, ¿qué recurso eficaz queda para la conversión á los infelices reincidentes? yo le busco, y en verdad no le encuentro. ¿Acaso los desengaños? no, porque

(1) Matth. XII, 45.

es imposible que tenga desengaños el que ya está desengañado; y el infeliz reincidente todo lo conoce, todo lo comprende, todo lo sabe. ¿Acaso el delicioso gusto de los dones del cielo? Tampoco: raras veces se gusta de nuevo lo que se ha dejado con hastío; y el infeliz reincidente no sentirá con el mismo sabor que en la vez primera el maná dulcísimo que le había regalado, en la segunda vez que le tome; y acaso, como los israelitas en el desierto, sentirá los efectos de la muerte al tomar el fruto de la vida. ¿Acaso los dones misteriosos del Espíritu Santo, que antes le habían hecho tan amable la penitencia? Méenos: estos dones parten de un hecho cuya imposibilidad moral acabamos de reconocer: ellos vienen en seguida de los sentimientos del cielo, y de los santos desengaños y disgustos de la tierra.

He aquí porqué, á medida que el alma va recayendo en el pecado, sus luces se opacan, sus sentimientos se debilitan, sus posesiones santas se han ofuscado: es una especie de transacción imperceptible entre el espíritu que nos llama á la virtud, y la carne que nos impele al pecado; es un cálculo hipotético en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse; como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia; como si todo fuera para el pecado, y nada para la gracia; todo para el hombre, y nada para Dios; y como si fuera posible que al cabo de mil y mil vicisitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparición de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el día venturoso de nuestra primera conversión.

No, católicos, no os engañéis, el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condición mas desastrosa, la crisis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el paraíso, pero Jesucristo des-

truyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Mateo el Publicano, dejó el Telonio, bastándole el no volver á él para ser un Apóstol, y el rico Zaqueo vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente había ganado, y aliviar con la limosna la condición de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Urías y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podían ponerse á la mansedumbre, despues de haber sacado el acero para castigar la insolencia del fariseo; como Ignacio de Loyola sufría las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, en fin, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvación, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad en las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de acción, ya no se mueve, sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras, no se mueve, sino de una manera cuasi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío: estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sentimientos: la conversión para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, católicos, no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmaos, por Dios, retroceded, asíos fuertemente de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esta especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conceguirlo? Apurando todos los medios

para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de haceros han llamado con fuerza, hermanos míos, vuestro espíritu y vuestra razón hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana; si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposición más feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de convicción íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos míos, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; quererlo, quererlo bien, quererlo con solicitud, quererlo con vehemencia, quererlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos más bien formados; quererlo con una preferencia sobre todas las cosas, quererlo con decisión, quererlo sin la idea de transigir, quererlo sin el influjo de los respetos humanos, quererlo sin esos medios términos donde más frecuentemente naufraga la virtud; quererlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, contra todo lo que no es Dios y lucha para

apartarnos del bien. ¿Queréis perseverar? Querédlo de véras, y todo está hecho.

Pero qué, ¿tal es el poder de la voluntad humana, que un solo *fiat* articulado con el acento de la firmeza y de una resolución incontrastable, baste para obrar el gran prodigio de la santidad sobre el venturoso aniquilamiento del hombre viejo? Sí, católicos, sí otra vez, sí, os lo repetiré constantemente: tal es el poder de la voluntad humana, si bien un poder que le viene por comunicación, y no por naturaleza, un poder que Dios engendra cuando ella se decide, un poder de los que mejor caracterizan la presencia de la gracia, cuyos efectos, como bien sabido lo tenéis, consisten precisamente en el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. Sí, Dios mío, sin tí nada puedo y nada quiero en la línea del bien; pero contigo todo lo quiero, todo lo puedo; porque habiéndome criado para tí, habéis divinizado en cierto modo mis facultades todas cuando se dirigen á tí como á su centro.

A este medio, el más capital, el primero en el orden de cuantos nos acercan á Dios por el ejercicio de la perseverancia, se refieren, hermanos míos, todos los otros, como á un principio todas sus verdades subalternas y todas sus consecuencias legítimas. ¿Porqué? ¿porqué una voluntad así resuelta coloca el poder moral sobre una altura inmensa, y á la par domina sobre lo pasado, lo presente y el porvenir. Vive el hombre en lo pasado con sus recuerdos, habita en lo presente con sus sentimientos y sus obras, recorre el porvenir con sus provisiones, sus deseos y sus esperanzas. ¿De qué se trata? de asegurar la felicidad eterna. ¿Cómo asegurarla? purificando lo pasado por medio de una contrición verdadera, santificando lo presente por medio de una mudanza absoluta, asegurando el porvenir por medio de una consecuencia inalterable en el bien obrar. Deteneos un poco: considerad bien una voluntad resuelta. ¿Se ha resuelto en contrario sentido? ella pues nace del arrepentimiento: ¿Este arrepentimiento es verdadero? la voluntad retira por lo mismo cuanto puede ser ocasión próxima ó remota de producir este sentimiento; y en-

para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de haceros han llamado con fuerza, hermanos míos, vuestro espíritu y vuestra razón hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana; si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposición más feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de convicción íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos míos, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; quererlo, quererlo bien, quererlo con solicitud, quererlo con vehemencia, quererlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos más bien formados; quererlo con una preferencia sobre todas las cosas, quererlo con decisión, quererlo sin la idea de transigir, quererlo sin el influjo de los respetos humanos, quererlo sin esos medios términos donde más frecuentemente naufraga la virtud; quererlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, contra todo lo que no es Dios y lucha para

apartarnos del bien. ¿Queréis perseverar? Querédlo de véras, y todo está hecho.

Pero qué, ¿tal es el poder de la voluntad humana, que un solo *fiat* articulado con el acento de la firmeza y de una resolución incontrastable, baste para obrar el gran prodigio de la santidad sobre el venturoso aniquilamiento del hombre viejo? Sí, católicos, sí otra vez, sí, os lo repetiré constantemente: tal es el poder de la voluntad humana, si bien un poder que le viene por comunicación, y no por naturaleza, un poder que Dios engendra cuando ella se decide, un poder de los que mejor caracterizan la presencia de la gracia, cuyos efectos, como bien sabido lo tenéis, consisten precisamente en el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. Sí, Dios mío, sin tí nada puedo y nada quiero en la línea del bien; pero contigo todo lo quiero, todo lo puedo; porque habiéndome criado para tí, habéis divinizado en cierto modo mis facultades todas cuando se dirigen á tí como á su centro.

A este medio, el más capital, el primero en el orden de cuantos nos acercan á Dios por el ejercicio de la perseverancia, se refieren, hermanos míos, todos los otros, como á un principio todas sus verdades subalternas y todas sus consecuencias legítimas. ¿Porqué? ¿porqué una voluntad así resuelta coloca el poder moral sobre una altura inmensa, y á la par domina sobre lo pasado, lo presente y el porvenir. Vive el hombre en lo pasado con sus recuerdos, habita en lo presente con sus sentimientos y sus obras, recorre el porvenir con sus provisiones, sus deseos y sus esperanzas. ¿De qué se trata? de asegurar la felicidad eterna. ¿Cómo asegurarla? purificando lo pasado por medio de una contrición verdadera, santificando lo presente por medio de una mudanza absoluta, asegurando el porvenir por medio de una consecuencia inalterable en el bien obrar. Deteneos un poco: considerad bien una voluntad resuelta. ¿Se ha resuelto en contrario sentido? ella pues nace del arrepentimiento: ¿Este arrepentimiento es verdadero? la voluntad retira por lo mismo cuanto puede ser ocasión próxima ó remota de producir este sentimiento; y en-

tónces, ¿que prevee? derrotas ó triunfos: ¿qué desea? no ser jamas vencida? ¿que aguarda? conquistar por este medio la eterna ventura de los escogidos.

Estas reflexiones sencillas á la par que verdaderas y sólidas, podrian ¡oh católicos! derramar sobre vosotros alguna luz, para estudiar con provecho dos fenómenos mui notables en la vida cristiana. Cuantos han sido pecadores resusitan á la vida de la gracia por medio de la penitencia; y esto tienen de comun todos los que se acercan á la piscina santa para volver á Jesucristo; pero entre estos hai unos que realmente se trasforman, y siguen el inalterable curso de una vida penitente y fervorosa, y otros hai que andan por una carrera de confesiones y reincidencias, de resurrecciones y de muertes. ¿Cómo explicar este fenómeno moral? Para mí, de un modo mui sencillo: cada uno al convertirse recibe un cierto impulso de la naturaleza y de la gracia, que á la vez determinan la direccion y el movimiento que debe tener para lo futuro; pero esta direccion y este movimiento son desiguales: unos los conservan por toda su vida; y San Pablo desde que dejó de ser perseguidor, no vacó un solo instante del apostalado, y Mateo no volvió jamas á la negociacion, y Magdalena nunca volvió á dirigir ningun cumplimiento al mundo, y la Egipcíaca se fué al desierto á esperar la hora de la eternidad; é Ignacio de Loyola prosiguió sin alteracion un curso pacífico de virtudes, como el discípulo de Ambrosio, el águila de las antiguas Iglesias de Africa, el grande Agustino, desde el dia feliz en que un encuentro de su corazon con cierta leccion de San Pablo consumó en él la obra de la gracia, arrojó de sí las obras de las tinieblas, y ni un instante solo de su futura vida se despojó de la lucida y brillante armadura de la humildad, del pudor, de la mortificacion, de la continencia, del zelo y de la oracion, ese escudo eterno que portan los verdaderos hijos de la Iglesia, y donde está esculpido el nombre de Jesucristo, para rendir ante sí, como dice el Apóstol San Pablo, á los cielos, á la tierra y á los abismos. Otros empero, hermanos míos, se convierten para pervertirse mui pronto, y como si fueran árbitros de la gracia, se

pervierten para convertirse otra vez. Lloran, es verdad, mas para reir mui pronto; deploran el destierro, pero no discurre mucho tiempo sin que abandonen de nuevo su patria. Antioco llora, Saul llora; pero Antioco y Saul persisten en en sus pecados: son lágrimas estériles y reprobadas las suyas, porque no crían una virtud, no denuncian una trasformacion completa, no desarman el brazo eterno, levantado para herir al alma impenitente.

Si estas reflexiones y estos ejemplos tienen algun influjo, algun valor, algun significado preciso en la célebre cuestion de la felicidad; señores, abrid vuestros ojos, pensadlo bien, convenceos de que el primero y mas eficaz medio para perseverar está cifrado nada ménos que en los caracteres del propósito que se articula en el alma en consecuencia de la conversion, y como el resultado inmediato de un verdadero arrepentimiento.

¿Qué es necesario para perseverar? que no se interrumpa jamas el concierto de la naturaleza con la gracia en la carrera de la virtud: asegurado este concierto, la perseverancia es infalible. Veamos pues ahora cómo una voluntad firme, resuelta y decidida cuenta con todo para asegurar este concierto feliz. Dirige una mirada sobre lo pasado, y en la deplorable historia de sus extravíos mira bien representado el sueño de los Apóstoles que no pudieron velar una hora con Jesucristo, y aquella desigual y penosa lucha entre el espíritu siempre pronto, y la carne siempre enferma: la inercia triunfando de la actividad, la carne del espíritu, las pasiones de la razon, los sentidos de la inteligencia: lucha cerrada, y siempre humillante para la mas noble parte de nuestro ser. Observad entónces, como vosotros lo habéis observado en este santo retiro, que no habria sido tal el resultado de la contienda, si la guerra se hubiera dirigido de otra suerte; pero habiendo dejado la razon abandonada al simple recurso de sus buenos instintos, quedó siempre envuelta en las borrascosas oleadas de los sentimientos y de las pasiones.

Tiene el hombre dentro de sí mismo un tribunal secreto donde falla constantemente en favor de la virtud todas las cuestiones de la conducta; pero tiene al mis-

mo tiempo vehementes y constantes impulsos que, sacándole de sí mismo, le arrastran á la depravacion por entre las sendas floridas del placer. „Yo tengo en mis miembros, decia el Apóstol San Pablo, una lei que repugna y contradice á la lei del espíritu.” Este me llama siempre á la virtud y á la santidad, me impele á la abnegacion y al sacrificio, me adhiere á la fiel observancia de la lei sacrosanta del Señor, mientras aquella me arrastra tiránicamente de continuo por las vias de la iniquidad á los abismos de la muerte. Me deleito, me recreo en la lei del Señor segun el espíritu, segun el hombre interior; pero ¡ay! veo al mismo tiempo otra lei en mis miembros que contradiciendo á la voz de mi voluntad bien ilustrada me reduce á la infamante y penosa tiranía del pecado que habita en mis miembros! ¡Infeliz de mí! ¡quién me libraré del cuerpo de esta muerte? ¹ ¡quién me desatará las cadenas que pesan sobre mi corazón?

Católicos, he aquí el grande obstáculo, el inconveniente único que tiene la perseverancia, estos dos rivales que abrigamos en nosotros mismos esta no interrumpida contienda, donde se hallan contenidos todos los riesgos inminentes que corre la virtud y todos los derechos sacrosantos que forman el merecimiento y nacen de la victoria. ¡Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los que viven, ha dejado de experimentar y sufrir el poder tiránico de esta lei de la carne, á la vez que se siente arrebatado por las mas dulces aspiraciones al impulso del amor divino? ¡Quién no conoce estas crisis de la inocencia, estos escollos de la virtud, esa copa dorada donde el enemigo nos suministra la muerte? ¡Infelices pues de nosotros! diremos aquí con el atribulado Apóstol: ¡quién nos libraré de este cuerpo de muerte? ¡Quién católicos? la gracia de Dios, por Jesucristo Señor nuestro, dice el mismo Apóstol San Pablo. ² Con la gracia de Dios lo podemos todo, y el que sinceramente quiera estarle adicto, conocerá por experiencia propia esta especie de omnipotencia de que la gracia nos revis-

(1) Rom. VII, 24.—(2) Ibid. 25. Lo demas es traduccion parafrástica.

te, y podrá decir á su turno, como este maestro incomparable, „Debo á la gracia lo que soi, á esta gracia que todo lo realiza para el bien, y que mora en mi constantemente.” ¹ En efecto, hermanos míos, ¡qué basta para perseverar? poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. ¡Quién produce estos bienes inapreciables? ya lo sabéis desde vuestra infancia cristiana: la gracia los produce. ¡Dónde está pues el secreto de la perseverancia? en la permanencia de la gracia. ¡Cómo conseguirlo? Recordad lo que dijo Jesucristo á sus Apóstoles: „Velad y orad para que no caigais en tentacion.” La oracion y la vigilancia cristiana: he aquí todo. No somos nosotros los autores de la gracia, ni Dios la concede por un deber de justicia, sino por un movimiento espontáneo de su bondad. Es pues necesario mover esa bondad en favor nuestro, y esto se hace por medio de la oracion. La gracia tiene una institucion en la tierra especialmente consagrada á su distribucion: esta institucion es la Iglesia. Tiene tambien órganos y conductos fijos por donde se comunica y distribuye, y estos son los sacramentos, donde la oracion tiene su complemento y la gracia su feliz aplicacion á nosotros. Mas ya recibida, ya poseida, corre un riesgo, católicos y un riesgo inminente, el de ir en disminucion hasta llegar á extinguirse. No basta pues alcanzarla y recibirla; es ademas necesario radicarla en el corazón, como una planta fecunda que se desarrolla y fructifica mediante un esmerado cultivo. He aquí porqué nuestro manual catesismo establece, como tres requisitos indispensables para alcanzar y hacer crecer la gracia, la oracion, los sacramentos y el ejercicio de las virtudes. La primera, es el movimiento del alma hácia Dios, los segundos el movimiento de Dios hácia el alma, el tercero, la no interrumpida concordia entre la naturaleza siempre activa y despierta, y la gracia siempre pronta y fecunda. ¡Qué es lo primero? oracion dirigida. ¡Qué es lo segundo? oracion escuchada. ¡Qué es lo tercero? vigilancia continua. He aquí porqué Jesucristo Nuestro Señor redujo á la oracion y

(1) I Cor. XV, 10.

á la vigilancia cristiana los medios eficaces de la perseverancia final: *vigilate et orate, ut non intretis in tentationem*¹ y del modo mas terminante cifró en esta el cálculo moral é infalible de la predestinacion: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*² Puede asegurarse pues, que la recaída en el pecado es un efecto del sueño del espíritu y del silencio del corazón. El que medita con la inteligencia y con la voluntad las verdades eternas no puede ser nunca la presa de la indiferencia; pues aunque habitante del tiempo, vive con su alma en la eternidad, y por lo mismo mantiene siempre la lámpara encendida en la presencia de Dios. „Traed sin cesar á la memoria vuestras postrimerías, dice el Espíritu Santo, y no pecaréis nunca.”³ Velad y orad, dice Jesucristo, y no caeréis en la tentación.⁴ „Ruega al Señor y el te escuchará, decia Job.” „Invócame, dijo el Señor á David, y yo te libraré de los peligros.”⁵ Pedid lo que queráis, dice el mismo Jesucristo por San Juan, y se os dará todo.”⁶

No acabaria yo nunca, si pretendiese atesorar aquí todas las autoridades que vienen á comprobar la eficacia de la oracion para la perseverancia. Las mas bellas inspiraciones del Profeta-Rei son otros tantos cánticos gratulatorios de oraciones atendidas, de votos felizmente coronados. La fuerza, el poder, la resignacion, la constancia y todos los privilegios, dotes y virtudes que admiramos en el libro de los *Hechos apostólicos*, son otros tantos efectos de la oracion: es él una historia en que la suma de lo concedido es igual y aun superior á la de los votos dirigidos al cielo. Viniendo á la historia de la Iglesia, podriamos decir, que ese vasto conjunto de virtudes y de grandeza, que ese pasmo de sabiduría que resplandece en los Doctores, de firmeza que los confesores hacen admirar, de limpieza y castidad que atrajo la veneracion sobre las vírgenes, de resignacion, de paciencia y de constancia que sostuvo á los mártires entre los mas crueles tormentos, &c. &c. son las consecuencias precisas de una oracion bien gobernada; y por tanto, la eficacia de la oracion brilla lo mismo en la

(1) Matth. XXVI, 41.—(2) Ib. X, 22.—(3) Eccli. VII, 40.—(4) XXII, 27.—(5) Ps. XLIX, v. 27.—(6) XV, 7.

doctrina que nos anuncia la disposicion del Señor para escucharla, y en la historia que nos presenta los efectos constantes que ha producido ella en todos los siglos.

Mas ¿por qué causa, hermanos míos, viene á herirnos á cada paso á los ministros del Señor ese no interrumpido clamoreo de los que oran en vano? Porque se falta de ordinario á las condiciones de la oracion. ¿Cuáles son estas? Pedir lo que se debe, y pedirlo como se debe. Las cosas puramente temporales, complicadas misteriosamente, digámoslo así, en los vastísimos é inaccesibles planes de la Providencia Divina, que sin tocar la libertad humana, sin herir el bien moral, encadena soberanamente el activo sistema de las causas segundas, se nos otorgarán ó no; mas los bienes del espíritu, vendrán siempre, no lo dudéis, porque siempre son necesarios, siempre son inseparables de la virtud, y nunca dejan de conducir á nuestra justificacion. Diríjanse á ellos nuestros votos en el orden de nuestros intereses eternos, y estos votos serán plenamente cumplidos porque escrito está: „Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; tocad, y se os abrirá la puerta.”

Sin sentirlo, acabo de anunciaros ya los caracteres de la oracion. Es necesario pedir, buscar y tocar: luego es necesario que nuestra oracion sea humilde, confiada y perseverante. Jesucristo nos manda, no solo *pedir*, sino tambien *buscar*; no solo buscar, sino tambien *herir frecuentemente la puerta*. *Pedid*, nos dice, y recibiréis; *buscad*, y hallaréis; *tocad la puerta*, y se os abrirá;¹ y este triple precepto seria una redundancia inútil, si la oracion no hubiera de ser al mismo tiempo humilde, confiada y perseverante. El que pide, hace una profesion explícita y solemne de su necesidad y su miseria: si pide á Dios y lo pide todo, no se considera grande bajo ningún aspecto: su poder es nada, su nada es todo lo que reconoce en sí mismo. *Pedid y recibiréis*: he aquí la humildad. El que busca, lleva delante de sí la esperanza, y el que espera, confía: si se nos ha mandado pues buscar, y prometido juntamente el hallazgo, es porque

(1) Luc. cap. XI, vv. 9 et 10.

nuestra oracion debe ser hecha con un sentimiento de confianza: *buscad, y hallaréis*. Se nos manda al mismo tiempo tocar, con la promesa de que la puerta se nos ha de abrir. ¿Y cuál es la extension de este precepto? ¿cuál es la duracion del tiempo que ha de circunscribir esta accion de nuestra solicitud? Si hemos de tocar para que se nos abra, debemos tocar hasta que se nos abra. La razon es clara: si retrocedemos ántes, esto no puede ser sino porque creemos que no se nos ha de abrir, y entonces faltamos á la confianza; ó porque nos disgustamos de esta accion, y este disgusto, producido por el orgullo, es esencialmente destructor de la humildad. Cada gracia que pedimos, es una puerta que se nos ha de abrir: todas las gracias intermediarias por donde el hombre ha de pasar hasta llegar á su fin, son otras tantas puertas que abre la misericordia divina á la solicitud de sus toques: la gracia última, la que pone al hombre en la rica posesion de la felicidad eterna, es el pórtico magnífico de la ciudad de Dios. Una sola puerta de estas que permanezca cerrada basta para excluirmos de la participacion de la esperanza; y pues que todas ellas se han de abrir al que toque, todas ellas deben ser tocadas: luego el hombre debe tocar á las puertas de la misericordia por todo el espacio de su vida, y no debe suspender la accion de su solicitud, sino hasta pasar los umbrales de ese pórtico augusto que incorpora á los hombres en la sociedad feliz de los Angeles y de los Santos. He aquí la *perseverancia* de la oracion.

La oracion hecha con todos los requisitos indicados produce necesariamente sus efectos, esto es, hace descender al alma toda la gracia de que ha menester para amar la virtud y practicarla; pero esta gracia debe ser correspondida de la naturaleza, para que obre los felices efectos que en ella están vinculados. En el curso ordinario de la vida se presentan obstáculos diferentes para la virtud: todo él está sembrado de peligros, y el hombre casi no puede dar un solo paso con buen éxito, sin huir de una red, sin prevenir una dificultad. De aquí la necesidad de estar siempre sobre sí, de cortar todas sus avenidas á las pasiones, de ponerse á cubierto de una peligrosa

sorpresa: porque de otro modo la caída será inevitable. *Velad, hermanos míos*, decia el Apóstol San Pedro: *porque el enemigo de vuestras almas, semejante á un leon rugiente, gira siempre al rededor, buscando una victima que devorar.* ¹ Al reprender Jesucristo el sueño de los Apóstoles, á quienes habia encargado velar, en un brevísimo concepto excusa á la fragilidad humana, y en otro señala, como ya lo habéis oido, los medios únicos para que ella no sirva de obstáculo á la virtud. *El espíritu está pronto, mas la carne está enferma. Velad y orad, para que no caigáis en la tentacion.* ² *Sed simples como la paloma, decia tambien al mismo propósito, y astutos como la serpiente.* ³ Esta sencillez de la paloma es la noble y deliciosa confianza de una alma que todo lo espera tranquila de la gracia; y esta astucia de la serpiente es el carácter distintivo de un espíritu que todo lo tiene calculado, todo previsto, todo dispuesto, para frustrar los ataques reiterados y vehementes de los enemigos que le combaten: tal es la *vigilancia* cristiana. Jesucristo consagra una parábola, para poner esta virtud en contraste con la inercia del espíritu, que no parece sino el funesto letargo precursor de la muerte. Las vírgenes que estuvieron en vela fueron admitidas al convite del Esposo, mientras las otras, que no tomaron esta sábia precaucion, fueron desconocidas allí, y precipitadas en las tinieblas. „*La venida del dia del Señor, dice San Pablo, como la de un ladron, se ha de verificar al peso de la noche,* ⁴ y esto lo dice para darnos á entender, que la gloria es para los que velan, y el infierno para los que duermen. *Estad en vela, nos dice Jesucristo, porque os sorprenderá el Hijo del hombre en la hora que menos lo penséis.* ⁵

Mas la vigilancia cristiana, dejará de ser lo que debe, y por tanto, no producirá sus efectos en la inalterable conservacion de la gracia que nos hace perseverar hasta el fin, si carece de los requisitos esenciales que la constituyen perfecta. ¿Cuáles son estos? yo los reduciré á cuatro, la *nobleza*, la *prevision*, la *constancia* y la *firmeza*.

(1) I. Pet. cap. V, v. 8.—(2) Math. cap. XXVI, v. 41.—(3) Math. cap. X, v. 16.—(4) I Thess. cap. V, vv. 2 et 3.—(5) Math. cap. XXIV, v. 42.

Dadme estos requisitos en el que vela, y yo os daré la bella imagen de la virtud sobre la tierra, divinamente personificada en los verdaderos discípulos de Jesucristo.

Cuando busco, Señores, en la vigilancia cristiana un carácter de nobleza, como requisito de primer orden, para que siendo lo que debe ser, produzca sus bellos efectos, quiero referirme á los motivos que deben principalmente determinar nuestra vigilancia, no ménos que á la conducta que esta debe tener. En las almas verdaderamente grandes, cuya fidelidad crece como la bella flor de los desiertos en medio de las espinas, entre las áridas peñas y al embate de todos los vientos, la vigilancia se inspira siempre del amor y se funda y perfecciona en la caridad. „Ama, decia San Agustín, y haz lo quieras.” ¿Os inspira, Señores, la sincera detestacion del pecado por los motivos elevados y augustos que nacen de la contemplacion de Dios en su naturaleza perfectísima, en sus atributos soberanos y en sus relaciones todas con la humanidad? Pues yo os aseguro que tenéis mucho adelantado para la posesion inalterable de esta preciosa virtud. ¿Os habéis determinado y resuelto á emprender la gloriosa carrera de los sacrificios sobre un propósito bien formado? ¿Este propósito ha echado profundas raíces en vuestro corazon por el pensamiento de vuestros altos destinos? ¿Vuestra decision por la divina lei nace de un concepto perfectamente formado sobre el mal de la culpa como una causa que corta vuestras relaciones de consecuencia, de sumision y de esperanza con el Dueño Supremo de la gloria? Alegraos pues, hermanos míos, alegraos en el Señor que da la gloria á su nombre, colmando la medida de sus gracias en favor de sus escogidos.

Sí católicos, la nobleza de los motivos en el perseverar engendra una especie de carácter que nace del conocimiento y amor que produce en el alma la naturaleza perfectísima y la bondad suma de Aquel que ha encerrado sus designios para con el hombre y recapitulado sus títulos al rendido y amoroso vasallaje de toda la humanidad, mostrándose á la luz de la fe con los títulos

sublimes de Criador, Salvador y Glorificador. Yo bien sé que la naturaleza siempre frágil, los sentidos siempre seductores, la carne siempre rebelde, quieren arrastrarnos de continuo fuera del sendero que corre de la cuna á la bienaventuranza; pero sé tambien, que cuando se tiene una idea bastante digna del Ser Supremo, cuando se abrigan sentimientos nobles y delicados, cuando el alma sabe abrirse á la gratitud, cuando se considera bien la prodigiosa elevacion á que se encumbra quien consigue avasallar á sus enemigos para no abandonar ni un solo instante los intereses del cielo, es difícil sobre toda ponderacion la derrota, como es probable y fácil, cuando el hombre no se mueve sino por impulsos tenues, pensamientos pasajeros y fugitivas emociones. He aquí porqué considero de la mayor importancia la nobleza de los motivos que nos determinen á estar siempre vigilantes.

El segundo carácter de la vigilancia debe ser la prevision: porque difícilmente escapa de las redes de sus enemigos el que no sabe evitarlas con la debida cautela. ¿Quién lo creyera? Mas en el conjunto de las causas que concurren á precipitar de nuevo á los infelices reincidentes, tiene una y no pequeña parte la imprevision. No quiere decir eso, católicos, que el hombre llegue á encontrarse nunca en una completa oscuridad sobre este punto, no: desde que el Divino Fundador del cristianismo dijo, formulando la oracion: *no nos dejes caer*, era ya un hecho incuestionable para todos el riesgo de una nueva caida. Mas esa prevision vaga y genérica, que todo lo ve al primer golpe, que todo lo teme, que todo lo cree posible sin fijarse en cosa alguna, es la impotente mirada de los necios, es, si me permitís la frase, el inerte de bobear los tibios y perezosos. La prevision que caracteriza la perseverancia es otra cosa, señores: es la mirada prudente del alma sobre el peligro, es la relacion bien entendida entre los obstáculos y las fuerzas para vencer, es el cálculo de una virtud sabia obrando incensantemente sobre las dudas del porvenir: la vigilancia del que persevera por principios bien fundados, siempre es personal y determinada: es personal, porque se funda no en las ideas genéricas del hombre moral, sino

en el conocimiento práctico del individuo interior.—¿Qué me sucederá? ¿qué linaje de tentaciones vendrán á sorprender mi virtud?—He aquí las preguntas que se hace quien intenta realmente incorporarse mas y mas con la práctica de la justicia en la sociedad de los santos. ¿Cómo resolver esta cuestion, que se agita toda y sola en el campo del porvenir? por los datos que suministran, católicos, los desengaños propios, las experiencias personales, las tendencias del carácter, las pasiones que predominan y el dictámen de la conciencia. Sábese muy bien, que el mundo moral no tiene por ninguno de sus aspectos limpio y despejado horizonte: se diria que su espacio es un imaginario vacío, porque en la realidad está por todas partes henchido de peligros. La Iglesia no es militante sino porque no vaca un momento solo de la contienda, y porque de continuo, y bajo todos aspectos, y en todos sentidos, y en todas partes nos combaten y persiguen nuestros enemigos. Mas habéis de saber que no todos estos riesgos son iguales para todos, y el arte de las precauciones tiene una aplicacion práctica y segura, porque consiste, no tanto en destruir la existencia cuanto en evitar la accion del enemigo que nos ataca. ¿Dónde está pues el peligro? donde se hallan las ocasiones. ¿Dónde se hallan estas? no en todo el mundo moral, sino solo en ciertas partes: allí, donde se alberga y prepara aquella clase de enemigos que, mas íntimamente relacionados con nuestras inclinaciones y carácter, nos embisten con mayor tenacidad, y luchan con mayor esperanza de vencernos.

Ved aquí, Señores, el punto crítico que debe recoger toda nuestra prevision. Quien así prevé, difícilmente sucumbe. Nuestras fuerzas para el combate parecen estar en razon directa de la distancia. ¿Por qué? porque en la distancia están todos los recursos, en la distancia están todas las precauciones, en la distancia están todos los elementos de la victoria. Apelad á vuestra propia experiencia: ¿qué os ha sido mas fácil, cambiar de rumbo para no encontraros con el enemigo que columbráis, ó realizar la fuga cuando ya enfrente de él os encadena con su atraccion peligrosa?

¡Ah! ¡cuán diversa seria la suerte de los hombres, si una sábia prevision marcara siempre los pasos de su conducta! La mayor parte de las caidas son efectos de la sorpresa, como la mayor parte de los vicios son hijos de una imprudente caida. *Velad, hermanos míos*, decia el Apóstol San Pedro, *pues á la manera de un rugiente leon, el enemigo de vuestras almas gira de continuo al rededor vuestro, buscando solícito una incauta presa que devorar.*¹

Mas no basta, Señores, prever de continuo y prever con exactitud; es necesario obrar en el sentido de esta prevision misma, trasplantando el campo de la vida práctica las máximas que atesora nuestra vigilancia interior en la meditacion de los peligros. Si una sorpresa puede hacernos caer por falta de vigilancia, una debilidad podria precipitarnos por falta de consecuencia entre nuestra prevision y nuestra conducta. Esto quiere decir, que nuestra vigilancia debe ser *constante*. Bien sabéis que los enemigos nunca dejan de atacar: ¿qué sucederá, si el hombre deja de resistir? Muy bien se concibe una victoria felizmente adquirida, cierto tiempo santamente pasado; pero lo que no se ve de ordinario es la permanencia del hombre en los caminos de la virtud. Jesucristo nos dejó advertido, que ha de venir el Hijo del hombre, como un ladron, al peso de la noche; que ha de sorprender, para cortar el curso de la vida en el momento ménos esperado. Todas estas cosas bastan á la prevision, mas ponen miedo á la constancia. Las diez vírgenes de la parábola todas preveían, y no solo preveían, sino que esperaban de seguro; pero cinco de ellas se permitieron una tregua para rendirse al sueño: ¡tregua fatal! pues sorprendidas sin luz, fueron excluidas del banquete divino. *En el estadio*, dice San Pablo, *todos corren*, y por lo mismo, católicos, todos preven; *pero uno solo reporta el premio con el triunfo*, porque uno solo corrió sin parar, uno solo fué constante: *omnes quidem currunt, unus accipit bravium.*²

¿Mas cuál es, hermanos míos, la causa mas comun de la inconstancia humana? la debilidad del carácter, la cobardía del corazon. Aunque el hombre esté ciego y corrompido

(1) Ep. I. c. v. v. 8.—(2) I Cor. IX, 24.

hasta el extremo, nunca deja de presentir los encantos de la virtud, ni de reconocer el mérito y la superioridad de los justos. Esto quiere decir que si reincide, no es ya por falta de luz, sino por falta de fuerza, y esta falta resulta de que no hai hábitos bien formados por la constancia, no hai precauciones bien tomadas por la prevision, ni conceptos bastante sublimes por la nobleza. Almas hai mui desgraciadas que conocen á Dios, pero que no le buscan; que preven los riesgos, pero no los evitan; que pasan bien algun tiempo, pero se cansan; que desean la victoria, pero con tanta cobardía, que son á cada paso vencidas. *Sed firme en el camino del Señor*, dice el Eclesiástico, ¹ dándonos á entender que la vigilancia, cuando no cuenta con la garantía de la firmeza, es impotente contra los embates de la tempestad. He aquí, Señores, aquella estabilidad á que se refiere San Pablo en su Epístola primera á los corintios, aquella inmovilidad esforzada que no cede ni á los mas terribles asaltos, aquella perseverancia inflexible en la disciplina, de que habla con tanto zelo á los hebreos; ² y he aquí la condicion indispensable que debe llenar todo cristiano, para no perder los derechos que le otorgan á la posesion de la felicidad, como dice San Juan, los tesoros que haya podido acopiar en la práctica de la virtud.

Católicos, la suma importancia del asunto que os predico me ha obligado á traspasar un tanto los límites regulares de esta clase de discursos. He querido reunir aquí los principios, las reglas y las máximas con esos fuertes motivos que, despertando con viveza los grandes temores y las dulces esperanzas, ponen en juego con los resortes del entendimiento y la voluntad, los elementos de la perfeccion y de la virtud. Nunca me causará una gran pena, hermanos míos, el merecer alguna censura de la crítica literaria, con tal de arrancar de vuestros ojos una lágrima de penitencia, y decidir vuestro corazon á la empresa sublime, á la gran conquista de la perseverancia final.

Ella es el bien mas precioso que puede fijar nuestros

(1) Cap. V.—(2) XII, 7.—(3) Ep. cap. IV. v. 8.

deseos, así como la impenitencia nunca dejará de ser el mas funesto y terrible de cuantos males pueden alarmar el corazon.

Sin duda alguna que el secreto de la predestinacion de cada uno está cubierto con el misterioso velo de la eternidad; pero Dios, que nunca deja sin recompensa el sacrificio, nos ha proporcionado un medio eficacísimo de presentir nuestros futuros destinos. Cifrando en la caridad el derecho de ser eternamente felices, dándonos en su lei el verdadero tipo de la caridad, prometiéndonoslo todo en el orden de la virtud, y siendo cierto que la gracia perfecciona la voluntad santificando sus inclinaciones, gobernado sus actos y facilitando sus triunfos; cada uno puede columbrar desde acá su futura posicion mas allá del sepulcro. La perseverancia constante perfecciona la naturaleza y aumenta la gracia: la perseverancia final seguirá pues la razon misma con que hayan caminado la naturaleza y la gracia en la carrera de la vida. ¡Verdad importante, católicos, que habéis observado á la luz de vuestra razon, descubierto en la historia, sentido en vuestra experiencia personal, y escuchado entre los oráculos de la fe!

Por una razon contraria, y aplicando las mismas reglas de crítica, mui sensiblemente habéis palpado, que la inconstancia en los caminos de la salvacion trae consigo, como otros tantos hechos de consecuencia, la mengua de todas aquellas causas que determinan la virtud, que apartan del vicio, ameritan las acciones, forman y arraigan los buenos hábitos, fijan el carácter y comunican á la voluntad un irresistible poder contra los enemigos de la eterna salud; que la muerte es como la vida, y que la veleidad en la conducta moral, laxando todos los resortes del bien, conduce por fin al hombre á esa impenitencia terrible que aprisiona, esclaviza y pierde para siempre al corazon humano en el lecho de la muerte.

Después de haberos preparado con la exposicion de estas santas verdades á desear mas y mas, á buscar con una cristiana solicitud, á poner en práctica con una decision heroica los medios de perseverar, procuré ponerlos á vuestro, alcance estableciendo la necesidad suma

y las condiciones precisas de la oracion, fijando el carácter y poniendo á vuestra vista las cualidades que debe tener la vigilancia cristiana.

He hablado á vuestra razon con verdades, á vuestra imaginacion con ejemplos, y he procurado suministraros las luces necesarias para que, profundizando las primeras y observando los segundos, comprendáis bien la perseverancia, viéndola personificada en el movimiento noble, previsor, constante y firme de esas almas privilegiadas que, puestas de continuo entre Dios y sus enemigos, atraen con una mano las gracias del cielo mediante la oracion, y esgrimen con la otra las armas de la virtud, vigilando sin tregua, para no ser las víctimas de la sorpresa y de la debilidad en la no interrumpida lucha que cada uno de los que viven tiene que sostener con vigor en la tierra, si no quiere ser excluido del reino de los cielos.

¡Ea pues, católicos! no dejéis escapar de vuestras manos, cuando truene sobre vosotros la borrasca de la tentacion, el rico presente de gracias, de merecimientos y de gloria que habéis conquistado con vuestras lágrimas en este santo retiro. Despues de tantas meditaciones, de tantos desengaños, de alarmas tan terribles; despues de haber agotado el caliz de las tribulaciones del espíritu en la contemplación de vuestra propia miseria, despues de haberos sorprendido colocados en la pendiente de una ruta de abismos, por donde corráis precipitadamente al opuesto rumbo de vuestro último fin; despues de haberos puesto frente á frente del pecado mortal, cuya imagen habia pasado tantas veces desapercibida por vuestros ojos; despues de haber visitado la tenebrosa mansion de los sepulcros con las antorchas de la justicia y de la fe para mirar de vulto en la eterna reprobacion de los impenitentes el significado propio del temor de la muerte; despues que latiendo el corazon al impulso del arrepentimiento, como latia de dolor y esperanza el del Hijo pródigo, habéis encumbrado vuestra mente á la colina de la redencion, para echaros á los piés de la Gran Víctima que conquistó vuestra libertad gloriosa con su sangre; despues que trasponiendo los espacios y los tiempos

habéis logrado ver en espíritu las perdurables luces que bañan perennemente las colinas augustas de la eterna Sion, y comprendido cómo una alma fiel mira volver á la nada estos mentidos placeres, estos intereses bastardos, estas ilusiones funestas, estas miserias de la humana ventura, estos goces emponzoñados que plantan y fecundan en el corazon el árbol de la muerte: despues de todo esto, vuelvo á decir, y al daros la recíproca enhorabuena por el término feliz de este santo retiro, ¡volveréis, hermanos míos, á caer en las redes de vuestros adversarios, á recibir el tiránico, el infamante yugo de vuestras propias pasiones? Al seguir vuestra peregrinacion por esta tierra estrangera, ¡inmolaréis al goce de un placer engañoso y momentáneo los intereses de vuestra felicidad, los sentimientos de vuestra patria? ¡Volveremos de nuevo á las regiones lejanas del pecado, para sufrir el hambre desoladora, y caer bajo el poder indómito del tirano, y apacentar animales inmundos, y á desear en vano su detestable alimento? ¡Sonará por último para nosotros la última hora del tiempo con el anatema de una eterna reprobacion?

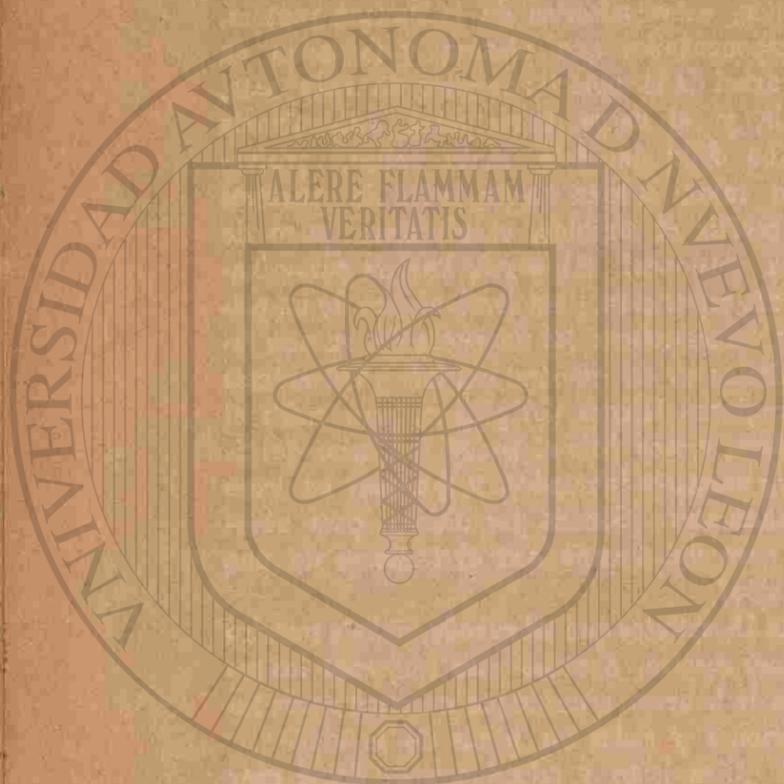
¡No lo permita Dios! antes que tal suceda, exhale nuestro corazon el último suspiro, ábranse para tragarnos los sepulcros, despues de haberse cruzado por nuestras almas todas las tribulaciones y todas las penas de la vida!

¡Dios eterno! ¡Dios justo y misericordioso! dejad caer sobre nosotros una de esas miradas omnipotentes que hieren vivamente el corazon, trasforman al hombre y producen la santidad! Vos nos habéis traído aquí: vuestra es la palabra que hemos escuchado en la soledad: vuestras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portentoso de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡o Señor! el resto de nuestra vida; vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal!—AMEN.



CAPILLA ALFONSENA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



SERMON

SOBRE LA

EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA,

PREDICADO

EN EL

CONVENTO DE MONJAS CARMELITAS

DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMON

SOBRE LA EXCELENCIA

DE

LA VIDA CONTEMPLATIVA.

PREDICADO

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

Maria optimam partem elegit.

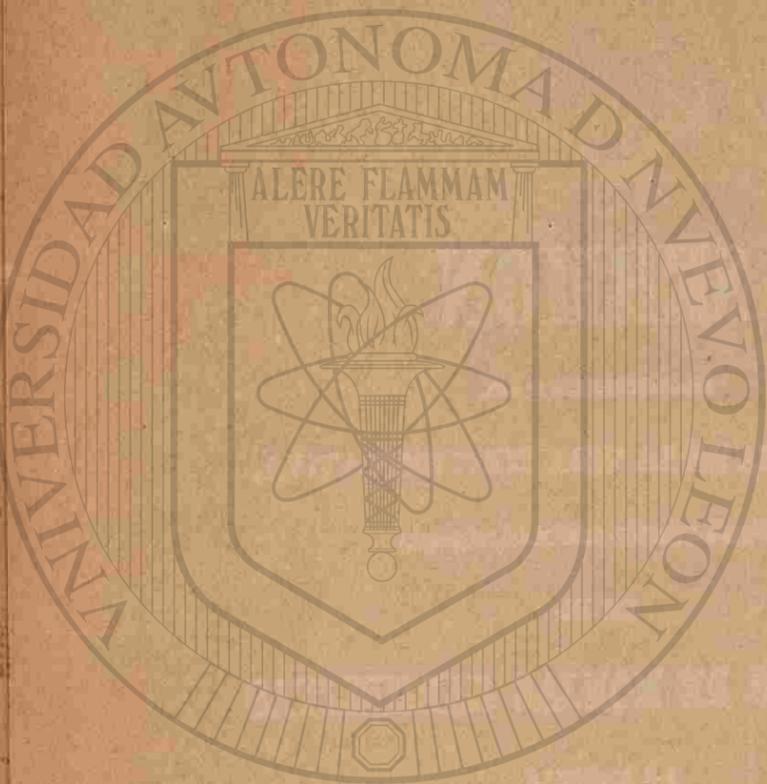
María ha elegido la mejor parte.

San Lucas, cap. X. v. 42.

SEÑORES:



ALLÁNDOSE Nuestro Señor Jesucristo de paso á Jerusalem en la casa de Marta y de María, ésta, sentada á sus piés, escuchaba su divina palabra, mientras aquella, empeñosa y afanada en disponer lo necesario y extrañando que su hermana no tomase parte ninguna en las faenas domésticas, lo manifestó así á Jesus, con el fin de que por su precepto le ayudase María. Pero el Señor le dió esta respuesta: „Marta, Marta, tu te afanas y acongojas distraída en muchas cosas; y á la verdad, que una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte.” De este modo se explicaba Nuestro Divino Maestro, haciendo la comparacion entre la vida activa, que se representa en las tareas afanosas de Marta, y la vida contemplativa bastante caracterizada en el humilde recogimiento y atencion profunda de María. Sin duda alguna que el Salvador del mundo no reprobaba la inspeccion á várias cosas temporales.



CAPILLA ALFONSEINA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando por otra parte habia de referirse todo á lo único necesario, que es la salvacion de las almas; pero á la vista de los obstáculos diferentes con que tropiezan á cada paso cuantos viven en el mundo, para componer y enderezar á esto solo el gran sistema de las acciones humanas, se convierte á aquellas almas que, ó por una prudente timidez, ó por una caridad ya mui acendrada, dan de mano á todas las cosas temporales, y declara solemnemente que ellas han elegido la mejor parte, por que libres ya de todas las inquietudes y trabajos del siglo, pueden entregarse sin estorbo á escuchar la palabra, penetrar el espíritu y hacer en todo la voluntad de Jesucristo. *Maria optimam partem elegit.*

Sin embargo, católicos, el mundo, que siempre se halla en contradiccion con las máximas del Evangelio, y que á medida que progresan los siglos, adquiere mayor osadía contra las virtudes sublimes de los justos, no ha estado siempre de acuerdo sobre la excelencia suprema que tienen á los ojos de Jesucristo los ocultos senderos de la vida contemplativa. Triste verdad, y mas palpable que nunca hoi, cuando abandonado nuestro siglo á las especulaciones materiales, á los objetos físicos, á los goces sensibles y á los intereses exclusivos de la carne y de la sangre, no puede comprender ni ménos confesar la excelencia de una institucion en que, dando al cuerpo cuanto es absolutamente necesario, el hombre se empeña, mediante la abnegacion, la mortificacion y el recogimiento profundo del alma, en la conquista gloriosa de la felicidad suprema, que no se puede alcanzar, sino por el íntimo conocimiento de la verdad eterna y el ejercicio continuo de las virtudes cristianas.

Tiempos hubo ménos infaustos en que el mundo, limitándose á contradecirlo todo con su conducta, respetaba estos asilos, y admiraba sin esfuerzo á sus dignos habitantes: tiempos hubo en que desde esa reja humilde se arrojaban al siglo la púrpura y la diadema, para esconder en la soledad mística los nombres ilustres y los títulos pomposos, sin buscar ya mas triunfo que el de las pasiones, mas imperio que el de sí mismo, mas título que el de cristiano humilde y fervoroso, ni otra

designacion que el de *hermano*, signo que explica maravillosamente nuestra dependencia por el comun origen, nuestro vínculos divinos y nuestros destinos inmortales. Pero en el nuestro ha hecho el mundo avances casi increíbles, pues no contento ya con la guerra de sus perniciosas máximas y de sus detestables ejemplos, ha condenado sucesivamente á la persecucion, al sarcasmo y al indiferentismo estos retiros venerables y pacíficos, á donde ha venido á recogerse y á reservarse únicamente para Dios lo mas escogido y puro de la Iglesia militante.

Mas qué, ¿la indiferencia de nuestro siglo, el orgullo insensato con que persigue á los justos, las desdeñosas miradas que deja caer sobre estos muros respetables, tienen poder alguno contra el ascendiente irresistible de la verdad y la fuerza incontrastable de los oráculos divinos? ¿el torrente de la palabra santa dejará de correr por el encuentro de estos diques miserables, que sucesivamente le oponen la vanidad de la ciencia, la ironía de la política, las especulaciones del interes y el materialismo de hoi? Al contrario, nunca es mas oportuno levantar nuestra voz, que cuando empieza á difundirse insensiblemente ese ruido sordo de impiedad que se está oyendo por todas partes; nunca mas necesario encarecer la abnegacion de nosotros mismos, que cuando la soberbia descarga sobre las virtudes sus golpes mas terribles; nunca mas conveniente mostrar cuán suave y ligera es la carga de Jesucristo, que cuando se arroja con despecho ó se lleva sin espíritu; y hoi por lo mismo es mas importante que nunca, decir con Jesucristo, á la vista de este acto con que la santa Iglesia ocupa al presente vuestra religiosa atencion, que entre esa multitud de objetos donde se fijan las miradas de los hombres, una sola cosa es necesaria; que á ella están exclusivamente cosagradas las almas recogidas y fervorosas que sepultan su vida en el silencio de los claustros, y por tanto, confesar que esta nueva virgen, que acaba de inmolarse en el altar de Jesucristo, es por mil títulos venturosa por haber elegido la mejor parte: *optimam partem elegit.*

Propóngome pues, ménos esparcir la reflexion en bus-

ca de ideas para endulzar el sacrificio de esta víctima sagrada, que hallar términos propios para exaltar el mas bello de todos los triunfos. Colocado frente á frente de esa filosofía bastarda que todo lo ha desnaturalizado, de esa prudencia carnal que ya olvidó hasta la existencia del espíritu, de este siglo á cuyos ojos han desaparecido ya los caracteres naturales y divinos de la virtud, intento generalizar mis ideas, llevarlas á todos los grandes objetos del entendimiento y del corazón, sacar de esa reja humilde el primer interés de la humanidad, y colocar la vida contemplativa entre las bendiciones del cielo y la admiración de la tierra. Estudiando las relaciones mas universales de ese holocausto sublime, podremos profundizar el pensamiento con que me he introducido á este discurso sagrado, y descubrir á la doble luz de la inteligencia y de la fe, la razón de esa incontestable primacía que otorgó á la vida monástica la verdad eterna, al pronunciar su juicio entre los afanes laboriosos de Marta y los tranquilos y amorosos éxtasis de María.

Cada uno de los estados de la vida se halla colocado bajo la influencia de esas tres relaciones universales que abrazan á todos los seres inteligentes y libres: es decir, Dios, el mundo y el individuo. Ahora bien ¿qué grado debe tener el estado recogido de estas almas privilegiadas á los ojos de Dios, á los ojos de la víctima y en concepto del mundo? He aquí lo que me propongo responderos en este discurso, abrazando la excelencia de la vida contemplativa en sus relaciones con Dios, con la virgen que acaba de consagrarsele, y con la humanidad entera, cuyos intereses afecta defender el mundo en sus necias declamaciones contra el estado religioso.

Mas ántes de empezar una obra tan conforme al espíritu de la Iglesia, á los intereses de vuestra eterna salud y á la edificación de mi auditorio, volvamos nuestras miradas suplicantes hácia la Madre de Dios. Abogada de todos los pecadores, lo es mui particularmente de las almas que aspiran á la ventura suprema de ser numeradas entre las castas esposas de Jesucristo. Sí, Madre mia: sois el Refugio de todos los pecadores; pero

halláis complacencia singular sin duda alguna, cuando la Iglesia os aclama *Reina de las Virgenes*. Recibid pues bajo vuestra protección inmediata el sacrificio de esta virgen, que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excelso que comunican la fuerza, la unción y la luz al ministro de la palabra evangélica.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocación es verdadera, hermana mia; si el aborrecimiento del siglo os ha sustraído á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitación y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido periodo de vuestra existencia; si podéis decir hoy lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre y desnudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os contempláis contenta junto á la perspectiva de mortificaciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita siempre reconocen su parte cuantos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto, que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en espíritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singular predilección á estas esposas de la soledad, que no limitándose á la abstinencia de los frutos que privan del paraíso, renuncian indistintamente á cuanto podemos usar como un beneficio de la Providencia, para consagrarse todas á oír y guardar fielmente la palabra del Señor, esas almas privilegiadas que inmolan heroica-

ca de ideas para endulzar el sacrificio de esta víctima sagrada, que hallar términos propios para exaltar el mas bello de todos los triunfos. Colocado frente á frente de esa filosofía bastarda que todo lo ha desnaturalizado, de esa prudencia carnal que ya olvidó hasta la existencia del espíritu, de este siglo á cuyos ojos han desaparecido ya los caracteres naturales y divinos de la virtud, intento generalizar mis ideas, llevarlas á todos los grandes objetos del entendimiento y del corazón, sacar de esa reja humilde el primer interés de la humanidad, y colocar la vida contemplativa entre las bendiciones del cielo y la admiración de la tierra. Estudiando las relaciones mas universales de ese holocausto sublime, podremos profundizar el pensamiento con que me he introducido á este discurso sagrado, y descubrir á la doble luz de la inteligencia y de la fe, la razón de esa incontestable primacía que otorgó á la vida monástica la verdad eterna, al pronunciar su juicio entre los afanes laboriosos de Marta y los tranquilos y amorosos éxtasis de María.

Cada uno de los estados de la vida se halla colocado bajo la influencia de esas tres relaciones universales que abrazan á todos los seres inteligentes y libres: es decir, Dios, el mundo y el individuo. Ahora bien ¿qué grado debe tener el estado recogido de estas almas privilegiadas á los ojos de Dios, á los ojos de la víctima y en concepto del mundo? He aquí lo que me propongo responderos en este discurso, abrazando la excelencia de la vida contemplativa en sus relaciones con Dios, con la virgen que acaba de consagrarsele, y con la humanidad entera, cuyos intereses afecta defender el mundo en sus necias declamaciones contra el estado religioso.

Mas ántes de empezar una obra tan conforme al espíritu de la Iglesia, á los intereses de vuestra eterna salud y á la edificación de mi auditorio, volvamos nuestras miradas suplicantes hácia la Madre de Dios. Abogada de todos los pecadores, lo es mui particularmente de las almas que aspiran á la ventura suprema de ser numeradas entre las castas esposas de Jesucristo. Sí, Madre mia: sois el Refugio de todos los pecadores; pero

halláis complacencia singular sin duda alguna, cuando la Iglesia os aclama *Reina de las Virgenes*. Recibid pues bajo vuestra protección inmediata el sacrificio de esta virgen, que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excelosos que comunican la fuerza, la unción y la luz al ministro de la palabra evangélica.—AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocación es verdadera, hermana mia; si el aborrecimiento del siglo os ha sustraído á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitación y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido periodo de vuestra existencia; si podéis decir hoy lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre y desnudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os contempláis contenta junto á la perspectiva de mortificaciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita siempre reconocen su parte cuantos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto, que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en espíritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singular predilección á estas esposas de la soledad, que no limitándose á la abstinencia de los frutos que privan del paraíso, renuncian indistintamente á cuanto podemos usar como un beneficio de la Providencia, para consagrarse todas á oír y guardar fielmente la palabra del Señor, esas almas privilegiadas que inmolan heroica-

mente en el altar de la propia abnegacion el mundo y sus encantos, el tiempo y sus esperanzas risueñas, los cuidados de una tierna madre, las caricias de un padre, el techo doméstico, los lazos de la familia y los honestos placeres de una inocente sociedad. El acto de la profesion religiosa, hermana mia, es rigurosamente hablando, una regeneracion verdadara en el orden del espíritu, es el primer instante de una existencia nueva, la brillante avenida de un nuevo dia; y puede decirse á la letra, que os habéis renovado en la extencion de la palabra desde que habéis tomado para nunca dejarla esa modesta vestidura que el mundo desprecia, y que Dios ha puesto sobre vos como la ropa nupcial que realza las encantos de la esposa. Vuestro estado es pues el de la propia abnegacion, el de la solemne abnegacion, el de la continua y perpetua abnegacion, es decir, un estado en que se ama á Dios exclusivamente, en que se le ama públicamente, en que se le ama incensantemente, en que se le ama perfectamente: es aquel estado que pone á la criatura en la dichosa impotencia de olvidar un solo instante á su Criador, en que se ofrecen á Dios en uno solo todos los holocaustos, y en que van á cumplirse hasta los últimos consejos de la perfeccion evangélica.

Triste sin duda y en gran manera sensible, católicos, debe ser á los ojos de la carne y de la sangre este cuadro de inmortal desprendimiento, en que el alma cristiana, no queriendo servirse de sus sentidos, sino para mortificarlos incesantemente, ni de sus potencias sino para humillarlas bajo el yugo de la fe, reduce su mundo á un pequeño espacio de tierra, y sus relaciones á la sociedad íntima de su propia conciencia, y sus goces á estrechar la Cruz de Jesucristo, y sus esperanzas á morir en sus brazos; pero cambiad, o católicos, de luz, y al esplendor indeficiente y puro de la fe contemplad el cuadro sublime de una religiosa en presencia del Señor: ved si entre las ofrendas de que el hombre es capaz por sí mismo puede hallarse una sola que reuna mayores caracteres de excelencia y grandeza para el Dios de la Santidad. Por lo que á mí toca, ya considere,

hermanos míos, lo que es en sí misma la abnegacion del hombre, ya registre las Escrituras Santas para buscar los títulos en que funda su grandeza, donde quiera reconozco la incontrastable verdad con que aseguro, que la profesion religiosa es la mas grata y excelente suerte que puede caber al hombre á los ojos de Dios.

¿Qué es la abnegacion de sí mismo? Si la historia de la Iglesia no presentase á nuestra vista repetidos é ilustres ejemplos de este heroismo cristiano, de este universal desprendimiento de todas las cosas; echaria mano de aquellas expresiones indefinidas empleadas frecuentemente por los escritores sagrados para manifestar lo que apenas puede sentirse, para decir lo que va muy lejos de los alcances de nuestra razon. Os diria que la negacion de sí mismo es lo que el ojo no vió, lo que el oido no oyó, lo que la razon fué incapaz de comprender, lo que la imaginacion mas viva y fecunda no ha podido figurarse, lo que el corazon apenas puede sentir y la lengua no es dueña de explicar: os diria que es el *no sé qué*, de lo que llamamos *divino* en los afectos religiosos, os diria que es un acto angelical, un heroismo de la santidad, en suma el bello ideal del amor divino. Mas ya que Jesucristo Nuestro Señor se dignó fundar una Iglesia cuyo espíritu consiste en la abnegacion de nosotros mismos; y ya que esta Iglesia santa, siempre sostenida por el poder, ilustrada por la sabiduría y privilegiada por el amor eterno de la Trinidad augusta, nos permite recorrer en su historia un catálogo inmenso de verdaderos héroes, es decir, de hombres que mediante la abnegacion de sí mismos han sabido elevarse desde las clases mas humildes y despreciables hasta los tronos del cielo: ya que esta historia tan fecunda ha venido á revelar á los hombres el gran precio de la abnegacion de nosotros mismos, permitidme recordaros, si bien con suma rapidez, lo que importa esta virtud es sí propia.

Cuando á una palabra del Altísimo el universo brotó de la nada, y dijo Dios que las cosas que habia hecho eran buenas, sin duda que halló mas excelencia que en todas las criaturas juntas en aquella privilegiada don-

de estaba mirando su propia imágen; y cuando Dios, viendo la tierra toda invadida por el pecado, se manifestó arrepentido de haber hecho al hombre, hasta el extremo de destruir al mundo, bastante nos hizo conocer cómo el título de excelencia que podemos presentar á sus divinos ojos, y en lo que mas podemos serle semejantes, consiste en la exención de la culpa, en el amor que le tengamos. Este amor, hermanos míos, es el objeto final de la creación humana y la vocación de todos los hombres. Siendo pues una vocación común, se adapta sin duda, no solo á todos los tiempos, á todos los hombres y á todas las edades, sino también á todos los estados y condiciones de la vida; y á este amor divino pueden y deben referirse nuestras acciones todas, y por tanto, él puede considerarse como un inmenso círculo, del cual no están excluidos ningún género de pensamientos, de discursos ó de hechos que puedan llamarse lícitos. Aquellas mismas satisfacciones necesarias que se dirigen á conservar nuestra vida, los deliciosos vínculos que nos hacen amable la tierra, los afectos expansivos de la familia, los sentimientos nobles de la amistad, todo se santifica en el amor divino, refiriéndose á Dios con reconocimiento humilde, como al Supremo dispensador de los bienes que se disfrutan en la tierra.

Pero qué, ¿todos los estados del hombre son igualmente favorables al amor divino? ¿este grande y primitivo objeto de nuestra creación se consigue con la misma facilidad en unos estados que en los otros? El padre que se ve rodeado de una familia numerosa, la mujer enlazada con su marido por un vínculo santo, si se conforman con las reglas del evangelio, sin duda que aman al Señor, que le aman sobre todas las cosas y que si fuesen conducidos á la prueba, lo sacrificarían todo, mediante la gracia, primero que abandonar al objeto santo de su amor: pero este género de abnegación se halla, hermanos míos, en una escala muy ínfima respecto de aquel que precede á los votos monásticos, y sirve de principio á la vida religiosa. Aquellos están dispuestos á dejarlo todo antes que ofender á Dios; pero las almas consagradas á él por los votos monásticos no se

limitan á esto, sino que desde luego todo lo abandonan, y este generoso desprendimiento, que en las personas del siglo se considera, y con justicia, como el último punto de la perfección, no es en el claustro sino el primer paso de una larga y trabajosa carrera. ¿Quién de los que viven en el siglo puede decir á Jesucristo, como el Príncipe de los Apóstoles: „Todo lo hemos dejado por seguirte?”¹ ¡Ah! las personas mas arregladas se hallan siempre en una especie de lucha, por la diversidad de objetos que alternativa ó sucesivamente ocupan el corazón. El esposo no se da tan exclusivamente á Dios, porque siempre está „solicito, dice San Pablo, de aquello que puede agrandar á su consorte.”² á esta le sucede lo mismo; y el amor divino va encontrando en cada parte obstáculos diferentes á su feliz consumación.

Todos somos capaces de llegar á una perfección consumada, y todos estamos expuestos á caer en la horrible deformidad de los vicios; pero esta perfección, hermanos míos, lucha con tal número de dificultades, que á muy pocos es dado el gozo de haberla conseguido. El hombre para someterse á la ley suprema del espíritu, ley sublime que le encumbra hasta los cielos, se siente impulsado incansablemente á subir con el vuelo de la águila, porque hai dentro de nosotros mismos no sé que sentimiento generoso que nos advierte la grandeza de nuestros destinos. Pero sujeto al mismo tiempo á las leyes del siglo, al tiránico poder de nuestras pasiones, á los variados prestigios de la vanidad, al semblante risueño de la fortuna y á esas necesidades facticias que inventa, propaga y multiplica el espíritu del siglo, siempre amigo de la virtud y siempre asaltado por el vicio, vanamente pasa los mas dilatados periodos de una larga vida, pues cuando muy afortunado parece, suele hallarse apenas en la infancia de la vida espiritual.

No es esta vuestra suerte, esposa de Jesucristo, pues al tomar ese traje humilde, os anunciáis á los ojos de vuestro Dios como árbol de una triple victoria. Sí, desde el instante mismo en que pronunciáis vuestros vo-

(1) Math. XIX, 27.—(2) 1 Cor VII, 33.

tos, os eleváis á una altura incomparable respecto de vuestros hermanos los que quedan en el siglo. De un golpe destruí el eterno afán de las riquezas, las continuas agitaciones de la comodidad, los caprichos de la moda, y las aspiraciones innumerables que llenan el corazón de los mundanos; pues con veros sometida á la pobreza del claustro, huyen para nunca volver, como las tinieblas á la presencia de la luz, esa multitud inmensa de quimeras caprichosas, y de vanos fantasmas que arrastran incesantemente á los miserables ricos de Babilonia. Al escoger á Jesucristo por único y exclusivo dueño de vuestro corazón, triunfáis de vuestro cuerpo, ó para mejor decir, le eleváis á una condición angelical, pudiendo decir á vos misma lo que en otro San Pablo á los fieles de Corinto: „Caminando en carne, no militarémos sin embargo según la carne.” Sin embargo no es esto todo; habéis conquistado un triunfo todavía más glorioso. Desdenar las riquezas y cuanto el mundo contiene en el gran sistema de los objetos que arrastran la ambición ó la vanidad, es un acto de nobleza que tiene pocos agemplos entre los hombres: rehusar el cuerpo cuanto excede de las necesidades de su conservación, para no consultar sino los grandes intereses del espíritu, es un poder tan sublime, que dista mucho del esfuerzo común de la naturaleza humana; pero renunciar á la libertad, sacrificar para siempre en los brazos de la obediencia el noble atributo de elegir, que ni el mismo Criador ha querido reservarse, es un esfuerzo noble de poder, que no cuenta un solo ejemplo en el inmenso panteón de fabulosas virtudes que nos ha dejado en su historia de cuarenta siglos la filosofía del paganismo; es un heroísmo de sentimientos que no pudo entrar ni aun en las previsiones de los antiguos sabios; es un vuelo rápido hácia la perfección cristiana, que nunca puede admirarse bastantemente; es, si así puedo explicarme, el último toque de colorido que puede dar el hombre á su semejanza con Dios.

¿Cuál será, pues, hermanos míos, la excelencia que tie-

(1) II Cor. V. III.

ne á los ojos del Señor un estado como este, en que no se trata de otra cosa que de su voluntad y de su gloria? El solo auxilio que nos prestan las luces de nuestra propia razón, cuando consideramos en sí misma esta abnegación absoluta y perfecta que forma el todo de la profesión religiosa, nos basta para convencernos de que nunca el alma fiel que se ofrece á los ojos del Altísimo es más excelente y grande, que cuando ha elegido para servirle un género de vida en que todo es muerte para el mundo, para los sentidos, para la libertad misma, y todo es vida para el cielo, para el alma, para la ley eterna y la voluntad perfectísima del Señor. ¿Y cuánto no deberá crecer nuestra veneración á un estado tan perfecto y santo, cuando juntemos á nuestras propias luces las luces de la fe, y estrechemos nuestras propias convicciones con el oráculo infalible de la eterna verdad? „¿Dónde está la sabiduría, preguntaba en otro tiempo uno de los Profetas? No está en mí, responde el abismo; habla el mar, y dice: no está conmigo. ¿Dónde está pues la sabiduría? *Sapientia ubi est?* ¡Vanos clamores, que se propagan como el trueno por toda la extensión del Universo, pero que no vuelven ya sino los tristes ecos de la duda! ¿Dónde está la sabiduría? ¡Ah! con una voz muy desconsoladora, que viene á herir el alma de Job, „huyó de la tierra, y solo queda una vaga y confusa memoria de que existió en otro tiempo, le responden por último „la perdición y la muerte.” *Perditio et mors dixerunt auribus audivimus famam ejus.* ¹ Ved aquí, católicos, la sabiduría desterrada del mundo: porque el abismo no es más que el caos del pecado, ni el mar es otra cosa que el inmenso golfo de iniquidad que presenta el mundo, ni la perdición y la muerte deben reputarse aquí, sino como los signos decrepitos de un mundo envejecido en la iniquidad. La verdadera sabiduría, es decir, la ley eterna conocida y practicada, el cristianismo en su pureza, el Evangelio en su rigurosa observancia, el espíritu de Jesucristo, la Iglesia en la soberanía de sus máximas, han venido á ser nombres para el siglo, el cual, á fuerza

(1) Job. XXVIII. 22.

de interpretar á su capricho los preceptos de la lei, ha llegado á darles unos caracteres de suavidad y ligereza que no entraban por cierto en la mente de aquel, que dijo, para estimularnos á seguirle: „mi yugo es suave y mi carga ligera.”¹

¿Dónde está pues la sabiduría? No la busquéis, católicos, en el abismo insondable del mundo, donde se cree á Dios y no se le teme, ni en el mar turbulento y agitado del corazón, que teme á Dios y no le obedece. Venid á buscarle mas bien á estos retiros ignorados, donde el santo temor de Dios es el principio reconocido de la verdadera sabiduría, donde las santas inspiraciones del cielo reposan en un pecho casto, como la tenue y finísima esencia en un vaso cerrado de cristal puro, donde se ignora la necesidad de resplandecer ante los hombres, y solo se conoce la santa oscuridad de la penitencia, donde está proscripto cualquier afecto que no vaya encaminado al dulce Esposo de los Cantares, donde se ha comprendido la significacion de esta palabra, que no ha podido entender el mundo al cabo de diez y nueve siglos: „El que quiera salvar su alma la perderá y el que la pierda la encontrará.”² finalmente donde se detienen con una complacencia inexplicable las miradas del Señor, del Señor que entiende los caminos y conoce las moradas de la sabiduría, y nos advierte á todos de su paradero feliz. *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius.*³

Porque, ¿qué se necesita para poseer la verdadera sabiduría? Meditar incensantemente en la lei del Señor: meditacion sublime, que añade luz á luz y fuerza á fuerza; que elevó al Profeta-Rei sobre sus Maestros, dándole una sabiduría superior á la de los ancianos, y que pudo comunicarle aquella prudencia consumada con que triunfó de sus enemigos: amar la palabra del Señor, hasta el extremo de jurar irrevocablemente una sumision absoluta á los altos decretos de su justicia. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? El que vende todos sus bienes, y compra con su producto la heredad feliz donde

(1) Math. XI, 30.—(2) Math. XVI, 25.—(3) Job. ut supra.

está escondido el tesoro. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? La prudente vírgen que guarda inextinguible la antorcha de la caridad. ¿Quién posee la verdadera sabiduría? Esas almas, católicas, que bien aleccionadas en las incomparables bellezas de los caminos de Dios, viven en la carne, pero no se gobiernan segun ella; conservan su vida, mas para mortificar su cuerpo todo el dia por Jesucristo; usan de este mundo, pero como si no usaran de él: porque han sido crucificadas para el mundo; y el mundo ha sido crucificado para ellas: son aquellas almas felices á quienes el Apóstol decía: „muertas estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo.”¹ aquellas en fin, que fastidiadas profundamente de los caprichos del corazón, asustadas á la vista de ese torrente caudaloso que envuelve en su corriente fatal á casi todas las generaciones, toman las alas de la paloma, buscan el puerto, y claman alegres desde el centro de su retiro, lo mismo que el Profeta-Rei: „yo he huido lejos del mundo para conservar mi inocencia en el seno de la soledad.” *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*²

Abrid el Evangelio, Católicos, ese libro divino donde todo se muestra, donde el oráculo eterno ha resuelto definitivamente todas las cuestiones que miran á nuestro destino inmortal: preguntad al Hombre-Dios el lugar que ocupa en su predileccion excelsa la vocacion de estas almas, que adelantándose á las últimas horas de la existencia, han venido desde el alba á esperar la hora de Dios y la luz de la eternidad desde este retiro humilde donde los sentidos no tienen recreo, ni la vanidad ilusiones, ni el mundo pensamientos. ¡Gran Dios! aquí están pues aquellos á quienes habéis prometido con la vida eterna el ciento por uno, aquellos labradores infatigables, que para no tener motivo de volver atras la vista despues de tomar la mansera, no vinieron al campo de su labor sin haber disuelto su familia y destruido su cabaña; los que no vieron en vuestra venida la falsa paz que el mundo solicita, sino el cuchillo severo que

(1) Rom. VII, 17.—(2) Ps. LIV, 8.

corta del árbol el ramaje superfluo que no le permite descollar hácia el cielo: vuestros pobres de espíritu, vuestras almas pacíficas, las que tienen hambre de vos, y contemplando la vida como un obstáculo continuo para satisfacerla en toda su plenitud, contemplan la muerte como una resurrección gloriosa.

Regocijaos, pues en buena hora, ó virgen, escogida para el tálamo del Celestial Esposo; pues que habéis hecho en sus aras el omnimodo sacrificio de vuestra familia, de vuestras relaciones, de vuestro universo, de vuestros sentidos y de vuestra libertad; pues que os ha escogido para que seáis su pueblo, y vos le habéis elegido también para que sea Vuestro Dios; y pues que, habiéndolo renunciado todo por él, podéis en adelante ser contada entre los que se llaman por excelencia conciudadanos de los santos y domésticos del Señor! Seguid, seguid adelante: no temáis los tumultos repetidos de Babilonia, la atmósfera emponzoñada y pestilente de Egipto, las oleadas tempestuosas del mar, el encuentro espantoso de los elementos: no conturben vuestro pecho las desolaciones repetidas del tiempo, ni alarme penosamente vuestro espíritu la imponente y misteriosa perspectiva de la eternidad. ¡Qué sendero mas fácil y mas apetecible pudiera abrirse al resto de vuestra peregrinación, que el que os proporciona un estado el mas excelente á los ojos de vuestro Padre celestial? Si el mundo os compadece, tenedle lástima; si el mundo os murmura, lamentad su demencia; si el mundo os llora, decidle como Jesucristo á las hijas de Jerusalem: „no lloréis por mí; llorad mas bien por vos.” Pero no lo he dicho todo, hermana mia; tal vez no disputan los mundanos la excelencia de esta vocación á los ojos de Dios; mas profundamente ignorantes de los encantos de la abnegación, de las dulzuras del claustro, de los goces inefables de la vida contemplativa, no quieren confesar que hai nectar en la amargura de la penitencia, y atractivos innumerables en el peso de la Cruz. No creo que un solo temor de esta clase contriste al presente vuestro pecho; pero sí entiendo, que debo proporcionaros á vos el gozo y á mi auditorio la edificación de sentir cómo la

suerte que os ha cabido, no solo es la mas excelente á los ojos de Dios, sino también la mas grata y feliz á los ojos de vos misma.

SEGUNDA PARTE.

Cuando os hablo, hermana mia, de la superioridad que debe tener á vuestros propios ojos esta vocación sublime que celebramos al presente, no imaginéis por cierto que voi á comparar con los goces espirituales que se os preparan, los placeres delincuentes del siglo: no, jamas estos deberán servir de dato al alma fiel para estimar el valor de su dicha. Ningun estado es compatible con ellos; y por lo mismo, no se trata de saber aquí, si es mejor seguir la vida monástica que abandonarse á los deleites y comprometerse en laberinto de las pasiones, sino de ponderar hasta qué grado de perfección puede ella conducirnos, y hasta qué punto asegurarnos la posesión inamisible de una verdadera felicidad. ¡Desdichado de aquel que, al hacer su peregrinación por la vida, no haya podido apercibirse de que pasaba por un valle de lágrimas y un campo de tribulación! El se sorprenderá con un espectáculo terrible y verdaderamente desesperado al descender al sepulcro, y comprenderá muy á su pesar, que lejos de haber tenido ideas legítimas sobre la excelencia relativa de las situaciones diversas del hombre durante su vida, anduvo por los senderos mas intrincados, sin haber atinado nunca con el camino de la verdad.

Otros son, pues, ó católicos, los principios que deben gobernarnos en tan importante investigación, reducida á saber, no en cual de los estados pueden aglomerarse cuantiosas riquezas, mayor número de goces sensibles, ó un predominio mas alto sobre los otros; no en donde quedarán mejor satisfechos los caprichos del amor propio y las pre-

(1) Spa. V. 7.

corta del árbol el ramaje superfluo que no le permite descollar hácia el cielo: vuestros pobres de espíritu, vuestras almas pacíficas, las que tienen hambre de vos, y contemplando la vida como un obstáculo continuo para satisfacerla en toda su plenitud, contemplan la muerte como una resurrección gloriosa.

Regocijaos, pues en buena hora, ó virgen, escogida para el tálamo del Celestial Esposo; pues que habéis hecho en sus aras el omnimodo sacrificio de vuestra familia, de vuestras relaciones, de vuestro universo, de vuestros sentidos y de vuestra libertad; pues que os ha escogido para que seáis su pueblo, y vos le habéis elegido también para que sea Vuestro Dios; y pues que, habiéndolo renunciado todo por él, podéis en adelante ser contada entre los que se llaman por excelencia conciudadanos de los santos y domésticos del Señor! Seguid, seguid adelante: no temáis los tumultos repetidos de Babilonia, la atmósfera emponzoñada y pestilente de Egipto, las oleadas tempestuosas del mar, el encuentro espantoso de los elementos: no conturben vuestro pecho las desolaciones repetidas del tiempo, ni alarme penosamente vuestro espíritu la imponente y misteriosa perspectiva de la eternidad. ¡Qué sendero mas fácil y mas apetecible pudiera abrirse al resto de vuestra peregrinación, que el que os proporciona un estado el mas excelente á los ojos de vuestro Padre celestial? Si el mundo os compadece, tenedle lástima; si el mundo os murmura, lamentad su demencia; si el mundo os llora, decidle como Jesucristo á las hijas de Jerusalem: „no lloréis por mí; llorad mas bien por vos.” Pero no lo he dicho todo, hermana mia; tal vez no disputan los mundanos la excelencia de esta vocación á los ojos de Dios; mas profundamente ignorantes de los encantos de la abnegación, de las dulzuras del claustro, de los goces inefables de la vida contemplativa, no quieren confesar que hai nectar en la amargura de la penitencia, y atractivos innumerables en el peso de la Cruz. No creo que un solo temor de esta clase contriste al presente vuestro pecho; pero sí entiendo, que debo proporcionaros á vos el gozo y á mi auditorio la edificación de sentir cómo la

suerte que os ha cabido, no solo es la mas excelente á los ojos de Dios, sino también la mas grata y feliz á los ojos de vos misma.

SEGUNDA PARTE.

Cuando os hablo, hermana mia, de la superioridad que debe tener á vuestros propios ojos esta vocación sublime que celebramos al presente, no imaginéis por cierto que voi á comparar con los goces espirituales que se os preparan, los placeres delincuentes del siglo: no, jamas estos deberán servir de dato al alma fiel para estimar el valor de su dicha. Ningun estado es compatible con ellos; y por lo mismo, no se trata de saber aquí, si es mejor seguir la vida monástica que abandonarse á los deleites y comprometerse en laberinto de las pasiones, sino de ponderar hasta qué grado de perfección puede ella conducirnos, y hasta qué punto asegurarnos la posesión inamisible de una verdadera felicidad. ¡Desdichado de aquel que, al hacer su peregrinación por la vida, no haya podido apercibirse de que pasaba por un valle de lágrimas y un campo de tribulación! El se sorprenderá con un espectáculo terrible y verdaderamente desesperado al descender al sepulcro, y comprenderá muy á su pesar, que lejos de haber tenido ideas legítimas sobre la excelencia relativa de las situaciones diversas del hombre durante su vida, anduvo por los senderos mas intrincados, sin haber atinado nunca con el camino de la verdad.

Otros son, pues, ó católicos, los principios que deben gobernarnos en tan importante investigación, reducida á saber, no en cual de los estados pueden aglomerarse cuantiosas riquezas, mayor número de goces sensibles, ó un predominio mas alto sobre los otros; no en donde quedarán mejor satisfechos los caprichos del amor propio y las pre-

(1) Spa. V. 7.

tensiones diversas de la vanidad humana; sino en donde se acelera mas nuestra perfeccion individual, y donde pueden consolidarse mejor nuestras esperanzas eternas. No se trata del tiempo que haye ni de mundo que engaña, ni de aquellos placeres que solo dejan las crueles amarguras del remordimiento, ni de los tesoros que perturban el sueño del avaro, ni de los altos puestos que atormentan sin cesar el corazon del ambicioso, ni aun de las conexiones inocentes y dulces, que de suyo son perecederas, y solo contribuyen á regar con lágrimas el sendero penoso de la vida: trátase de nuestra perfeccion moral, único título de excelencia, y condicion inseparable de la verdadera y sólida ventura. Ahora bien: si tales son los principios que han de gobernar-nos al presente, preciso es convenir en que un estado que por su naturaleza favorece mas que los otros el ejercicio de las virtudes, y aumenta sin cesar los verdaderos goces del espíritu, debe ser el mas excelente á nuestros propios ojos, como el mas conforme á nuestros intereses eternos, y el que mas acelera nuestra perfeccion, y fomenta y consolida nuestras esperanzas. Tales son, hermana mia, los caracteres de la vocacion con que Jesucristo ha querido favoreceros; y por esto he dicho, que entre los estados de la vida ninguno reúne derechos mas incontestables á vuestra preferencia, y que por lo mismo la profesion religiosa es al mismo tiempo la mas excelente á vuestros propios ojos.

Y á la verdad, ¿cuánto no tenéis avanzado, hermana mia, en la carrera de las virtudes, con solo haber dado el primer paso, el de la universal y perfecta abnegacion, consiguiente á los votos que acabáis de pronunciar? Renunciarse á sí misma, dejar no solo cuanto se posee, sino cuanto es capaz de adquirirse, de dejarse y de apeteecerse, quedar irrevocablemente indentificada con Jesucristo en los intereses de su gloria, someterle cuanto somos, cuanto podemos, refundir en la suya, digámoslo así, nuestra voluntad propia, ¿es por ventura un progreso despreciable en la carrera de la virtud? Recordad, hermana mia, lo que respondió á Pedro el Salvador del mundo, cuando le hablaba de este sublime desprendimiento; te-

ned presentes aquellos doce tronos que fueron destinados desde entónces para recompensar esta clase de virtudes; y calculad en consecuencia las que debéis practicar en el resto de vuestra vida, cuando este primer acto de correspondencia del alma á la vocacion de Dios es justamente reputado como un paso gigantesco. ¿Y qué habéis perdido con sacrificarlo todo? Alegraos en el Señor, pues vuestro desprendimiento ha venido á ser para vos una conquista segura de todas las cosas. ¿Qué no posee quien de todo ha se desprendido? Lo posee todo, pues que nada desea. Preguntad á los opulentos del siglo, si lo poseen todo cuando insultan á la virtud con sus riquezas. Ellos os responderán con el inmenso catálogo de sus empresas frustradas, de sus proyectos inútiles, de sus esperanzas engañadas, de sus temores continuos, y de mil y mil necesidades no satisfechas. ¿Qué habéis perdido, pues, repito, con desprenderos universalmente de todo? ¿Qué? oídlo: deseos que martirizan, remordimientos que consumen, temores que no cesan, goces que no duran, satisfacciones que no contentan, aspiraciones que no calman, miseria que siempre vive. ¿Qué habéis perdido? Las ilusiones quiméricas que nos arrebatan es aspecto de la verdad. ¿Qué habéis perdido? El arte deplorabilísimo de aumentar vuestras cadenas. ¿Qué habéis perdido? ¡Ah hermana mia! acaso el funesto poder de haceros eternamente desdichada. ¡O pérdida mil veces envidiable! ¡o despojo feliz, que solo nos quita cuanto nos corrompe y entristece! ¡aniquilamiento mil veces santo, pues que destruye de un golpe cuanto podia retardar el vuelo de nuestras almas al Dios de la santidad! No Dios mio: no hemos perdido nada; lo hemos hallado todo mas bien, puesto que os hallamos á vos. ¿Qué podrá faltarle al que tiene la dicha de poseeros? Si os habéis dado á nosotros, ¿qué podemos ya desear? y si nuestros deseos han muerto casi todos, ¿qué tesoros podrán igualarse á los que nosotros tenemos? ¡Ah! léjos de aquí las miserables quejas del rico, los clamores del ambicioso á la vista de otra altura mayor á que no llega todavía! ¡Felices nosotros pues que nada deseamos, felices nosotros que poseemos todas las cosas sin ser due-

ños de ninguna. *Nihil habentes et omnia possidentes.*¹

Yo bien sé, católicos, que el arte de ser feliz no está reducido á los claústros; que pobres de espíritu y almas completamente desengañadas hai en el mundo: sé mui bien que el alma religiosa no con desprenderse de todo, ha puesto el sello á su felicidad; que no por haberse reducido el campo de batalla, se ha conseguido la última victoria; que no por habernos alejado de todas las cosas, nos hemos alejado de nosotros mismos; que no pueden faltar recelos donde existe el corazón: sé mui bien que han pagado el triste contingente al abismo las gerarquías del cielo y las potestades de la tierra; el apostolado de Jesucristo, y hasta estos asilos de la virtud; que el esplendor glorioso de los Pedros, de los Antonios, de las Catalinas y de las Teresas, no basta á borrar de nuestra memoria los nombres espantosos de Júdas y Lutero, ni á apartar de nuestros temores aquellas vírgenes imprudentes que tardamente provistas de su lámpara, no lograron ser admitidas al convite del Esposo. Pero ¿qué se infiere de aquí? Nada contrario á la excelencia del estado religioso, y ántes bien reflexiones urgentísimas que la confirman. Si nuestra vida es una continua lucha; si la primera máxima de un cristiano es la de hallarse constantemente preparado para la tentación: si el camino de la existencia es una carrera de combates en cuyo término reserva Dios la corona para el alma fiel que con mas heroísmo haya peleado, como dice el Apóstol:² ¿cuál debe ser á nuestra vista el estado mejor sino aquel en que la virtud halla ménos estorbos, en que las tentaciones son ménos frecuentes y terribles, y las gracias que vienen de lo alto son mas fecundas y mas eficaces?

Y á la verdad, hermana mia, ¿cuántas tentaciones y cuán terribles ataques habéis alejado para siempre de vos con la resolución generosa que os ha colocado en este asilo venerable! Recordad, bien, cómo nunca las tentaciones son mas frecuentes, que cuando nos hallamos en circunstancias, en lugares y tiempos, en que

(1) II Cor. VI, 10.—(2) II Tim. II, 5.

nuestros sentidos hallan mas objetos de distracción, nuestros deseos mas estímulos y probabilidades, nuestro amor propio mayor número de alagos y seducciones; en que nuestra imaginación multiplica las prespectivas engañosas que nos arrebatan el aspecto noble y severo de la virtud; y en que, no teniendo prevenciones ningunas contra los ataques del enemigo, ni atrincheramiento contra sus avanzadas insidiosas nos hallamos como en medio de una llanura inmensa donde pueden arrebatarnos en su curso los diferentes vientos que la dominan. ¡Tal es la condición de todos vuestros hermanos á quienes dejáis en el siglo! Los ojos no dejan de ver, ni los oídos de escuchar, ni el gusto de satisfacerse: todo convida á la molición, todo á la relajación, todo á la codicia, todo á la murmuración, á los odios envenenados, ó á los afectos delincuentes. El alma da un paso recto, y por este solo paso ¡cuántos extravíos miserables! Resiste noblemente á un ataque, y por este solo triunfo, ¡cuántas vergonzosas y humillantes caídas! Se levanta para caer de nuevo; y cual si estuviera situada hácia las avenidas de un antiguo raudal, teme á cada paso ser envuelto en el curso, casi llega á desesperar de ser virtuoso. Disgústase del siglo, mas no puede apartarse del siglo: detesta para siempre los placeres criminales; pero inútilmente, pues mui pronto cede otra vez al irresistible deseo de gustar su dulce y amarga copa. Entre tanto, el tiempo pasa, el hábito se afirma, la naturaleza se transforma, el corazón cede, el vicio triunfa, y la víctima infeliz exclama tal vez, como en otro tiempo el Agustino. „¡O torrente de la humana costumbre! ¿quién será capaz de resistirte? ¿hasta cuándo seguirás impeliendo á todos los hijos de Eva con tu fuerza terrible hácia el insondable y horroroso piélago?“

¿Lo habéis oído, hermana mia? Contemplad, pues, ahora, de dónde acabáis de salir, y á dónde habéis entrado; y decidme si vuestro pecho palpitará tantas veces de temor, como palpitaba en el siglo, donde cada paso es un escollo, cada objeto una tentación, y el aire mismo que se respira es como el aliento de la muerte. No esta tierra cuya posesión se os acaba de dar, no es

como Egipto de donde habéis salido: *terra quam ingredi-
eris possidendam, non est sicut terra Egipti de qua existi.*¹

Esta tierra feliz está cercada por todas partes de mon-
tañas y bosques: *montuosa et campestris*: es la heredad
querida, que atrae de continuo sobre sí las benignas
miradas del Señor: *quam Dominus Deus tuus semper invisit,
et oculi illius in illa sunt á principio anni usque ad finem
ejus.*² ¡Qué diferencia, hermana mia, de situacion á si-
tuacion! Allá os hallabais en campo raso y habitado simul-
taneamente de voraces fieras, que tenian del todo libre
hácia vos el acceso de su ferocidad: aquí estáis circun-
dada por todas partes de tranquilos bosques y monta-
ñas inaccesibles. ¡Y cuáles son estas montañas que cer-
can vuestra presente habitacion? Es la pobreza, que sola-
mente prometida, retira de vos y acaso para siempre tantas
y tan diversas tentaciones cuantas en sí misma contie-
ne y encierra la gran tentacion de las riquezas; es la
castidad santa, que consagra el alma y el cuerpo de las
vírgenes en la admiracion de los Angeles y en el respeto de
los hombres, y que del cielo acaba de recibir en cambio
de vuestros votos un poder que ántes no tenia contra el te-
naz y astuto enemigo que donde quiera la persigue: es por
último, amada hermana mia, ese voto por tantos títulos
feliz y grande de la obediencia, que dando el último
golpe al orgullo y al amor especioso de nosotros mis-
mos, ha hecho desaparecer con esto solo esa funesta sé-
rie de tentaciones diversas y exquisitas que constituyen
su vergonzosa fecundidad. *Terra montuosa et campestris.*

No os ocultaré los peligros que se esconden en el
claustro, los del primer fervor que se entibia, los de ese
falso concepto de que no es necesario adelantar mas
y mas, los escollos de los mismos triunfos espirituales,
los mismos que suele haber en la abundancia de las
gracias cuando el alma se familiariza con ellas hasta el
extremo de no comprender su precio, las ilusiones de
la piedad, las redes casi insensibles y muy seductoras
del amor propio, los sentimientos vagos que es preciso
contener y las memorias importunas que es necesario

(1) Deut. XI, 10.—(2) Ibid. 11 et 12.

disipar.¹ Nada de esto os ocultaré: porque ha de haber
peligros y tentaciones en todo tiempo que no sea la
eternidad, y en todo lugar que no sea la patria. Pero
tambien debéis tener entendido, para bendecir al Señor
todos los dias de vuestra vida, que la mayor parte de
nuestros enemigos han quedado profundamente derro-
tados desde que pronuciasteis vuestros votos, y que los
que subsisten aun, para proporcionaros el mérito á que
debe aspirar una alma religiosa, nada son compara-
tivamente con las gracias que se os preparan. No quiero
hablar ya de la de vuestra vocacion, con que el Señor
os ha dado una prueba singularísima de su amor, de
esa abnegacion absoluta que está exigiendo de nosotros, no
el que os consolemos por lo que habéis perdido, sino el que
os felicitemos por lo que habéis ganado: hablo de las
gracias que han de acompañaros en el resto de vuestra
vida, de una carrera de mortificacion y penitencia, de
un recinto en que no se habla sino de virtudes, y en
que no se escuchan sino las alabanzas divinas, de una
profesion alta y sublime consagrada exclusivamente al
servicio de Dios, de una regla sabia y santa, que man-
tiene siempre viva la vigilancia, siempre muertos los sen-
tidos, encadenadas las pasiones, profundamente amorti-
guados los deseos: hablo de una vida, para valerme de la ex-
presion de un obispo piadoso, en que todas las ocupaciones
son virtudes, ó medios eficacísimos de alcanzarlas; todos los
pasos se dirigen al cielo, en que lo mas indiferente tiene
su mérito propio, y en que profundamente aniquilados
los enemigos exteriores, todo ha quedado reducido á libra-
ros de vuestro propio corazon: hablo de los ejemplos
que os circundan, de esta sociedad feliz que tantos en-
cantos derrama sobre la virtud; de este candor de la
inocencia, que no podemos distinguir ya entre la profun-
da niebla que envuelve á los mundanos; hablo de este
amor casto que os debe estrechar con vuestras herma-
nas, de esta caridad siempre viva que recíprocamente
hallaréis en vuestro corazon las unas y las otras: de

(1) Vease el sermón de *Boulogne* sobre profesion religiosa, de donde se
han tomado algunos pensamientos en extracto.

esas oraciones que suben juntas al cielo, de esas lágrimas que corren juntas, y de esos gemidos profundos que van á perderse juntos en el seno de vuestro Padre celestial. ¡Dios mio! cuánto os complacéis en esta concordia feliz y fraternal, en estas santas congregaciones de virtudes donde se repite vuestro nombre todos los días, donde mejor se sienten los beneficios de vuestra providencia y donde lábios mas puros os entonan constantemente el himno de la misericordia! ¡Con cuánta razon habéis prometido á estas almas fieles el ciento por uno de lo que han dejado por seguiros!

Si, hermana mia, el ciento por uno: retribucion magnífica que debiendo tener su feliz consumacion en el cielo, tiene así mismo su glorioso principio y su fecundo incremento en la tierra! Ciento por uno, que comenzó en el acto sublime de vuestra profesion, que sentiréis, como acabo de probaros, en las virtudes que practiquéis, en las gracias que han de favoreceros, y tambien en los goces que se os preparan: último carácter de excelencia que debe ofrecer á vuestra vista el estado que habéis elegido.

Haí un don sobrenatural que el mundo no conoce, fuente perenne de consuelos que no disfruta ninguno de cuantos viven segun las máximas del siglo, tesoro del infinito precio, fruto y principio de grandes fines, resultado preciso de la gracia de Dios fielmente correspondida por la conducta de una alma fervorosa, un don que para los habitantes de Babilonia es un mero nombre, y para las almas tímidas que se han recogido en el Señor, es una cosa real y positiva. ¡Qué don es este, hermanos míos! El regocijo santo de la virtud, el gozo espiritual: gozo inexplicable que difunde por todo el hombre un bienestar delicioso, una calma suave y apacible, una paz siempre inalterable y una indiferencia tal hácia todo lo que no es vivir en Jesucristo, que se reciben indistantemente los sucesos mas faustos y las adversidades mas crueles de la vida. El alma que siente estas afecciones dulcísimas, que pondera la incomparable excelencia de tan feliz estado, que trae al cotejo este género de goces con los deleites que mantienen en cierta es-

pecie de embriaguez á los mundanos, no acierta á comprender, cómo delicias de una gerarquía tan alta no han conquistado el corazon de todos los hombres, cómo hai entre ellos quienes llevando el nombre de prudentes y sabios, no han acertado á descubrir el misterio de las dulzuras divinas: misterio que tan fácilmente descubren aun aquellas almas abyectas cuya santa simplicidad y candor sirven de pábulo continuo á la maligna lengua de los mundanos. Sin embargo, no se inquietan por esto, no pasan adelante en sus investigaciones; y ántes bien, comprendiendo cuanto es posible toda la extension de su felicidad, se abandonan á los transportes del júbilo mas vivo, para decir al Señor con toda la fuerza de su fe y el tierno lenguaje de la gratitud. „Yo os alabo, Dios mio, Señor del cielo y de la tierra, yo os alabo y bendigo, porque habéis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes del mundo, y os habéis dignado revelarlas á los sencillos y pequeños.”⁽¹⁾ ¡Mas cuál será el principio, hermana mia, de este gozo espiritual que así embelesa á las castas esposas del Señor? En la nueva carrera que se os abre, vais á seguir precisamente un órden fijo de ideas y pensamientos que comenzando por las asperezas de la mortificacion, debe concluir en los transportes inefables del amor divino. Sometiéndoos dócil y humildemente á las prácticas tutelares de vuestra regla, vuestra alma, tal vez pobre al presente, va á sorprenderse despues cada día con descubrimientos é ilustraciones de un género sublime. Las meditaciones continuas van á haceros conocer lo que ántes no conociáis, y comprender lo que no comprendiais ántes. Vuestra fe irá tomando sucesivamente un pleno dominio en vuestro corazon; y que sé yo, si el Esposo os tendrá reservada para favoreceros de tiempo en tiempo con aquellas resplandecientes y divinas luces que suspenden la memoria, desdeñan el discurso y fijan invariablmente la intuicion estática de la alma contemplativa. Pero sin prometeros un favor en cuya distribucion se nos ocultan sin duda grandes misterios, yo puedo mencionarle cuando, dejando á las personas que al presente me es-

(1) Math. XI, 25 y sig.

cuchan, abro la historia de estos retiros, y repaso la vida de sus ilustres fundadores. Sí, hermana mia, Dios recompensará vuestra fidelidad aun en la tierra con el sentimiento de vuestras propias virtudes, con el conocimiento de sus profundas verdades, y con esas avenidas de luz que fijan amorosa y simplemente la atención del espíritu, de un modo permanente y sobremanera delicioso que en opinión de los grandes maestros, determina una afección tan única en su género, tan rara y tan feliz, que si puede sentirse, es incapaz de explicarse. He aquí hermana mia, un triple manantial de consuelos que derrama en torno de estas mansiones queridas esos atractivos y encantos que os harán amar de continuo con una ternura inefable vuestra inocente soledad.

Yo bien sé que la verdadera humildad debe haceros crédula respecto de vuestros progresos en el camino del espíritu, que desecharéis como tentación importuna cualquiera idea que tienda á persuadiros virtudes que amaréis en vuestras hermanas sin reconocer nunca en vos; que mientras mas sólidos sean vuestros adelantos, con mayor intensidad obrará en vuestro espíritu el amargo sentimiento de vuestra indignidad y vuestra miseria; pero sé tambien que mil deliciosas emociones, provenientes de vuestra misma virtud, os afectarán sin revelaros su origen, que mientras mas lejos estéis de creeros virtuosa, mas disfrutaréis de los suaves transportes de la virtud; que la humildad verdadera no es turbulenta y borrascosa, y que siempre abrazada con la esperanza divina, cerca por todas partes el espíritu, digámoslo así, para que no vengán á invadirle los tormentos crueles de una perpetua desolación. ¿Y quién podrá encarecer bastante la fruición dulcísima que siente el espíritu á la presencia de esas grandes verdades que el mundo repite á cada paso sin conocerlas, y que el alma religiosa conoce y comprende sin otro afán, sin mas artificio, que una atención dócil y una razón humilde? „A vosotros se os ha concedido, decía Nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, el entender el misterio del reino de Dios,.... mientras á

(1) Math. XIII, 12, et 13.

los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan.”⁽¹⁾ ¿Y no puedo yo, hermanas mías, haceros esta santa felicitación á vosotras que por la naturaleza de vuestro estado sois llamadas á conocer de un modo mas perfecto el gran misterio del reino de Dios? ¿No puedo apoyarme yo en los oráculos augustos é infalibles del Evangelio, para hacer esta promesa misma á la tierna vírgen que acaba de ofrecerse á Jesucristo? Abrid para consuelo vuestro vosotras todas, vírgenes del Señor, abrid ese libro siempre fecundo donde repasamos con cierta especie de veneración y encanto las memorias siempre ilustres de la virtud ignorada y oscura. ¿Cuándo acabaría yo, si me propusiese enumerar uno por uno esos héroes de la virtud que sin talentos claros, sin despejadas potencias, sin estudios algunos, y aun sin educación comun, han llegado á ser el pasmo de los claustros, la humillación de los Doctores y los lumináres eternos de la ciencia divina? Reconócelo á tu pesar, mundo sabio y orgulloso, que crees haber circunscrito el poder de la inteligencia cuando analizas el fango, fijas las leyes del Universo, compones á tu placer la política de los naciones, aumentas el catálogo de los descubrimientos y la pompa de las artes: nada sabes, nada comprendes, nada descubres que pueda merecer el nombre de útil, sólido ni grande, cuando ignoras lo único necesario, el misterio sublime del reino de Dios. Niño balbuciente, repites apenas lo que oyes, y por una especie de mecanismo; si no es que metiendo tu entendimiento á donde no penetra tu corazón, declames con enfática pompa lo que no quieres hacer servir á tu conducta; y semejante á la campana situada en las torres de nuestros templos, llevés el estruendo á todas partes sin apercibirte de cosa alguna.

Católicos, el curso natural de mis ideas y mis sentimientos me ha colocado ya en frente del mas poderoso adversario que tiene en la Iglesia militante esta escuela divina de virtud y de santidad. Paso, pues, á considerar la vida monástica en sus relaciones mas directas y universales con el mundo.

(1) Math. XIII, 12, et 13.

TERCERA PARTE.

Carácter propio del mundo ha sido, hermanos míos, en todos los siglos rodear y desconocer al mismo tiempo á esas almas generosas y grandes que tienden á mejorar su condicion intelectual y moral difundiendo las luces, predicando las máximas y presentando los ejemplos que á tan sublime objeto se dirigen. ¿Qué otra cosa nos dicen esas perdurables vicisitudes de la virtud en la tierra, esa condicion oscura y olvidada en que los hombres dejan pasar las vidas mas edificantes, esa ceguera obstinada con que una ingratitud indomable desconoce y aun combate al bienhechor? Abrid, Señores, las páginas de la historia; repasad los anales de la inocencia y de la virtud; estudiad al mismo tiempo ese movimiento irregular, vário y tumultuoso de las opiniones humanas; y no veréis por todas partes sino la realidad tristísima de la observacion que acabo de haceros.

El mas profundo y sublime de todos los Evangelistas, al tocar el gran misterio de la Encarnacion y despues de haber consagrado un homenaje á la generacion eterna del Verbo, no pudo hablar de Jesus, sin poner en contraste la inmensidad y poder de su amor con la ceguera é ingratitud de los hombres. *Estaba en el mundo, dice, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Y esto que sucedió con Jesucristo, hermanos míos, fué ya desde entónces una solemne profecía de lo que habia de acontecer con sus discípulos y sus imitadores en el resto de los siglos. Estos han tenido siempre una triple mision en la tierra, la de ilustrar al mundo con su doctrina, la de edificar al mundo con el ejemplo, la de salvar al mundo, digámoslo así, de los últimos estragos por la oracion y por la penitencia: mision que no dejan de cumplir nunca, sin embargo de los obstáculos que el mismo mundo les presenta, sin embargo de su

pasmosa ceguera, y á pesar de su no interrumpida contradiccion.

Mas estas escuelas de Jesucristo tienen sin la menor duda un derecho que no perecerá jamas, por que está fuera del dominio de las opiniones y traspasa con mucho los límites del tiempo. ¿Cuál? el derecho mismo de la verdad. Nada importa pues, ó castas esposas de Jesucristo, que el mundo donde vivís deje caer sobre los muros de vuestro retiro sus despreciativas é indiferentes miradas; nada importa que de continuo suscite mil dudas sobre el rango elevadísimo de estas instituciones venerables y santas, y que nos vuelva una sonrisa irónica y maligna cuando, llamando los institutos monásticos á la gran cuestion de su influjo en la historia de la civilizacion, en el estado de las costumbres y en el porvenir de la sociedad, tratamos de probar su incontestable primacia entre las causas impulsivas de la esperanza y de la ventura de todo el género humano.

Vosotras, hermanas mías, estáis en el mundo, como Jesucristo estuvo; abogáis por el mundo, para que el mundo se salve, como Jesucristo pidió desde la cruz por sus mismos enemigos; y sin embargo, el mundo no os conoce, y por lo mismo, ya os persigue con su contradiccion, ya os insulta con su desprecio, ya os compadece con su carnalidad, ya os olvida con su indiferencia. ¿Qué importa! El juicio definitivo y severo del mundo aplazado está por la Sabiduría eterna para ese dia no mui lejano en que han de resonar por todos los espacios con el eco de una melancólica desesperacion estas palabras notables: *Insensatos de nosotros, que mirábamos como una especie de locura la vida de estas almas, y las veíamos descender al sepulcro sin gloria: mas he aquí cómo sus nombres han sido inscritos en el registro eterno de la familia escogida, de los hijos de Dios, y cómo sus tronos se han incorporado ya en la ilustre y excelsa categoría de los santos.*¹

¿Qué importan, vuelvo á decir, estas falsas opiniones del siglo, cuando yo, ministro del Altísimo, tengo á mi favor las luces de la fe y sostengo los derechos imprescriptibles

(1) Sap. cap. V, v. 4.

de la verdad? En efecto, vosotras, hermanas mías, formáis parte de esa familia selecta esparcida por los retiros de un mundo cuya pasmosa ingratitud é inconcebible ceguedad no han sido parte á detenerla en su gloriosa carrera de penitencia, de expiacion y de esperanza. Tócame pues predicar *oportuna é importunamente*, como dice S. Pablo, es decir, predicar á los que siempre desean, reciben y aprovechan las verdades evangélicas, y á los que huyen, ó se desentienden, ó se mofan de la doctrina, de los desengaños y del ejemplo.

Cómo explicar, señores, esta ceguedad, esta contradicción perdurable del mundo? ¿Por qué incomprendible causa se rebela contra la mano que le salva, despues de haber escondido el rostro al esplendor que le ilustra? Porque en el mundo no hai mas, dice el Apóstol San Juan, que „concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida,”¹ es decir, ¡triste pero infalible verdad! que en el mundo no hai sino elementos de muerte. Es el mundo un enfermo crónico y antiguo, condenado á acariciar perpetuamente su dolor; es un ser inconstante que boga sin cesar entre las ilusiones y los desengaños, que vive siempre alegre al lado de sus verdugos, siempre desasosegado y melancólico en medio de sus libertadores: semejante es el mundo á un grupo de miserables y dementes que, colocados en el fondo de un incendio del cual no se aperciben, se irritan hasta el furor contra el genio de la caridad que lucha por salvarlos de la muerte.

El sacrificio Señores, la expiacion, la penitencia y la mortificacion de los sentidos vinieron á ser una lei para la humanidad desde que la culpa manchó su celestial origen. Pues bien, la concupiscencia de la carne, es una protesta viva del mundo contra la lei del sacrificio y la vida de la cruz.

¿Queréis saber, Señores, cuál es el peor síntoma que puede presentar la sociedad tratándose de su situacion y de de sus esperanzas? Esa indiferencia profunda sobre los caracteres y los derechos de la verdad, esa ligereza con

(1) 1 Ep. cap. II, v. 16.

que pasa por todos los objetos que pueden interesar á la moral, ese no interrumpido afán por las impresiones fugaces y nuevas, que encadenándola hácia los frágiles objetos, la precipita insensiblemente en una corriente encantada que la arrastra por último al abismo. He aquí lo que hacia prorumpir al Profeta de los dolores en amargas quejas sobre la suerte de Jerusalem; he aquí porqué todo lo vió perdido, desde que, pasando la vista por la reina de las ciudades, no halló entre sus habitantes ni uno solo que entrara en sí mismo, ni uno solo que se ocupara en el estudio de la verdad, ni uno solo que llamara su entendimiento y su corazon á las profundas meditaciones de la lei. *Nullus est qui recogitet corde.*¹ Tal es el segundo carácter del mundo, ese espíritu inquieto, fugaz y vano, ese espíritu de curiosidad tan profundamente descubierto por el espíritu de Dios bajo el nombre de concupiscencia de los ojos, *concupiscentia oculorum*.

¡Que mucho, Señores, que el mundo siempre undido en el fango de la carnalidad, siempre retraido de las vías del espíritu, siempre adicto á las novedades, á las impresiones pasajeras, siempre curioso y nunca prudente, haya pretendido regirlo todo por sus máximas, avasallar todo á su dominio, sin reconocer mas luz que su razon, mas moral que su interes, ni otra felicidad que sus infames deleites! He aquí el tercer carácter del mundo, *la soberbia de la vida*.

Pues bien, la concupiscencia de los ojos acaba con la luz de la verdad, y sin verdad no hai vida racional; la concupiscencia de la carne acaba con la virtud, y sin virtud no hai vida moral; el orgullo de la vida acaba con la esperanza del remedio, y sin esta esperanza no hai porvenir para la felicidad. He aquí porqué el mundo acabaria, no lo dudéis, aun filosóficamente hablando, si no tuviera en su casa, digámoslo así, aunque bajo el carácter de rivales, enemigos, ó seres indiferentes y despreciables, quienes conservasen aun, apesar suyo, los elementos de vida intelectual y moral, los recursos de la esperanza para un porvenir de felicidad.

(1) Jerem. XII, 11.

A medida que en el mundo se desenvuelven y propagan con mayor celeridad la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida, crece mas y mas, aun para la misma sociedad, el interes, la importancia de estos antiguos reservatorios de verdad, de virtud y de abnegacion, que subsisten sin duda todavía, porque aun no es llegada la hora de que el mundo perezca.

Yo considero al mundo, cuando proclamo la excelencia de la vida monástica para el mismo, no como un tribunal que falle en esta grave cuestion, ménos como un objeto que reporte los bienes de la virtud mientras persista en esa triple concupiscencia que le gangrena, ciega y precipita: no, bajo el primer aspecto el mundo está declarado inepto, pues nada puede para la verdad un ser miserable, sentado en las tinieblas, á las sombras de la muerte; bajo el segundo, el mundo está ya juzgado, sentenciado y reprobado. No: yo considero al mundo como una materia bruta, indócil y rebelde, bajo la mano diestra del artista, como una sementera donde crecen juntos la zizafia y el trigo, como un inmenso campo de labor para la acion infatigable del ministerio católico. En este sentido hablo, y hablo con autoridad y esperanza, de la vida religiosa en presencia del mundo.

De ese fondo comun, de esa multitud innumerable donde se revuelven confundidos todos los errores, todas las pasiones y todos los crímenes, saca de tiempo en tiempo el brazo del ministerio cristiano con la red inmensa de su predicacion á una multitud de miserables, á quienes convierte luego en preciosas margaritas que adornan el triunfo de la religion, en zelosos hijos de la Iglesia, en adoradores fieles en espíritu y en verdad. He aquí la razon porqué el mundo nos ocupa sin cesar á los ministros de la palabra de Dios. El mundo está ciego, pero es capaz de recibir alguna luz; el mundo es carnal, pero es accesible tambien, por lo ménos en parte, á las ilustraciones del espíritu; el mundo es orgulloso y soberbio, pero de su seno han salido á veces penitentes insignes que han ilustrado con su vida los fastos de la humildad cristiana. Pues bien, hermanos míos, si los intereses de la so-

ciudad son inseparables de la verdad y del bien, nada mas importante para ella, que un órden de instituciones donde solo se trata de perfeccionar el espíritu y santificar el corazon. Llamando pues á mi asunto este órden de ideas, infiero de lo dicho, que el mundo reporta una triple ventaja en la conservacion é incremento del estado religioso, por los ejemplos que este le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

El tierno espectáculo de una vírgen que en el periodo mas florido de su existencia, viene á esconder para siempre en estas inaccesibles soledades todos los encantos de la hermosura, todas las gracias del sexo, todas las cualidades del espíritu y las prendas mas felices del corazon; que obedeciendo al estímulo irresistible de una fuerza desconocida y misteriosa, se despide con un santo alboroso del siglo y sus promesas, del mundo y sus ilusiones, y hasta de los objetos mas queridos; que obediente al precepto de su vocacion, deja á su padre y á su madre, abandona para siempre el dulce asilo donde corrieron los dias de su infancia, sustrae para siempre su cuerpo hasta de los sentimientos mas lícitos, para consagrarle exclusivamente á Dios en el perdurable cultivo de la mas bella de todas las virtudes: he aquí, señores, lo que esos miserables idólatras del mundo no pueden ver con tranquilidad, ni detenerse á considerar atentamente, sino para desesperarse ó para convertirse. Esta vida religiosa, presente y ausente al mismo tiempo á los hijos de Babilonia, es una solemne y sublime voz, que raras veces vuelve á su retiro de donde páрте, sin traer consigo algunas alarmas, algunos suspiros, algunos pensamientos y algunas esperanzas de conversion y de penitencia.

Por muchos y variados que sean los placeres, por franco y libre que se muestre el espacio al tumultuoso y frenético movimiento de las pasiones, nunca faltan al corazon del mundano algunos instantes felices de soledad y de remordimiento. Tiempos hai en que la justicia eterna del Dios vivo, semejante al trueno que se propaga por alturas, visita con la plaga y la tribulacion á las ciudades delincuentes: estos son los momentos en que las dudas vienen á reemplazar en el recinto de la voluntad

á la vana confianza de los pecadores, en que las ideas de la muerte se cruzan por todas partes, y en que ya no son tan indiferentes las miradas que el mundo deja caer sobre estos asilos respetables de penitencia y oracion: son estos los instantes en que la tribulacion y los desastres públicos dejan mil recursos confiados á la fidelidad de los futuros recuerdos; y en que la vida mortificada se anticipa, digámoslo así, sus defensores y sus testigos en el corazon de aquellos que duermen sin inquietud y sin zozobra, rendidos á los deleites, el sueño de las pasiones.

Estos son, Señores, los lances en que el heroismo de las virtudes, personificándose todo en la vida y en la accion de esas almas á quienes el mundo desprecia, comienza por las conquistas de la admiracion, y acaba felizmente por las conquistas de la caridad. ¡Sublime poder del ejemplo! Resístese á la elocuencia y al poder de la conviccion; pero con dificultad se expedita el alma del influjo permanente de la virtud encadenándolo todo con su accion misteriosa y su fuerza oculta de insinuacion y de poder! ¡Qué bello es para mí recordar aquí, que la grande obra de la propagacion evangélica, no debe ménos, que á los discursos de los Doctores, á la vida oculta de los anacoretas y á la cuchilla levantada que por espacio de tres siglos cegaba la garganta de los mártires! Hai algo de superior, de mas elevado y sublime en los cuadros de las virtudes, que en la fuerza de las persuasiones; y he aquí porqué, considerando estas venerables instituciones como una protesta viva contra los desórdenes del mundo, reconozco en el poder de sus ejemplos un elemento feliz de restauracion, una causa perenne de metamorfosis morales, una fuente inagotable de remedios para el corazon que desfallece y se consume bajo el doble influjo de la carne y de la sangre, en suma, católicos, el único adversario que puede contender ventajosamente contra la concupiscencia de la carne, primer atributo distintivo de los mundanos.

Cuando concurren, Señores, en una situacion moral esas grandes crisis de la vida humana, en que el mundo mismo parece conjurarse contra los suyos, con los terribles

azotes del cielo que llevan la consternacion á todas partes, el alma se ve muy cerca del sepulcro, para que pueda distraerse mas de la grave cuestion de sus postrimeros destinos. Entónces entra en sí misma, abre con inquietud el libro de sus memorias, registra los fastos de sus placeres, y no viendo en ellos sino una galería de sepuleros, pronuncia contra la insensatez de su vida un fallo muy favorable á la vida de estas vírgenes consagradas á la penitencia.

¡Ah! En estas circunstancias tan solemnes para el alma la penitencia reasume sus derechos todos á la admiracion y al respeto de los mundanos. La tribulacion y la muerte, pasando la revista de todos los corazones, hacen caer de los ojos el deplorable velo, y el arrepentimiento se insinúa, digámoslo así, en medio de la consternacion general. Todos los prestigios, todas las ilusiones, todas las excusas del alma delincuente desaparecen ante la imágen siempre venerable de la virtud mortificada y pacífica, austera y feliz, despreciada de los mundanos é inscrita en el registro eterno de los escogidos. Insensiblemente empiezan á desvanecerse las seductoras imágenes, á cambiarse en amargura el sabor del deleite, á experimentarse la terrible desazon del pecado, las espinas del remordimiento y los nobles á par que santos estímulos de la piedad. Así es, ¡ó Dios mio! como haciendo coincidir en un punto los castigos que distribuís en vuestra misericordia con los ejemplos constantes que conserváis en vuestra providencia, preparáis las mudanzas del corazon, y multiplicáis en el seno mismo de Babilonia las conquistas de vuestra gracia con la conversion de los pecadores! De este modo, católicos, el ejemplo constante de estas almas retiradas es una protesta viva y permanente contra el desorden de las pasiones, y una piscina de salud para la humanidad contaminada con el crimen, y un depósito de esperanzas contra esos agentes depravados que luchan por corromper y arruinar enteramente la sociedad. Pero no lo he dicho todo, esta se interesa en la conservacion de esos institutos venerables tanto por los ejemplos que la estimulan, como por los desengaños que la ilustran, mueven y deciden en favor de la moral y de la virtud.

Os he hablado con el Apóstol San Juan de la concupiscencia de los ojos, como de un segundo carácter del mundo, de un elemento de error, de fascinación y de exterminio; os he manifestado cómo esta concupiscencia está personificada en el múltiplo indiferentismo que de un golpe produce todas las muertes en la triste humanidad, y por lo mismo, debo hablaros del único antídoto que puede aplicársela con buen éxito, de esta vida de fe y religiosa esperanza que habla á la razón y á la voluntad con experiencias y desengaños.

El mundo siempre hipócrita, señores, afecta, bien lo sabéis, una imposibilidad absoluta de ser convencido cuando se trata de estos sacrificios heroicos, de esta abnegación perpetua, de esta espontánea y aun dulce consagración de ciertas almas á la vida de la cruz; pero en la realidad nunca descansa, y ha menester en cierto modo de renovar sin cesar las impresiones fugitivas que la entretienen y alhagan, para no abandonarse á los ímpetus de su propio espíritu. ¡Ah! Los que han tenido la dicha de abandonarle después de haberle seguido, nos dan un testimonio brillante, un argumento personal contra el mismo mundo. Yo recuerdo, señores, la vida de tantos penitentes ilustres, que habiendo rendido al mundo y á los placeres las primicias de su existencia, cedieron por fin á la luz de un santo desengaño. Ellos nos han conservado la historia fugitiva de sus primeros sentimientos, para darnos una prueba incontestable del poder de los desengaños, y de la mentira de esa paz y contento que afecta el mundo en el seno de sus ilusiones. No nos cansemos: el mundo es impotente contra la desazón, el remordimiento y el vacío que dejan sus placeres. ¡Cuántas veces una tregua, un repentino abandono de los amigos, un golpe adverso de la fortuna, un accidente casual, una inspiración del momento, han hecho caer la venda de los ojos, ó los bellos colores del cuadro encantado! ¡Cuántas veces esos mismos que mas desdeñosos se muestran respecto de estas instituciones han lanzado en secreto un suspiro hácia la paz que reina en estos asilos de la oración! ¡Cuántas resoluciones habrán engendrado estos retiros misteriosos

en corazones delincuentes! Un pasaje de San Pablo, en que condena las locas alegrías del mundo, convirtió al grande Agustino; la muda voz de un libro místico trasladó desde los combates heroicos hasta las soledades de la penitencia al Padre de la Compañía de Jesús! ¡Ah! Es difícil sustraerse al imperio de un cuadro en que se animan todas las abnegaciones, digámoslo así, para producir todos los desengaños! Ese espíritu inquieto y vago que arrebató constantemente en pos de mil quimeras á los hijos de Babilonia, se fastidia por último, se cansa de goces incompletos y amargos, anhela por hallar algo capaz de fijar constantemente el corazón. Huye el tiempo, y vienen los días en que falta ya el encantado prisma de la infancia, el entusiasmo y la fogosidad de la juventud, en que claudican los cálculos y proyectos de la edad madura, y sobre todo en que las ideas consiguientes al inevitable término de todas las cosas humanas ocupan mas frecuentemente la razón, y empiezan á difundir sus alarmas sobre la voluntad. El hombre entonces apela á sus recuerdos, y sus recuerdos le abandonan; busca sensaciones agradables, y las sensaciones agradables han sufrido una prodigiosa disminución; quiere impresiones fugaces, pero estas han perdido sus prestigios. Entre tanto, los años vuelan, los vínculos de la vida se disuelven ó debilitan, la adversidad se adelanta, la fortuna huye, las pasiones ajenas comienzan á descargar sus golpes, y las experiencias depuran el criterio, para demostrar que no hai virtud en el centro de las relaciones mundanas, ni paz verdadera fuera de la virtud. Entonces el hombre, colocado entre los sepulcros y los claustros, ve por una parte la historia de los placeres, y descubre por otra el código de las esperanzas. Huye de las tumbas...y, ¡á dónde?...Infeliz, si advertido por estas almas, que han hecho todos los holocaustos, vaga sin rumbo, sin tiento ni guía por los senderos de la iniquidad!...¡Cuántos perecerían en el desengaño, si los claustros no abrieran una nueva sociedad á su corazón, reuniéndoles en espíritu con estas almas penitentes desde sus hogares y ocupaciones consiguientes á los otros estados de la vida! He aquí, hermanos míos, cómo estas soledades augus-

tas, que ordena y distribuye la religion en el seno mismo de la sociedad, la ministran un bien inapreciable é inaccesible á su poder, el de hacer útiles á la moral y á la eterna ventura los frecuentes y tristes desengaños del mundo.

Pero, aun un resto de atencion: tengo que presentaros mi asunto por el mas bello de sus aspectos, por el de los socorros que suministra para consolar á la mayor parte de los desgraciados, y acelerar en cierto modo, digámoslo así, todos los bienes de la humanidad aun en la tierra.

La sociedad abandona las vias del espíritu; las instituciones religiosas las conservan: la sociedad se retrae de la espiacion y del sacrificio; las instituciones monásticas están especialmente consagradas á una y otro: la sociedad tiende al parecer á cortar sus relaciones con el cielo; estas santas instituciones las mantienen, y fomentan, y afirman de continuo mas y mas con su oracion fervorosa y sus prácticas austeras.

Dirigid, Señores, vuestra vista por todas partes; traed á la comparacion las diferentes épocas de la historia; ved ese movimiento constante de las ciencias, de las letras, de las artes, de las costumbres, de las ideas hácia lo que el mundo llama *positivo*, y calculad en vista de solo esto las esperanzas del género humano. ¿Qué es lo *positivo* para el mundo? En la region de lo especulativo, los objetos puramente naturales, el análisis de la materia, la parte fenomenal del mundo visible; en la region de lo práctico, el desarrollo de los intereses materiales, los espectáculos, los deleites; en suma, todo se refiere á la utilidad, y esta se reconcentra en el egoismo de los intereses y de los sentimientos. Los que se acuerdan todavía de esa invisible cadena que liga los mundos, los que se ocupan del espíritu, de su naturaleza y sus destinos, de los dogmas revelados y de los altos misterios de la religion, son apellidados ilusos, ó perseguidos como fanáticos, ó abandonados como extranjeros en una sociedad en que todo es interino, y cuyo destino al parecer es la vida de las transiciones.

Pero, ¿la sociedad puede vivir sin verdades, las costumbres pueden conservarse sin virtud, la virtud exis-

tirá sin sacrificio? ¡Ah, señores! destruid la verdad, y el mundo perecerá para la inteligencia; destruid la virtud, y la moral pública y privada se aniquilarán; acabad con el sacrificio, y la virtud huirá para siempre de la tierra. ¿Dónde está pues la verdad? ¿Acaso donde se estudia el efecto sin atender á su causa? ¿donde se habla de medios sin atender á los fines? ¿donde se discurre sobre estos sin los datos de la creacion y de la inmortalidad? No: la verdad no admite ni puede admitir nunca un cisma entre sus atributos esenciales: cisma inevitable, cuando la cadena de su origen y de sus consecuencias está desprendida de su principio, que es un *Dios Criador*, extraviada de su medio, que es un *Dios Salvador*, é inversa de su fin, que es un *Dios Glorificador*.

Murió, Señores, á lo ménos para la civilizacion el gentilismo; pero legando su espíritu á las generaciones subsecuentes, no ha muerto del todo aquel eco que volvia del Calvario á escarnecer la penitencia y el sacrificio, denunciando á la Cruz como una insigne locura. Sin embargo, esta santa locura llamó á juicio toda la sabiduría del sabio, toda la prudencia del prudente, y sobre las ruinas de una filosofía vana y soberbia levantó la razon del cristianismo para regir con ella los destinos de toda la humanidad. ¿Y desde dónde? No de el centro de las opulentas ciudades, no de entre los ricos salones académicos, no á la faz de brillantes galerías, no al impulso de esa boga que la carne y la sangre consagran á las letras cuando adulan á las pasiones; sino desde los yermos y desiertos, desde los retiros ignorados, bajo el humilde saco de la austeridad, y contrariando las pasiones, y amargando los placeres, y condenando á muerte todas las ideas del mundo, ¿Quién revivió en la sociedad la luz de la inteligencia, y sacó del embrutecimiento y la barbarie á todo el género humano en los siglos de tinieblas? Las instituciones monásticas. ¿Quién metodizó, digámoslo así, la vida cristiana en todas las clases del pueblo, cuando se trataba nada ménos que de regularizar por una práctica bien dirigida todos los medios de perfeccion moral? Las instituciones monásticas. ¿De dónde han salido esas legiones angélicas á

dominar con el martirio y la doctrina las bárbaras tribus? De los cláustros. ¿De dónde salió ese pensamiento eminentemente heroico de salvar á toda costa á los infelices que yacian entre las cadenas del mas penoso cautiverio? De las instituciones monásticas. ¿Cuya fué la tierna y dulce tarea de aliviar la sociedad doméstica con la educacion de la infancia? De estas instituciones. ¿A dónde se han convertido y convierten los lamentos de la humanidad atribulada? á estas instituciones. ¿A dónde se ocurre de preferencia para disponer la misericordia en favor de la sociedad, cuando esta gime bajo el terrible azote de la justicia irritada? A esos venerables asilos de piedad, de oracion y de penitencia. Si, católicos, infeliz del mundo mismo sin los cláustros. La humanidad atribulada se desesperaria entre el fastuoso clamoreo de la filantropía filosófica, si no contara con esas instituciones augustas, erigidas por la lei del sacrificio al alivio de los desgraciados: la oracion privada se iria tal vez insensiblemente debilitando, hasta perderse del todo entre los espectáculos, y los deleites, y el perdurable afan de las pasiones, sin estos retiros permanentes y públicos que incesantemente anuncian á Dios en sus relaciones con nuestros destinos eternos, y practican con el ejemplo la meditacion de su lei, como una necesidad imperiosa del espíritu, y la de la oracion constante, como una condicion indispensable de gracia y de poder moral, para practicar el bien y tocar felizmente á nuestro último fin.

Cuando las instituciones monásticas no fuesen vistas bajo otro aspecto que el de una carrera bien sistemada de virtudes y perfeccion moral; cuando no se considerasen, Señores, sino como un lugar de cita para todos aquellos que vinieran á procurar aquí el arrepentimiento y la esperanza con la abnegacion y el sacrificio; cuando no fueran vistas estas almas fieles sino como nobles y generosos estímulos para resolver á los pecadores en favor de la virtud, é inflamar el corazon de los tibios; cuando solo se tratase de un pueblo selecto, exclusivamente destinado á rodear incesantemente el altar del Dios vivo, esto bastaria, no lo dudéis, para que la socie-

dad viniese á retocar, digámoslo así, en estos misteriosos recintos su gratitud y su esperanza. Ya veis, católicos, que estos títulos de respeto son de todos los tiempos y por lo mismo, que nunca pueden perecer los derechos que estas instituciones venerables tienen aun á los homenajes de la sociedad.

Hai mas todavía, ¡triste es decirlo, pero ya no nos es posible engañarnos! la humanidad entera ha recibido en los últimos tiempos una herida profunda y mortal con el indiferentismo religioso y el abandono casi absoluto del espiritualismo. Insensiblemente una especie de gangrena inmoral va corrompiendo por todas partes el mundo de la inteligencia, el sistema de los sentimientos y el cuadro de las costumbres. La impiedad filosófica, derrotada mil veces en el campo de la controversia, del criterio y de la metafísica, se ha venido á refugiar á una hipócrita inercia, á un artificioso desden, que están revelando al mismo tiempo su antigua impotencia, sus presentes designios y sus conquistas futuras. Sustituyendo con los goces el sacrificio, con el egoismo la abnegacion, con la utilidad la justicia, con el interes la virtud, con la materia el espíritu, con lo presente el porvenir, y con el tiempo la eternidad; relegando á la region de los ocios y de los fútiles entretenimientos las graves cuestiones que nacen de las muchas relaciones existentes entre Dios y toda la naturaleza humana, asiéndose otra vez del racionalismo con sus locas pretensiones contra la autoridad de los dogmas, y llamándose tolerante para encubrir sus odios contra el poder de las tradiciones antiguas y la irresistible fuerza de la moral religiosa; todo lo ha invadido, todo lo ha transformado: medita la obra de una reaccion universal, y tiende á darla su plenitud y última consumacion relegando á Dios del cuadro de la naturaleza, al espíritu de los objetos de la razon, á la religion del código de la moral, del sistema de la política, de los principios de las leyes, de las máximas de la conducta, y á la sancion eterna de la lei divina de entre los diques opuestos á los avances del crimen, los nobles estímulos presentados á la conducta del individuo y á las virtudes sociales.

¿Dónde están pues las esperanzas de la humanidad? ¿Dónde los últimos antidotos para salvar este moribundo inmenso? ¿Dónde las garantías de nuestras esperanzas, para ver sin estremecernos esas eras de trastorno y de luto que se apresuran á llegar? Yo bien sé, católicos, que nunca seria tan grande el trastorno de las ideas y de las máximas, nunca tan absoluta la depravacion de los sentimientos, que dejasen de conservarse aún en el centro mismo de la sociedad mas corrompida ciertos restos de inteligencia y de moral. Pero, ¿qué son estos recursos contra un mal tan inmenso? ¿Qué son los esfuerzos limitados del individualismo contra ese torrente indómito que se desborda sobre todo el género humano? ¿Faltaban por ventura almas bien nacidas y mejor conservadas cuando el mundo fué calificado por el Profeta como un cadáver sentado á las sombras de la muerte, para manifestar que no podria salvarse sino bajo el impulso regenerador y salvador de la Cruz? Pues bien, hermanos míos, estas santas y antiguas instituciones del cristianismo, estos coros de vírgenes, estas habitadoras del desierto, que viven en el mundo sin pertenecer á él, que son vistas del mundo al través de un velo trasparente á par que impenetrable; estas almas queridas del Señor, que le saludan con el gorgo de las aves al anunciarse la aurora, que se le inmolan todos los días sin omitir ningún género de sacrificio, que interrumpen con sus lámparas encendidas las tinieblas de la noche, para que no falten alabanzas al Criador ni aún durante el tiempo consagrado al reposo de la naturaleza; estas familias de Jesucristo, que se ocupan exclusivamente en lo único necesario, mientras casi toda Babilonia está gastando sus fuerzas en todo lo superfluo, que no pueden considerar ni el fenómeno mas indiferente sin sentir la presencia del Dios vivo, mientras el mundo todo parece desdeñarse hasta de pronunciar su nombre: estas esposas de los cantares, que cultivan con esmerada solicitud, como la flor que nace y vive retirada entre los abandonados desiertos, la mas bella de todas las virtudes, mientras allá en el siglo empieza por marchitarse y acaba consumiéndose entre las primeras respiraciones de la juventud:

estas vírgenes prudentes que no queriendo saber sino á Jesucristo crucificado, atesoran la ciencia de los santos, la ciencia del espíritu, la ciencia de Dios, lo que es y lo que será, el principio y el fin, en sus mentes humildes y recogidas: he aquí, cirtianos, lo único que puede alentarnos en medio del desconsuelo general que causa en el alma la consideracion de un mundo sentado por segunda vez, como decia el Profeta, en las tinieblas y á las sombras de la muerte.

Cediendo, Señores, al grande y tierno interes que me inspira una de las mas augustas y bellas instituciones del cristianismo, no ménos que el acto solemne que acabamos de presenciar en la sagrada inmolacion de esta vírgen, he dado tal vez á mi discurso una latitud mayor que la que podia prescribirme la sobriedad oratoria. No me pesa, los grandes asuntos de la moral, á par que los objetos sublimes del culto católico, atraen sin esfuerzo y fijan sin violencia el entendimiento y el corazon. Por otra parte, nuestro siglo nos excusa bastante á los ministros del santuario de esa especie de nimiedad con que insistimos en llamar la atencion sobre ciertos puntos de la moral cristiana.

Una profesion religiosa, es el magnífico y santo resumen de cuanto pertenece á lo último y mas exquisito de la perfeccion evangélica, es un objeto noble y augusto en sí mismo, excelente á los ojos de Dios, singularmente grato para el corazon de la vírgen que profesa, altamente instructivo y moral para todos aquellos que viven de la fe. A los ojos de Dios es el estado mas excelente por la universalidad del sacrificio, la exclusiva consagracion del alma y la pureza de la víctima. Es preferible bajo todos aspectos para el alma que ha sido privilegiada con la vocacion religiosa, por los obstáculos que remueve, por las gracias que atrae, por las virtudes que forma y por los gozos espirituales en que inunda. Reune, por último, títulos incontestables á la veneracion y al tierno y santo interes de la sociedad misma, por los ejemplos que le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

¿Cuánta razon tenia pues Jesucristo en aplaudir santa-

mente la situacion de María, que recogiendo á sus divinos piés sus potencias y sus sentidos, estaba absorta y estática en las altas contemplaciones de su lei, de sus perfecciones, de su doctrina, de sus promesas y de su amor! ¡Felices mil veces estas almas que habiendo acertado á comprender y á sentir por experiencia propia cuán dulce y suave es el Señor para los que le consagran sin reserva su corazon, han venido desde la primavera de la vida á incorporarse en el número de sus mas íntimos y fieles servidores! A ellas ha sido reservado conocer de una manera mas visible el reino del Señor, ellas tienen el privilegio de las íntimas revelaciones prometidas á los pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegraos pues en el Señor, hermana mia, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando con sus gracias en la tierra los adoradores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir los misteriosos caminos de la Ciudad Santa, y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva; andaréis tambien por una carrera de triunfos, las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion; y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalem invisible, os transporte y arrebate anticipándoos en cierto modo, aun ántes de haber dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO GOMEZ DE PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN,

pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Morelia
el 12 de Noviembre de 1850.

EN LAS HONRAS FÚNEBRES

DE ESTE VENERABLE PIELADO.

mente la situacion de María, que recogiendo á sus divinos piés sus potencias y sus sentidos, estaba absorta y estática en las altas contemplaciones de su lei, de sus perfecciones, de su doctrina, de sus promesas y de su amor! ¡Felices mil veces estas almas que habiendo acertado á comprender y á sentir por experiencia propia cuán dulce y suave es el Señor para los que le consagran sin reserva su corazon, han venido desde la primavera de la vida á incorporarse en el número de sus mas íntimos y fieles servidores! A ellas ha sido reservado conocer de una manera mas visible el reino del Señor, ellas tienen el privilegio de las íntimas revelaciones prometidas á los pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegraos pues en el Señor, hermana mia, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando con sus gracias en la tierra los adoradores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir los misteriosos caminos de la Ciudad Santa, y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva; andaréis tambien por una carrera de triunfos, las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion; y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalem invisible, os transporte y arrebate anticipándoos en cierto modo, aun ántes de haber dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

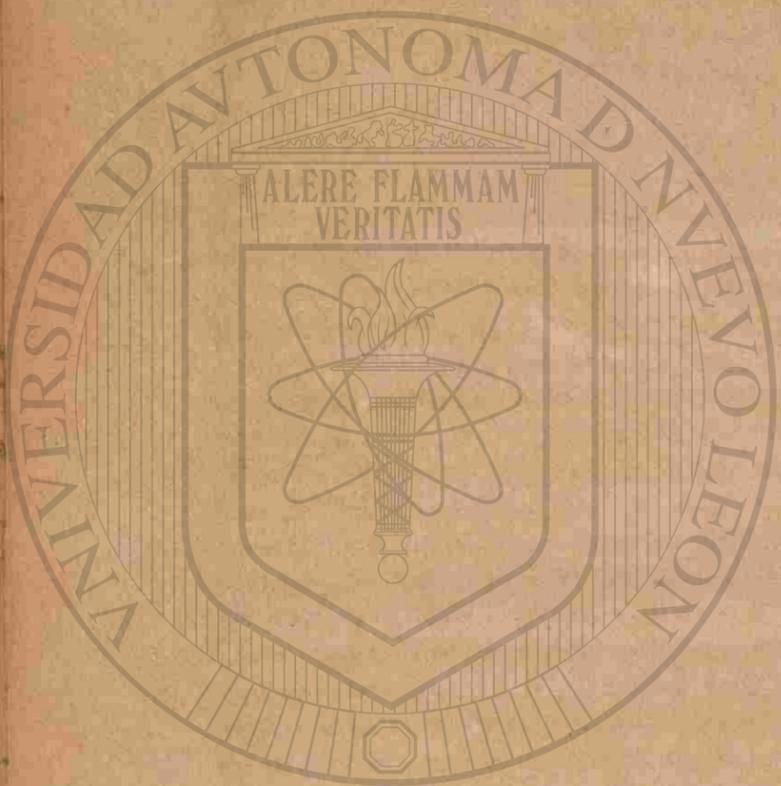
D. JUAN CAYETANO GOMEZ DE PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN,

pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Morelia
el 12 de Noviembre de 1850.

EN LAS HONRAS FÚNEBRES

DE ESTE VENERABLE PRELADO.



CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Præterit figura hujus mundi.
I. CORINT. VII, 39.

Pasa la figura de este mundo.



E aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos; la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria; el colorido verdadero de esos fantasmas seductores, que subyugando la imaginacion esclavizan la existencia, el terrible y soberano resúmen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos..... Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebatada de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*



¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la lei? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta, como su corazon, sobre las miserias de los pueblos, parecia multiplicar los panes para saciar á la multitud, y prodigaba dulcemente los consuelos á la humanidad atribulada? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido, como el de Moises, por el reflejo de Dios, persuadia la virtud ántes de desplegar sus labios, y predicaba la fe con sola su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia mejicana? ¡Ah! mis voces se pierden en el sepulcro, como los gritos del viajero en las vastas soledades: los recuerdos inanimados vuelven el eco del corazon; mas nuestros ojos que ya no ven al grande Obispo, lloran sin medida, y se fijan sin consuelo sobre ese monumento lúgubre terriblemente engalanado con los trofeos de la muerte.

La existencia humana, señores, como los rios que atraviesan el inmenso golfo, cruza la corriente de los siglos, y estos mismos vuelan constantemente á sumergirse en el seno de la eternidad. De esta manera pasa cuanto vive sobre la tierra, presentándonos el mundo como una brillante quimera, como un ser fantástico, como una figura transitoria. *Præterit figura hujus mundi.*

Triste condicion de la naturaleza humana, pues ni la misma inteligencia está libre del dominio de la vanidad! "Si yo he de morir lo mismo que el necio, decia aquel magnífico monarca que habia hecho á los reyes tributarios de su genio, ¿de qué me sirve el haberme aplicado con el mayor desvelo á la sabiduría?"¹ Si en esto habian de terminar los nobles atributos y las producciones eminentes de tu alma sublime, gran Pontífice, ciudadano ilustre, ¿porqué

¹ Ecles. Cap. II, v. 15.

te consagraste con tanto afán á recoger en tu mente los rayos de luz que difundias por tu Iglesia y por tu patria, aprisionando tus dolores en las páginas de los libros? Tú sorprendias al mundo: triste conquista, pues sorprendias una forma vaga, una imágen fugaz, una figura que pasa rápidamente, para nunca volver!

Pero qué, ¿el oráculo del Apóstol proscribiera para siempre los destellos de la sabiduría, y no deja ningun asilo para la verdadera gloria? Señores: si el mundo es una figura, es porque tiene una realidad: si el tiempo arrebatara su imágen entre sus olas, la eternidad aprisiona sus consecuencias y fija para siempre sus destinos. Muere el sabio, así como tambien el necio; mas la sabiduría verdadera, eterna como Dios, sacudirá el polvo de los sepulcros, para proseguir su magestuosa carrera bajo el esplendor perdurable de aquel astro que no tiene oriente ni occidente. Estas tristes solemnidades liquidan el corazon y bañan de lágrimas los ojos. Dios nos deja llorar, porque es el Autor de la naturaleza, y ha dado á nuestra vida por morada un campo vastísimo de tribulacion y de llanto; mas esa pira denuncia un gran misterio, es el trofeo de la religion sobre la muerte. Ese túmulo levantado sobre los pavimentos de la casa de Dios, posando sobre sepulcros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo, é inclinando nuestra frente ante el *Supremo Rei para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad.

Si, señores: ante ese luto sublime de la religion puede citarse al mundo, para que comprenda su origen, sus leyes y sus destinos. Ahí tenéis el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre, el poder de Dios y el poder del hombre, la gloria de Dios y la gloria del hombre. Bajo sus basas reposan los siglos; en su cúspide brilla la eternidad. Como la columna misteriosa de Israel, ese túmulo está juntamente bañado de esplendor y cubierto de tinieblas: si le veis por uno de sus aspectos, os revela con sus dolorosos emblemas el poder irresistible de la muerte sobre la magestad, la grandeza y la gloria del mundo: si volvéis á otra parte vuestros ojos, descubriréis con trasporte el triun-

fo de la virtud sobre el dolor, de la esperanza sobre la muerte, y de la eternidad sobre el tiempo.

El tiempo, señores, con todo lo que mide en sus instantes y arrastra en su curso, es decir, el poder, la grandeza, los honores, la riqueza, la prosperidad, la sabiduría, la gloria misma, andan su carrera misteriosa presentando una faz á los cielos y otra faz al sepulcro. Con sus dos faces atraen al hombre, y el hombre dotado de libertad puede, como todo lo que posee, elevarse á la gloria ó inclinarse á la muerte, recibir la cadena de oro del tiempo que perece, inmolando en la nada cuanto más grato le habia parecido en el teatro de la vida, ó bien hacerlo entrar todo en el pensamiento sublime de su fin, y arrebatarse al dominio del tiempo lo único que no le pertenece, las obras imperecederas de la virtud, que dejando atrás los siglos, vuelan á incorporarse de lleno en los atrios inmensos de la eternidad.

¡Desdichado de aquel que, apasionado irresistiblemente de las formas aéreas de este mundo que pasa, como dice el Apóstol, no tiene á donde volver su corazón cuando le falta un objeto querido! ¡venturoso mil veces el que, viviendo siempre bajo el influjo consolador de la fe y de la esperanza, no pone sus afectos en las criaturas, sino para ver en ellas esa escala mística de caridad, por donde asciende el corazón hasta perderse en el seno de aquel Ser incomprendible y Eterno de donde emana toda la creación!

¡Qué me resta pues, sino llamar el triste acontecimiento á la region de lo infinito, y asirme de la fe y de la esperanza, para mirar á mi héroe colocado ya en la eternidad? La Santa Escritura nos enseña que la muerte es como la vida: la vida será pues el bálsamo para curar la herida consiguiente á una pérdida tan dolorosa.

Hai hombres que vienen al mundo y se retiran de él de una manera desapercibida: hai hombres que al descender al sepulcro, miran volver á incorporarse en Babilonia, cubiertos de luto, pero sin perder sus encantos, ese pueblo de fantasmas que alimentaban su vanidad y su soberbia: hai otros que atraen muchas lágrimas á su postrimera mansión, porque dejan en la tierra mil plantas parásitas, que solo viven de su beneficencia y de su nombre, pero á los cuales

no se les vió nunca volver á Dios lo que es suyo, y siendo benéficos é influentes, no se les pudo encontrar caritativos y santos. Hai otros empero, que nacen á la fe, viven en el culto de la esperanza, y cierran sus ojos en el lecho de la caridad; que siempre atentos á su verdadero fin, tuvieron la firmeza noble de no reservar nada para sí, ni admitir cosa que no pudiera referirse á Dios, y que para valerme de la expresion del sabio, brillaron sobre los pueblos, presidiendo á todas las glorias, durante su vida, y bajaron al sepulcro precedidos de todas las esperanzas, acompañados de todas las virtudes y seguidos de todas las bendiciones, salvando así su nombre y sus destinos de las condiciones transitorias del mundo.¹

Bajo este punto de vista, señores, intento colocarme y colocaros, para pagar este último tributo á la memoria venerable del ILLMO. SR. D. JUAN CAYETANO GÓMEZ DE PORTUGAL, DIGNÍSIMO OBISPO DE MICHOACAN, EX-DIPUTADO Y SENADOR, EX-MINISTRO DE ESTADO, SOCIO DE VARIOS INSTITUTOS, ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO Y CARDENAL *in pectore*² por la munificencia de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pio IX.

¡Cuál es pues mi deber en tan triste solemnidad? Pintar la verdadera gloria describiendo la virtud, y manifestar que la virtud es inseparable de la religion. Encargado de pronunciar un elogio fúnebre en la casa del Dios vivo, debo revelaros el designio que está representado en la vida del personaje ilustre y venerable cuyo sepulcro recoge hoy nuestras lágrimas y nuestros votos. Dios tuvo sin duda un designio cuando quiso reunir en una sola frente los laureles cívicos y las coronas sagradas; y este designio, señores, nunca brilla con caracteres más espléndidos que en la época presente. Nuestro siglo busca la gloria en lo positivo, cifra lo positivo en los goces, y reconcentra los goces en la esfera de los sentidos. Mas la religion juzga de otra manera: nunca separa de la gloria la virtud, y siempre fun-

¹ Si permanserit, nomen derelinquet plus quam mille; et si requieverit, proderit illi. Ecli. XXIX, 13.

² Véase la nota A, al fin de esta oracion.

da en ésta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de ordinario á las glorias de la religion, las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables, como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, señores, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imágen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoy; porque nunca se ha trabajado más en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, señores, probaros con el resumen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caracteres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo que se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo sí dirigiros.

PRIMERA PARTE.

Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. Esto decia Jesucristo pocos dias ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardin de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entónces los destinos de la sociedad, como los caracteres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la cruz. Fueron aquellas palabras la solucion indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atras en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, señores, lo mismo que la verdad, tiene caracteres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la conviccion universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre bogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y desengaños; precipitar el torrente de su execracion sobre los hombres y las cosas que ayer estaban atrayendo sus in-ciensos y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, señores, como la verdad y la vir-

da en ésta los goces del espíritu, la paz de la conciencia y el sentimiento indefinible de una feliz eternidad. El mundo lleva ya mucho tiempo de querer introducir un cisma entre los atributos de la gloria, contraponiendo casi de ordinario á las glorias de la religion, las glorias de la sociedad; mas la fe, mostrándonos á Dios al frente de todas las cosas, todo lo tiene sometido al imperio de aquella unidad celestial en la que todo vive, y de la cual no se desprende cosa alguna, sino para volver á la nada. En este punto la religion y la sociedad son tan inseparables, como el buen cristiano y el verdadero patriota. La religion y la patria, señores, vierten á la par sus lágrimas sobre ese sepulcro, y á mí me corresponde explicar este sentimiento comun, para que brille la gloria de Dios en esta santa solemnidad de la muerte, como resplandeció tambien durante el curso de una preciosa vida. Quiero hablar, ménos á la admiracion y al reconocimiento, que á la imitacion y á la virtud; y si traigo á la casa de Dios la imágen de la gloria que puede adquirirse en la sociedad, es para dejar profundamente grabadas en vuestras almas dos grandes verdades, nunca mas fecundas que hoy; porque nunca se ha trabajado más en desnaturalizar las grandes ideas de la gloria, y en cortar el indisoluble lazo que une bajo la accion de la Providencia la idea política y la idea religiosa. Tócame, señores, probaros con el resumen de una vida llena de grandeza, que la religion domina todas las glorias, pues forma no solo al sacerdote, sino tambien al ciudadano; que á ella pertenecen esos caracteres grandes, eminentes, sublimes, que han llevado á la mas alta perfeccion las virtudes sociales; y haceros por último sentir cuánto debe el mundo á la institucion augusta del episcopado. Sin embargo, al explicarme de esta suerte, no me propongo establecer una division, sino prevenir una consecuencia. A veces el método es demasiado frio, y el sentimiento es mas lógico de lo que se piensa. Yo referiré los hechos; vosotros decidiréis sobre la cuestion de la gloria. No intento preocuparos; debo sí dirigiros.

PRIMERA PARTE.

Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. Esto decia Jesucristo pocos dias ántes de entrar al Cenáculo, pasar el Cedron, penetrar en el Jardin de las Olivas y subir al Calvario. Esto dijo el Salvador del mundo; y al explicarse de tal manera, pronunciaba una sublime profecía sobre el porvenir de la humanidad. Habló, y ya desde entónces los destinos de la sociedad, como los caracteres de la virtud y los atributos de la gloria, quedaron pendientes de la cruz. Fueron aquellas palabras la solucion indirecta de todos los problemas que se habian estado agitando de cuatro mil años atras en la razon de los siglos y en el curso de los acontecimientos. La palabra tuvo ya una idea, y la idea tuvo una realidad en las virtudes espléndidas con que el cristianismo vino á enriquecer á toda la sociedad moderna.

La virtud, señores, lo mismo que la verdad, tiene caracteres únicos, y por lo mismo, donde falten estos no pueden hallarse aquellas. Lo mismo sucede con la gloria. Si ella no ha de partir de la conviccion universal producida por un bien positivo, la gloria es una quimera, es una impostura, es una mentira. Yo bien sé que el mundo no piensa de esta manera: tan reducido en su comprension, como errado en su criterio, ni comprende la virtud, ni legitima nunca la celebridad: localizando siempre la virtud y la gloria, las hace morir. Rei de los sentidos y vasallo del sepulcro, vedle siempre bogar entre nacimientos y muertes, entre ilusiones y desengaños; precipitar el torrente de su execracion sobre los hombres y las cosas que ayer estaban atrayendo sus in-ciensos y su culto, desarrollar una constancia sin ejemplo en sus máximas, en sus opiniones y en su conducta, traer siempre á la discusion el merecimiento, inmolar la virtud en el escepticismo, y trasformar la gloria en un brillante fantasma que gira sin cesar entre el fanatismo y la duda.

La gloria sin embargo, señores, como la verdad y la vir-

tud, no podían tener condiciones tan miserables ni destinos tan precarios: necesitaba sin duda principios mas fijos, medios mas seguros y resultados mas infalibles; y como la firmeza, la seguridad y la infalibilidad, en toda la extension de sus términos, no es posible que se produzcan jamas por una causa contingente, débil é inconstante, la gloria verdadera, como la verdad esencial y la sólida virtud, no aparecieron en su plenitud, sino con la mision que trajo de los cielos el Santo Fundador del cristianismo. He aquí las verdades que brotan de toda la historia moderna, las convicciones que deja profundamente arraigadas en el alma el estudio de diez y ocho siglos. Desde que la virtud contó con un criterio y la verdad con una institucion, la fama tuvo un canal mas puro, y la gloria pudo atravesar sin inconveniente por la vasta carrera de los siglos, á pesar del inevitable término de todas las grandezas humanas. La gloria en otro tiempo parecia quedar solo para fecundar á los oradores é inspirar á los poetas. El genio especulaba con los recuerdos, la celebridad no tenia poder alguno para enjugar las lágrimas del corazon, y en este caso convendréis en que no era nada. Porque, señores, si la gloria es para quien la conquista, ¿qué es la gloria cuando él ha perecido? Sino ha de ser para él jamas, ¿á qué fin darla el nacimiento? ¿Con qué recursos puede contar el genio para inspirarse, ni la virtud para sostener sus terribles combates?

Felices nosotros, que podemos discurrir sobre la gloria frente de los sepulcros, y rendir ante la imágen siempre viva de la esperanza, los escombros de los siglos y los trofeos de la muerte. La religion cristiana cifra siempre la gloria en la virtud; mas nunca reconoce la virtud fuera del círculo en que al mismo tiempo giran su accion y su pensamiento. Ella, señores, ha bañado con su esplendor purísimo los Estados y los siglos que han vivido de su espíritu; pero es precisamente porque solo ella produce, afirma y conserva las virtudes sociales. ¿Qué prueba mas brillante pudiera daros aquí, que la vida literaria y social del ilustre personaje que lloramos?

Sin duda que es un grande y bello espectáculo el que nos presenta una cuna en que se mecen juntamente las infancias del hombre, del genio, del honor y de la gloria: una vida

donde comienzan á correr los anales del propio merecimiento, y á desenvolverse en la inteligencia y el corazon los gérmenes preciosos de la sabiduría y la virtud, como es bello á par que sublime ese criterio católico, que si admite las tradiciones de familia, la alteza de rango, la luz de una historia gentilicia, es como una comitiva exterior que se honra y engrandece con el mérito propio de la persona á quien rodea. El genio de esos grandes caracteres sociales que llaman con viveza la atencion del mundo, parece desdeñar con cierta magestad las fechas de privadas genealogías y el empeño de engrandecer las dimensiones de una familia, para incorporarse de lleno en las épocas, y darse todo á los destinos del género humano. El nacimiento y la muerte de los grandes hombres parece coincidir con las épocas mas señaladas del mundo. Los antecedentes del genio y de las altas virtudes sociales tienen su rango de familia en el gran cuerpo de los bienhechores de la humanidad: sus fechas son en cierta manera históricas, porque vienen á refundirse, digámoslo así, en las que andan al frente de las vicisitudes políticas y morales de las naciones. Cuento en este número al Illmo. Sr. Portugal, pues mientras de todas y por todas partes corria bajo las basas de la sociedad universal el tenebroso y horrible trabajo de una reaccion organizada contra el poder moral, filosófico y político de diez y siete siglos, vino al mundo juntamente con otros hombres insignes, á quienes preparaba ya la Providencia para reorganizar la sociedad. Tengo razon para creerlo así, vuelvo á decir, pues nacido diez y seis años ántes de la revolucion francesa, figura en nuestra historia patria como uno de los sabios mas esclarecidos que han explotado sus consecuencias políticas en pro de la República mejicana.

Aquel carácter enérgico, aquel juicio sólido, aquel espíritu noble y elevado, dieron su crepúsculo en el seno de su familia y desde los primeros dias de su infancia. Señores, el genio se anuncia, como la grandeza; la virtud brilla aun en la oscuridad donde se coloca; y si alguna vez lo futuro viene á formularse en lo presente, es precisamente durante esos periodos por donde se desarrolla, para tocar á su completa madurez, el carácter de los hombres insignes. Tal se muestra á mis ojos en su vida literaria y política el sabio

incomparable, el ciudadano ilustre á quien lloran hoy sobre ese túmulo las letras y la patria.

Propóngome seguir en él la carrera del sabio, y le veo con cierta especie de trasporte desarrollando ya desde el principio aquel poder sublime de la inteligencia con que se dan á conocer los talentos clásicos desde la infancia de su celebridad. Ellos retribuyen al céntuplo los honores que reciben, y por esto el Seminario de Guadalajara y su ilustre Universidad están cubiertos hoy con el esplendor de su gloria: por esto los pensamientos del grande hombre andan germinando en el talento de muchos sabios, y por esto cada día parecen rejuvenecer en Jalisco las memorias del Sr. Portugal, relativas á la época en que desempeñó con tanta gloria el magisterio ilustre de las ciencias.

Tal es el privilegio del sabio. Mas esta sabiduría tan codiciada en todos los siglos, esta sabiduría con que filósofos y políticos buscaban constantemente la gloria, fallaba siempre, bien lo sabéis, en los momentos mas críticos de la prueba, y por eso nada era tan precario y tan dudoso como la gloria. A vos ¡ó Dios mío! estaba reservado hacer bajar al corazón las concepciones de la inteligencia, y formular en las grandes virtudes los felices efectos de la doctrina y de la ciencia. El Illmo. Sr. Portugal, como el insigne Bossuet, buscaba siempre en el gran código del mundo regenerado las máximas preciosas que forman al ciudadano: sabia muy bien que el corazón del sabio se ha de abstener del mal, y que en la observancia diligente de la justicia está cifrada la primera condicion de la gloria.¹

Ya no me admiro, señores, de ver á este hombre incomparable muy joven todavía, y cuando aun no habia recibido ninguna de las altas condecoraciones de la Iglesia ó del Estado, disfrutar en la capital de Nueva Galicia entonces aquellas consideraciones distinguidas que irresistiblemente atraen sobre sí los grandes hombres, por el rango personalísimo en que les colocan el genio, el talento, el saber y la virtud. Ya comprenderéis que os hablo de una época y un teatro que, si han recibido los apodos de *oscuros* por la miserable superficialidad de nuestros días, eran sobremanera

¹ Eccli. 3, 32.

respetables á los ojos de los verdaderos sabios: os hablo de Méjico en una de sus mas brillantes épocas; me refiero á un tiempo en que se preparaban las ilustres carreras que mas hemos admirado despues en los altos personajes de la nacion, en que figuraban hombres que han recibido los honores del talento en las córtes de Castilla, hombres que han estado al frente de los negocios públicos ocupando la primera magistratura de la nacion, en que se educaban hombres que han llevado con honor despues la cartera del gabinete en los ministerios de Estado, en que la milicia tenia sus capitanes insignes, la toga eminentes jurisconsultos, la Iglesia sabios doctores; en que las ideas se desarrollaban con increíble precocidad, en que el Episcopado, por último, tenia modelos de todos géneros en la santa Iglesia mejicana: os hablo de un tiempo en que se andaba y padecia mas que ahora para llegar á los últimos honores de la carrera, y en que todavía no empezaba á correr la era de las apologías. ¡Cómo encarecer bien el eminente mérito de un hombre que tuvo una primacía de eleccion para dirigir la voz de la Iglesia al primer cuerpo electoral del Estado, que recibió tantas pruebas de estimacion y de concepto en aquella ilustre sociedad, que tuvo el honor de poseer en alto grado la confianza del Illmo. Sr. Cabañas, y el timbre bien raro de un voto académico, emitido espontáneamente para recompensar su saber y su elocuencia?¹ De este modo su nombre corria entre las alabanzas de los pueblos y el testimonio de la Iglesia. ¡Brillante corona que pone el Espíritu Santo sobre la frente del verdadero sabio! *Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudes ejus enuntiabit Ecclesia.*²

Pero los años corrian en tanto, y apresuraban la venida de aquella época en que nuestra patria, saliendo de la tutela de tres siglos, habia de alistarse en el catálogo de las naciones, aquella época en que el pais, rendido casi á la penosa contienda que habia sostenido por dos lustros, parecia vacilar entre la consumacion ó el abandono total del pensamiento que se anunció en Dolores en 1810; la época en que los golpes mas terribles, las experiencias mas costosas, los des-

¹ Véase la nota B al fin del sermón.

² Eccli. cap. XXXIX, v. 14.

engaños mas funestos habian como amortiguado el antiguo esfuerzo, y llamaban al terreno del consejo, del cálculo y de la sabiduría, la cuestion que se habia debatido sin orden en el campo de batalla; la época en que acaso por la primera vez el criterio político abarcaba en su pensamiento la situacion del pais; la época en que iban á sopesarse, digámoslo así, por las mas altas inteligencias de Méjico las esperanzas y los recursos de dos grandes colonias para llegar á la independencia. Era necesario reunir á los grandes hombres, y no existian aun en el punto de exageracion que hoi conocemos esas rivalidades políticas, que han venido á crear entre nosotros cierta especie de escepticismo cuando se trata de recompensar el mérito y la virtud. Las reputaciones de esta época estaban acrisoladas en todas las pruebas, y podian pasar á la posteridad sin el inconveniente de la duda. Una de estas reputaciones esclarecidas fué la del SEÑOR PORTUGAL: nuestros fastos nacionales le presentan como uno de los individuos á quienes fué cometida la promocion de nuestra independencia, y en tan célebre junta, impelido por una confianza y un honor sin límites, desenvolvió aquella imponente actividad, cuyo recuerdo se conserva todavia mui vivo al cabo de treinta años.

No todos los tiempos son igualmente propicios para la celebridad: hai siglos estériles y siglos fecundos, y la realizacion de la independencia de Méjico forma una de esas grandes épocas donde la posteridad ve incorporarse de lleno á los héroes y á los sabios de primer orden. No podia ocultarse al Sr. Portugal la conquista que acababa de hacer para su nombre; pero esto, que hubiera sido ya mucho para la ambicion, era mui poco para la virtud. Tal es la diferencia que média entre el ciudadano que forma la política y el ciudadano que forma la religion: el uno se ve á sí mismo; el otro ve siempre á la patria: el uno complica sus intereses con los intereses sociales; el otro inmola sus intereses y sus esperanzas en las aras de la prosperidad pública: el uno ve siempre al pueblo, por lo que de él espera; el otro ve siempre á Dios, por lo que de sí desconfía: el uno arrastra con pena los disgustos por entre la carrera de los aplausos; el otro soporta con dificultad los honores por el sendero de los sacrificios y el teatro de las sólidas virtudes.

De esta manera admiro el genio de la religion en el carácter social de tan esclarecido personaje, y no me sorprende ya que esos tributos de honor, que tanto relajan á veces los resortes del merecimiento, no enerven sus facultades ni detengan sus pasos por la carrera de bien. Vedle, si no, en el gran sistema de su vida política; seguidle por esa carrera vastísima que anduvo entre la admiracion y el reconocimiento. La independencia, que para otros era un objeto final, se presentó siempre á su vista como la grande transicion de un pensamiento que arrastraba de continuo su corazón á la sólida ventura, progreso legítimo, goces reales y grandeza bien entendida de su patria. Ved cómo domina esta idea en todos los pasos de su carrera pública, cuál se sobrepone á todas las dificultades, y cómo triunfa en las situaciones mas imponentes y en las crisis mas terribles. ¡Quién de todos los que me escuchan, quién de todos mejicanos echará nunca en el olvido aquella época para siempre memorable, en que desarrollándose sobre las opiniones no sé que influencia fatal, electrizó las pasiones políticas hasta el extremo de precipitar aquella tremenda crisis que tuvo su desenlace en la expulsion de los españoles? ¡Y quién podrá recordar esta época, sin ver descollar entre todas sus eminencias históricas la imágen respetable y gloriosa del esclarecido ciudadano que ha perdido nuestra patria? Preocupaciones funestas, intentos mal encubiertos, ambiciones rayando en frenesí, odios rápidamente encendidos al fuego devorador de las pasiones de partido, cálculos en que todo el porvenir se sacrificaba ante los mal entendidos intereses de lo presente, plantaron aquí y allá la semilla funesta que vino á dar sus frutos en una ruina que la nacion mejicana no reparará nunca: en ese golpe funestamente memorable que hizo sucumbir ante las legiones armadas á los augustos representantes de la nacion, y que con el ejemplo mas humillante que presenta nuestra historia, parecieron desplomarse sobre los padres conscriptos las techumbres del santuario que encerraba con la magestad de las leyes todo el porvenir de la nacion mejicana. *Union*, dijo el héroe de Iguala, y un solo dia, una sola hora, un momento solo, por ventura, resolvió la cuestion de tres siglos. *Expulsion de españoles*, pronunciaron algunos malogrados caudillos, y en el mismo santuario de las leyes

quedó violado el pacto, desapareció el grandioso elemento de la prosperidad pública: las pasiones vieron brillar su día; pero la nación joven empezaba ya á sentir la parálisis que tan prematuramente había de orillarla hasta el sepulcro. ¿Quién conjurará esta tormenta? ¿quién pronunciará el *hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿quién desplegará sus labios, para reclamar en frente de las furias indómitas los sacros deberes de la justicia? ¿quién volverá por la causa de la religión y de la moral en el fondo de ese torbellino político? ¡Ah, señores! Todo es en vano para salvar á la inocencia. *Expulsion de españoles*, pronuncia un soldado, *expulsion de españoles* grita un tribuno, *expulsion* gritan las turbas seducidas, *expulsion* resuena dentro de los muros encubiertos en que pasan los clubs: es una especie de fiebre, que cunde por todas partes. Elimínase de la historia de tres siglos cuanto podía tocar á la compasión y afectar á la gratitud; enloquécese las opiniones, prostitúyese la prensa, envilécese la crítica, condénanse los clamores de la verdad y los acentos de la justicia; y no parece sino que, para castigar el perjurio de tantos corazones avasallados á los intereses del momento, Dios dejó caer las tinieblas de la noche sobre las ántes esclarecidas mentes de tantos varones insignes. ¿Dónde está el hombre de esta época? ¿Dónde el varon celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Dónde la palabra triunfante que ha de pronunciar la solemne protesta de la verdad, de la justicia y de la religión contra los furores impíos de una facción desenfrenada? ¿Quién se atreverá á desplegar sus labios en una crisis tan terrible? ¿Quién querrá ser el mártir de la patria, inmolando la boga del momento y la falsa quietud de la cobardía en las aras augustas del deber? ¡PORTUGAL, insigne PORTUGAL, esclarecido patriota: he aquí tu hora, he aquí tu teatro! A este punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. ¡O días para siempre célebres! ¡O época perdurable en los fastos de la gratitud! En los momentos mismos, señores, en que la iniquidad consumó su obra, la virtud cívica creó un héroe. Partiéronse las entrañas de la grande nación, rompiéronse los lazos de la inmensa familia, hundiéronse las tradiciones gentilicias bajo las huellas confundidas de un pueblo de proscriptos y un pue-

blo de perseguidores; pero salvóse la verdad, salváronse los principios en la vigorosa elocuencia del Illmo. Portugal; y él solo, al frente de unos cuantos escogidos por Dios, para que el error y la iniquidad no prevaleciesen, quedó en pié sobre tantas ruinas, anatematizando lo presente y salvando el porvenir.

¿Qué no podría decirnos, señores, si analizando su vida política, ó siguiéndola paso á paso con la mirada profunda de la reflexion, me empeñase en mostrar uno por uno los cuadros magníficos que ella contiene? ¿Quién olvidará jamas aquella elocuencia varonil, aquella lógica irresistible, aquella fuerza de persuacion, aquel grave peso de autoridad que habian llegado á ser sus caracteres, y que se recordaban con solo su nombre? Sus mismos enemigos en el debate parlamentario rodeaban su tribuna cuando se anunciaba con la palabra, pagando así al orador insigne un tributo de admiracion y gusto, en los momentos mismos en que tronaban tambien contra el antagonista. ¡Admirable triunfo, que no consiguen por sí los mas bellos talentos, si no cuentan con el ascendiente de la autoridad y los respetos de la virtud!

¿Quién extrañará, pues, que aquel carácter social de primer orden haya constantemente fijado la opinion pública para los mas delicados empleos? ¿quién no ve, que solo la voz de la religión, llamándole á un principado de la Iglesia, pudo haber hecho que hubiese quedado vacía la silla curul que habia ocupado con tanta gloria?

Mas no imaginéis por esto, señores, que su advenimiento al episcopado hubiese apartado su corazon de las exigencias imperiosas, de las grandes crisis, de las glorias ó pesadumbres de la patria. Nunca olvidarémos aquella época en que las facciones triunfantes le mandaban á una parte, y la opinion pública le fijó en otra; en que marchando al destierro, entró en el gabinete; y en que, anticipándose tal vez aquella triste melancolía con que agrava el corazon del proscrito la imágen de la patria, se vió súbitamente convertido por la Providencia divina en un agente de la restauracion social, en órgano del poder público, bajo la investidura honorífica de *Ministro de justicia y negocios eclesiásticos*, cuando se trataba nada ménos que de restaurar la moral casi perdida, y de reponer á la Iglesia en los derechos que á mano armada

la habian disputado las pasiones políticas, desde los escaños del congreso y los palacios de los gobiernos.

Pero qué, ¿es esto todo? Sin duda alguna que ha ganado mucho lustre para la simple celebridad el ciudadano eminente que logra recorrer tantos grados por esta escala bien difícil de honores y de confianza pública: mucho es haber merecido el derecho de sufragio en las juntas electorales, pagado á la patria un cuantioso contingente de saber en las grandes discusiones; oprimido el error sofístico bajo el influjo de una dialéctica irresistible á la faz de ilustres galerías, avasallado el talento de la oposicion entre los aplausos del pueblo y ante la imagen seductora de la verdad triunfante en los parlamentos, encadenado la opinion, electrizado el entusiasmo y subyugado las pasiones con el ascendiente y bajo el poder de la elocuencia tribunicia. Pero vuelvo á decir, ¿es esto todo? Yo interpelo á vosotros, políticos profundos, sabios distinguidos, los que habéis ocupado y ocupáis aún los primeros asientos en la noble galería de nuestros hombres de Estado, los que sentís palpitar vuestro pecho cuando se habla de triunfos y derrotas en las vicisitudes inapreciables de la opinion, los que hojeáis el libro fugitivo de vuestras memorias políticas cuando se trata de caracterizar el influjo vario del talento, del genio y de la accion en la marcha de los negocios y en la suerte de la sociedad. ¿No es verdad que no se han limitado á solo esto vuestras aspiraciones patrióticas? ¡Ah! si en tan excelentes rasgos de un carácter político estuviera cifrado todo el bello ideal del ciudadano influente, la gloria sería de muchos; pero la gloria es de pocos, porque pocos en verdad llegan al *non plus ultra* del merecimiento y del concepto público. Sea que en esta noble prerogativa del genio y de la virtud figure solo el cálculo de la inteligencia en el gobierno de la conducta, sea que juegue tambien con sus caprichos la fortuna varia de los hombres, pocos entre ellos hai que cuenten con la luz y fuerza necesarias para salir del torbellino tenebroso de las contiendas civiles á presentar, con una frente limpia y un continente reposado y magestuoso, al hombre *sin miedo y sin tacha* de la historia, al héroe civil, si me permitís la frase, que despues de haber electrizado la imaginacion, ha recogido los triunfos mas espontáneos y

universales entre las turbas beligerantes, en medio de las crisis mas peligrosas y con el beneplácito de todos los partidos. Esto es ya mucho, señores; esto es todo, porque esto es la gloria en el orden civil; y, demos á Dios las gracias, esta gloria social fué la propiedad cívica, digámoslo así, del Illmo. Sr. Portugal, considerado como ciudadano, como elector, como diputado, como senador, como ministro, como patriota y como verdadero mejicano. Dios nos dió una patria, y quiere que la amemos: á Dios vuelva la gloria de que Méjico cuente entre sus hijos un modelo tan perfecto de todas las virtudes sociales.

Pero, señores, decidme: si hubiésemos de suprimir de aquí las ideas de la religion; si en la imponente categoria de tantas causas impulsivas de la conducta social no figurase, y en el mas excelso rango, el verdadero fin del hombre, cifrado en amar á Dios sobre todas las cosas, para verle y gozarle eternamente; si con tan penosos é ilustres esfuerzos no ambiciona el ciudadano distinguido sino el incremento de los honores, la boga popular, el respeto y la admiracion del mundo; ¿qué viene á ser todo esto que acabo de presentaros como un tegido brillante de preciosas margaritas para ornar las sienes de mi héroe? Dicho estaba por el sabio mucho tiempo ántes de que la gloria cubriera con sus albores póstumos las elegantes estátuas de los Demóstenes y Tulios, de los Cincinatos y Camilos y tambien de los Constantinos y Carlo-Magnos. ¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Quién puede pasar su vista por las primeras páginas del Eclesiastes, de esta tristísima recapitulacion de todas las grandezas humanas, que hace la Verdad por esencia en el primero de todos los libros, quién, que acabe de leer estas páginas, tendrá todavía calor en la sangre, colorido en la imaginacion, aliento y ánimo, para escuchar sin frialdad esas narraciones fastidiosas de unos hechos, ruidosos é ilustres, si queréis, pero en que no hayan tenido parte alguna la religion y la moral?

Acordaos de aquel Rei en quien parecian competir la gloria y la sabiduría; acordaos de aquellos instantes solemnes en que, llamando á la revision la historia de un reinado magnífico, pronunció á la faz de los siglos dos palabras que han quedado vivas sobre los sepulcros, para perpetuar en el pensa-

miento de las edades futuras todos los desengaños: *¡¡ Vanidad de vanidades!!* Acordaos de aquel rigor inflexible con que somete á la lei de la nada hasta lo que ménos accesible parece á los embates de la muerte, es decir, las producciones del pensamiento: "Yo he aplicado, decia, mi corazon al pensamiento de la prudencia y de la doctrina, de los errores y desaciertos, mas he visto que aun esto no era mas que afliccion de espíritu." Acordaos de aquel sublime resúmen que hace de la misma naturaleza, de aquella vista profética sobre el mundo físico y moral, de aquel exámen severo de cuanto pasa en el orbe entre la admiracion y la fama, reducido todo, bien lo sabéis, á la triste condicion de la vanidad. "He presenciado todo cuanto pasa en la tierra, decia, solo para desengañarme de que todo es vanidad y afliccion de espíritu." Pero al ménos, será plácido para el alma el pequeño rato de la existencia: pasa la gloria efímera del tiempo; mas pasa entre las risas y los placeres. ¡Ah, señores! ¡vano consuelo, triste y miserable recurso! *¡¡ Vanidad!! ¡¡ Vanidad de vanidades, y todo vanidad!!!*

Si en esto pues, vienen á parar todas las cosas; si las concepciones ilustres, los caracteres eminentes y los hechos famosos, pierden hasta su significado propio en el sepulcro; riquezas, magnificencia, talento, genio, poder, grandeza, celebridad, gloria, términos excepcionales, expresiones negativas con que la vanidad intenta de continuo fascinarse, abandonad por fin nuestro entendimiento y nuestro corazon, para dejar el campo libre á la moral; salid hasta de las páginas de nuestros libros; no vengáis á tiranizar con vuestras imposturas nuestra existencia, atrayéndonos de continuo hácia esos lechos de flores que os complacéis en tender sobre las lozas de los sepulcros! ¡No nos impongáis con vuestros vanos prestigios la dura lei de invocaros, ni ménos aún en estas festividades de la muerte!

Ya no me admiro, señores, de haber visto colocada la abnegacion de sí mismo en lugar de la grandeza, del brillo y del poder en el código sublime de la gloria: no me pasará ver alguna vez vacíos los tronos, y abandonadas las cortes pa-

¹ Véase el capítulo del Eclesiastes de donde se ha tomado el fondo de esta prueba.

ra poblar los desiertos y habitar los claustros: ya sé porqué los Crisóstomos y Basilio huían, como la paloma amenazada por la saeta, de una mitra que venia á colocarse sobre su frente: no me confunde ver á los Gerónimos y Agustinos desdeñar los laureles de los Demóstenes y Tulios, á la vista de una cruz de madera: nada tiene de extraño para mí que el ángel de las escuelas católicas haya preferido á Dios sobre todo, cuando Dios venia ex-profeso á ceñir sus sienes con la corona que quisiera escoger en recompensa de la sabiduria con que estaba admirando al mundo. Ya comprendo porqué las rojas palmas del martirio crearon una pasion, digámoslo así, en el pecho de los primeros cristianos, y porqué el Apóstol de las gentes, despues de haber visitado el Areópago, no queria saber mas que á Jesucristo crucificado. Todo lo que el tiempo mide y la muerte toca, no merece fijar nuestra atencion: nada de lo que concluye es duradero, y una alma nacida para la eternidad no puede encontrarse bien bajo el cómputo mezquino del tiempo.

¡Infeliz de mí, señores, desdichado tambien de mi héroe, si no hubiésemos comprendido la gloria como la pinta y retrata el Espíritu divino por la boca de Salomon! Su vida entónces y su gloria se habrian evaporado sobre esa tumba, y mis alabanzas se perderian en el desierto, como los fugaces brillos de la vanidad en las tinieblas del sepulcro. Pero no es así. Predestinado por la gracia para edificar con las lecciones y los ejemplos de una verdadera sabiduria, el Señor Portugal sorprendió el desengaño en su corazon desde la mañana de su vida. Mas instruido en la ciencia de salvarse que en el arte de distinguirse, sabia mui bien el uso que debia hacer de las grandezas de este mundo, y comprendia la eterna subordinacion en que Dios ha querido colocar los atributos de la gloria.

No estaba en su mano, bien lo sabéis, desprenderse de la luz que le rodeaba por todas partes. Por una razon contraria, la gloria sigue al genio y á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo. Tembló delante de su fama; entraba en alarmas continuas al contemplar su influencia; agotaba los recursos para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento

continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus ciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad; sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio; á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo; á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su táctica, señores, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡O si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social, seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Señor Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mejicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respe-

table auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civilizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza, estrechado los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, señores, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano; y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.

El hombre llamado á un estado tan sublime es depositario de un tesoro inestimable, y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. El posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazon, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imágen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepulcros y humilla el poder indómito de la muerte. Co-

continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estatua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus ciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad; sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio; á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo; á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su táctica, señores, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre, durante su travesía por la vida, entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡O si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social, seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano! Mas yo debo llamar las glorias del Señor Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mejicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respe-

table auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civilizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza, estrechado los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, señores, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra; un estado que resume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano; y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.

El hombre llamado á un estado tan sublime es depositario de un tesoro inestimable, y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. El posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazon, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imágen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepulcros y humilla el poder indómito de la muerte. Co-

locado entre lo pasado y lo futuro, piensa con la razon de los sabios que le han precedido, y mira con la vista de los profetas que maneja sin cesar: abriga en su corazon las lecciones de los varones ilustres, revisa cuanto hai de grande, útil ó pernicioso entre todos los hombres y en todos los países de la tierra: otorga todos los dias las primicias de su pensamiento al autor de su ser, y baja de los cielos con su oracion continua y fervorosa el espíritu de inteligencia que luego esparce como la lluvia, con las máximas sublimes de la sabiduría sobre el espíritu de los pueblos: toma las alturas para distribuir la doctrina que enriquece su alma, y cifra toda su gloria en meditar y exponer de continuo la lei que no tuvo principio, el gran Testamento del Señor.

Ved con qué caracteres tan sublimes se ostenta en su palabra la sabiduría, y de qué modo tan diverso recoge y distribuye los rayos de la gloria: la celebridad le sorprende en su pacífico retiro, y mientras él deplora sus tinieblas, los hombres admiran su genio, la generacion con quien vive recoge su sabiduría, como un tesoro inapreciable que lega sin menoscabo á las generaciones que vienen. No temáis que perezca su memoria, porque las naciones pregonarán sus virtudes ilustres, y la Iglesia toda celebrará sus alabanzas: no os alarméis al contemplar esa sublime abnegacion en que se coloca, ni receléis tampoco que llegue á quedar desierta su tumba; porque "durante su vida, dice el Eclesiástico, tendrá mas nombradía que mil otros, y cuando le llegue su hora entrará sin inquietud en la carrera misteriosa de la eternidad."¹

Tales son, señores, los datos verdaderos y únicos que el Espíritu Santo me suministra para comprender y estimar la verdadera gloria, y es muy grato para mí haber sorprendido vuestro corazon con un retrato que tiene una imagen en cada uno de los que me escuchan. Yo no he temido hacer esta pintura para daros el antecedente instructivo que debe prepararos á presenciar el cuadro de este modelo que ha quedado en la Santa Iglesia de Michoacan, para la perfeccion del sacerdocio, sobre el respetable sepulcro de nuestro digno Prelado. Dios ha querido, sin duda, que quedase ahí en

¹ Eccli. Cap. XXIX, v. 13.

pié para su gloria y nuestro ejemplo, y me ha destinado á mí para que sea su intérprete delante de vosotros, explicando lo que quiere de sus ministros con solo referir lo que ha hecho el venerable Pontífice de quien hablo.

Grave, modesto, recogido, obediente, piadoso en suma; tal se me representa este hombre cuando corrieron los bellos dias de su infancia, dando á esta primera época de la vida cuanto concederla podia la virtud y el juicio, y rehusándola con firmeza muy superior á sus años lo que piden entónces los sentidos y los caprichos de la edad, é imperiosamente demandan ya desde léjos las pasiones que se insinúan. Creo verle entre los niños como el pequeño sacerdote de la infancia, rodeado de ciertos respetos, y gozando de ciertas consideraciones que acaso no comprendia. Mil bellos pronósticos andaban tal vez delante de sus pasos, y él acaso no daba uno solo sin justificarlos y robustecerlos.

Trasládome al Seminario con mi imaginacion inspirada por su virtud, y le veo allí continuar esta carrera pacífica y digna, realizando con su conducta inalterablemente arreglada la idea inexplicablemente grata de un verdadero *seminarista*, es decir, de una piedra escogida para la casa de Dios, colocada incesantemente bajo la mano laboriosa de la gracia, de una semilla católica, preparada y robustecida para que no se acabe nunca, sino ántes bien crezca y se multiplique la verdad y la virtud entre los hombres: de un verdadero *seminarista*, es decir, de uno que se forma en la escuela del Santo Concilio de Trento, y que lleva sobre los emblemas que adornan su vestidura, las esperanzas vivas de la Iglesia y del Estado: de un verdadero *seminarista*, es decir, de un jóven que en el pulimento de su razon y en el cultivo de su voluntad no anda solo bajo la direccion de un ayo, ni se reduce al círculo de una escuela secular, por muy numerosa que sea, sino que camina siempre entre la historia y la eternidad, trayendo á sus espaldas sesenta siglos de tradiciones augustas, de memorias venerables y de glorias diversas, y teniendo al frente la santidad y la bienaventuranza, como objeto y término de su vasta carrera: de un *seminarista*, es decir, de uno que se incorpora en esa única universalidad católica, constituida sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y levantada sobre la piedra angular de Jesucristo, donde están

todas las verdades y todas las virtudes, y á donde no penetran los errores y los vicios, sino para huir con la reprobacion y el anatema: de un verdadero *seminarista*, de un candidato del sacerdocio, de un levita en el cuerpo de la familia, de un ministro sagrado bajo la accion del magisterio, de un apóstol en su cuna, de un Pontífice en la escuela de Jesucristo.

Todos aguardaban con impaciencia ver las manos del Pontífice sobre aquella frente limpia; y su advenimiento al sacerdocio no causó la sensacion de la sorpresa, sino el indefinible gozo de un deseo felizmente realizado. Un sacerdote, señores, tiene varios ministerios en la casa de Dios, y el Señor Portugal, que habia de venir con el tiempo á incorporarse en la augusta asamblea de los pontífices, se preparó á esta vocacion de plenitud con el ejercicio constante del sacro presbiterado. No llevaba sobre sus hombros el destino eterno de una feligresia bajo el título de Párroco, y ya se preparaba, irresistiblemente impelido por el espíritu de su vocacion, al ejercicio de todos los nobles atributos de estos padres de los pueblos. Amigo de las ciencias y del estudio, como el que más, pudo haber quedado satisfecho con ocho años de incesantes trabajos científicos, sostenidos por el celo de la Iglesia, y empleados en formar la juventud, de donde habian de salir los sacerdotes. Pero la caridad, siempre fecunda y siempre expansiva, no sabe restringirse; y por esto, cuando acaba de dejar los libros en su habitacion, y las doctrinas en el espíritu de sus discípulos, recoge como en un punto los ahorros de tiempo que en cada dia le proporciona su eficacia, para salir de su colegio á explayar su corazon con los únicos recreos que tiene un verdadero sacerdote, en el íntimo comercio con Dios y la edificacion constante de sus hermanos. La palabra *no me obliga*, jamas posó sobre sus labios. Lleno siempre de caridad y de celo, hallaba siempre en su corazon de padre los preceptos que no encontraba en los decretos de la Iglesia. Ya le veis asistente á las piscinas sagradas para lavar con la sangre del cordero los pecados del mundo; ya con Jesucristo en las manos para ministrar la vianda de eterna salud en el rico festin del Esposo; ya en la cátedra del Espíritu Santo para repartir el alimento de la doctrina, tronar contra los vicios, exponer á la veneracion pública los misterios de

nuestra redencion, encarecer la felicidad de los justos para darles sucesores en la tierra, hablar en favor de la sociedad y en nombre de la religion á esas respetables asambleas cuyo sufragio solemne habia de formar al magistrado; ya finalmente, para honrar con la elocuencia fúnebre la memoria de los hombres eminentes: es decir, señores, la predicacion en todos sus aspectos, en todas sus glorias, si queréis.

Fuera de estos ministerios, ¿quién contaria esos otros de que tan inmenso partido saca la familia de Jesucristo? ¿Esos que pasan de la palabra al oido; pero que arrancan muchas victimas á la desgracia y muchos pechos á la desesperacion? Fué pobre, porque estaba destinado á ser el padre de los pobres. ¡Tan sublime virtud mui raras veces se forma en la casa del opulento! Pero pobre, sintió muchas veces inundado su corazon con el santo gozo de la limosna. Verdadero sabio segun Dios, jamas buscó la medida y el peso material para estimar la virtud; porque su fe siempre viva le enseñaba que una sola gota de agua dada por Jesucristo, valia mas que todos los tesoros de Creso repartidos por la mano estéril de la filantropía. Y pobre, señores, fué respetado, porque Dios le guardaba para ser el escudo y la egida del sacerdocio en medio de un siglo frívolo. Siempre tenia presente que no llevaban mas de una túnica los vencedores de los Césares, pero bastante ilustrado para erigir un escrúpulo en una regla, comprendió los designios sociales del catolicismo, y respetaba en el Illmo. Cabañas lo que un espíritu ménos grande hubiera censurado. Lamentaba sí, como lamenta todo buen católico, las necesidades que han creado los siglos; pero reconocia y predicaba al mismo tiempo, que el sublime carácter nunca habia de encubrirse bajo un brillante modio, sino enseñorearse á la faz del mundo de todas las grandezas, como dice San Gregorio. La decencia estuvo siempre en su porte y en su casa, como la sabiduría brillaba en su entendimiento, y la virtud se albergaba en su corazon.

Con unos antecedentes tan felices fué promovido á la coadjutoria de los pontífices, repartida, como bien lo sabéis, en ese respetable cuerpo de pastores de segundo orden, que llevan el nombre de *párrocos*.

¿Qué no podria deciros, señores, si escribiendo su historia,

mas bien que consagrándole este fúnebre homenaje de admiración y reconocimiento autorizado por la santa Iglesia, tuviese á mi disposición el tiempo y el auditorio, para seguirle paso á paso por toda su edificante carrera parroquial? ¡Ah! Yo os haría una pintura fiel de todos sus trabajos y vigili-
 as: os manifestaría con transporte aquel prodigioso incremento de caridad y celo, que le atraía tantas bendiciones de todas partes: os haría notar aquella tierna solicitud por su rebaño, que le fijó siempre en su primera parroquia, desechando los ascensos á donde su mérito reconocido le encumbra-
 ba: ¹ repasaría con transporte para la gloria de Dios y edificación vuestra, la dilatada carrera de quince años pasados al frente de su pueblo, empleados en el ejercicio de todas las virtudes que la santa Iglesia quiere que brillen en los Párrocos, sin permitirse ni aun aquellos desahogos concedidos por el Santo Concilio para dar algún tiempo al descanso, rehusando salir del seno de su querida grei, aun con licencia de su Prelado, sino desde aquel día en que la causa pública, llamándole á otro género de negocios en nombre de la religion y de la patria, ensanchaba el círculo de acción en que había de ejercitar su celo y su sabiduría. Sin hacer otra cosa que referir sencillamente su historia, estoy seguro que dejaría embelesada vuestra vista con el mas bello cuadro, presentándoos la imagen viva del verdadero padre del pueblo en el *Cura de Zapopan*. Pero, señores, breve es el tiempo, inagotable la materia; y con haberos hablado del Illmo. Portugal disponiendo su corazón para el clericalato desde su tierna infancia, formándose para sacerdote desde su juventud como seminarista, ejerciendo el ministerio eclesiástico como simple presbítero, y presentando un perfecto dechado en su carrera parroquial á la imitación de los que llevan sobre sus hombros por este aspecto la cruz de Jesucristo, apenas he iniciado mi asunto. El grande hombre estaba llamado á la cumbre del sacerdocio, para el ministerio del episcopado. Abriéronse los labios del Senado ilustre de esta Santa Iglesia, corrió la pluma del primer magistrado de la nación, el *fiat* resonó en los grandes consistorios del Pontífice, y el nombre del Señor Portugal vino á colocarse, como en su

¹ Véase la nota C, al fin.

lugar propio, en las mas gloriosas páginas de la historia de la Iglesia mejicana. Ese nombre estaba reservado en los decretos de Dios para dar la vuelta al mundo; porque la reputación merecida, la mui crecida fama del Pontífice que acabamos de perder, bien sabéis que no estuvieron aprisionadas entre el Pacífico y el Atlántico. Ese nombre está incorporado en nuestra historia contemporánea, que no pudiendo ser el trasunto de la regularidad constante en el orden social, pasará á las venideras generaciones como un cuadro de incessantes y caprichosas vicisitudes para el Estado, y de violentos ataques y enconadas persecuciones para la Iglesia. Preparábase, como la experiencia nos lo ha enseñado, una época de gran tribulación, pruebas terribles y crisis funestas; y Dios, que cuando está para precipitar la nieve, prodiga el vellon sobre la piel de las ovejas, para que no vayan á perecer, mandó al infierno que esperase, hasta que el nuevo Pontífice no hubiese tomado posesion de la Iglesia de Michoacan. La Iglesia necesitaba un genio, y este genio fué el Señor Portugal: la contienda religiosa necesitaba un héroe, y este héroe fué el Señor Portugal: el movimiento intelectual de las ciencias necesitaba una luz, y esta luz fué el Señor Portugal: la humanidad afligida por todos los azotes necesitaba un padre, y este padre fué el Señor Portugal: el entonces presente y futuro clero había menester de un Pontífice, y este Pontífice fué el Señor Portugal: el concierto de la justicia y la misericordia exigía una víctima, y esta víctima fué el Señor Portugal. He aquí, señores, anunciado el resto de mi asunto, y justificada la sobriedad con que he procedido al tocar los otros puntos de su carrera. Vengamos pues á los vastos pormenores de este conjunto sublime, consagrando un tributo fúnebre y glorioso al mismo tiempo al último Obispo de Michoacan.

Mas al tocar este punto, un torrente de luz inunda mi alma; ideas magníficas circulan por mi mente; sentimientos nobles y generosos hinchen mi corazón: el aspecto lúgubre de la muerte desaparece ante las glorias sublimes del pontificado, y el arcano de la resurrección se personifica en los recuerdos vivos de tantos pontífices ilustres y de tantos hechos famosos. No, señores: las glorias de la religion son infinitas, y en el foco de la caridad vienen á recibir todas las

acciones inmortales del sacerdocio aquella unidad sublime que no conoce rival en la tierra. Aquí el todo es como la parte, y la parte como el todo, ó para mejor decir, no hai todo ni parte, sino un ser inmenso é indivisible, el pensamiento y el esplendor eterno de Dios, donde vuelven á incorporarse de lleno todas las luces que resplandecen sobre el mundo. La religion, señores, no reconoce diversidad en los atributos de la gloria: estudiad la comunión de los santos, y veréisla resplandecer á la par en los fastos de la misericordia, en las coronas que distribuye la justicia y en los timbres diversos de la celebridad católica. ¡Qué mucho que la elocuencia fúnebre, cuando posa en esta cátedra del Espíritu Santo, sacuda magestuosamente todas las trabas, y se ostente superior al espacio y al tiempo! ¡Qué mucho que, á un golpe dado por la reflexion sobre una vida ilustre, se ilumine por sí toda la cadena tradicional, y que al nombre del Illmo. Portugal, empiece á correr á nuestra vista por estos atrios venerables la gloria póstuma de los Quirogas, Calatayud, Tagles, Rochas, Covarrubias, Ramirez de Prado, San Miguel y Morianas! ¡Qué mucho que vengan aquí á retocar su gratitud y su amor con los recuerdos mas sublimes las tribus idólatras convertidas en pueblos católicos á la voz de Quiroga; las costumbres primitivas del cristianismo conservadas como una rica herencia por el espacio de tres siglos en esas comarcas humildes; las artes indígenas perpetuando la sábia y paternal solícitud del primero de nuestros pastores! ¡Dónde podria yo fijar mis ojos, que no viese esculpido el nombre de un benefactor? ¡Cuál de esos monumentos perdurables que desafian el poder de los siglos, no me recuerda un Obispo? ¡Dónde hallaré una sola de las calamidades públicas, en la historia de las tristes vicisitudes de la humanidad afligida, sin encontrar una *mitra* y un *báculo*? ¡Ah! En esta carrera ilustre de merecimientos y de santidad cada vida las representa todas, cada pensamiento corona y prepara todos los pensamientos, cada virtud narra y profetiza todas las virtudes, cada pontífice, dirélo de una vez, anda entre lo pasado y lo futuro, porque vive para la eternidad, y la eternidad no conoce estas miserables divisiones del tiempo.

Este pensamiento, señores, es grande, porque es católico; es sublime, porque es divino; es propio de los hombres emi-

nales, en cuyas nobles almas no tienen cabida ni la desconfianza ni la envidia, y, ¡ó verdad siempre grata para nuestro corazón! fué tambien el pensamiento, fué tambien el carácter del Señor Portugal. ¡Quién de todos los que le hayan tratado, no cifraria su gusto en dar de ello un solemne testimonio? Acordaos de su primera pastoral, acordaos de lo que frecuentemente se le oia decir. ¡Y no mas! Acordaos de lo que hizo, cuando, ya revestido con los augustos ornamentos de su dignidad episcopal, enderezaba sus pasos hácia esta basilica. Tomó en sus manos un báculo de madera; pero un báculo que valia mas que el oro y las piedras preciosas: era el báculo de Don Vasco de Quiroga. La comitiva inmensa recibió una de aquellas sensaciones que la historia caracteriza con el título de grandes: anublóse un tanto la frente del nuevo Aaron; razáronse sus ojos de lágrimas, dejando á cargo de cuatro lustros explicar este rasgo sublime de su vida. Empuñando el báculo el nuevo Pontífice, ataba por sus dos extremidades una cadena de tres siglos, y se inundaba él solo, sin comprenderlo, en el inmenso esplendor del pontificado. Despues acá, bien lo sabéis, todo afirmó aquel hecho, todo justificó aquella gloria.

Admirando en el Illmo. Señor Portugal todas las virtudes apostólicas, para elevarlas á mui alto grado, me ceñiré á deciros lo que le fué propio, para que bendigamos á Dios, que todo lo dispone constantemente para su gloria. Como el Señor Don Vasco de Quiroga, tenia siempre en su corazón esos monumentos vivos de la antigüedad mejicana, esas familias de Jesucristo conservadas por la Iglesia, esas tribus indígenas que vienen á cada paso á figurar en nuestros discursos populares y en nuestros fastos históricos, como una materia fecunda para los libros y para la elocuencia; pero cuya suerte no parece tener otra garantía que la de sus pastores. Como el Señor Tagle, desenvolvió un celo extraordinario en favor de la juventud estudiosa, dándola, por decirlo así, la parte mas florida de su corazón. Como el Señor Don Frai Antonio de San Miguel cultivó con esmero extraordinario la virtud santa de la humildad.¹ Solia recordar muchas veces con aquel entusiasmo grave que le era tan propio, aquel concierto de discrecion en la conducta episcopal, que dando á las condi-

¹ Véase la nota D, al fin.

ciones del episcopado el esplendor consiguiente al carácter social de la Iglesia y al catolicismo del mundo, cultivaba en el silencio de su retiro y de su corazón, como la flor solitaria del desierto, la sublime pobreza de Jesucristo. Mas en este punto, señores, Dios ha querido darnos en la vida de nuestro Pontífice una lección de sabiduría, que acaso no se ha llegado á comprender. El Illmo. Sr. Obispo penetró dentro de nuestros muros y pasó un tercio de su carrera entre las virtudes eminentes de su corazón y la pompa magnífica del episcopado: á medida que se afirmaba mas y mas en el conocimiento y respeto de la opinión pública, iba quitando, por decirlo así, algunas orlas doradas á la rica vestidura; y cuando mil rudos embates, mil tremendas oleadas tentaron vanamente la firmeza de aquella columna antigua, quedó en pie á la faz de toda la nación con la blancura del mármol y el brillo del capitel. ¡El grande hombre descendió al sepulcro con la sencilla vestidura de la gloria y la corona que Dios habia puesto sobre sus sienes!

Como todos sus predecesores, fué siempre el ángel del consuelo y de la esperanza: sus labios vertían por todas partes la doctrina, sus manos el pan, y su ministerio la sangre de Jesucristo en favor de la inocencia y del arrepentimiento. Sumo sacerdote, como canta la Iglesia, le vimos siempre resplandecer en todos sus atributos sublimes, mostrándose como el escogido de Dios en el dilatado curso de su pontificado, acrisolando su virtud en todas las pruebas, é interponiéndose todos los días, como una víctima de expiación, entre la justicia irritada y los pecados del mundo. *Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus et justus, et in tempore iracundiæ factus et reconciliatio.*

Considerado principalmente bajo este último carácter, ¿qué no podría decirnos, señores? Acordaos de los años eternamente memorables de 1833 y 1847, de aquellos tiempos de tinieblas y de llanto, que vinieron á anublar el bello día sobre las cúpulas de nuestros templos; de esas eras de frenesí, que parecían echar á torrentes el plomo sobre el corazón atribulado de los mejicanos católicos; de aquellos instantes funestos, en que la seducción del siglo quería tentar hasta á los predestinados, y en que la bandera del cisma, encubriendo su negrura bajo mil bellas apariencias, paseaba tremolando de ciudad en ciu-

dad y de puerto á puerto por toda la República mejicana; de aquel tremendo aunque tosco resumen del siglo XVIII en los parlamentos y en la prensa del país; de aquella incesante agitación en que no se contaba con el siguiente día ni para la religión ni para la patria, y en que, para servirme aquí de una frase de uno de nuestros sabios, todas las Iglesias de Méjico volvían los ojos á Michoacan, como á Meaux las de Francia en tiempo de Bossuet,¹ ó á Hipona las del mundo en la era de Agustín.

Verdad es, que aun en tiempos pacíficos, terrible carga es el episcopado, pues nunca deja el pastor de hallar la mas amplia materia para su celo en el rudo y continuo ataque de los enemigos de nuestras almas; pero al fin, los trabajos parecen suavizarse bajo el inalterable concierto de las dos potestades, sin que el pastor haya menester de luchar á la diestra contra las pasiones, y á la siniestra contra la impiedad. Lo que hai de mas terrible, señores, es el debate de la Iglesia con el Estado; porque estos son los lances en que la moral del pueblo corre todos los peligros. Para estos casos principalmente queria en sus hermanos toda la fortaleza de Dios el Apóstol de las gentes. "No se trata ya de contender, decia, contra la carne y contra la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los que rigen en las tinieblas el destino de las naciones." *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum.*² La triste historia de nuestros desaciertos políticos, electrizando todos los ánimos con el estrepitoso clamoreo de todas las pasiones, reservaba tambien esta gloria para el digno Pontífice que lloramos.

¿Quién recordará sin la mas viva emoción, sin abandonarse á los trasportes inefables de un entusiasmo sublime, aquella actitud imponente, noble y magestuosa con que se presentaba el Illmo. Señor Portugal cada vez que empezaba á tronar la tempestad política sobre la Iglesia mejicana? El

¹ Debo esta bella observación á mi correspondencia epistolar con el M. R. P. Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo, [NÁJERA]. No se podía dar una mas feliz aplicación en Méjico al célebre pensamiento de Maury en el panegírico de San Agustín.

² Ephes. VI, 12. Véase la Biblia de Sionet en este lugar.

celo por la gloria de Dios se hacia visible en su frente, y la santa resignacion al martirio se albergaba tranquila en su corazon. Todos le vimos llorar cuando los achaques de la naturaleza detenian sus piés y su pluma, siempre habituados á moverse para el provecho espiritual de esta dilatada grei; mas nadie le vió verter una lágrima, cuando con aquella dignidad que le era tan propia, resistia los duros embates de la persecucion anti-elesiástica. Siempre alerta para no ser sorprendido, siempre fuerte para no ser intimidado, siempre animoso para no desfallecer, le vimos admirados luchar con fe y con esperanza, y, todavía mas sorprendidos, hacer temblar con su prudencia la astucia cautelosa con que se le tentaba. Jamas comprometió el reposo público, jamas transigió con las tentativas del poder: prudentes evasivas, contestaciones sóbrias, respuestas oportunas, representaciones enérgicas, protestas decisivas: he aquí los brillantes pormenores de aquella inimitable táctica con que lleno del Espíritu Santo sostenia siempre los combates del Señor, como le aconsejaba la Escritura Santa: *Prahiare Prælia Domini*.

Ya no me admiro, señores, de haber visto consagrada en el respeto de toda la nacion la persona de este ilustre Prelado: no me sorprende que su solo nombre haya valido un ejército poderoso á la Iglesia de Méjico, ni me maravilla por último, que esta carrera no interrumpida de triunfos haya levantado su firma hasta el grado de un poder social. Sí, señores: esta firma era decisiva, porque llevaba la representacion tácita de todas las luces, de todos los respetos y de todas las virtudes. La historia contará un dia cómo se desentonó la elocuencia parlamentaria para proscribirle; pero no ocultara nunca cómo el anatema de la opinion pública selló los labios del acusador, hizo caer la pluma de los dedos del magnate, y sin ofender en manera alguna los derechos del César, se opuso entre los templos y los palacios para que no fueran sacrílegamente conculcados los derechos del Dios vivo; que el problema social fué completamente resuelto en favor de la Iglesia, y el nombre de nuestro Pontífice pasó el Atlántico y volvió á Méjico cargado con todos los honores que podia merecer al Padre comun de la Iglesia universal una de las mas insignes reputaciones del mundo. El gran Pio IX, este Pontífice que por un concurso extraor-

dinario de circunstancias, únicas tal vez en los fastos de la historia moderna, llegó á reunir en su persona sagrada con las bendiciones del cielo todas las glorias que puede ofrecer la tierra, ratificó la conducta de nuestro Prelado durante la época referida de una manera tan delicada y tan sublime, que hubiera llenado de honor, no lo dudéis, á la Aguila de Meaux y al Cisne de Cambrai.¹ Preciso era que tal aconteciese, pues todavía recordamos haberle oido decir, que se cubria de vergüenza cuando leia la vida de esos grandes pontífices, y nadie ignora que Dios Nuestro Señor resiste á los soberbios y cifra su complacencia toda en exaltar á los humildes hasta la altura de los cielos.

Y qué, ¿tendré que reducirme á esto solo, cuando se trata de referir las glorias con que Dios quiso ilustrar el nombre de nuestro último Prelado? Voi á publicar desde esta cátedra, para la gloria de Dios, honor y prez eterno de nuestra santa Iglesia Michoacana, lo que no saben todos, y todos deben saber. El Señor Portugal estaba predestinado en el pecho de Pio IX para ser el primer Cardenal de las Américas españolas, y no sé si diga tambien del Nuevo-Mundo.²

¡Qué perspectiva, señores, de felicidad y de gloria para esta santa Iglesia de Michoacan! Tres siglos han pasado desde que Méjico es catolica, desde que el Nuevo-Mundo todo se ha incorporado en el reino de Jesucristo; y durante estos tres siglos, ¡qué de triunfos para la religion! ¡qué de glorias para la Iglesia! ¡Cuántos sabios de primer orden! ¡Cuántos obispos que hubieran honrado con su presencia la primera corte del mundo! ¡Cuántos nombres consagrados en el culto de las letras, legados á la historia del espíritu humano por el esplendor siempre vivo del genio, de la sabiduría y de la virtud! Las Casas, Zumárragas, Quirogas, Granados, Palafoeces, San Fermin, Alcaldes, Cabañas, Portillos, Maneiros, Alegres, Abades, vosotros pertenecéis á esta noble y digna categoría que ha fijado las miradas de Roma sobre los Belarminos, Baronios, Cisneros, La Lucerne, Gerdiles y tantos otros: mas vosotros pasásteis de la gloria de las virtudes y de las letras á la gloria inmortal de la reli-

¹ Véase la nota E, al fin.

² Véase la nota A, al fin.

gion, sin haber oído sonar aun la hora en que la púrpura romana pasara el Atlántico, para venir á honrar las naciones del Nuevo-Mundo. ¡Qué sensacion, señores, aquella que nos advirtió del gozo, de la sorpresa, de la admiracion que experimentaron nuestras almas desde el instante mismo en que recibimos al oído por la via reservada esta grave noticia! ¡Qué agitacion la nuestra en la impaciente expectativa de su confirmacion! ¡qué de pensamientos bellos, y cuántas conjeturas! Las ideas de la religion venian á confirmarnos á cada paso mas y mas en esta grata esperanza, y la imaginacion que siempre se anticipa, la imaginacion que ni teme ni calcula, la imaginacion que sueña en la realidad mientras forma sus bellas ilusiones, pareció adunarse con la sensibilidad para no vacilar ni un instante. Nosotros ibamos á ser eminentemente honrados en la sublime condecoracion de nuestro Pontífice, y Michoacan entraba ya en posesion de este primado de honor en la existencia de un Cardenal mejicano.

¡O santa Iglesia de Michoacan! ¡A tí estaba reservada tan insigne gloria! ¡Tú habias de llevar á la faz del orbe este bello timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices! A la hora presente la púrpura romana debia recorrer magestuosamente tus átrios augustos, y el venerable nombre de tu Esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime donde se revuelven con los votos del Cónclave los destinos de todo el mundo católico! ¡A tí se hubieran convertido en estos dias las miradas atónitas de esta ilustre nacion al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pio IX! ¡Hoi tal vez magníficos preparativos ocuparian á todos tus hijos, para celebrar dignamente un suceso tan glorioso; y sus pensamientos cada vez mas fecundos, y sus deseos nunca satisfechos, y su imaginacion siempre encantada, qué sé yo hasta dónde hubiera hecho correr en su prevision por el indefinido sendero del porvenir esta imagen seductora de felicidad en la gloria de tan esclarecido Pontífice! Arcos de triunfo se habrian erigido por todas partes, y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello dia, para saludar al *Eminentísimo Señor Portugal* entre mil festivas aclamaciones, en medio de los trasportes mas vivos del entusiasmo inspirado por la

gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesia. Hoi tal vez..... en estos mismos instantes..... en medio de esta misma concurrencia..... dentro de estos muros sagrados.....

¡A dónde voi, señores! ¡Quién explicará estos misterios de la imaginacion! Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte: me embelesaba con primorosos cuadros, y tengo á mi vista una pira: perseguia inquieto un brillante cúmulo de ilusiones al través del porvenir, y me encuentro frente á frente de la eternidad: el entusiasmo me enagenaba, y sorprendo en mi alma el dolor..... ¡O muerte, fidelísima para Dios, é importuna siempre para los hombres! Llamaste á la puerta de ese palacio, y arrebataste cruelmente de en medio de nosotros y nuestras esperanzas al hombre que las alimentaba con la imágen bellísima de la gloria. Tú tenias levantado el brazo, mientras nuestro pensamiento corria con afán: pronunciaste el tremendo *hasta aquí*; y desde las torres de nuestros templos el eco imponente de tu voz inflexible vino á helar la sangre en nuestras venas, y á echar una pesadumbre inmensa sobre nuestro corazon atribulado!..... ¡Ah, señores! Es preciso desengañarse, fuerza es no seducirse: todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye, cuanto no sea capaz de atravesar la tumba, reinar en los cielos y vivir en la eternidad, debe salir al instante de nuestro corazon. Si el hombre merece la pena eterna por sus pecados, no sé decirlos qué merecerá por adherirse con tan loco frenesí á las cosas de este mundo, por colocarse al lado de las ilusiones contra el poder terrible de la realidad, por alzarse rebelde contra tantos y tantos desengaños de la vida, para perseguir sin obstáculos esa deidad encantada, ese símbolo de todas las falsías, esa felicidad impostora que fascinando la vista y embriagando el corazon, arrastra las generaciones al abismo por desfiladeros de sepulcros!

¡Dichosa tú, alma escogida y predilecta, que cerraste las puertas del corazon á las avenidas tristes de las pasiones durante la aurora primera de tu vida; que te horrorizaste del vicio ántes de sentir sus funestos estragos; que te apasionaste de la verdad santa, cuando la voz de una filosofia

corruptora no había venido aun á tentar tu reposado genio é incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que profundamente penetrado del carácter de la sabiduría, levantaste dos tabernáculos en tu espíritu para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en la primera de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprendible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! ¡Dichoso tú, modelo de los sabios, que recogiendo en tu alma todas las glorias, recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crisis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico, al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseías podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de

vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice, que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante mientras respiremos, y al amado Pastor que acabamos de perder, el eterno descanso, reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.



corruptora no había venido aun á tentar tu reposado genio é incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que profundamente penetrado del carácter de la sabiduría, levantaste dos tabernáculos en tu espíritu para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en la primera de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprendible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! ¡Dichoso tú, modelo de los sabios, que recogiendo en tu alma todas las glorias, recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crisis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico, al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseías podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de

vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice, que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante mientras respiremos, y al amado Pastor que acabamos de perder, el eterno descanso, reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



NOTAS.



NOTA A, PÁGS. 161 Y 189.

DESDE principios del año pasado manifestó el Señor Pio IX al Supremo Gobierno de la nación, que se hallaba dispuesto á conceder el Capelo de Cardenal á uno de los señores Obispos de Méjico. El Supremo Gobierno designó al Señor Portugal, lo cual recibió mui bien el Sumo Pontífice, aplazando su preconización para el Consistorio de Setiembre. He aqui los documentos que hemos podido reunir sobre este punto; pues aunque hai otros que pudieran publicarse, como una carta del Sr. Valdivielso al Sr. D. Felix Malo, no los tenemos á la mano, ni los creemos necesarios, pues bastan los dos que trascribimos á continuacion, por tener para el caso toda la autoridad que pudiera apetecerse.

“Estuvimos próximos á ver condecorado con la dignidad de Cardenal al Obispo de Michoacan, el Sr. Portugal; mas la muerte le arrebató, y hoi se pretende por nosotros que se conceda esa dignidad al Arzobispo de Méjico, y si no es posible, al Obispo que designe el Pontífice.” *(Discurso pronunciado por el presidente de la República mejicana en la apertura de las sesiones del congreso de 1851, pág. 22.)*

ILLUSTRISIMAE ET REVERENDISSIMAE DOMINE.

Nihil mihi gratius contingere poterat, Illustrissime et Reverendissime Domine, quam ut Sanctissime Domini Nostri jussu has tibi scriberem litteras, quibus nuncium ad te defero, ipsum Summum Pontificem, cui apprime nota sunt egregia tua in Catholicam Ecclesiam merita, statuisse Te in amplissimum S. Romanae Ecclesiae Cardinalium Collegium cooptare. Dum autem de hac tam eximia, ac singulari sanctitatis suae voluntate certiore te facere vehementer gaudeo, Amplitudini Tuae significo ejusmodi Tuam ad cardinalatus elevationem paucis post mensibus esse futuram, ut interim ea comparare possis quae ad tantam dignitatem sustinendam requiruntur. Jam vero, cum Summi Pontificis mandatis non mediocri certe jucunditate satisfecerim, Tibi jam nunc, Illustrissime et Reverendissime Domine, de hoc insigni honore ex animo summo opere gratulor, atque hanc etiam occasionem avidissime amplector, ut praecipuos obsequentis mei in Te animi sensus profitear a Deo Optimo Maximo enixe exposcens ut fausta quaeque, et salutaria Amplitudini Tuae semper tribuere velit.

*Dominationis Tuae Illme., et Reverendissime Domine,
Romae die undecima Maii 1850.*

*Addictissimus famulus,
J. Cardinal Antonelli.*

*Illme. et Rmo. Domine Joannes Gomez
Portugal, Episcopus Mechoacanensis.*

ILLUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR.

Nada podía serme mas grato, Illmo. y Rmo. Sr., que escribiros esta carta por mandato de Nuestro Santísimo Padre, y en ella participaros, que el mismo Sumo Pontífice, á quien son mui conocidos vuestros relevantes méritos para con la Iglesia católica, determinó asociaros al ilustrísimo colegio de Cardenales de la santa Iglesia Romana. Y al disfrutar la singular satisfaccion de comunicaros tan especial distinción, hago saber á Vuestra Eminencia, que vuestra elevacion al Cardenalato se verificará dentro de pocos meses, para que entretanto podáis preparar lo necesario para sostener con lustre tan alta dignidad. A la vez que cumplo con grande placer los mandatos del Sumo Pontífice, os felicito mui sinceramente, Illmo. y Rmo. Sr., por un honor tan esclarecido, y aprovecho gustosísimo esta oca-

sion para protestaros los peculiares sentimientos de mi afecto hácia vos; rogando con encarecimiento al Dios Omnipotente conceda siempre á Vuestra Eminencia toda prosperidad y salud.

Illustrísimo y Reverendísimo Señor,
En Roma á 11 de Mayo de 1850.

Vuestro mui adicto servidor,
J. Card. Antonelli.

Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano
Gómez de Portugal, Obispo de Michoacan.

NOTA B, PÁG. 165.

En las honras que hizo la Universidad el año de 16 á la buena memoria de su difunto Cancelario y primer Rector el Sr. D. José María Gómez, Obispo nombrado para Michoacan, habiéndose encargado los colegios de las oraciones fúnebres, el Señor Portugal pronunció una en desempeño del Seminario, y por nombramiento que de él hizo el Exmo. é Illmo. Prelado. Este discurso oratorio le mereció que el mui ilustre Claustro acordara inmediatamente y por aclamacion, el que sin erogar ninguno de los gastos de estatuto, que ascendian en la facultad de teología á 1.500 pesos, pudiese recibir el bonete de doctor. (*Relacion de méritos del presbítero Juan Cayetano Portugal. Méjico 1830.*)

NOTA C, PÁG. 182.

En el mismo año, despues de examinado y aprobado, y presentado por el patrono, fué promovido de las cátedras del Seminario á la parroquia de Zapopam.

En 1819, despues de examinado y aprobado, fué presentado por el patrono para el curato de primera clase del Real de los Catorce, que no aceptó por temor de aquel clima excesivamente frio.

Quince años ha que es cura de Zapopam: su residencia en el lugar de su beneficio ha sido continua, sin interrumpirse jamas, ni con licencia de su Obispo, hasta que fué ocupado en servicio de la causa pública: siempre ha administrado con desinterés las funciones parroquiales: á la par con sus ministros ha trabajado constantemente en la tarea mas penosa de la cura de almas: con perseverancia ha explicado la moral cristiana, y predicado el Evangelio todos los domingos del año: por último, nunca ha habido contra él queja alguna de parte de ninguno de sus feligreses, ni reconvenccion la mas pequeña de parte de las autoridades eclesiásticas ó de las civiles. (*Relacion citada.*)

NOTA D, PÁG. 185.

El Seminario de Michoacan ha fijado siempre sin duda la tierna solicitud de los señores Obispos, como uno de los primeros objetos cometidos á su cuidado pastoral; pero en su historia descuellan generalmente dos insignes Prelados, cuyos nombres deben citarse de un modo singularmente honorífico en esa escuela de saber y de virtudes, que ha dado tanta gloria á la Santa Iglesia mejicana. Estos nombres son el del *Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Anselmo Sanchez de Tagle* de gloriosa y respetable memoria, fundador de nuestro Colegio Seminario, y el *Illmo. Sr. Portugal*, que, dándole un incremento de primer orden con toda clase de proteccion, le elevó al rango que hoy tiene. A él pertenece toda la historia del establecimiento referido desde el año de 1831 hasta el de 1850. No hago una mención particular de todo lo conducente, por haber dado ya al público un opúsculo histórico que puede consultarse, y corre bajo el título de "*Memoria instructiva sobre el origen, progresos y estado actual de la enseñanza y educacion secundaria en el Seminario tridentino de Morelia.*"

NOTA E, PÁG. 189.

Alude á una honrosísima comunicacion que N. Smo. Padre el Señor Pio IX le dirigió de Roma, con motivo de su Protesta contra la lei de 11 de Enero de 1847. Dicha comunicacion corre impresa en el cuaderno que publicó el M. I. y V. Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, titulado: *Honras fúnebres del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacan.*

ÍNDICE

de las materias contenidas en este volúmen.

DISERTACION *sobre la elocuencia religiosa*..... pág. III.
PLÁTICA PRIMERA, *sobre la importancia de la predicacion catequística*..... pág. 1
PLÁTICA SEGUNDA, *sobre la dignidad y excelencia del carácter de cristiano*..... 35
PLÁTICA TERCERA, *sobre la Santa Cruz considerada como la insignia y señal del cristiano*..... 47
SERMON, *sobre la perseverancia cristiana, predicado en el último dia de unos ejercicios espirituales*..... 65
SERMON, *sobre la excelencia de la vida contemplativa, predicado en una profesion religiosa*..... 111
ORACION FÚNEBRE, *del Illmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacan*..... 155

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

NOTA D, PÁG. 185.

El Seminario de Michoacan ha fijado siempre sin duda la tierna solicitud de los señores Obispos, como uno de los primeros objetos cometidos á su cuidado pastoral; pero en su historia descuellan generalmente dos insignes Prelados, cuyos nombres deben citarse de un modo singularmente honorífico en esa escuela de saber y de virtudes, que ha dado tanta gloria á la Santa Iglesia mejicana. Estos nombres son el del *Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Anselmo Sanchez de Tagle* de gloriosa y respetable memoria, fundador de nuestro Colegio Seminario, y el *Illmo. Sr. Portugal*, que, dándole un incremento de primer orden con toda clase de proteccion, le elevó al rango que hoy tiene. A él pertenece toda la historia del establecimiento referido desde el año de 1831 hasta el de 1850. No hago una mención particular de todo lo conducente, por haber dado ya al público un opúsculo histórico que puede consultarse, y corre bajo el título de "*Memoria instructiva sobre el origen, progresos y estado actual de la enseñanza y educacion secundaria en el Seminario tridentino de Morelia.*"

NOTA E, PÁG. 189.

Alude á una honrosísima comunicacion que N. Smo. Padre el Señor Pio IX le dirigió de Roma, con motivo de su Protesta contra la lei de 11 de Enero de 1847. Dicha comunicacion corre impresa en el cuaderno que publicó el M. I. y V. Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, titulado: *Honras fúnebres del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacan.*

ÍNDICE

de las materias contenidas en este volúmen.

DISERTACION *sobre la elocuencia religiosa*..... pág. III.
PLÁTICA PRIMERA, *sobre la importancia de la predicacion catequística*..... pág. 1
PLÁTICA SEGUNDA, *sobre la dignidad y excelencia del carácter de cristiano*..... 35
PLÁTICA TERCERA, *sobre la Santa Cruz considerada como la insignia y señal del cristiano*..... 47
SERMON, *sobre la perseverancia cristiana, predicado en el último dia de unos ejercicios espirituales*..... 65
SERMON, *sobre la excelencia de la vida contemplativa, predicado en una profesion religiosa*..... 111
ORACION FÚNEBRE, *del Illmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacan*..... 155

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



OTE